



SECRETOS INCONFESABLES

EMMA COLT

EMMA COLT

SECRETOS INCONFESABLES

Secretos inconfesables

Publicado por Emma Colt [Amèlia Mora] en Kindle Direct Publishing
©Amèlia Mora

<http://emmacolt.com>
emma@emmacolt.com

Imagen de cubierta: romeovip-vd / Shutterstock

Diseño de cubierta: Amèlia Mora y Ronda Bröc
Diseño interior: Amèlia Mora

Todos los derechos reservados. Esto quiere decir que intento ganarme la vida escribiendo libros que te apasionen, así que por favor, no realices ningún tipo reproducción, distribución, comunicación pública o transformación totales o parciales sin mi previa autorización, tal y como establecen las leyes sobre la propiedad intelectual (pero estoy segura de que esto ya lo sabes ;). ¡Gracias por apoyar el trabajo de los autores!

Tabla de contenidos

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Tabla de contenido](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[¡Tu opinión importa!](#)

[Una nota de la autora](#)

[Cuatro días contigo - Fragmento](#)

[Otros libros de Emma Colt](#)

Siempre para H.

1

Jueves 14 de mayo, 21.33 horas

—He conocido a alguien.

Samuel utilizó la esquina de la servilleta para limpiarse los labios con cuidado. Después, volvió a doblarla bien para colocársela en el regazo. No le gustaba que quedara puesta de cualquier manera.

Utilizó esos breves instantes para reflexionar sobre las palabras de Lorena. Le llamó la atención cómo las había pronunciado. Soltándolas de golpe, como si llevaran tiempo acumuladas tras sus labios y ya no hubiera podido retenerlas más.

Había notado a Lorena extraña desde que se habían encontrado en la puerta del restaurante, pero no había dicho nada porque tenía la cabeza en el trabajo. Esa tarde habían conseguido encajar todas las piezas del homicidio del carnicero, que llevaba semanas dándoles quebraderos de cabeza. Y los descubrimientos finales lo habían dejado... atónito.

Sin embargo, ahora las palabras de Lorena requerían su completa atención. Al parecer, algo no iba bien. Pero como no le gustaba sacar conclusiones precipitadas, preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes, Samuel —soltó ella con un resoplido—. He conocido a *otra persona*.

—Yo ayer también conocí a alguien. El nuevo vecino del quinto. Es un señor mayor, muy agradable.

—Mierda. No empieces ahora con tu perfeccionismo. Sabes de sobras a qué me refiero —dijo Lorena, molesta.

—Pues no, no lo sé. Eres tan ambigua que podría sacar conclusiones equivocadas —dijo él, seco.

Samuel tenía muy claro lo que Lorena intentaba decirle, pero no pensaba ponérselo fácil.

—Vale. He conocido a otro hombre, Samuel. En las dos últimas semanas, he salido con él varias veces. De hecho, en todas nuestras citas hemos acabado follando como si se acercara el fin del mundo.

Él retiró la servilleta de su regazo y la volvió a colocar encima de la mesa. Parecía que no hubiera llegado a utilizarla.

—De acuerdo. Entonces no hay nada más que decir —dijo con frialdad. Buscó a su camarero con la mirada y con un gesto rápido le pidió la cuenta.

Lorena no escondió su sorpresa.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que piensas decir?

—¿Qué quieres, Lorena? ¿Que te dé la enhorabuena por ser incapaz de ser sincera conmigo antes de ponerme los cuernos? ¿Por ser una mentirosa? —espetó él—. Has estado saliendo con los dos a la vez, ¿de verdad quieres que diga en voz alta lo que pienso de ti en estos momentos?

Ella forzó una sonrisa, pero solo consiguió esbozar una mueca triste.

—Técnicamente, no es cierto que haya estado saliendo con los dos a la vez —dijo—. ¿Eres capaz de decirme cuándo fue nuestra última cita?

—Hace unos días, cuando fuimos al cine. ¿Qué tiene que ver...

—Eso fue hace tres semanas.

Samuel frunció el ceño. ¿Ya hacía tres semanas que habían ido al cine? Hizo memoria y, sí, llegó a la conclusión de que Lorena tenía razón. Había estado tan concentrado con el trabajo que los días le habían pasado volando.

—Antes de nuestra cita anterior, ¿sabes cuánto tiempo estuvimos sin vernos? —dijo Lorena.

Samuel dudó. También habría dicho que unos días, pero ahora ya no se atrevía a pronunciarlo en voz alta.

—Otras tres semanas —contestó Lorena por él.

—Vale, Lorena, nos hemos visto poco. Eso no justifica tus actos.

—Claro que no, pero... mírate, Samuel. Ni siquiera estás dolido porque esté rompiendo contigo y vaya a desaparecer de tu vida. Solo estás molesto porque no hice las cosas en el orden correcto, porque no te avisé antes de acostarme con otro tío.

—Eso no es cierto.

—No te mientas a ti mismo. Ni me insultes mintiéndome así. Si yo te importara de verdad, no dejarías pasar semanas sin verme. Pensarías en mí cada día, y no podrías pasar más de dos días sin tocarme —dijo ella con los ojos brillantes. De repente, había en ellos una desolación que antes no estaba—. No me llamarías solo cuando te apetece echar un polvo, o cuando puedes descansar porque dejas de pensar en tu trabajo durante dos minutos.

Él abrió la boca para replicar, pero no llegó a pronunciar nada. ¿De verdad Lorena creía que solo la llamaba cuando quería follar?

—Yo lo he intentado —dijo ella con la voz un poco rota.

Ahora él la miró sin comprender.

—Sé que necesitas tu espacio, que te gusta el orden y las cosas bien hechas, que prefieres llevar el control. He intentado darte todo eso, pero al parecer no lo he hecho suficientemente bien. O no soy yo a quién necesitas. —Dos lágrimas resbalaron por las mejillas de Lorena, que no se molestó en secárselas—. Siempre me ha maravillado tu capacidad de observación, pero me horroriza lo ciego que estás respecto a ti mismo.

Samuel no sabía a qué se refería, pero no necesitó preguntar porque ella misma se lo aclaró:

—Acabarás solo. Más solo que la una —dijo sin reprimir un suave sollozo—. No te gustará que te lo diga, pero te deseo de todo corazón que algún día aparezca alguien que ponga tu mundo patas arriba. Me habría gustado ser yo, pero... no ha podido ser.

Ahora sí, Lorena se secó las lágrimas con las manos. Se levantó y recogió su chaqueta y su bolso.

—Adiós, Samuel.

Y, sin esperar una respuesta, se fue.

*

Viernes 25 de septiembre, 22.04 horas

El restaurante estaba a rebosar, con todas las mesas ocupadas y los camareros apresurándose de un lado a otro. A pesar de todo, gracias al aire acondicionado la temperatura del lugar era agradable en comparación al calor que todavía sufrían en la calle.

Samuel no tardó en divisar a su amigo, sentado en una mesa cercana a una pared. Mientras se dirigía hacia allí, lo observó. Tenía una cerveza delante, aunque ni la había tocado. Estaba ensimismado, y parecía preocupado. Ni siquiera se había dado cuenta de su presencia, algo raro

en él.

Samuel no se sorprendió especialmente. El final de verano de su amigo había sido muy movido. Y no parecía que las cosas se hubieran arreglado.

—Adam —saludó cuando alcanzó la mesa.

Este salió de su ensimismamiento y le sonrió, aunque la sonrisa no alcanzó sus ojos grises.

—Hombre, Samuel —dijo. Se saludaron con un apretón de manos.

—Disculpa el retraso, para variar nos ha salido trabajo en el último momento...

Adam echó un vistazo a su reloj y ahora sí que sonrió.

—Solo pasan cuatro minutos de las diez. Esto no es llegar tarde.

—Técnicamente, sí que lo es —insistió Samuel.

—Pero estás dentro de los cinco minutos de cortesía.

Samuel resopló, divertido, y no insistió. Con un gesto, llamó a un camarero que pasaba cerca de ellos.

—Como has llegado tarde y estaba muerto de hambre, ya he pedido un par de tapas. Espero que no te importe —anunció Adam.

Ahora Samuel rio. Cuando el camarero se acercó, pidió otra cerveza para él y añadió un par de tapas más a la petición de Adam. Era bastante comida, pero, entre los dos, se la acabarían.

—Bueno, ¿qué te cuentas? —dijo Samuel.

Su amigo hizo una mueca que dejó bien claro cómo estaba. Era una de las cosas que le gustaba de él: su franqueza. Era directo, sin dobleces. En la breve época que ambos habían pasado en la unidad de Estupefacientes se habían hecho buenos amigos, y la amistad se había mantenido después, cuando cada uno había seguido su camino profesional. Samuel se había decantado por Desaparecidos y Homicidios, y Adam por Crimen Organizado.

—¿Las cosas siguen mal con Hugo? —preguntó Samuel.

Hugo era el amigo del alma de Adam, y hasta hacía solo unas semanas tenía que ser su cuñado: iba a casarse con la hermana de Adam. Pero después de que un caso se les torciera horriblemente y Hugo fuera secuestrado junto a una testigo, el tipo rompió el compromiso y Adam, que era ultraprotector con su hermana, montó en cólera.

—No, con Hugo todo bien. Ahora ya sí —contestó Adam—. De hecho, desde hace una semana él y Laura están juntos. Y está de un feliz que da asco.

—¿Pero te alegras por él?

—Sí, claro, eso solo que... No recuerdo haberlo visto nunca tan feliz con mi hermana. Quizá al principio, pero hacía mucho que no. No sé, es raro.

—¿Y tu hermana? ¿Cómo está? —dijo Samuel, adivinando que ese era el tema que lo tenía tan preocupado.

Ahora Adam resopló.

—Está... está muy rara. Hizo el viaje de la luna de miel ella sola y volvió... es que no sé ni cómo describirlo. Volvió más fuerte, pero no está bien —explicó—. Creo que me esconde algo.

—Bueno, ya es mayor de edad, ¿no? Tiene derecho a tener sus secretos.

—Me gustaría ver tu cara si te pasara a ti.

Samuel no contestó, porque en ese momento les trajeron las dos primeras tapas y su cerveza.

—Bueno, ya basta de mis lloriqueos —dijo Adam—. ¿Tú qué tal? ¿Cómo está Lorena?

Samuel estuvo a punto de atragantarse con la cerveza.

—¿Lorena? Lo dejamos en mayo.

Ahora fue Adam el que estuvo a punto de atragantarse.

—¿En mayo?! ¿Y por qué yo no me había enterado?

—La última vez que nos vimos querías matar a tu mejor amigo, así que no hablamos de otra cosa.

—Joder, me sabe fatal... ¿Estás bien?

—No podía estar mejor.

Adam lo observó con los ojos entrecerrados.

—Te dejó ella, ¿no? —aventuró.

Pillado. Samuel estaba orgulloso de su intuición, que en su trabajo le resultaba muy útil, pero la capacidad de Adam para leer a las personas no se quedaba atrás.

—Sí, me dejó ella. Y encima por el motivo de siempre —confesó Samuel.

—Ay.

Adam ya sabía a qué se refería, porque lo habían hablado varias veces. No era la primera vez que una mujer cortaba con Samuel con los mismos argumentos que Lorena. Que era un adicto al trabajo. Que solo pensaba en sí mismo y en su trabajo. Que no se entregaba en las relaciones.

Cuando pensaba en ello, lo afectaba y molestaba por igual. Él era así. No sabía ser de otra manera.

—No sé qué quieren que haga, ¿qué me compre otra personalidad? —bromeó, intentando esconder un pinchacito de dolor.

—Eso nunca.

Después de romper con Lorena, durante un tiempo le dio vueltas al asunto, y llegó a la conclusión de que vivía en una sociedad en la que las personas como él no encajaban. Las normas sociales y las costumbre dictaban que las relaciones de pareja tenían que funcionar de una manera muy concreta, pero no todo el mundo podía embutirse en ese patrón.

—Exacto. Y por ese motivo decidí unirme a tu club: huyo de cualquier cosa que huelga a relación estable —dijo Samuel.

Adam siempre había tenido muy claro que no quería ningún tipo de compromiso sentimental. Y, a Samuel le sabía mal, pero debía admitir que no echó en falta a Lorena en ningún momento. La verdad es que le iba bastante bien y, a pesar de lo que dijera Lorena, no se sentía solo. Tenía su trabajo, sus amigos más cercanos, sus compañeros de trabajo, una familia que se quejaba de lo poco que le veían el pelo y esos ligues esporádicos que lo mantenían bastante satisfecho.

—Así me gusta, tío. Brindemos por ello —dijo Adam, muy serio, y levantó su botella de cerveza para hacerla chocar con la suya—. El amor está sobrevalorado. La gente es capaz de perder la cabeza por culpa del amor.

—Y que lo digas. —Las palabras de Adam trajeron a su cabeza el caso que, todavía meses después de resolverlo, seguía dejándolo anonadado—. Te pondré un ejemplo. El mismo día que Lorena tuvo el detalle de cortar conmigo, resolvimos el caso del carnicero. Era un tipo que apareció muerto en su carnicería. Era todo un personaje. Antes de poder señalar al culpable, tuvimos que descartar que no se tratara de un robo que había acabado muy mal, de una represalia por haberse acostado con las mujeres de tres vecinos distintos, de un ajuste de cuentas por cierto dinero que debía a un conocido, o de otro ajuste de cuentas por haber robado dinero a un conocido con el que tenían que montar un negocio.

—La leche, menudo historial.

—Y, al final, ¿sabes quién lo había matado? Su cuñado —dijo Samuel—. Le pusimos delante todas las pruebas que demostraban su culpabilidad, pero el tío no soltó prenda de por qué lo había hecho. Y entonces hablamos con su mujer.

Samuel todavía recordaba esa conversación con pelos y señales. Al principio, la mujer se sorprendió mucho. Y después, de forma inesperada, se vino abajo.

—Lo hizo para protegerme —dijo la mujer.

Samuel escondió su sorpresa.

—¿Por qué necesitaba protegerla de su propio hermano?

Ella apretó los labios, luchando contra la necesidad de liberarse contando la verdad. Samuel, creyendo que sabía por dónde iban los tiros, intentó ayudarla.

—¿La maltrataba?

Ella negó con la cabeza.

—¿Abusaba de usted?

Otra negación.

—¿La había amenazado de alguna manera?

La mujer dudó, y finalmente asintió con la cabeza.

—¿De qué manera la había amenazado su hermano?

Después de largos segundos de duda, ella explotó.

—¡Iba a denunciarme! —explicó entre sollozos—. Hace... hace unas semanas atropellé a un ciclista y me di a la fuga... Yo, lo siento mucho, me asusté y... el hombre murió y yo... —La confesión de la mujer dejó a Samuel sin palabras. Pero lo que lo consternó de verdad fueron las siguientes palabras, pronunciadas al borde la histeria—: Mi hermano me notó extraña y acabé contándole lo sucedido... ¡Y me dijo que si no me entregaba yo a la policía, lo haría él! Mi marido no quiere que yo vaya a la cárcel... Intentó convencer a mi hermano para que no me denunciara, pero... ¿Puedo ver a mi marido, por favor? Necesito decirle que lo quiero mucho. No sé qué haría sin él.

Obviamente, los dos acabaron en la cárcel.

—Así que, ya ves —acabó de contar Samuel a Adam—, el tipo mató a su cuñado para evitar que su mujer acabara en la cárcel. Por amor.

—¿Pero eso es amor o estupidez? —preguntó Adam, que realmente parecía estar alucinando.

—No lo sé, pero no me entra en la cabeza que la gente llegue a cometer las estupideces más estúpidas por amor. Es absurdo —sentenció Samuel.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. No tiene sentido —lo apoyó Adam.

Unas semanas más tarde, llegó ese caso.

El que puso el mundo de Samuel patas arriba.

Miércoles 21 de octubre, 9.07 horas

La llamada lo encontró en el gimnasio, acabando su rutina de pesas.

—Samuel, a ti y a tu equipo os toca encargarnos de un caso importante. Han matado a Bernardo Rodríguez —dijo su jefe sin ni siquiera saludar.

—¿El de las tiendas de ropa?

—El mismo. Ahora os enviamos la dirección. Moved el culo para allá ya mismo.

—A la orden, inspector jefe.

—Por cierto, si no has desayunado, no lo hagas. Por lo que me han dicho, la escena del crimen es todo un espectáculo.

De camino al vestuario, Samuel llamó a Montse para que avisara al resto del equipo y se duchó en un tiempo de récord de cincuenta y un segundos. Los contó.

Le costó casi catorce minutos llegar en taxi a su destino. Concretamente, trece minutos y cincuenta y dos segundos.

Las oficinas centrales de Cool, el imperio textil creado por Bernardo Rodríguez, se alzaban en la zona alta de la ciudad, en el centro de negocios donde se instalaban las empresas más exitosas. O las que querían aparentar que lo eran. Era un edificio de cinco plantas, bastante nuevo y acristalado. Era difícil no fijarse en él de tanto que brillaba.

Varios coches de la policía y dos ambulancias estaban aparcados ante el edificio. La entrada principal, la lateral de emergencia y la del aparcamiento privado ya estaban siendo custodiadas por agentes uniformados. En la calle había decenas de personas reunidas en pequeños grupos. Algunas se arrebujaban en sus chaquetas y otras tiritaban con su insuficiente ropa de oficina. Todos ellos compartían la expresión de consternación, incluso miedo. Algunos lloraban, otros hablaban en voz baja, como si temieran molestar.

Un poco más allá ya se habían reunido unos cuantos curiosos. De hecho, mientras descendía del taxi, Samuel vio acercarse a toda velocidad una furgoneta de la Cadena 54.

—Mierda —maldijo, aunque ya debería haber imaginado que la noticia del asesinato de Rodríguez correría como la pólvora.

Mientras se colgaba alrededor del cuello la placa identificativa, se acercó con rapidez a la pareja de agentes uniformados que tenía más cerca. Les mostró la identificación y se presentó.

—Inspector Schwartz. —Les señaló la furgoneta de la Cadena 54—. Habrá que acordonar el edificio entero. Dentro de poco seguro que llegarán más.

Los agentes miraron el vehículo con expresión de fastidio.

—Supongo que no podíamos esperar otra cosa —comentó uno—. Ahora mismo lo hacemos, inspector.

En ese momento, Samuel divisó a Montse acercándose.

—Que ningún trabajador se vaya a casa, habrá que hablar con todos. Y si la prensa intenta hablar con ellos, los metéis en el edificio. No quiero que hablen con nadie salvo con nosotros. Sube en seguida que puedas. ¿Y dónde están David y Fran?

—Están llegando —fue la respuesta de Montse, que ya volvía a alejarse, esta vez a toda velocidad para repartir instrucciones.

Samuel entró en el edificio. En el vestíbulo había reunida bastante gente y reinaba la misma consternación que en la calle. Detrás del mostrador de recepción, dos paramédicos atendían a una mujer de unos treinta años. Estaba sentada en una silla y tenía la cara tan pálida que parecía haber visto un fantasma. Samuel ya sabía quién había encontrado el cadáver.

A su lado, una chica de apenas veinte años lloraba en silencio.

Ortega, una agente con la que había coincidido en varias ocasiones, se le acercó.

—Buenos días, inspector —saludó, dedicándole un indiscreto repaso de pies a cabeza.

Ese repaso confirmó a Samuel lo que ya sospechaba: si propusiera a Ortega ir a tomar una cerveza o un café, ella aceptaría.

Sin embargo, no se entretuvo a pensar en ello. Él nunca perdía la cabeza por líos de faldas ni nunca lo haría. El caso que tenía entre manos siempre era más importante.

—¿Qué tenemos? —preguntó.

Como si no lo hubiera desnudado con la mirada, Ortega habló con absoluta profesionalidad. Señaló a la mujer que estaba siendo atendida por los paramédicos.

—Hoy, alrededor de las ocho horas y treinta minutos, la secretaria del señor Rodríguez ha entrado en su despacho y ha encontrado el cadáver de su jefe. Como era temprano estaba sola en la planta, y los de abajo han tardado un poco en escuchar sus gritos. Han llamado a Emergencias a las ocho y treinta y ocho minutos. Nosotros estábamos cerca y hemos llegado tres minutos después —se explayó Ortega, consciente de que Samuel siempre quería que le dieran todos los detalles. La agente apartó los ojos y su mirada se oscureció, como si la hubiera asaltado un mal recuerdo—. Lo de ahí arriba es una carnicería, inspector.

—¿Os habéis acercado al cadáver?

—Ni siquiera hemos entrado en el despacho. No ha hecho falta.

—Ya estamos todos —los interrumpió la voz de Montse. Acababa de entrar en el edificio seguida de David y Fran, que llevaban una cara de sueño considerable.

—Si todavía os estáis quitando las legañas, me vais a servir de poco —recriminó Samuel, medio en broma, medio en serio. No entendía que la gente no madrugase un poco para aprovechar bien el día.

—El día que tengas un bebé de cuatro meses que llora de noche y duerme de día, hablamos —espetó David, que no parecía llevar demasiado bien eso de ser padre primerizo.

—Yo hoy tenía el día libre, así que ayer salí. Y ahora tengo resaca —dijo Fran sin manías.

—Pues yo estoy estupenda —dijo Montse alegremente, con su buen humor habitual. Con la de cosas que veían en su trabajo, a Samuel le costaba comprender cómo conseguía Montse mantener su optimismo ante la vida—. Por cierto, los de la Científica llegarán en diez minutos. La jueza tampoco tardará en llegar.

—Quinta planta. Saliendo a mano derecha —informó Ortega al ver que se encaminaban hacia el ascensor.

—Gracias, Ortega —dijo Samuel.

Los cuatro entraron en el ascensor y Samuel pulsó el botón del quinto piso.

—¿Ya estáis saliendo? —preguntó Montse. A parte de un optimismo desmesurado, también tenía una indiscreción desmesurada.

—No es asunto tuyo —respondió Samuel, muy tranquilo.

—Ni están saliendo ni han follado. Ortega le ha mirado el culo con muchas ganas —dijo Fran.

—Además, olvidas que, después de Lorena, el jefe no quiere nada serio con nadie —apuntó

David.

Joder, ya estaban otra vez metiendo las narices en su vida sentimental.

—No deberías haber dejado escapar a Lorena, jefe. Con lo caros que son los dentistas, vale la pena casarse con una —dijo Montse con una sonrisa socarrona.

—A ver si voy a empezar a abrir expedientes y procurar que os envíen a destinos donde lo más memorable que haréis será ayudar a viejecitos a cruzar la calle —amenazó Samuel.

Montse, David y Fran eran su equipo y eran casi como su familia, pero cuando metían las narices en su vida sentimental quería darles una patada en el culo.

Y encima no se tomaron su amenaza demasiado en serio, porque como toda respuesta recibió el sonido de varias risas suaves. Para hacerlos cambiar de tema, les transmitió la información que le había facilitado Ortega.

La puerta del ascensor se abrió. El pasillo estaba custodiado por otros dos agentes uniformados a los que también conocían. Ambos lucían una palidez poco habitual en ellos.

—Perea, Navarro —saludó Samuel.

—Señores —saludó la agente Navarro. Señaló una puerta abierta—. Es ese despacho de ahí. Tienen un baño justo en frente.

Ni Perea ni Navarro hicieron el gesto de acompañarlos hasta el despacho.

Samuel y su equipo caminaron decididos hacia la puerta que les habían indicado. Después de doce años en la Policía y cinco investigando homicidios, había pocas escenas del crimen que lo sorprendieran. Sí que lo afectaban, porque demasiado a menudo no comprendía por qué la crueldad humana, o la incapacidad de pensar en el daño que se está haciendo a otra persona, podía llegar tan lejos.

Esta escena logró sorprenderlo y asquearlo por igual. Soltó un resoplido.

Entró en el despacho. Como no era posible acercarse más, se quedó pegado a la puerta, dejando espacio para que su equipo también pudiera entrar y observar.

—Joder —fue la reacción de Montse.

—Virgen Santa —dijo David.

Fran aspiró ruidosamente.

—Voy a potar —dijo, y salió corriendo en dirección al baño.

Samuel no pensaba recriminárselo. No descartaba acabar usándolo él también. El olor a sangre se filtraba por los agujeros de la nariz y llegaba al cerebro con demasiada intensidad.

Montse, siempre preparada, sacó varias mascarillas de su mochila y las repartió.

Bernardo Rodríguez, o lo que quedaba de él, estaba sentado tras su escritorio. Apoyaba la cabeza contra la silla y los brazos colgaban por fuera de los reposabrazos, en una posición que hacía resaltar su prominente y redondeado abdomen.

Había sangre por todas partes. Mesa, suelo, paredes. Incluso en el techo.

Pero la visión de la sangre y su hedor no era lo que más impresionaba, sino el estado del cadáver. Alguien se había ensañado con el señor Rodríguez.

Tenía un profundo corte en la garganta que había sangrado mucho y había convertido su camisa blanca en una mancha roja. El cuerpo estaba cubierto de cuchilladas. Las orejas habían desaparecido. Los ojos tampoco habían salido bien parados.

Escuchó a Fran regresar del baño y detenerse en la puerta. Cinco segundos después, volvió a salir corriendo. Ni Samuel, ni David, ni Montse dijeron nada, y eso que el sensible estómago de Fran solía ser motivo de guasa entre ellos.

Samuel consiguió apartar la mirada del cadáver y observar el despacho. Todo parecía en orden, excepto varios sobres que había en el suelo, cerca de la puerta. Supuso que la secretaria

había entrado en el despacho del jefe para dejarle el correo de la mañana encima del escritorio y, al ver el cadáver y asustarse, había dejado caer los sobres al suelo.

Fuera del despacho, se escuchó el sonido de las puertas del ascensor al abrirse y varias voces que se saludaban. Las reconoció todas.

—Los de la Científica ya están aquí. Reunámonos en el pasillo —dijo Samuel.

Después de intercambiar los saludos correspondientes con los compañeros recién llegados, Montse, David y un pálido Fran lo rodearon.

—A falta de las primeras observaciones de Castell y su equipo, la primera impresión es que es un crimen pasional —dijo Samuel, sabiendo que su equipo interpretaría bien el significado de “pasional”. No tenía por qué ser un crimen amoroso, sino que podría tratarse de un familiar o un amigo muy cercano.

Los otros tres asintieron. Sobre este punto no había mucha discusión posible.

—Montse, averigua los nombres y direcciones de la familia más cercana de Bernardo Rodríguez. Me suena que era viudo, pero asegúrate. Mujer, pareja, hijos... Iremos tú y yo a darles la noticia y quiero ver cómo reaccionan. —Montse asintió—. David, encárgate de las imágenes de las cámaras de seguridad. Quizá tenemos suerte y hay alguna dentro del edificio, aunque no me lo ha parecido. A ver si podemos confeccionar un listado de todas las personas que han entrado y salido del edificio en las últimas veinticuatro horas. —Ahora fue David quién asintió—. Fran...

—Empleados —lo interrumpió éste.

Samuel lo fulminó con la mirada. Hacía tres años que trabajaban juntos y el chaval todavía no había aprendido que Samuel no soportaba que le interrumpiesen.

—Perdón... —dijo Fran como si se viera obligado a tener mucha paciencia. Samuel decidió no tenérselo en cuenta porque quería empezar a investigar cuanto antes.

—Fran, tú te encargarás de los empleados. Quiero una ficha para cada uno de ellos, con sus datos y las horas a las que llegaron y se fueron ayer. Aprovecha para preguntarles por su relación con Bernardo Rodríguez y cuándo lo vieron vivo por última vez.

—Qué mierda de tarea, pero a la orden, jefe.

—No me interesa tu opinión. Necesitarás ayuda. Llama a la oficina y que te envíen a alguien. Tratándose de Bernardo Rodríguez, el inspector jefe no te lo negará —dijo Samuel—. Yo iré a ver si la secretaria ya está en condiciones de hablar. En marcha.

Se separaron, cada uno perfectamente concentrado en su tarea. Esa era una de las cosas que más satisfacía a Samuel del equipo que tenía: en cuanto se ponían a trabajar, nada los distraía.

Aunque todavía estaba muy afectada, la secretaria fue capaz de contarle que solo hacía dos meses que trabajaba para Bernardo Rodríguez. Ella llegaba cada mañana a las ocho y quince minutos. Alrededor de las ocho y treinta minutos dejaba el correo de la mañana en el escritorio de su jefe, que solía llegar alrededor de las nueve si no estaba de viaje ni tenía alguna reunión fuera. El día anterior, la secretaria se fue a su casa a las cinco y cuarto de la tarde, y Bernardo Rodríguez estaba vivo. Parecía tranquilo y serio, como siempre. Al parecer, no era un hombre que destacara por ser de trato especialmente agradable, pero era correcto.

Todavía debían confirmar toda esa información, pero de entrada Samuel se inclinaba por creer lo que la secretaria contaba. La intuición se lo decía, y Samuel sabía que podía fiarse de su intuición.

También habló con la chica joven que lloraba en silencio. Era la recepcionista, y llevaba dos días haciendo una sustitución. Apenas conocía a los trabajadores de la empresa y le habían dicho que no se preocupara, que nunca se intentaba colar nadie indeseado. Así que, según las palabras de la chica, cualquiera habría podido entrar en el edificio y ella no se lo habría impedido.

También añadió, con bastante apuro, que la tarde anterior, antes de cerrar las puertas, había dado una vuelta por el edificio pero había omitido la planta de presidencia y el aparcamiento. Dio por sentado que el señor Rodríguez ya no estaría.

Montse no tardó en reunirse con él con la información requerida.

—Tenías razón, el señor Rodríguez era viudo. Sin pareja actual conocida. Sin padres que le sobrevivan ni hermanos. La primera mujer murió en un accidente de tráfico poco después de divorciarse y la segunda murió de cáncer hace algunos años —dijo, leyendo las anotaciones que había hecho en su bloc—. Tiene un hijo de la primera mujer, Iván. De la segunda mujer tiene una hijastra, Valeria Aguilar. El hijo tiene veintisiete años y todavía vive en casa del padre. Sin oficio conocido. Dicen que es un poco especial, sin especificar por qué. Y atención a lo siguiente: al parecer, la relación con la tal Valeria Aguilar es mala, hasta el punto que tiene prohibida la entrada en este edificio.

—Esto se pone interesante —dijo Samuel, arqueando las cejas.

—Tengo la dirección de la casa de Rodríguez, pero de la hijastra por ahora solo he conseguido la empresa donde trabaja. Siglo XXII, se dedican a la gestión de centros comerciales.

—Empezaremos por el hijo —decidió Samuel. Algo le decía que debían empezar por él. El detalle de la mala relación con la hijastra era llamativo, pero la descripción de un joven de veintisiete años, especial, que vivía con su padre y no tenía oficio conocido, requería su atención.

Sin embargo, nadie contestó al timbre de la lujosa mansión de Bernardo Rodríguez. Y el móvil de su hijo Iván estaba apagado. Montse no había conseguido más información que les diera una pista de por dónde buscarlo, porque en la empresa lo conocían muy poco.

—Vamos directamente a ver a la tal Valeria —dijo Samuel—. Por el camino llamaré a la jueza para que nos emita una orden de registro para la casa de Rodríguez. Con suerte la tendremos esta misma mañana.

—Valeria Aguilar, la oveja negra de la familia —dijo Montse—. Me pregunto cómo debe de sentirse ser la hijastra rechazada de uno de los hombres más ricos del país.

—Tiene números para estar un poco amargada —observó Samuel.

—Si no puede entrar en el edificio, seguro que Bernardo Rodríguez la tiene fuera del testamento. O quizá estaba a punto de desheredarla. ¿Hacemos una apuesta?

—Montse, no empieces con tus apuestas... —la amonestó Samuel—. Sabes que no me gustan este tipo de especulaciones.

Ella resopló.

—Eres tan correcto y tan perfecto que a veces das asco, Schwartz.

Miércoles 21 de octubre, sobre las 10.30 o las 11 horas

Valeria asomó la cabeza al pasillo y comprobó a lado y lado que no se acercara nadie.

Vacío. Tenía vía libre.

Abandonó su despacho y avanzó rápidamente en dirección al despacho de Julia. Sujetaba con mucho cuidado el pequeño paquete que llevaba en las manos.

Se detuvo justo antes de entrar en el despacho, pegada a la pared, y espió su interior. Julia estaba ante el ordenador, dando la espalda a la puerta. María Jesús, su compañera de despacho, no estaba, tal y como Valeria había previsto. Era su hora del cigarrillo matutino con su posterior visita al baño. Eso le daría unos minutos.

Con mucho cuidado, desenvolvió el delicado paquete procurando no hacer ruido. Del bolsillo extrajo los otros complementos con los que venía equipada y acabó de prepararlo todo.

Ya estaba lista.

Cogió aire y... entró en el despacho.

—Cumpleaaaaaños feliiiiiiiiz... Cumpleaaaaaños feeeeliiiiiz...

Julia hizo girar su silla para encararse hacia la puerta. La expresión entre sorprendida y contrariada se suavizó al ver a Valeria, solo a ella, sujetando el pequeño pastel con una vela encima. Esta acabó de cantar la canción y depositó el pastel delante de su amiga.

—Feliz cumpleaños, Julia —deseó, dándole un beso en la mejilla—. Ya sé que este año no querías ni felicitaciones ni celebraciones en la oficina, ¿pero cómo podía dejarte sin tu tarta de chocolate preferida y sin soplar al menos una velita?

La barbilla de Julia tembló y se le humedecieron los ojos.

—Ay, Valeria, eres un caso —dijo, emocionada.

Sin molestarse a contener el llanto, Julia la abrazó con tanta fuerza que la dejó sin respiración.

—¿Qué haría sin ti? —preguntó entre sollozos.

—Si sigues apretando así, lo descubrirás pronto —dijo Valeria con voz ahogada.

—Perdona...

Valeria dio otro beso a Julia, que seguía derramando lágrimas mientras observaba la pequeña tarta.

—Venga, pide un deseo y sopla —dijo Valeria.

—Que Daniel se muera hoy mismo fulminado por un rayo. Y que le duela mucho. Y que antes sea consciente de que se le ha caído la polla —dijo Julia como si ya lo hubiera pensado antes, y sopló con tanta fuerza que la vela se apagó y cayó sobre el escritorio.

—Así me gusta, pensamiento positivo.

—Ay, ahora mismo no soy capaz de otra cosa —suspiró Julia mientras se secaba las lágrimas. Acto seguido cogió el pastel y lo mordió sin complejos, sin importarle que le quedaran los labios y la punta de la nariz cubiertos de chocolate.

Una semana y media atrás, Julia pidió permiso en el trabajo para llegar pronto a casa. Quería dar una sorpresa a su novio de casi siete años, que tenía unos días de vacaciones.

Vaya si lo sorprendió.

Concretamente, en la cama con la vecina del sexto segunda, una mujer de algo más de cuarenta años que estaba casada y tenía dos hijos. Valeria no veía qué importancia tenía la edad y la cantidad de hijos de la amante de Daniel, pero al parecer para Julia la tenía, y mucha, porque eran detalles que no paraba de repetir.

El descalabro pilló a Valeria en un momento en el que tenía sus propios problemas, que procuraba mantener bien escondidos, pero ayudó a Julia en todo lo posible: en su precipitada mudanza a casa de su madre, en el consuelo que necesitaba. También le habría gustado ser capaz de respetar su deseo de no celebrar su cumpleaños, pero fue incapaz de resistirse.

—Así que estabas aquí —las sobresaltó una voz.

Manuel, el jefe de nuevos proyectos, las observaba desde la puerta con una carpeta bajo el brazo. Bueno, concretamente la miraba a ella, a Valeria.

—¿Me buscabas? —preguntó ella.

—La reunión del tercer miércoles de cada mes, Valeria... —dijo Manuel con un suspiro—. ¿Cómo es posible que sigas olvidándote?

Valeria se cubrió la boca con las manos, horrorizada.

—¿He vuelto a olvidarme! ¿Se ha enfadado el jefe?

—Te he cubierto. He dicho que estabas acabando de cuadrar unas cuentas para que fueran a nuestro favor. Ya sabes que si se trata de pagar menos impuestos, el jefe te lo perdona todo —explicó Manuel.

Ella se relajó, aliviada y muy agradecida. No sería la primera vez que se llevaba una buena bronca por no acudir a una reunión.

—Muchas gracias, Manuel, de verdad.

Él no contestó, porque había dejado de prestarle atención. Tenía los ojos clavados en Julia que, ajena a su conversación, había seguido atacando su tarta de chocolate, relamiéndose dedos y labios.

Valeria sonrió. Desde que Manuel había entrado a trabajar en la empresa, era más que evidente que sentía debilidad por Julia. Era un tipo guapo, un auténtico trozo de pan pero muy seguro de sí mismo, y Valeria solo lo había visto tartamudear y sonrojarse ante Julia. Valeria nunca había dicho nada porque Julia estaba con Daniel, pero ahora las cosas habían cambiado...

—Bueno, pues voy a trabajar un poco. Al menos que parezca que estoy evitando gastos a la empresa —dijo sonriendo a Julia, que por primera vez en una semana parecía un poco feliz. Definitivamente, el chocolate hacía milagros.

Su amiga le devolvió la sonrisa.

—Eres un cielo, Valeria. Me has alegrado el día.

Manuel parecía haberse quedado petrificado observando a Julia, y Valeria prácticamente tuvo que empujarlo para poder salir del despacho.

—Dale un par de meses. Entonces podrás pasar a la acción —le susurró a sus espaldas.

Él dio un respingo y se giró un poco hacia ella, avergonzado.

—Yo no... ¿Cómo... —tartamudeó, con las mejillas encantadoramente sonrojadas.

Valeria le guiñó un ojo y emprendió el camino de regreso a su despacho, disimulando lo que dolía que Manuel nunca la hubiera mirado así. En realidad, ahora ya no dolía como antes, pero quedaban los restos del deseo de ser observada de esa manera. Nunca nadie la había mirado así, con ese... ardor. Ni siquiera sus dos exnovios. Y encima los dos la habían abandonado por el mismo motivo: porque era “demasiado”. Demasiado caótica, demasiado fuerte, demasiado feliz, incluso la habían acusado de ser demasiado frívola y superficial.

Pero, ¿qué querían que hiciera? Ella era así, no sabía ser de otra manera. No podía comprarse otra personalidad.

Sin embargo, lo que más dolió de esas rupturas fue que sus ex ni siquiera se habían dado cuenta de que no era ni tan fuerte, ni tan feliz como aparentaba. Solo sabía esconder bien sus miedos, debilidades y preocupaciones. Años atrás, tuvo que aprender a hacerlo por una cuestión de supervivencia.

Pero, al parecer, se había acabado convirtiendo en una mujer que asustaba a los hombres. O que solo la apreciaban como amiga, como Manuel.

Se sentó ante su escritorio con un suspiro. Había una cosa que no podía negar: era un auténtico caos. El desorden de su mesa lo atestiguaba. Suerte que a la hora de trabajar cumplía con creces (excepto en la parte de las reuniones que olvidaba anotar en la agenda), o la habrían echado de patitas a la calle mucho tiempo atrás.

Movió el ratón para que se desactivara el salvapantallas de su ordenador. En el monitor apareció la portada del periódico económico que estaba ojeando justo antes de ir en busca de Julia. En ese momento, la página se actualizó sola y el titular principal cambió.

Lo que leyó la dejó petrificada.

“Bernardo Rodríguez, asesinado”.

Tuvo que leerlo varias veces para asegurarse de que no se equivocaba con el nombre.

No podían referirse al marido de su madre. Seguro que era otro Bernardo Rodríguez.

Un sudor frío le cubrió la espalda, y no necesitaba un espejo para saber que había palidecido. Las manos le temblaban.

Sin conseguir controlar el temblor, guio el ratón para pinchar en ese horrible titular. La noticia solo contenía un párrafo porque era una exclusiva de última hora. Por ahora, la única información disponible era que Bernardo Rodríguez, propietario de la cadena de tiendas de ropa Cool, había aparecido asesinado en su despacho.

Valeria se cubrió la boca con una mano.

—Dios mío.

Iván.

“Iván, ¿qué ha pasado?”.

Se apresuró a coger su teléfono y tecleó un número. Ya tenía el dedo sobre la pantalla, dispuesta a pulsar el botón de llamada, cuando se detuvo.

Un momento.

Estaba siendo descuidada.

No debía precipitarse.

Nunca usaba su móvil para hablar con Iván. Para eso tenía su móvil secreto. Pero su móvil secreto estaba en casa, porque el día anterior lo había puesto a cargar y había olvidado cogerlo.

Sabía que, antes o después, la policía vendría a hablar con ella. Su mala relación con Bernardo no era un secreto, seguro que estaría en la lista de sospechosos y que, por lo tanto, revisarían sus llamadas. No podían encontrar nada que la vinculara a Iván.

Pero necesitaba hablar con él.

Se maldijo para sus adentros. ¿Por qué era tan desastre y había olvidado en casa el teléfono secreto el peor día posible?

No podía quedarse ahí lamentándose, tenía que ponerse en marcha.

Abandonó la silla como si quemara, cogió su chaqueta y se la puso mientras avanzaba rápidamente por el pasillo en dirección a las escaleras. Descendió los dos pisos con rapidez, pero sin que pareciera sospechoso.

—He olvidado el desayuno. Salgo rápido a comprarme algo para comerlo mientras trabajo — dijo a Carmen, la recepcionista—. ¿Necesitas algo?

—No, gracias, cielo.

Valeria le sonrió y abandonó el edificio. La cafetería más cercana, donde solían ir a desayunar, estaba a tan solo un minuto de la oficina. Entró allí y se acercó a la barra. Tranquilamente, como si no pasara nada fuera de lugar.

Echó un vistazo rápido al televisor. Si la noticia ya estaba en los periódicos, también estaría en televisión. Afortunadamente, ese día estaba apagado.

—Hola, Juan. Un bocadillo de salchichón, por favor —pidió al camarero que se le acercó—. Voy a hacer un recado mientras me lo preparáis, ¿de acuerdo? En seguida vengo a buscarlo.

—Claro, Valeria.

Abandonó la cafetería y caminó calle abajo, hacia la esquina. Ahora sí que se apresuró, sin llegar a correr. La cabina telefónica que buscaba no estaba precisamente cerca. Y aún podía considerarse afortunada de que todavía quedara esa cabina en pie tan cerca de su trabajo.

El camino se le hizo eterno, pero al fin llegó a su destino.

Y el teléfono marcaba línea. Definitivamente, estaba siendo muy afortunada.

Introdujo las monedas en la ranura y marcó el número secreto de Iván.

Al otro lado de la línea solo se escuchaba silencio.

Al fin, una voz contestó.

Teléfono apagado o fuera de cobertura.

—Mierda.

Decidió arriesgarse y marcó el número de Iván que tenía todo el mundo.

También estaba apagado o fuera de cobertura.

—Mierda y mierda.

Colgó el auricular, recuperó las monedas que el aparato le devolvió y emprendió el camino de regreso. Pasó por la cafetería, recogió el bocadillo y caminó hacia la oficina.

En la puerta había aparcado un coche que, a pesar de ser gris y no llevar distintivos, supo que era de la policía.

No se detuvo, pero se le puso la piel de gallina y aminoró un poco la marcha. Respiró hondo para darse fuerzas y entró en el edificio.

En recepción, delante de Carmen, había un hombre y una mujer que le daban la espalda.

—Ya estoy de vuelta, Carmen —dijo.

La recepcionista no contestó con su amabilidad habitual. Parecía incómoda. Preocupada.

—Estos señores han venido a verte, Valeria —dijo.

Ella se detuvo de golpe y arqueó las cejas, como si no tuviera idea de qué iba la cosa ni fuera capaz de imaginárselo.

—Ah.

El hombre y la mujer se giraron para mirarla. La mujer tendría unos treinta años, alguno más o menos. Cabello y ojos marrones, no era especialmente guapa pero sus rasgos decididos la hacían atractiva. Observó a Valeria de arriba abajo con interés, como si estuviera valorándola.

Cuando posó los ojos sobre el hombre, Valeria dio las gracias por no sonrojarse nunca. Ella creía que los policías buenorros solo aparecían en las películas y las series de televisión. No era que este se pareciera a un actor de Hollywood, pero sus ojos azules, grandes, la dejaron mentalmente boquiabierto. También la nariz fina, los labios carnosos, la barba de tres o cuatro días perfectamente recortada. Llevaba el cabello castaño más bien corto, pero no tenía ni un solo pelo fuera de lugar. Todo él transmitía tanta sensación de pulcritud y perfección que se sintió

acomplejada. Ella era incapaz de plancharse bien las camisas, mientras que la ropa de ese hombre no tenía ni una sola arruga.

Tampoco parecía tener ningún músculo fuera de lugar, por cierto.

Mmm, quizá no debería pensar esas cosas del policía que no tardaría ni cinco minutos en añadirla a su lista de sospechosos. Si es que no lo había hecho ya.

—¿Es usted Valeria Aguilar? —preguntó la mujer.

—La misma —dijo Valeria, con una pequeña y afable sonrisa, que sabía que solo transmitía inocencia.

—Somos los inspectores Schwartz —dijo la mujer, señalando al hombre, mientras ambos le mostraban rápidamente su placa— y Coronado. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

Valeria perdió la sonrisa, fingiendo que empezaba a darse cuenta de que no habían venido a visitarla para charlar del tiempo.

—Sí, claro... ¿Va todo bien?

—Si dispone de despacho privado, será un buen lugar donde hablar —dijo el inspector Schwartz con una voz que le puso la piel de gallina.

Al parecer su cabeza tenía claro que no debía dejarse impresionar ni despistar por cuestiones tan superficiales como una cara bonita y una voz, pero el resto de su cuerpo no. La piel de gallina fue seguida por un escalofrío y un cosquilleo que la recorrieron desde la raíz del cabello hasta la punta de los dedos de los pies. Sí, su cuerpo parecía sentir mucha curiosidad por el inspector Schwartz.

Era increíble. Y lamentable.

En fin. Iba a ignorar por completo todas esas sensaciones tan inoportunas. Necesitaba centrarse en fingir que todavía no sabía nada. Debía mantener la mentira que todo el mundo creía.

Lo que fuera por proteger a Iván.

Miércoles 21 de octubre, 11.27 horas

Dulce caos.

Esas fueron las palabras que acudieron a su mente cuando vio a Valeria Aguilar por primera vez.

Lo cual era absurdo, porque no había nada agradable en el caos. Samuel odiaba el caos. El mundo era un lugar desastrosamente caótico, y hacerse policía era la manera que había encontrado de aportar su granito de arena para intentar ordenarlo un poco.

Los problemas familiares eran una variedad de caos. Y ciertos tipos de problemas familiares solían dejar algún tipo de marca en la gente. Por lo poco que sabía de Valeria Aguilar, había esperado encontrarse a una persona o bien acomplejada, puede que incluso algo retraída, o bien endurecida y amargada.

Sin embargo, la mujer que tenía delante, que debía de ser cuatro o cinco años más joven que él, destilaba fortaleza y dulzura.

Y el caos.

Sin ir despeinada, se notaba que se había recogido el cabello negro sin preocuparse por si cada mechón estaba en su sitio. En su chaqueta había algunas deladoras arrugas, nada exagerado, pero que evidenciaban que Valeria Aguilar no tenía una percha en la entrada de casa. Y los bajos de los tejanos, doblados hacia fuera para compensar el exceso de longitud, eran ligeramente desiguales.

Pero había algo más.

Obviamente, ahora también destilaba preocupación. Todo el mundo se preocupaba cuando recibía una visita inesperada de la policía y le pedían un lugar en el que hablar en privado. Y bien que hacían. No solían ser portadores de buenas noticias.

Sin embargo, ese “algo más” no era la preocupación. Era otra cosa. Algo que no lograba identificar.

La voz cristalina de la mujer interrumpió sus pensamientos.

—Claro —dijo, contestando a su petición de hablar en un lugar privado—. Por aquí, por favor.

Al seguir caminando para precederlos hacia el ascensor, Samuel descubrió que la cola alta con la que la señorita Aguilar recogía su melena era bastante más larga de lo que había imaginado. El recogido prácticamente le llegaba hasta la cintura. Tenía el cabello espeso y fuerte. Brillante y sedoso.

¿En serio? ¿Espeso y fuerte? ¿Brillante y sedoso? ¿Qué demonios hacía fijándose en esa tontería?

Aunque se sintió un poco mejor cuando, de reojo, vio a Montse observar la melena de la señorita Aguilar con las cejas arqueadas y expresión impresionada.

La puerta del ascensor se abrió y la señorita Aguilar entró primero. Pulsó el botón del segundo piso y se situó en el fondo del habitáculo, pegada contra la pared. Les dedicó una sonrisa forzada

y, en un gesto inconsciente, se cerró la chaqueta sobre el cuerpo, como si intentara protegerse. Después paseó la mirada por varios puntos del ascensor, pero sin mirarlos directamente.

Sí, ese era el efecto que solían provocar. Y ya les venía bien, porque así Montse y él aprovecharon para observarla.

Tenía la piel bastante blanca, con algunas pecas diseminadas por las mejillas y la nariz respingona. Tenía las facciones suaves, agradables, con una boca redondeada y sexy. Se preguntó qué aspecto tendrían esos labios alrededor de su...

Uooo, ¿en serio había pensado eso?!

Apartó la mirada y se obligó a centrarse. No estaba allí para admirar una cara bonita. Estaba allí para determinar si Valeria Aguilar era una posible sospechosa del asesinato de Bernardo Rodríguez.

La puerta del ascensor se abrió. Montse y él salieron primero y se apartaron a un lado.

—Por aquí —murmuró la señorita Aguilar, guiándolos por un pasillo de suelo de parqué en perfecto estado.

Entraron en un luminoso despacho de tamaño nada desdeñable. Desde luego, era bastante más grande que el cubículo que le habían asignado a él por despacho.

Pero el desorden que reinaba allí le puso los pelos de punta. El escritorio estaba cubierto por montones mal hechos de papeles, algunos amenazando con mezclarse entre sí. Bolígrafos y lápices diseminados por aquí y por allá. Tres paquetes de pañuelos. Dos botellas de agua empezadas. Una grapadora dejada de lado.

Las manos de Samuel casi le dolían de la necesidad de lanzarse a poner orden, así que se obligó a mantenerlas en los bolsillos de la chaqueta. Miró a Montse, que lo miraba divertida. Obviamente, sabía qué estaba pensando. Con la mirada le señaló un rincón del despacho.

Madre mía.

Una estantería con archivadores de distintos tipos y tamaños. Bien etiquetados, pero con hojas sobresaliendo por arriba y unos colocados más adelante que otros. Y, a falta de espacio en los estantes, unos cuantos archivadores se acumulaban en el suelo.

Era una auténtica pesadilla para sus ojos.

Sin embargo, también otros detalles llamaron su atención. Las alegres fotografías, colgadas en la pared con chinchetas, de lo que parecían amistades. En los estantes y la mesa, dispuestos sin orden, muñecos de las películas *Dentro del laberinto*, *Los Goonies*, *La Princesa Prometida*, *El laberinto del fauno* y *El Rey León*. No le costó reconocerlos, a él también le gustaban esas películas. También había un par de Minions. Oh, incluso un Bender de la serie *Futurama*.

Esta Valeria Aguilar estaba resultando ser alguien interesante.

Pero había algo más, se recordó. Algo que no conseguía señalar, pero su intuición, su olfato policial, se lo decía.

La señorita Aguilar se quitó la chaqueta, dejando al descubierto un cuerpo de piernas largas y muchas curvas.

Se fijó en ello solo por motivos profesionales, porque su trabajo consistía en observar mucho. Solo por eso.

La señorita Aguilar fue a dejar su chaqueta encima del respaldo de una de las sillas que había delante del escritorio. En el último momento se lo repensó y miró a su alrededor con aire despistado. Como si acabara de descubrir que estaba ahí, se dirigió a la percha que había al lado de la puerta y colgó la prenda allí. Samuel tuvo que esforzarse para no poner los ojos en blanco.

—Séntense, por favor —dijo, señalándoles las sillas de delante del escritorio.

Samuel, en cambio, le señaló la pequeña mesa de reuniones junto a una ventana.

—¿Qué le parece si nos sentamos allí?

—Claro —dijo ella, encogiéndose de hombros como si no le importara.

Curioso. Normalmente, a la gente sí le importaba. Las sillas de trabajo que había tras un escritorio eran mejores y algo más altas que las que destinaban para las visitas. Entre la pequeña diferencia de altura y la distancia que marcaba el escritorio, las personas a las que visitaban solían sentirse más seguras.

En cambio, en la mesa de reuniones estarían a la misma altura y más cerca. A ellos les sería más fácil observar sus reacciones, y ella no se sentiría tan protegida.

Una vez sentados, fue Montse la que habló. Ya lo tenían acordado así.

—Me temo que tenemos una mala noticia, señorita Aguilar.

Samuel la observó fruncir el ceño con preocupación.

—Su padrastro, el señor Bernardo Rodríguez, ha fallecido.

—¿Qué? —preguntó la señorita Aguilar. Era la típica pregunta fruto de la consternación, porque por su expresión era evidente que había entendido a Montse perfectamente.

—Lo sentimos mucho.

La señorita Aguilar tardó unos segundos en volver a hablar.

—Pero... ¿qué ha pasado? ¿Por qué me lo notifican ustedes? ¿Ha tenido un accidente?

—Me temo que el señor Rodríguez ha sido asesinado.

—¿Que qué? —dijo ahora la señorita Aguilar con auténtico asombro.

—Su cuerpo ha sido encontrado en su despacho esta mañana, hace unas tres horas.

Esta vez la señorita Aguilar no dijo nada, sino que se cubrió la boca con una mano, intentando asimilar la información. Después, se recostó en el respaldo de la silla, todavía incapaz de hablar. Finalmente, con un suspiro, dejó caer los brazos a un lado.

—No sé qué decir.

—No parece afectada —intervino Samuel.

La señorita Aguilar dio un pequeño respingo, como si no esperara que él hablara. Pero tenía que hacer el comentario, porque era evidente que la señorita Aguilar estaba consternada, pero no afectada.

Ella lo miró y abrió la boca para hablar, pero en el último momento se lo repensó. Reflexionó mientras lo miraba con sus ojos casi negros, grandes, de pestañas largas. Profundos.

Cuando habló, se notó que escogía sus palabras con cuidado.

—Obviamente, lamento lo que le ha pasado a Bernardo. Me parece horrible y despreciable que alguien le haya hecho daño. Pero imagino que, si ya han estado en la sede de Cool, ya han hablado con gente y saben que no nos llevamos bien. De hecho, hace años que no hablamos.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió bruscamente y una mujer rubia, guapa, con expresión alarmada y la mejilla un poco manchada de... ¿chocolate?, empezó a entrar en el despacho mientras hablaba.

—Valeria, ¿has visto el periódico? Hablan del marido de tu madre...

Cuando se dio cuenta de que la señorita Aguilar no estaba sola se interrumpió. Samuel intercambió una mirada con Montse. ¿La noticia ya estaba en el periódico? Eso había sido rápido. Seguramente había batido algún récord. Pero se trataba de Bernardo Rodríguez, no debía sorprenderlos.

—Estos señores son policías —dijo la señorita Aguilar con suavidad.

—Ah. Perdón —respondió la mujer, comprendiendo que la noticia ya había llegado a ese despacho.

—Luego iré a verte —añadió la señorita Aguilar.

La mujer se limitó a asentir y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí con delicadeza.

—Si la noticia ya está en los medios de comunicación, ¿quiere decir que ya saben quién es el... —La señorita Aguilar se interrumpió, como si usar la palabra “asesino” o “culpable” le resultara demasiado extraño. Para mucha gente lo era—. ¿Ya saben lo que pasó?

—Es demasiado pronto —se limitó a contestar Samuel—. ¿Por qué usted y su padrastro no se llevaban bien?

Al escuchar la palabra “padrastro”, la señorita Aguilar apretó los labios en un pequeño gesto de disgusto. A Samuel no le había pasado desapercibido que la mujer rubia se había referido a Bernardo Rodríguez como “el marido de tu madre”.

Ella no contestó en seguida, sino que se quedó mirándolos. Ahora a él, ahora a Montse. Como si estuviera comprendiendo algo.

—No saben quién ha sido. Y, como Bernardo y yo tenemos una mala relación, estoy en los primeros puestos de la lista de sospechosos, ¿no? —dijo.

No parecía ni preocupada, ni incómoda, ni molesta. Lo había dicho como si se limitara a constatar un hecho.

Eso también era curioso. La simple idea de estar en una lista de sospechosos de asesinato solía poner de los nervios a la gran mayoría de gente.

En cualquier caso, a Samuel le gustó que fuera tan directa. Sonrió.

—Comprenderá que tenemos que valorar todas las posibilidades —dijo.

Los ojos grandes y profundos de la señorita Aguilar se deslizaron por su rostro y se detuvieron en sus labios.

Fue solo un momento, pero la suavidad de esa mirada, y el hecho de que se fijara en sus labios, le resultó agradable. Demasiado agradable.

Ella suspiró con resignación.

—Sí, claro, lo entiendo, pero... —dijo. Frunció los labios y negó levemente con la cabeza, como si supiera que, dijera lo que dijera, estaría en esa lista de sospechosos—. Bernardo y yo no nos llevamos bien porque es un cabro... Perdón. Es una mala persona.

Interesante.

—Es un maltratador psicológico y un amargado —aclaró la señorita Aguilar. Su expresión se volvió a sombría—. Mi madre... la anuló por completo. La convirtió en la persona más triste sobre la faz de la Tierra. Pero yo siempre le respondía, y le decía las verdades a la cara. Y eso a Bernardo no le gusta... perdón, no le gustaba.

—¿Cuántos años tenía usted cuando su madre y Bernardo se casaron?

—Quince. Me fui de casa a los veintidós, en cuanto acabé la carrera y empecé a trabajar aquí.

—Nos han comentado que no le está permitido entrar en las oficinas centrales de la empresa del señor Rodríguez —dijo Samuel.

La expresión de la señorita Aguilar se ensombreció todavía más, pero habló con voz monótona, carente de emoción.

—Hace ocho años mi madre enfermó de cáncer. No negaré que Bernardo le pagó todos los tratamientos posibles, pero la hacía sentir mal por estar enferma. Y a mí no me permitía entrar en su casa para visitarla, así que fui varias veces a su oficina para cantarle las cuarenta. Al final me prohibió la entrada.

—Debió de enfadarse mucho —apuntó Montse.

La señorita Aguilar resopló.

—Sí, pero no como para asesinarle después de tantos años.

“Le sorprendería saber lo que dura el rencor de algunas personas”, pensó Samuel, pero se

abstuvo de decirlo en voz alta.

—Mi madre murió hace cinco años. Desde entonces, no he vuelto a hablar ni tener nada que ver con esa familia.

—¿Con su hermanastro tampoco? —preguntó Samuel.

—¿Con Iván? No.

—¿Con él tampoco se llevaba bien?

Ella se encogió de hombros.

—Ni bien ni mal. No nos llevábamos. Él tiene cuatro años menos. Yo a los quince no tenía demasiado interés en un niño de once años que no conocía de nada.

—¿Él también sufría el maltrato psicológico del señor Rodríguez?

—No, él se salvaba. Era un niño consentido. Majo, pero consentido. Estará destrozado por lo de su padre. ¿Han hablado con él?

—No hemos conseguido localizarlo —admitió Samuel—. ¿Podría ayudarnos con eso?

—Lo siento, no tengo ni su número de teléfono. Ni siquiera sé si todavía vive con su padre —dijo la señorita Aguilar, como si realmente le supiera mal no poder ayudar—. Pero él estará bien, ¿no? No creerán que también...

—No creemos que deba preocuparse. Pero debemos notificarle la mala noticia —dijo Montse.

—Claro. Lo dudo mucho, pero si tengo noticias tuyas les avisaré. ¿Cómo puedo localizarlos?

Mientras Montse procedía a sacar su tarjeta de visita, porque de este tipo de llamadas siempre se encargaba ella, Samuel aprovechó para observar a la señorita Aguilar. Parecía afectada por la conversación, pero tranquila y libre de culpa.

Y aún así...

Samuel no se libraba de esa especie de picor detrás de la oreja, esa sensación de que había algo más.

—¿Se le ocurre quién podría tener interés en hacer daño al señor Rodríguez?

Ella lo miró a los ojos, capturándolo en esa mirada apacible y profunda.

—La verdad, no tengo ni idea. Es... era un cabronazo, pero no lo era con todo el mundo. Con socios y posibles socios siempre era todo amabilidad —dijo—. Con los trabajadores... Imagino que a los hombres los trataba de una manera y a las mujeres de otra, pero no creo que se atreviera a tratarlas mal en público.

—¿A qué se refiere?

—Él lo habría negado, pero Bernardo era bastante machista. Me apuesto lo que quieran a que no hay ninguna mujer en un cargo directivo —explicó—. Por otro lado...

La señorita Aguilar se interrumpió. Se mordió el labio, dubitativa.

—¿Por otro lado? —la animó Montse.

—Es que... no quisiera airear asuntos de manera innecesaria, pero... A mí nunca me cuadró el origen de la fortuna de Bernardo. Las tiendas de ropa le van muy bien, pero antes de eso él ya había ganado mucho dinero con una empresa de conservas. Pero no creo que pudiera sacar tanto dinero de ahí.

—¿Está diciendo que cree que el señor Rodríguez usaba la empresa de conservas para blanquear dinero?

—Eso nunca podría demostrarlo —dijo ella, prudente—. Solo digo que, para mí, había algo raro.

—¿Y de dónde cree que podría salir el dinero que supuestamente blanqueaba?

La señorita Aguilar se encogió de hombros.

—Cualquier cosa que diga será pura especulación o incluso fantasía. No tengo ni idea.

Durante unos segundos, reinó el silencio. A Samuel le pareció que no valía la pena insistir. Por ahora ya tenían suficiente información a partir de la que trabajar.

—De acuerdo. Gracias por dedicarnos su tiempo, señorita Aguilar—dijo Samuel, empezando a levantarse. Las dos mujeres lo imitaron—. Lamentamos haberla importunado con la mala noticia.

—Gracias a ustedes. Oigan... Pregúntenme lo que haga falta, ¿de acuerdo? No me gusta estar en la lista de sospechosos.

—Nadie ha dicho que lo esté —dijo Samuel.

—Si lo estuviera, ¿me lo dirían? —preguntó ella con una sonrisa escéptica.

Samuel sonrió a su pesar. La chica era lista. Y le gustaba que fuera tan directa.

Ella les abrió la puerta del despacho para dejarlos pasar.

—Tengo curiosidad —dijo Samuel—. ¿Qué cargo tiene aquí?

—Soy directora del departamento administrativo.

Teniendo en cuenta el despacho de la señorita Aguilar, Samuel ya había imaginado que ocupaba un cargo directivo. Pero...

—¿Cuántos años tiene? Es joven para un cargo así, ¿no?

Ella se encogió de hombros y sonrió con pocas ganas.

—Se me dan bien los números. Mi antiguo jefe se jubiló hace un par de años y me recomendó para sustituirle. Yo acababa de cumplir los veintinueve, pero tuve suerte. Estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado.

—Me alegro por usted —sonrió Samuel, fingiendo no estar demasiado impresionado. Además, esto confirmaba que la señorita Aguilar era alguien especialmente brillante. A pesar de lo que ella dijera, en las empresas de ese tipo uno no ascendía a cargos directivos si no había motivos para ello—. Que pase un buen día.

Montse también se despidió y se dirigieron al ascensor. Samuel repasó rápidamente la conversación que acababan de mantener con la señorita Aguilar, y consiguió llegar a una conclusión.

Ya sabía de qué intentaba advertirle su olfato.

Miércoles 21 de octubre, 12.25 horas

—Esconde algo.

El inspector jefe Gallardo miró a Montse, que estaba de pie al lado de Samuel. Ella se encogió de hombros.

—A mí me ha resultado convincente y me creo que no tenga nada que ver, pero el olfato de Schwartz ha tenido razón otras veces.

—Deberíamos ponerle vigilancia.

Gallardo suspiró y miró a Samuel con ojos acusadores.

—Maldito olfato.

—Y hay algo más —añadió Montse—. La chica ni siquiera ha parpadeado cuando ha visto a Samuel, y todos sabemos que este guaperas provoca reacciones de admiración allí por donde pasa.

—Montse... —advirtió Samuel, incómodo. Su equipo también había cogido la costumbre de hablar de su físico con mucha libertad.

—Es decir, o no le gustan los hombres o finge muy bien. Y, si finge bien, podría esconder algo.

Samuel recordó los ojos negros que habían recorrido con suavidad su rostro hasta posarse en sus labios.

—Finge bien —se limitó a decir, e insistió—: Deberíamos ponerle vigilancia.

Gallardo resopló, frustrado.

—Sí, sí, ya sé que no debemos desdeñar tu intuición, Samuel, pero ahora mismo no puedo encargar una vigilancia sin tener nada con que justificarla. No sé si os habéis dado cuenta de que la oficina está vacía —dijo. Samuel miró a través de las paredes acristaladas del despacho. Efectivamente, todos los escritorios de la sala de la unidad de Homicidios estaban vacíos—. Esta mañana, gracias a las lluvias de la semana pasada, se ha encontrado una pequeña fosa común con al menos tres cadáveres, y como mínimo uno no lleva ahí demasiado tiempo.

—Joder.

—Sí, joder. He tenido que enviar allí a todos los que quedaban por aquí. Eso va a causar más revuelo que la sangría practicada a Bernardo Rodríguez.

—¿Fran ha llamado para pedir refuerzos para hablar con los empleados de Rodríguez? —preguntó Samuel.

—Sí, y he podido conseguirle cuatro refuerzos porque podía justificar la necesidad. La vigilancia a Valeria Aguilar, por ahora, no puedo justificarla y no me la van a autorizar. Ni los de arriba ni la jueza. Necesitamos argumentos sólidos más allá de la intuición de un jefe de equipo.

Samuel se mordió el labio, conteniendo todas las maldiciones que luchaban por escapar de su boca. Las explicaciones de Gallardo no eran necesarias, ya se las sabía. Sin embargo, algunas veces su intuición había sido argumentación suficiente. Cierto que otras no, pero, en este caso, tenía la impresión que la vigilancia era realmente necesaria.

En ese momento, el teléfono de Gallardo sonó, indicando la entrada de un mensaje.

—Está bien —claudicó Samuel. Era inútil insistir—. Te iremos informando.

El jefe leyó el mensaje que le acababa de entrar y maldijo en voz baja. Empezó a levantarse mientras recogía sus cosas con prisas.

—Llamadme al teléfono. Acaban de desenterrar otros dos cuerpos en la fosa. Tengo que ir allí. Se va a montar un circo infernal. Joder, me cago en la hostia.

Podía parecer que a Gallardo solo lo preocupaba el trabajo extra que le supondría el macabro hallazgo, pero Samuel sabía que no era así. Era su manera de protegerse ante el horror de tener que enfrentarse a una fosa común con un mínimo de cinco cadáveres. Las investigaciones que se llevaran a cabo sacarían a la luz cosas muy desagradables.

—Vale. Nosotros nos vamos también —dijo Samuel—. Ánimos, jefe.

—Que os den —farfulló Gallardo como respuesta.

*

Miércoles 21 de octubre, 12.43 horas

—¿Te cuadra lo que la señorita Aguilar nos ha dicho sobre Iván Rodríguez?

Montse no apartó los ojos de la carretera. Justo después de su reunión con Gallardo les había llegado la orden de la jueza para entrar en casa de Rodríguez, y allí se dirigían.

—Si es un hijo muy consentido por su padre millonario, me creo que no trabaje y se dedique a vivir la vida —razonó—. Mira a Paris Hilton.

Samuel resopló divertido por la comparación.

—No te extraña que ahora esté durmiendo la mona, en su casa o en casa de algún colega. Que en Cool no le conozcan amigos no significa que no los tenga —continuó Montse.

—¿Y sobre los negocios sucios de su padre?

—Desgraciadamente, ha llegado un punto en el que ya no me creo que alguien pueda conseguir una gran fortuna sin ensuciarse las manos.

—Ya, pero... ¿De verdad te crees las dudas de la señorita Aguilar antes de hablarnos de sus sospechas sobre los negocios de su padrastro?

—Del marido de su madre —puntualizó Montse. Ella también se había fijado en ese detalle.

—Del marido de su madre —corrigió Samuel con impaciencia—. ¿No te ha parecido una táctica para desviar nuestra atención hacia otro lado?

Montse se giró un momento para observarlo.

—Realmente la chica no te gusta, ¿eh? ¿Tampoco te crees lo del maltrato psicológico?

—Creo que esconde algo y que en algún punto nos ha mentado. Pero no sé concretar dónde, y eso me molesta —admitió él.

Además, era incapaz de quitarse de la cabeza las imágenes de las curvas de su cuerpo, de sus ojos cautivadores y los labios tentadores. Eso todavía le molestaba más, porque lo despistaba un poco. Pero eso no iba a contárselo a su subordinada.

—¿Tú no estás de acuerdo? —preguntó Samuel.

Montse hizo una mueca llena de dudas.

—Otras veces me has hecho dudar, pero esta vez... no sé, jefe, a mí el cuerpo me dice que tu olfato está resfriado —contestó.

A veces era un poco bruta, pero a Samuel le gustaba esa franqueza directa de Montse. Él asintió, pensativo. ¿Tenía motivos para sospechar de Valeria Aguilar o solo se trataba de que ella lo... descolocaba?

—¿Qué querrás hacer con el tema de la vigilancia? —preguntó Montse.

Samuel reflexionó. En un par de ocasiones les pasó lo mismo, no les concedieron refuerzos para llevar a cabo una vigilancia que él consideraba muy necesaria. En ambos casos se organizaron entre ellos para vigilar a los sujetos: la estrategia les permitió encontrar pruebas que justificaron una vigilancia completa.

En este caso, sin embargo, debido al asunto de la fosa común andaban muy justos de recursos, y ya tenían mucha otra información y datos que valorar.

—Me encargaré yo de visitar a la señorita Aguilar las veces que haga falta —decidió. Quizá podría ganarse su confianza y que hablara con toda sinceridad. O, si se sentía en el punto de mira de la policía, quizá acababa cediendo a la presión. En cualquier caso, cuanto más hablara con ella más fácil le sería determinar si mentía y en qué—. Pero ahora centrémonos en Iván Rodríguez. ¿Tenemos una foto suya?

—La de su DNI —dijo Montse. Cogió su móvil y, mientras conducía, buscó algo en él. A Samuel lo ponía nervioso esa costumbre, pero se limitó a apretar los labios y no dijo nada—. No sale muy favorecido, pero, ¿quién queda bien en este tipo de fotos?

Samuel cogió el móvil que le entregaba Montse. En la pantalla aparecía la foto tipo carnet de un hombre rubio de ojos asustados.

—¿Este tipo tiene veintisiete años? —preguntó Samuel.

—Exacto.

—Parece mayor.

Samuel estudió bien la foto. El tal Iván parecía un tipo triste. Se le marcaba claramente la arruga del entrecejo, como si se pasara la mayor parte del día preocupado, pero no parecía sonreír demasiado a menudo.

—No tiene aspecto de ser un consentido vividor y despreocupado —observó.

—Sí, en eso tengo que darte la razón.

La señorita Aguilar había admitido no conocer demasiado a su hermanastro (o seguramente ella preferiría que lo llamara el hijo del marido de su madre). Es decir, que esa imagen de “viva la vida” que tenía de él podría estar equivocada.

Unos minutos después, se plantaron ante la puerta de la finca de Bernardo Rodríguez por segunda vez ese día. Montse se puso unos guantes desechables y, de la bolsa que les había entregado Castell, extrajo las llaves de casa de la víctima. Después de varios intentos probando las diferentes llaves, abrió la cancela peatonal.

Cuando la cruzaron, se encontraron con un extenso jardín, muy bien cuidado. La casa era de arquitectura moderna. La rodearon, pero en la inspección exterior no se veía ningún cristal roto ni signos de violencia. Todas las ventanas estaban cerradas. Se dirigieron a la puerta y llamaron al timbre varias veces. Como no hubo respuesta, Montse abrió la puerta.

—¿Hola? —llamó Samuel—. Estamos buscando al señor Iván Rodríguez.

Por toda respuesta, el silencio.

Dieron una vuelta rápida por la planta baja. El interior de la casa estaba frío y se sentía solitario, pero nada más. Los dos salones, el comedor, la cocina, el baño de servicio, todo estaba ordenado.

Ascendieron a la planta superior, donde Samuel contó seis puertas. La primera correspondía a un baño. Las tres siguientes parecían habitaciones para invitados que llevaban tiempo sin ser ocupadas. La única deducción posible era que las dos últimas eran las de Bernardo e Iván Rodríguez.

Samuel se preguntó cuánto hacía que Bernardo Rodríguez vivía en esa casa y si una de las tres habitaciones de invitados habría sido ocupada por Valeria Aguilar. ¿Cómo la habría tenido

decorada?

Eso no era relevante para el caso, se recordó.

Entraron en la habitación que, sin muchas dudas, debía de pertenecer a Iván Rodríguez. Una pared estaba recubierta de estanterías. La mayor parte de ellas albergaba una colección increíble de Legos. Allí no solo había mucho dinero, sino también muchas, muchísimas horas de dedicación. Lo mismo se podía decir del contenido de la otra parte de las estanterías: una colección muy completa de videojuegos. Encima de una gran mesa había un Lego de la Torre Eiffel a medio montar. Al lado había un sofá y un televisor enorme, debajo del cual hacían guardia varias consolas.

Se notaba que era una habitación en la que se pasaban muchas horas. Aunque otros hechos llamaron más su atención: la cama estaba deshecha, y el armario tenía las puertas y un par de cajones abiertos.

—Parece que alguien preparó una maleta con prisas —comentó Montse.

Samuel solo podía estar de acuerdo. La teoría del crimen pasional seguía cobrando fuerza.

—Todo indica que la señorita Aguilar está equivocada respecto a su hermanastro. Si realmente pasa en esta habitación tantas horas como parece, sí que parece especial —observó.

—¿Quizá el chico no se libraba de los maltratos psicológicos de su padre? Al final explotó contra su padre y se lo cargó —dijo Montse.

Samuel asintió, aunque con poca convicción. Sí, era la teoría más sólida que tenían, pero... algo le decía que no era la correcta. Sin embargo, sí que parecía que Iván Rodríguez era clave para el caso, así que dijo:

—Pediremos una orden de búsqueda y captura para él. Y habrá que buscar grabaciones de cámaras de seguridad y de tráfico, quizá consigamos rehacer su recorrido desde que salió de casa por última vez—dijo.

Montse asintió.

—Voy a echar un vistazo a la habitación de Bernardo Rodríguez —anunció.

Samuel asintió, distraído, observando la colección de Legos. Definitivamente, en cuanto salieran de aquí iría a visitar de nuevo a Valeria Aguilar. Era imposible que no pudiera indicarles el nombre de un viejo amigo, de algún lugar, algo o alguien que los ayudara a llegar hasta Iván Rodríguez.

De repente, se escuchó un portazo y el sonido de un cuerpo cayendo al suelo.

—¡Joder! —aulló Montse, furiosa—. ¡Schwartz!

Samuel reaccionó al instante. Temiendo por la vida de Montse, corrió hacia la puerta, justo a tiempo de ver pasar una figura vestida de negro de pies a cabeza, que se dirigía a toda velocidad hacia la puerta. Se asomó a la última habitación, donde Montse ya se estaba levantando del suelo.

—¡Estoy bien! —gritó.

Samuel salió despedido tras la figura de negro.

—¡Alto, policía! —gritó, aunque sabía que sería inútil.

Descendió las escaleras a toda velocidad y cruzó la puerta de entrada, que había quedado abierta. El hombre, porque no le quedaban dudas de que era un hombre, ya corría por el jardín. Iba rápido, pero él podía ser más rápido.

Corrió tras él a toda velocidad, y no tardó en comprobar que lo atraparía antes de que alcanzara la cancela.

Sin embargo, el tipo lo sorprendió.

Justo antes de que Samuel lo empujara para hacerlo caer al suelo, el hombre se giró bruscamente y le propinó un puñetazo en la cara. Los dos rodaron por el suelo entre gruñidos,

mientras Samuel sentía el pómulo a punto de estallar y el dolor lo mareaba. En esos brevísimos instantes tuvo tiempo de pensar que ahora el hombre tenía ventaja y podría hacerle daño. Se maldijo por haberse dejado sorprender, y también lo asaltó el miedo.

Pero el grito de Montse lo tranquilizó:

—¡Alto! ¡Quédese en el suelo!

El hombre ignoró su orden. Se levantó de un salto y siguió corriendo. Dos segundos después, Montse pasó corriendo por el lado de Samuel, pistola en mano. Él se obligó a levantarse, ignorando el mareo, mientras también extraía la pistola de la funda que llevaba en la espalda. Corrió tras ellos.

Cuando llegó a la calle, Montse ya se había detenido y observaba como una moto se alejaba a toda velocidad.

—Había un tipo esperándole —dijo Montse entre jadeos—. No he podido ver la matrícula.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Estaba escondido dentro del armario y me ha golpeado con la puerta. ¿Tú?

Samuel se llevó la mano a la mejilla dolorida.

—Podría ser peor. Joder, qué susto. ¿Quién coño era ese?

*

Miércoles 21 de octubre, 13.35 horas

—Era Iván Rodríguez.

Montse estaba muy convencida. Habían descubierto que la casa de Bernardo Rodríguez estaba vigilada por varias cámaras de seguridad conectadas a una central de alarmas. En esa central de alarmas se almacenaban las imágenes captadas por las cámaras, pero también quedaban registradas durante una semana en un pequeño ordenador que había en la casa.

Mientras a su alrededor había compañeros que iban y venían registrando la casa, ellos estaban revisando las últimas grabaciones. Pudieron ver como, quince minutos antes que ellos, el hombre vestido de negro entraba en la casa.

—Llevaba gorra y pasamontañas, no se le ve la cara —objetó Samuel.

—La altura es la misma que la de Rodríguez, y tenía llaves para entrar. El tipo huyó, pero olvidó algo y tuvo que regresar —dijo Montse.

—Es posible, pero no seguro —fue todo lo que le concedió Samuel.

Él no estaba tan convencido. Por ahora, en la investigación ya se habían topado con dos elementos que llamaban su atención. Uno era Valeria Aguilar y su intuición de que escondía algo. El otro era el misterioso hombre de negro buscando algo en la casa de Bernardo Rodríguez después de su asesinato.

Entre que acabaron allí, se detuvieron a comer algo y regresaron al despacho, eran las cuatro de la tarde pasadas. Fran y David seguían en la sede de Cool y no tenían nada que reportar. Samuel tenía que redactar un informe sobre lo sucedido en casa de Rodríguez.

—Tú ponte a ampliar la información que tenemos sobre Bernardo Rodríguez. Amigos cercanos, pareja, rutinas... Y a ver quién sale beneficiado con su muerte —indicó a Montse, que asintió—. Oye, ¿cómo está tu hermano?

—Vale, le pediré que nos ayude en lo que pueda con la teoría del blanqueo de la señorita Aguilar —accedió Montse sin necesidad de más explicaciones. Su hermano trabajaba en Hacienda, y no era la primera vez que le pedían ayuda de manera extraoficial para agilizar alguna investigación.

Samuel suspiró, consciente de que se les acercaban días de hacer muchas horas extras. El inicio de cualquier investigación siempre suponía la llegada y búsqueda de mucha información, y además se le había añadido la aparición del hombre de negro. Tendrían que intentar rehacer el recorrido de huida de la moto con las cámaras de tráfico, pero ahora no podía ponerlo en primer lugar en la lista de tareas. Era una tarea muy laboriosa. Además, la intuición le seguía diciendo que la vía Valeria Aguilar sería más rápida. Así pues, redactó el informe a toda velocidad y logró plantarse ante el lugar de trabajo de la señorita Aguilar a las cinco horas y cuarenta y siete minutos. En su visita de la mañana, la recepcionista les había informado que todos los trabajadores hacían el mismo horario: de nueve a dos y de tres a seis.

De camino hasta allí, se preguntó si no sería mejor vigilarla discretamente antes de hablar con ella. Ver qué hacía al salir del trabajo, si mostraba algún comportamiento fuera de lo normal.

Seguramente, no sería complicado. No le parecía que Valeria Aguilar fuera de esas personas que van por la calle prestando mucha atención a la gente y las cosas que los rodeaban. Al pensar en ello, se la imaginó caminando distraída por la calle, quizá pendiente del móvil y a punto de chocar con alguien, o quizá charlando alegremente con una amiga y solo pendiente de esa amiga.

Samuel levantó la mirada y se descubrió reflejado en la ventanilla de un coche, que le devolvía su imagen como una advertencia.

Estaba sonriendo.

Sonriendo mientras pensaba en Valeria Aguilar.

Se apresuró a borrar la sonrisa.

¿Qué demonios le pasaba hoy?

Resopló, molesto consigo mismo. Mejor olvidarse de vigilancias discretas, porque seguro que metería la pata. Debía de estar rondándole algún virus. Era época de pasa. De hecho, Fran había estado enfermo de gripe hacía poco. Sí, tenía que ser eso. Un virus.

Miércoles 21 de octubre, sobre las seis de la tarde

Valeria apagó las luces de su despacho y salió al pasillo, perdida en sus pensamientos.

Se sentía culpable.

Ese día había mentido descaradamente a todos sus mejores amigos, y no le gustaba.

Ante Julia, Manuel y María Jesús, del trabajo, se había mostrado algo apesadumbrada y consternada por el asesinato de Bernardo, pero poco más.

A Carmela y Lucía, las amigas del alma que conservaba de la universidad y que la habían llamado en cuanto habían escuchado la noticia, también las tranquilizó y prometió quedar con ellas en un par de días. No había prisa.

Se sentía fatal, pero necesitaba mentir para proteger a Iván. Llevaba todo el día pasando unos nervios horribles, deseando que llegara el momento de acabar su jornada laboral. Porque, aunque lo que quería era correr hacia casa a toda prisa, sabía que no podía precipitarse. Por más que ante sus amigos hubiera quitado importancia al hecho de ser una posible sospechosa para la policía, llegando incluso a bromear al respecto, sabía que no debía tomárselo a la ligera.

Recordó su conversación con los dos policías. Sospechaba que no había convencido del todo al inspector Schwartz.

Los labios de ese hombre la habían despistado en un par de ocasiones...

Bueno, no solo los labios. Sus ojos azules y la manera como la miraba, que no supo interpretar del todo. Su voz profunda. El hoyuelo que se dibujaba en su mejilla derecha al sonreír. La sensación de perfección que emanaba, que la atraía y acomplejaba por igual.

Por no olvidarse de su cuerpo. Y el trasero respingón que había podido observar al salir de su despacho.

Ya se estaba despistando otra vez. No debería pensar esas cosas sobre un policía...

Y mucho menos si le había mentido descaradamente y sospechaba que él no la había creído del todo.

En fin, que era más que probable que la policía la estuviera vigilando.

Si intentaba mirarlo desde el lado positivo, al menos se creía capaz de averiguar si era sometida a vigilancia. Gracias a Bernardo, que años atrás la hizo seguir durante meses, se había vuelto muy hábil en descubrir si alguien seguía sus pasos. Pero eso significaba que necesitaba ser paciente. No podía salir corriendo en busca de Iván por más que quisiera hacerlo.

—¿Te vas sin decir adiós?

La voz de Manuel la sobresaltó cuando ya estaba en recepción. Él, que la seguía solo unos pasos atrás, la miró con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

Ella se esforzó por sonreír y borrar la preocupación de su rostro.

—Sí, solo iba pensando en que tengo que pasar por el súper...

—¡Oye, no te has despedido! —Julia descendía las escaleras a toda prisa.

Era cierto que Valeria nunca olvidaba despedirse de sus compañeros. Se reprendió para sus

adentros. No podía olvidar ese tipo de detalles.

—Perdón, es que...

—Ni se te ocurra disculparte —la interrumpió Julia—. Si lo que me sabe fatal es no poder estar contigo esta tarde...

—Julia, la visita al oncólogo de tu madre es mucho más importante.

La madre de su amiga había superado un cáncer años atrás, y ahora tenía que hacerse controles anuales. Esa tarde iban a recoger los resultados de los análisis de ese año.

—Ya, pero... Bueno, si quieres podemos vernos después —dijo, dándole dos besos. Echó un vistazo rápido a su reloj—. Ay, lo siento, tengo que irme.

—No te preocupes, estoy bien.

—Vale, pero llámame si lo necesitas, ¿de acuerdo?

Valeria asintió y la observó abandonar el edificio con prisas.

—María José y yo vamos a tomar una cerveza con Begoña, ¿te apuntas? —propuso Manuel.

—No, gracias. Tengo que pasar por el supermercado, y la verdad es que me apetece estar en casa —mintió, sintiéndose más culpable con cada palabra que pronunciaba.

—Lo entiendo —dijo él. Se le acercó y se inclinó un poco para hablarle en confidencia—. Oye, no le dirás nada a Julia, ¿verdad?

Valeria sonrió, enternecida ante la preocupación y apuro de Manuel.

—Claro que no. Puedes estar más que tranquilo —le respondió en el mismo tono confidente. Él tuvo el detalle de abrirla la puerta y dejarla pasar—. Además, si he sido discreta todos estos años...

Se interrumpió, porque vio que Manuel no la escuchaba. Algo o alguien había llamado su atención. Valeria siguió la dirección de su mirada y descubrió al inspector Schwartz, apoyado contra un coche, observándolos con atención.

No logró evitar dar un pequeño respingo. No se esperaba otra visita en el mismo día, ni tampoco se esperaba encontrarlo más guapo de lo que lo recordaba.

Vale, iba a ignorar ese último pensamiento.

—Señorita Aguilar, ¿es mal momento? —dijo el policía con su voz profunda.

—¿Quieres que me quede? —se ofreció Manuel.

—No, no hace falta. Gracias, Manuel. —Valeria dedicó una sonrisa de agradecimiento a su amigo—. Nos vemos mañana.

Manuel asintió y se alejó después de echar un último vistazo preocupado al inspector Schwartz. El policía lo observó alejarse con los ojos entrecerrados, como si Manuel no le despertara especial simpatía.

—No es mal momento, inspector —dijo Valeria.

Esa mirada azul volvió a posarse en ella, transmitiéndole la sensación de que tenía la capacidad de radiografiarla. Se esforzó por no tragar saliva en un gesto de apuro.

—No le robaré mucho tiempo. ¿Le importa que la acompañe, vaya a donde vaya? —dijo él.

—Voy hacia casa. Podemos ir caminando.

Él asintió e inició la marcha a su lado, ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

—¿Han podido hablar con Iván? —preguntó ella, fingiendo un interés despreocupado.

—Este es el motivo de mi visita. Todavía no lo hemos localizado, y su teléfono sigue apagado. En casa no está.

El inspector la observó sin disimulo mientras decía esas palabras. Valeria se esforzó por esconder la profunda preocupación. Y un resquicio de duda. ¿Y si Iván lo que necesitaba era su ayuda, no su protección?

—Vaya, espero que esté bien...

—¿De verdad no tiene ninguna manera de contactar con él?

—Ya les he dicho esta mañana que no tengo ni su móvil.

—Ya, ¿pero ni siquiera son amigos en alguna red social? ¿No mantienen ninguna amistad en común?

Valeria negó con la cabeza mientras reflexionaba. Ya no le quedaban dudas de que ese policía no se fiaba de ella. Obviamente, eso era un problema. Pero, ¿cómo debía actuar al respecto? ¿Hacerse la inocente o ser directa?

Teniendo en cuenta que nunca le costaba demasiado fingir y convencer a la gente, estaba claro que ese policía era un hueso duro de roer. Hacerse la inocente no iba a funcionar. Lo que necesitaba era metérselo en el bolsillo para que la dejara en paz y ella pudiera moverse libremente para encontrar a Iván.

Se detuvo bruscamente. Él la imitó, sorprendido.

—Oiga, ya sé que no se fía de mí...

—Yo no he dicho eso.

Valeria puso los ojos en blanco.

—Si se fiara de mí, no habría venido hasta aquí para hacerme esas preguntas. Me habría llamado por teléfono —dijo sin enfado. Se limitaba a constatar un hecho.

Él rio por debajo de la nariz, como admitiendo que lo había descubierto. Ella no pudo evitar sonreír un poco a su vez. Y fijarse en el hoyuelo que se le dibujaba en la mejilla. Frunció el ceño.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó, mirándole el pómulo, donde se estaba formando un moratón. Esa mañana no estaba ahí, y ahora había tardado un poco en verlo porque ya había anochecido.

—Un choque inesperado —fue su respuesta.

—Todos lo son, ¿no?

Él sonrió, divertido, y algo se removió en las entrañas de Valeria. Uf, mala señal, mala señal.

—No sé cómo convencerlo de que realmente no sé nada de Iván ni tengo ningún tipo de contacto con esa familia ni su entorno —dijo—. Pero soy la primera interesada en que lo encuentren. Espero que esté bien.

—No se trata de que me convenza. Se trata de que haga todos los esfuerzos posibles para ayudarnos a encontrar a Iván. Es muy importante.

“¿Es por su seguridad o porque es sospechoso de la muerte de su padre?”, quería preguntar ella. Pero, obviamente, cerró la boca. Pensó con rapidez. Necesitaba convencer al policía y, a la vez, metérselo en el bolsillo. Si le caía bien sería más fácil que confiara en ella, ¿no?

—Solo se me ocurre una idea. Si mañana por la mañana no saben nada de Iván, puedo pedir el día libre y podemos acercarnos a los sitios donde recuerdo que Iván iba, a ver si saben algo de él —propuso. Y añadió—: Pero hace muchos años de todo eso, puede que no resulte útil.

Él estudió su rostro mientras valoraba su propuesta.

—Me parece bien intentarlo. Si le parece bien, a primera hora le enviaré un mensaje informándola de la situación —dijo.

—De acuerdo.

—Estamos en contacto, pues.

—Si tiene aloe vera, puede echarse un poco en el golpe —dijo ella, mirando el moratón.

No tenía muy claro por qué había dicho eso. ¿Era un intento de parecer tranquila e inocente? Él arqueó las cejas, sorprendido.

—No tengo aloe vera en casa —dijo.

—Yo tengo una planta en casa. —Justo cuando acabó de pronunciar las palabras, Valeria se dio cuenta de que parecía estar ofreciéndole algo al policía—. Quiero decir... es útil tener una, no pretendía...

A menudo se metía ella sola en estos embrollos. ¿Por qué a los treinta y un años todavía no había aprendido a evitarlo?

Él sonrió con perfecta amabilidad.

—La he entendido. Hablamos mañana.

—De acuerdo. Hasta mañana —dijo Valeria y, cuando ya se giraba para reemprender su camino, su boca o su cerebro atrofiado, no estaba segura, volvió a hacer de las suyas—. Pruebe con cebolla. Mi madre siempre decía que los cataplasmas de cebolla van bien para los golpes, pero yo siempre salía corriendo antes de que pudiera ponérmelos.

Buf, su cerebro atrofiado, sin dudas. Y ahora ya podía volver a centrarse en seguir fingiendo que no pasaba nada y en intentar hablar con Iván.

Se despidió con un gesto de la cabeza, sin apenas prestar atención al gesto divertido del inspector Schwartz.

“Iván, ¿qué demonios ha pasado y dónde demonios estás?”.

*

Miércoles 21 de octubre, 18.27 horas

Samuel, con la cabeza ladeada y una sonrisa en los labios, observó a la señorita Aguilar alejarse. En su pecho se había instalado una emoción desconocida.

Dejó de sonreír. Esto no le gustaba. En los últimos minutos, la situación le había resultado demasiado agradable. Demasiado halagador que ella se preocupara por su mejilla. Demasiado encantador su apuro por el comentario de la planta de aloe vera. Demasiado interesante imaginársela de niña, huyendo de su madre por evitar un cataplasma de cebolla.

Apretó los labios y se giró, perdiéndola de vista, para cruzar la calle. Era lamentable, en serio.

Cuando alcanzó la otra acera, su mirada volvió a dirigirse hacia el otro lado. No le costó distinguirla entre la gente, caminando a paso ligero pero no apresurado. La siguió, porque quería ver qué hacía la tarde después de recibir la noticia de la muerte de su padrastro y de la desaparición de su hermanastro. Desde luego, por su manera de caminar y de distraerse con el móvil, muy afectada no parecía. Sin embargo... esa duda seguía ahí.

Mientras avanzaban, Samuel reflexionó sobre lo que había visto antes de hablar con ella: mientras él estaba esperando en el exterior de su oficina y la había visto descender las escaleras hacia la recepción. En ese momento, parecía perdida en sus pensamientos y preocupada. No obstante, cuando el rubiales llamó su atención, el esfuerzo por sonreír y mostrarse tranquila había sido evidente.

Podía deducir dos hechos de ese momento.

El primero, que el mentecato rubio y la señorita Aguilar eran pareja. La confianza con la que se habían acercado a hablar el uno con el otro lo atestiguaba.

El segundo (y más importante, se recordó), era que, por algún motivo, la señorita Aguilar no quería demostrar su preocupación ni siquiera a su pareja. Eso era llamativo e interesante. ¿Por qué? Podría ser que ella y el sopla gaitas de su novio no estuvieran bien, pero no era esa la sensación que transmitían.

¿Por qué tenía tantas ganas de que al rubio le cayera un rayo encima?

Eso no era relevante. Lo relevante era que la señorita Aguilar no quería mostrarse preocupada ante los demás. ¿Era porque ella era así o porque escondía algo?

Samuel se mordió el labio con cierta rabia, porque le molestaba no ser capaz de determinarlo. Nunca le costaba tanto contestar este tipo de preguntas, pero la señorita Aguilar lo tenía desconcertado.

Montse le había pasado su dirección. Por el camino que seguían, no le costó deducir que se estaba dirigiendo a su casa. No tardaron en adentrarse por su barrio de viviendas antiguas pero acomodadas. Sin embargo, la señorita Aguilar no fue directamente a su casa, sino que entró en un supermercado cercano.

Era muy grande y con mucha actividad, por lo que a Samuel no le pareció imprudente seguir sus pasos hacia el interior del comercio.

Moviéndose con mucha cautela, vio como la señorita Aguilar cogía un cesto en la entrada del supermercado y lo arrastraba tras de sí. A Samuel no lo sorprendió ver que ella no extraía ninguna lista de la compra preparada de antemano. Simplemente se limitó a recorrer pasillos y a escoger su compra, a entender de Samuel, de manera aleatoria. Un estropajo, salchichas de Frankfurt, dos ensaladas preparadas, pañuelos, atún, una masa de pizza. Desechó pechugas de pollo fileteadas por una bandeja de pollo al horno precocinado.

Samuel se horrorizó ante la mala calidad de la comida que escogía la señorita Aguilar. ¿Cómo podía la gente comer así? ¿Cómo podía tener ella un aspecto tan... saludable comiendo así? Vale, no estaba especialmente delgada, pero seguía estando muy buena.

Ay, Dios, no acababa de pensar eso.

Se esforzó por centrarse exclusivamente en la mala calidad de su comida, y tuvo que contenerse para no acercarse a ella, arrebatarle el cesto y llenárselo de comida de verdad en vez de tanto veneno para el cuerpo.

En una nueva muestra de absoluta ineficacia en la ruta dentro del supermercado, ella pasó por tercera vez por delante de la nevera de las salchichas. Estudió el contenido durante unos segundos y finalmente devolvió sus salchichas de Frankfurt a la nevera y las cambió por unas salchichas Bratwurst. Siguió caminando, pero de repente se lo repensó y deshizo el camino para añadir las salchichas de Frankfurt desechadas de nuevo en su cesto.

Samuel resopló, divertido a su pesar. Definitivamente, esta mujer era un caos.

La señorita Aguilar se dirigió al pasillo de los cereales. Fue bastante directa a por, cómo no, cereales repletos de chocolate y azúcar. Ya se iba cuando otra caja de cereales llamó su atención y se detuvo bruscamente. Como si acabara de descubrir un tesoro, cogió una caja de cereales que tenía dibujado... un Minion. Al parecer, contenía algún tipo de regalo.

Sin dudarle, y algo emocionada, la señorita Aguilar cambió una caja de cereales por la otra y emprendió el camino hacia la caja.

Debajo de la chaqueta se insinuaba un movimiento de caderas muy interesante.

Dulce caos.

Samuel descubrió que estaba sonriendo como un idiota. Mientras miraba descaradamente el culo de una posible sospechosa.

Borró la estúpida sonrisa de su cara y se apartó a un lado mientras esperaba que la señorita Aguilar pasara por caja. Unos minutos después, todavía de un humor de perros, la siguió hasta su casa. Ella entró en el edificio y la perdió de vista.

Él buscó un lugar poco iluminado y tranquilo donde fingir que esperaba a alguien. Obviamente, su intención era vigilar si la señorita Aguilar volvía a abandonar el edificio en algún momento. Porque le parecía raro, muy raro, que en un día así se fuera sola a casa y no buscara la

compañía ni de su estúpido novio ni de sus amistades. Daba igual que no se llevara bien con Bernardo e hiciera años que no se hablaran. Era el marido de su madre. Era inevitable que su asesinato la afectara.

Sin embargo, la señorita Aguilar permaneció en su casa. Durante mucho rato, Samuel se sintió desconcertado. No le cuadraba.

Pero, en cierto momento, lo asaltó una duda: ¿y si Montse tenía razón y su olfato se equivocaba? ¿Y si esa fijación por la señorita Aguilar se debía a otra cosa?

Frunció los labios, de nuevo disgustado consigo mismo. A ver, no podía permitirse tantas dudas.

Había un hecho al que debía enfrentarse. Podía decirse a sí mismo que era un virus, podía decirse que no entendía qué demonios le pasaba con Valeria Aguilar, pero la verdad acababa brillando por sí misma entre tantas capas de autoengaño: Valeria Aguilar lo atraía.

Respiró hondo. Sí, esa era la verdad. Le parecía una mujer hermosa, sensual, de labios tentadores, piel de aspecto sedosa... sí, vale, ya podía parar de elogiar su físico. Pero no solo se trataba de su cuerpo, sino que toda ella despertaba su curiosidad. El caos, los ojos profundos, la fortaleza, la dulzura, el misterio.

Pero no tenía ningún sentido. Las personas caóticas lo ponían nervioso y solían acabar con su paciencia. Le producían rechazo y, por su propia salud mental, procuraba evitarlas. El mundo estaría mucho mejor sin las personas caóticas.

Al menos, eso era lo que había pensado hasta ahora. De repente, le parecía que el mundo sería un lugar muy aburrido sin la señorita Aguilar en él.

Suspiró y puso los ojos en blanco. ¿De verdad pensaba eso?

Bueno, era un adulto y podía afrontar el problema. Sí, contra todo pronóstico y por más extraño que pudiera parecer, se sentía muy atraído por Valeria Aguilar. Pero son cosas que pasan. Él era un hombre, ella una mujer.

Una mujer que, al parecer, ya tenía una pareja estable, se recordó.

Fuese como fuese, no podía permitir que esa atracción lo hiciera dudar. Eso lo alteraría y lo desconcertaría, y corría el peligro de descentrarse de su trabajo. Él era un profesional, y era perfectamente capaz de aceptar esa atracción y no dejarse distraer por ella.

No podía ser tan complicado.

*

Miércoles 21 de octubre, 19 o 19.30 horas

Valeria se esforzó en caminar hasta su casa a paso normal. Estaba a punto de explotar. Se concentró en la única alegría que le había traído el día: al fin había encontrado los cereales que regalaban unos muñecos Minions tan graciosos que se reía cada vez que los veía.

Sabía que el inspector Schwartz la estaba siguiendo. El supermercado de al lado de su casa siempre le había gustado, porque había espejos por todas partes. Gracias a ellos, no le había costado mucho descubrir al policía. No era que él hubiera sido descuidado, sino que ella tenía mucha práctica buscando a perseguidores escondidos.

Al fin, entró en su edificio y en el ascensor, que ese día parecía ir especialmente lento. Chasqueó la lengua con impaciencia.

Cuando entró en casa, ni se molestó en encender la luz. Dejó las bolsas del supermercado en el suelo del recibidor y se precipitó hacia el salón, hacia la mesita donde descansaba el teléfono secreto.

No había recibido ninguna llamada ni mensaje.
Marcó el número de Iván y esperó, impaciente.
Apagado o fuera de cobertura.
Intentó lo mismo con su número habitual.
Lo mismo, apagado o fuera de cobertura.
—Maldita sea.

Dejó caer el teléfono en la mesita y se sentó en el sofá, frustrada.

Las lágrimas que había conseguido contener todo el día empezaron a escaparse. Estaba muerta de preocupación por Iván. ¿Y si también le había pasado algo? No sabía si obraba bien escondiendo la verdad a la policía, pero no sabía si Iván...

No, no iba a pensar en eso, porque era imposible.

¿Verdad?

Se secó las lágrimas, mordiéndose el labio para no permitirse llorar, y se acercó a la ventana. Miró disimuladamente a través de un hueco de la cortina, pero en la calle no vio al inspector Schwartz. Obviamente, eso no significaba que no estuviera allí. Podría estar escondido en alguna sombra o portal que quedaba fuera de su vista.

Respiró hondo para tranquilizarse.

Por el momento, su única opción era comportarse con normalidad. Esa noche tenía que quedarse en casa, porque el inspector Schwartz u otro policía la estarían vigilando. Y daba por sentado que el día siguiente tendría que cumplir la promesa de llevar al policía a lugares donde poder localizar a Iván.

Enterró la cabeza entre las manos. Como muy pronto podría moverse al cabo de veinticuatro horas, y eso solo sucedería si realmente lograba convencer al inspector Schwartz... Volvió a estallar en un llanto angustiado, repleto de dudas y miedo. Ojalá Iván contactara con ella.

No quería, pero se obligó a encender el televisor.

Tal y como temía, comprobó que en todos los telediarios hablaban del asesinato de Bernardo. Y al parecer, según algunos testigos, el asesino se había ensañado con él. Fuentes que “preferían mantenerse en el anonimato” aseguraban que la escena del crimen era un horror rojo, que había sangre por todas partes.

Valeria tuvo que esforzarse por controlar las náuseas de asco y cierta culpabilidad. Había llegado a odiar a Bernardo con todas sus fuerzas. No podía negar que incluso había deseado que muriera pronto de un ataque al corazón, así el mundo y ellos estarían más tranquilos. Pero de ahí a alegrarse por cómo había muerto, había un buen trecho.

Apagó el televisor, donde mencionaban que la jueza que llevaba el caso había decretado el secreto de sumario y que el único hijo de Bernardo Rodríguez no había sido visto ni por Cool, ni en su casa, ni en la Jefatura de la policía.

Valeria no dudaba que Bernardo habría hecho todo lo posible para borrar cualquier rastro de su relación con ella, pero sabía que era cuestión de tiempo que algún periodista recordara su existencia e intentara entrevistarla. Si eso llegaba a suceder, esperaba que no la encontraran demasiado interesante. En algún momento necesitaría poder moverse con discreción para ir en busca de Iván.

Jueves 22 de octubre, sobre las 8 de la mañana

Cuando el teléfono sonó, se despertó al instante.

“¡Iván!”, pensó.

Se abalanzó sobre la mesita de noche y descolgó sin comprobar quién llamaba.

—¿Sí?

—Valeria... ¿Te he despertado?

Ella se dejó caer sobre la cama de nuevo.

—Hola, Julia —respondió con la voz todavía ronca.

Ahora que se había relajado de golpe, fue plenamente consciente de lo agotada que estaba. Se había metido en la cama a la una de la madrugada, después de llamar incontables veces a Iván, sin éxito, y apenas había dormido. Durante la noche se despertó cada dos por tres, momentos que aprovechó para comprobar su teléfono secreto, pero los pocos ratos en los que consiguió dormir estaban plagados de pesadillas. El cadáver ensangrentado de Bernardo, Iván cubierto de sangre, su madre llorando, el inspector Schwartz y toda su perfección viniendo a detenerla. En esa última parte del sueño ella estaba desnuda, por cierto.

—Vaya, lo siento... —dijo Julia al escuchar su voz, que ladraba a los cuatro vientos que acababa de despertarse.

Valeria miró la hora. Las ocho y poco.

—Tranquila, me va bien que me hayas llamado. Anoche olvidé poner el despertador.

—Ya... Oye, acabo de poner la tele... Y tienes a un montón de periodistas delante de casa.

Valeria se cubrió los ojos con la mano en un gesto de derrota.

—No me jodas —gruñó.

Pues sí que habían tardado poco. Con un suspiro, se levantó y se acercó a la ventana. Solo necesitó apartar un poco la cortina para divisar, cuatro pisos más abajo, un enjambre de hombres y mujeres equipados con cámaras, micrófonos, tablets, teléfonos, libretas y bolígrafos.

—Ostras, hay un montón —dijo con desánimo.

—Eso me ha parecido. Ni siquiera sé si podrás salir de casa para ir a la oficina...

—Hoy no sé si iré a trabajar —dijo Valeria. Mientras se dejaba caer de nuevo en la cama, le explicó lo que había acordado con el inspector Schwartz—. Todavía no sé nada de él, pero en cualquier caso necesitareé salir de casa.

En ese momento, escuchó el sonido que marcaba la entrada de un mensaje.

—Espera —pidió a Julia.

Tal y como temía, era un mensaje del policía.

“Seguimos sin noticias de Iván. Por favor, pase a buscarme a las 11 horas por la Jefatura”, decía, y al final añadía una dirección.

Intentando ignorar el vacío que sentía en el estómago por la impresión, Valeria contestó con un escueto “Ok”.

—Sí, era él. Hoy no iré a trabajar, iremos a ver si encontramos a Iván —informó a Julia.

—¿No es trabajo de la policía encontrarlo?

—Sí, pero me han pedido ayuda para hacerlo. Creo que van un poco perdidos —dijo, intentando sonar condescendiente, e intentando no pensar en la desconfianza que detectó en el inspector Schwartz.

Al otro lado de la línea, Julia rio con suavidad.

—¿Qué vas a hacer con los periodistas?

—No tengo ni idea, pero necesito deshacerme de ellos —dijo.

Julia notó el agobio en su voz, porque en seguida dijo:

—Llamaré a Manuel y a María José y vamos para tu casa. Te ayudaremos.

—No hace falta... —empezó a decir Valeria, conmovida por el gesto de su amiga. No dudaba que Manuel y María José se movilizarían también en seguida, y volvió a sentirse culpable por todo lo que les escondía. No se los merecía.

—No digas tonterías. Nos vemos en nada —dijo Julia, y colgó sin darle tiempo a replicar.

En los cuarenta minutos siguientes, Valeria se duchó, vistió, pidió el día libre a la jefa de recursos humanos, y abrió la puerta a sus amigos. También recibió la visita de su vecina Maite, preocupada porque al salir de casa los periodistas la habían abordado preguntándole por Valeria.

—Están preguntando a todos los vecinos por ti —informó. Valeria tuvo que contarle su vínculo con Bernardo, cosa que hizo que Maite abriera los ojos como platos. Sin embargo, acabó sonriendo y dijo—: Bueno, puedes estar tranquila que nadie hablará mal de ti. Aquí todos te adoramos.

Y Valeria volvió a sentirse culpable.

Manuel, María José y Julia se iban a asomando por turnos a la ventana para observar a los periodistas.

—Podríamos salir nosotros a decir que te has ido por la puerta trasera y que te has pedido algunos días de vacaciones —propuso Julia—. Y que no sabemos dónde estás.

—No se lo creerán... —objetó María José.

—Además, están hablando con todos los vecinos, seguro que alguien dirá que está en casa —añadió Manuel.

Siguieron hablando, buscando maneras de librarla de la persecución de los periodistas. Ella no los escuchaba.

—Creo que debería hablar con ellos —dijo finalmente.

Julia y María José la miraron, poco convencidas. Pero Valeria sabía que, si la prensa no conseguía sus respuestas, la esperarían y perseguirían hasta que las consiguieran. Tenía que convencerlos de que ella no podía aportar información relevante. Era la única manera de conseguir que la dejaran en paz, algo que necesitaba desesperadamente.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Manuel—. Pero tienes que hacerlo bien para no echar carne al asador.

Valeria asintió. Durante largos segundos reinó el silencio.

Tenía que enfrentarse a los periodistas.

Y pasar el día entero con el inspector Schwartz.

Respiró hondo.

—Estoy lista.

Un poco después de las nueve emergió del edificio, con la chaqueta puesta y el bolso colgando del hombro. Sus amigos saldrían después y la esperarían en el coche de María José. Cuando lograra quitarse a los periodistas de encima, la sacarían de allí.

Al escuchar el ruido de la puerta, varias cabezas se giraron al instante. Valeria no pudo evitar

pensar en depredadores que se ponen alerta, al acecho de su presa.

—Es ella —dijo alguien.

Menos de cinco segundos después, el grupo de periodistas la había rodeado y la estaban acribillando a preguntas. Le habían cerrado el paso y, si hubiera querido avanzar, no se lo habrían permitido.

La situación la trasladó a dieciséis años atrás, cuando Bernardo pasó de ser un soltero de oro a estar casado con su madre. Debido a la pasada costumbre de Bernardo de liarse con actrices y modelos, durante un tiempo la prensa del corazón los siguió a todas partes. No solo se trataba de que el dueño de Cool se hubiera casado, sino que lo había hecho con una dependienta de una de sus tiendas. Era el cuento de la Cenicienta perfecto, y a la prensa le encantaba. Y a su madre no le importaba, porque estaba feliz. Al principio todo fue bonito, ideal.

No tardó mucho en estropearse.

Un flash disparado justo delante de su cara, y veinte personas haciéndole preguntas a la vez, la sacaron bruscamente de sus recuerdos.

—¿Qué opina de la muerte de su padrastro?

—¿Sabes dónde está tu hermanastro?

—¿Es cierto que no tenía una buena relación con la familia Rodríguez?

—¿Sabe quién podría tener interés en asesinarlo?

—¿Sabes quién tomará el control de Cool?

Las voces se pisaban unas a las otras, creando una mezcla indefinida pero molesta. Se esforzó por sonreír.

—¿Podemos ir en un poco de orden, por favor? Soy incapaz de responder a tantas preguntas a la vez.

Cuando los hambrientos periodistas se dieron cuenta de que estaba dispuesta a contestar sus preguntas, enmudecieron por la sorpresa.

*

Jueves 22 de octubre, 9.06 horas

—Reunión en cinco minutos.

Montse, David y Fran despegaron la mirada de sus monitores y lo miraron, sorprendidos. Samuel ni se había disculpado por llegar tarde, ni había dado los buenos días, y había ladrado la orden con una agresividad inusitada en él.

—¿Qué miráis? —espetó, y se largó en dirección a su despacho, molesto por ser incapaz de controlar su mal humor.

Se había levantado agotado y de un humor de perros.

Bueno, esa afirmación podía matizarse.

Sí que se había levantado agotado. Al final se quedó hasta las dos de la madrugada haciendo guardia delante de la casa de Valeria Aguilar.

Sin embargo, no se había levantado de mal humor, sino excitado a más no poder y con una erección que su mano derecha, en la ducha, a duras penas había conseguido relajar.

Todo lo que el día anterior no se había permitido pensar sobre la señorita Aguilar, su subconsciente había decidido reproducirlo en sus sueños.

Tenía la sensación de que esos labios perversos lo perseguirían el resto de su vida.

Al salir de la ducha, le había faltado tiempo para llamar a Gallardo y exigirle una vigilancia como Dios manda para Valeria Aguilar. Todos sus buenos propósitos sobre ser un profesional y no

permitir que ella lo alterara ya no importaban. Por su propia salud mental, necesitaba mantenerse alejado de esa mujer. Pasar un día entero con ella buscando a su hermanastro sería perjudicial para él, sin duda. Necesitaba que otros se encargaran de vigilarla sin que ella lo supiera, así se confiaría y cometería algún error antes.

—Schwartz, tengo nueve cadáveres en una fosa común, todos ellos fallecidos hace menos de diez años y con claras señales de haber sido asesinados. ¿Recuerdas algo así en este país? No, ¿verdad? Yo tampoco —fue su malhumorada respuesta—. Dame algo con lo que pueda justificar la vigilancia y la tendrás. Investígala, joder, a eso te dedicas, ¿no?

—Para hacer eso necesito a alguien más en el equipo.

—Pues algo me dice que os va a tocar hacer horas extras.

—Ya estamos haciendo horas extra, inspector jefe.

—Bienvenido al club —fue a escueta respuesta. Después añadió—: Hoy a las diez y media ven a informarme, tengo que hablar con la jueza.

Dicho esto, Gallardo cortó la llamada sin molestarse en despedirse.

Así que ahora Samuel estaba de un humor de perros.

Estaba cogiendo su bloc de notas para dirigirse a la sala de reuniones cuando la voz de Montse preguntó con suavidad:

—¿Todo bien?

—No. Gallardo no nos da vigilancia para Valeria Aguilar.

—Eso no es ninguna novedad y ya nos ha pasado otras veces.

Samuel abrió la boca para contestar “pues mira, esta vez me revienta”, pero se lo repensó y optó por sellar sus labios. Si no iba con cuidado, su equipo podría darse cuenta de que Valeria Aguilar... lo tenía un poco alterado. Y eso era una clara señal de falta de control y de incapacidad para dirigir una investigación. Normalmente, cuando iban justos de recursos en un caso, apechugaban como podían y lo sacaban adelante.

—Ya, tienes razón —dijo—. Es que ayer se me hizo tarde y he pasado mala noche. Vamos a poner en común todo lo que tengamos y nos organizamos.

—Vale —dijo Montse sin esconder que no la había convencido del todo. Maldita sea.

En ese momento, Fran asomó la cabeza por la puerta.

—Jefe, nos han pasado a la sala tres una mujer que dice saber quién mató a Bernardo Rodríguez.

Samuel y Montse miraron a Fran, sorprendidos, y después intercambiaron una mirada. En el tiempo que llevaba en la sección de Homicidios y Desaparecidos, nunca le había pasado algo así. La situación le despertó curiosidad y escepticismo.

—Qué curiosidad —dijo Montse.

—Vamos tú y yo —le dijo Samuel.

En la sala de interrogatorios número tres los esperaba una mujer de unos cincuenta años, de aspecto amable pero inseguro. El color de su cabello rubio, su peinado, el maquillaje, el traje chaqueta con falda, los zapatos, todo transmitía un intento de ser elegante, de gustar a los demás, pero sin acabar de conseguirlo. La capa de maquillaje era un poco excesiva, en sus pestañas había pequeños grumos de una máscara que había empezado a secarse, y tanto el peinado como el traje tenían un aire anticuado.

Cuando los dos policías entraron en la sala, la mujer se levantó, algo nerviosa, y se alisó la falda.

—Buenos días —saludó Samuel—. Somos los inspectores Schwartz y Coronado. Usted es...

—Me llamo Herminia Herrero —dijo la mujer con voz suave, no demasiado potente,

tendiéndoles la mano.

Samuel y Montse le estrecharon la mano y, con un gesto, le indicaron que se sentara. Samuel anotó el nombre de la mujer en su bloc.

—Señora Herrero, nos han dicho que tiene información relativa a la muerte del señor Bernardo Rodríguez —dijo Samuel.

La mujer apretó los labios y asintió, afectada. Las manos, que reposaban encima de la mesa, le temblaban ligeramente.

—No he descubierto la noticia hasta esta mañana. Si no, habría venido antes. ¿Ya saben quién lo hizo? —preguntó con voz también temblorosa.

—Lo siento, no podemos proporcionarle información sobre la investigación —dijo Samuel.

La señora Herrero frunció los labios y apretó los puños hasta tener los nudillos blancos.

—Fue Iván —dijo, apenas controlando su repentina ira.

—¿Se refiere al hijo del señor Rodríguez?

—El mismo.

—¿En qué basa esa afirmación, señora Herrero? —inquirió Samuel.

La ira de la señora Herrero se esfumó con tanta rapidez como había aparecido. De repente, pareció desconsolada. Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Ese chico es una mala pieza... No traía más que disgustos a su padre. Nunca le hacía caso, se lo discutía todo... Y nunca ha hecho nada de provecho —explicó la mujer. Con un gesto de disculpa, extrajo un pañuelo de tela de un bolsillo y se secó las lágrimas con delicadeza—. Es un desagradecido que encima odiaba a su padre. Con las cosas que le había escuchado gritarle, no dudo que ha sido él.

Samuel mantuvo una expresión neutra, pero de reojo vio que Montse tenía más problemas para ahuyentar la desconfianza de su rostro. No se lo tuvo en cuenta, porque había algo extraño en Herminia Herrero. Algo que chirriaba.

—¿Podría explicarnos su relación con la familia Rodríguez, por favor? —pidió Samuel antes de que a Montse se le escapara algún comentario inoportuno o la señora Herrero se fijara en su expresión.

—Fui la secretaria del señor Rodríguez hasta hace dos meses.

—Y las discusiones de las que habla, ¿tenían lugar en las oficinas de Cool?

Herminia Herrero dudó.

—Alguna vez sí —admitió.

—¿Y el resto de veces?

—Bue... bueno, en su casa.

—¿Usted presencié las discusiones en casa del señor Rodríguez?

Debajo de la capa de maquillaje, las mejillas de la señora Herrero se tiñeron de un suave color carmesí. La mujer bajó la mirada.

—Sí, así es.

La incomodidad de la señora Herrero despertó una sospecha en la cabeza de Samuel.

—¿Por qué dejó de trabajar para el señor Rodríguez hace dos meses? —preguntó con suavidad.

La mujer volvió a mirarlo a los ojos, levantando ligeramente la barbilla.

—Él prescindí de mí.

—¿No le dio ninguna justificación?

—Sí...

La señora Herrero volvió a bajar la mirada y hundió un poco los hombros. Nuevas lágrimas

resbalaron por sus mejillas.

—Fue culpa mía... yo... —dijo, sin esconder su desolación—. Hacía un par de años que teníamos una relación y yo, bueno... yo quería algo más. Pero fue culpa mía, le presioné demasiado.

—¿A qué se refiere cuando dice que quería algo más? —intervino Montse, que fue capaz de eliminar cualquier rastro de desconfianza o crítica de su voz.

La señora Herrero la miró, sorprendida, como si hubiera olvidado su presencia. Pero contestó:

—Yo solo quería que fuera algo oficial. Tener citas, contarlo a la gente, y que no fuera todo en... su casa y en el despacho, ya saben.

—Entiendo —dijo Montse, aunque Samuel la conocía lo suficiente como para saber que estaba perpleja.

—En su momento me enfadé un poco con él, claro, pero después me di cuenta de que era culpa mía y lo comprendí —añadió la señora Herrero—. Él no estaba preparado, ¿saben? Nunca superó la muerte de su segunda esposa. Pobrecita.

Samuel le dedicó lo que esperó que pareciera una sonrisa comprensiva. Pero para sus adentros suspiró. Tenían que añadir un nombre a la lista de sospechosos. Y encima había acudido a ellos por iniciativa propia.

Jueves 22 de octubre, 9.47 horas

—Si alguna vez veis que mi autoestima baja así por otra persona, por favor, pegadme un tiro —dijo Montse.

Samuel y Montse se habían unido a David y Fran en la sala de reuniones y les habían explicado los detalles de la entrevista con Herminia Herrero.

—¿La veis capaz de asesinar a Rodríguez por despecho? —preguntó David.

—Sí —contestó Montse en seguida.

Samuel reflexionó un poco más.

—Capaz la veo, pero no creo que lo hiciera. Esa mujer no tiene suficiente fuerza para acometer las cuchilladas que recibió Rodríguez —dijo, recordando el débil apretón de manos—. A ver qué dice la autopsia.

—Podría haberse buscado un cómplice —dijo Montse.

—¿El que se coló en casa de Rodríguez? —dijo Samuel con incredulidad.

—Bueno, mi trabajo es valorar todas las opciones posibles —se defendió Montse.

Samuel ni siquiera pudo replicar, porque en ese momento la puerta de la sala de reuniones se abrió y Martina, una de las asistentes del departamento de prensa, entró sin pedir permiso.

—Os interesa ver esto —dijo.

—Joder —se quejó Samuel. Estaba harto de interrupciones y, a la vez, se temía lo peor.

Martina encendió el televisor de la sala y buscó un canal concreto, donde emitían un programa de prensa rosa. Su conocida presentadora estaba hablando en directo con un periodista, que retransmitía desde la calle. Samuel reconoció el edificio que se alzaba detrás suyo. La casa de Valeria Aguilar. El estómago le dio un vuelco.

—¿Ha pasado algo?

Martina negó con la cabeza.

—Ha hablado con ellos. Ahí os lo dejo —dijo, y abandonó la sala de reuniones.

Efectivamente, la presentadora y el periodista estaban dedicando minutos y minutos a anunciar a bombo y platillo que Valeria Aguilar, la hijastra de Bernardo Rodríguez y sobre cuya mala relación corrían rumores, había respondido a las preguntas de la prensa.

Al fin, dieron paso al breve reportaje, que incluso mostraba a Valeria saliendo por la puerta del edificio y acercándose a los periodistas que la esperaban.

—Está buena —comentó Fran.

Samuel contuvo las ganas de darle una colleja. También se abstuvo de comentar que en directo todavía era más guapa.

—A Samuel le encantó lo ordenado que tiene el despacho —comentó Montse con tono burlón—. Me extrañó que no te diera un ataque allí mismo.

—Sé disimular bien.

Los otros tres rieron por debajo de la nariz y, afortunadamente, no dijeron nada más porque la señorita Aguilar había empezado a responder una pregunta.

—Me enteré de la noticia porque la policía vino a notificármelo, pero la única información que tengo es la que ha salido en la prensa —decía.

—¿Qué tiene que decir sobre el asesinato de su padrastro? —preguntó una voz.

A Samuel le pareció que la señorita Aguilar se esforzaba por no poner los ojos en blanco ante una pregunta tan absurda y obvia, y no pudo evitar sonreír un poco.

—Me parece horrible. Cosas así no deberían suceder. Espero que la policía encuentre pronto al responsable para que responda ante la justicia —contestó ella. Y añadió—: Lo lamento de veras, y desde aquí quiero enviar mis condolencias a Iván, la única familia que le quedaba.

—¿Ha estado usted en contacto con su hermanastro?

—No. Hace años que no hablo con él.

—¿Es cierto que no se llevaba bien con Bernardo Rodríguez y su hijo?

—Con Iván nunca tuve una relación cercana, pero es cierto que con Bernardo no me llevaba bien. Por eso hacía años que habíamos perdido el contacto.

—¿Podría explicarnos por qué tenían una mala relación?

En la sala de reuniones, todos se tensaron.

—Ahora es cuando se va a liar parda —dijo David.

Samuel estaba de acuerdo con ellos. Si la señorita Aguilar contaba a la prensa lo mismo que a ellos, se armaría un buen escándalo.

Sin embargo, ella se encogió de hombros con una sonrisa triste.

—No hay una razón concreta. Él era de una manera, yo de otra, y chocábamos mucho. Me temo que pasa en las mejores familias.

Samuel arqueó las cejas, sorprendido ante esa respuesta. A su lado, Montse emitió un murmullo, también sorprendido.

—¿Lamenta no haberse reconciliado con su padrastro antes de su fallecimiento?

Ella volvió a sonreír con tristeza.

—Sí, claro, en situaciones así te replanteas muchas cosas —dijo ella.

Los periodistas todavía le plantearon algunas preguntas más, pero no tardaron en quedarse sin hilos o hechos morbosos de los que tirar.

—¿Entonces no estás en contacto con la policía sobre la investigación del asesinato? —intentó una periodista a la desesperada.

—No, solo he hablado con ellos una vez y me temo que no pude ayudarlos demasiado. Pero sé que los inspectores responsables de la investigación harán un buen trabajo.

—Si tuvieras que describir a tu padrastro, ¿qué dirías?

La señorita Aguilar ladeó la cabeza de manera bastante encantadora, pensativa.

—Pues diría que era un gran hombre de negocios —dijo con una sonrisa. Entonces pareció pensar en algo más—. Pero también sé que una noticia como la de la fosa común que se ha encontrado, y a la que la policía está dedicando tantos esfuerzos, lo horrorizaría. Este tipo de noticias siempre lo afectaban mucho.

En ese momento la imagen de Valeria desapareció y fue reemplazada por el periodista que retransmitía en directo desde delante de su casa. Montse, David y Fran empezaron a apartar la mirada del televisor para proseguir con la reunión.

—Esperad. Quiero ver qué pasa ahora —dijo Samuel.

En el televisor, el periodista se despidió y la acción regresó al plató, donde la presentadora recordó que Valeria Aguilar se convirtió en la hijastra de Bernardo Rodríguez después de que éste se casara en segundas nupcias con la madre de ella, que había sido dependiente de una de sus tiendas de ropa. La explicación fue acompañada de algunas imágenes de la época: la pareja el día

de su boda, la pareja asistiendo a diferentes eventos...

En una de las fotos, tomada en la entrada de alguna fiesta o estreno cinematográfico, estaba la familia al completo. Una Valeria de quince o dieciséis años, alta, de grandes ojos y expresión despreocupada, sonreía mientras saludaba a cámara con una mano. Con la otra sujetaba la mano de un Iván de unos once años, un niño de aspecto asustadizo.

Para Samuel, la imagen desapareció demasiado pronto de la pantalla, pero quedó impresa en su memoria. Se dijo que la curiosidad que sentía solo era por la investigación, pero en el fondo sabía que eso era mentirse a sí mismo: le había gustado demasiado ver esa fotografía.

Tras explicar cómo habían fallecido las dos esposas de Bernardo Rodríguez, la presentadora y sus tertulianos pasaron a comentar la entrevista. Uno criticó a Valeria por haber sido tan parca en palabras, aunque más bien parecía decepcionado por no tener nada con lo que crear un escándalo. Sin embargo, otros la defendieron y recordaron la discreción con la que siempre se había comportado la familia Rodríguez, y en seguida se hicieron eco de las últimas palabras de la señorita Aguilar. Recordaron la faceta filántropa de Bernardo Rodríguez, que siempre fue generoso en sus donaciones, y pasaron a hablar de la fosa común, una noticia mucho más escabrosa y suculenta para ellos.

Hicieron falta menos de cinco minutos para que se olvidaran de Rodríguez.

—Y así es como consigues que dejen de fijarse en ti —dijo Samuel.

Montse sonrió.

—De momento la chica me cae bien, pero admito que es peligrosa. Es muy lista —dijo.

David miraba a Samuel, pensativo.

—Lo has dicho como si vieras algún motivo oculto en sus palabras —observó—. ¿No crees que simplemente busca que la dejen en paz? Si se pone a airear los trapos sucios de la familia, la perseguirán durante meses.

—Ha mentido de manera muy convincente. También podría habernos mentido a nosotros.

—Eso es cierto, jefe, pero... —Montse no acabó la frase, pero Samuel sabía que intentaba decirle que, en su opinión, no deberían estar centrando su atención en Valeria Aguilar. Estaba al tanto de su intención de pasar el día con ella buscando a Iván Rodríguez y no estaba de acuerdo.

—Vamos a ver qué tenemos —dijo Samuel. Se giró hacia Fran—. ¿Qué tal con los empleados?

—Tengo a los refuerzos acabando de poner en orden las fichas, pero lo único digno de mención es que el último empleado que lo vio vivo fue el director creativo de Cool, a las diecisiete horas y cuarenta y cinco minutos.

—¿Es sospechoso?

—Él dice que se fue de la empresa sobre las seis y que estuvo toda la tarde y parte de la noche con un grupo de amigos en un restaurante de la zona alta. Hay que confirmarlo con las grabaciones de las cámaras de seguridad, y a ver qué hora estimada de la muerte nos da el forense.

—¿Y la relación de los empleados con Rodríguez?

—Eso también es interesante. Algunos solo lo conocían de vista. Los únicos que se relacionaban asiduamente con él eran los directivos. Ninguno de ellos habló mal de Rodríguez, pero creo que porque les daba miedo parecer sospechosos. En general, coincidieron en decir que era un tipo de trato algo seco pero correcto con los trabajadores, y muy buenas relaciones públicas con socios y socios potenciales —explicó Fran.

—Eso último cuadra con lo que dijo Valeria Aguilar —dijo Montse—. ¿Hay alguna directiva en la empresa?

Fran negó con la cabeza.

—Todo hombres.

Ahora Samuel miró a David, que empezó a hablar sin necesidad de ser preguntado.

—Esta mañana hemos recibido las grabaciones de las cámaras de seguridad. Dentro del edificio no hay, solo podemos ver la entrada principal y la del parking. Curiosamente, la noche anterior al asesinato alguien vandalizó la cámara que graba la salida de emergencia: pintaron la lente de negro.

Samuel arqueó las cejas, sorprendido.

—Si está relacionado, es premeditación —observó. La premeditación no cuadraba con la teoría del crimen pasional.

—Exacto —dijo David—. Pero tenemos suerte: en un edificio que hay en la acera de enfrente tienen una cámara un poco ladeada que capta la calle de la salida de emergencia. Estamos en proceso de conseguir las grabaciones, pero se están resistiendo porque no quieren admitirlo. Puede traerles problemas con la ley de protección de datos, porque se supone que solo deberían estar grabando la puerta de su edificio. Pero nos las darán, estamos en ello.

—Bien. —Samuel asintió. Miró a David y Fran—. Poneros los dos con las grabaciones que tenemos. Empezad por el martes a partir de las ocho de la mañana, a ver qué encontráis. —Ahora Samuel miró a Montse—. ¿Qué tienes de Rodríguez?

—Después de que nos separásemos ayer, me pasé el día al teléfono. El tío estaba limpio. No tenía ningún antecedente, ni denuncia por malos tratos, ni siquiera líos con Hacienda. Mi hermano está echándole un vistazo a sus declaraciones de la renta e impuestos de sus empresas, a ver si encuentra algo que le llame la atención —explicó Montse—. Por otro lado, he hablado con Adam, tu colega. Parece ser que los compañeros de crimen organizado relacionaron a Rodríguez con José María Nuño, un narcotraficante. Sin embargo, nunca le investigaron por falta de pruebas, porque solo parecían amigos. No tienen nada significativo sobre él.

—¿Cuándo los relacionaron por primera vez?

—Hace unos diez años.

—Según Valeria Aguilar, la actividad sospechosa sería con una empresa anterior a Cool. Estaríamos hablando de, como mínimo, hace veinte años —observó Samuel—. Parece todo demasiado lejano como para que tenga repercusión ahora.

—Estoy de acuerdo.

—¿Sabemos ya quién se beneficia de la muerte de Rodríguez?

—Conseguí hablar con su abogado y el notario que le llevan el testamento, y pudieron decirme que el único que tendrá que presentarse a la lectura es Iván Rodríguez.

Los cuatros se miraron.

—¿Y qué gana matando así a su padre, arriesgándose a perderlo todo? —dijo Fran, verbalizando la pregunta que se hacían todos.

Samuel se frotó las sienes.

—A ver. Tenemos muchas posibilidades y nos falta demasiada información —dijo—. Montse, céntrate en seguir investigando a Rodríguez. Amistades, rutinas, etc. Quizá tenía la costumbre de liarse con sus secretarias. O a ver si ya tenía una nueva pareja. Y pregunta también un poco por Herminia Herrero.

Samuel miró su reloj y se levantó de la silla, dando la reunión por acabada.

—Tengo que ir a informar al jefe. Después me iré, pero llámame para comentarme cualquier cosa, por más insignificante que os parezca —añadió. Quería estar al tanto de todo. Algo en este caso no encajaba. Parecía un crimen pasional, pero había indicios que lo desmentían. Y había algo más que lo inquietaba, pero era una especie de mal presentimiento que no lograba descifrar.

—Así pues, ¿vas a pasarte el día de paseo con Valeria Aguilar? —preguntó Fran.

Samuel fulminó con la mirada a Fran, sin molestarse a esconder el cabreo. David abrió mucho los ojos y Montse se tensó.

—¿Alguien te ha pedido tu opinión sobre cómo dirijo la investigación? —espetó Samuel.

Fran pareció darse en cuenta entonces de que su tendencia a ser un bocazas y un listillo había vuelto a jugarle una mala pasada.

—No. Perdón, jefe, no pretendía ser irrespetuoso. Es solo que tenemos muchos otros hilos de los que tirar, y no parece que Valeria Aguilar...

—Tenemos más motivos que nunca para seguir investigando a Valeria Aguilar —lo interrumpió Samuel. Señaló el televisor con un gesto de la cabeza—. En la foto familiar que han puesto en la tele, la señorita Aguilar sujetaba la mano de su hermanastro.

Abandonó la sala dando un portazo, cabreado a pesar de las disculpas de Fran. Estaba acostumbrado a que su intuición despertara dudas, pero en este caso le molestaba mucho. Seguía pensando que tenía razón, pero a la vez... temía que la atracción que sentía por la señorita Aguilar le estuviera nublando el juicio. Era desconcertante, molesto y lo hacía sentirse inseguro, algo a lo que no estaba acostumbrado. Y, por todos los diablos que había en el infierno, el pensamiento de pasar el día junto a ella lo ponía nervioso. Nervioso él, que nunca perdía la calma.

Joder.

Después de reunirse con Gallardo y de que los dos hablaran con la juez por teléfono para informar del estado de la investigación, Montse fue en su busca.

—Acaban de llamar de abajo. La señorita Aguilar está en la sala de espera —anunció.

Un pinchazo en el estómago.

—Vale, voy —dijo, intentando aparentar indiferencia.

Pero Montse lo vio tragar saliva.

Jueves 22 de octubre, 11 o 11.15 horas

No tuvo que esperar mucho. Tan solo unos minutos después de que la hicieran pasar a la sala de espera, en el pasillo se escuchó un “¡Schwartz!”. Unos segundos después, le llegaron las voces de dos hombres que hablaban con tono moderado. A Valeria no le costó distinguir la voz profunda y agradable del inspector Schwartz.

Y se le puso la piel de gallina.

Valeria se miró las manos mientras suspiraba. Le temblaban un poco. En este caso no era por los nervios de ver al guaperas del inspector Schwartz. El día tenía que salir bien. Por Iván. Tenía que conseguir que el policía confiara en ella y ordenara que dejaran de vigilarla. En el rato que había pasado desayunando con sus amigos y mientras caminaba hacia la Jefatura, no le había costado descubrir a un hombre que la seguía. No muy alto pero atlético, vestido con chaqueta de color verde militar y tejanos.

Sin embargo, también se le había abierto en el pecho un pequeño agujero repleto de dudas que la carcomían por dentro. ¿De verdad estaba actuando de la mejor manera posible para Iván?

No lo sabía...

No, no podía dudar. Iván se merecía y necesitaba toda la protección que pudiera darle. Valeria tenía que meterse en el papel que había venido a interpretar: una familiar lejana que venía a ayudar a buscar al hermanastro desaparecido, pero que más allá de la preocupación por el chico no tenía más problemas.

Sí, podía hacerlo.

Apretó las manos y respiró con fuerza.

Cuando el inspector Schwartz apareció en el umbral de la puerta, con sus ojos intensos, sus labios tentadores y desprendiendo perfección, Valeria tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para no repararlo de pies a cabeza. A pesar de todo, el hombre era un placer para la vista.

—Señorita Aguilar —dijo él a modo de saludo. No parecía especialmente contento de verla.

—Inspector Schwartz —dijo ella, levantándose y acercándose a él.

—Gracias por venir hasta aquí. ¿Todo bien? —añadió él, observándola con atención.

Ella se encogió de hombros en un gesto de supuesta indiferencia, pero no le gustó que él pareciera capaz de adivinar que algo no iba bien con un solo vistazo.

—Supongo. ¿Siguen sin tener ni una sola noticia de Iván?

—Me temo que no.

—Vaya. Bueno, pues vamos —dijo ella, dispuesta a ponerse en marcha.

—¿Le importaría avanzarme los lugares dónde iremos?

—Claro.

Valeria le habló de la cafetería y la biblioteca donde Iván iba a leer, de la tienda donde solía comprarse los Legos y la tienda donde compraba los videojuegos. También de la tienda donde iba a jugar a rol y del club de Scalextric.

—La tienda de rol y el club solo abren por la tarde —añadió al final.

—¿Y cuál sería la mejor ruta?

Valeria parpadeó y lo miró, sin saber a qué se refería.

—¿La mejor ruta? —Al fin lo comprendió y se sintió un poco estúpida—. ¡Ah! Pues había pensado ir primero a la biblioteca, y después... pues no había pensado tanto, la verdad.

El inspector Schwartz intentó contener una sonrisa sin mucho éxito y le pidió las direcciones de los lugares que acababa de mencionar. Valeria las recitó y él asintió, pensativo. Ni siquiera necesitó comprobar un mapa para saber dónde estaba cada lugar. Tras unos instantes de reflexión, dijo:

—Será mejor que la biblioteca sea nuestra última visita de la mañana. Empezaremos por la cafetería, y después nos acercaremos a la tienda de Legos y a la de videojuegos.

—Vale...

—Así no damos tantas vueltas.

—Ya, yo no suelo ser capaz de planificar tanto.

Él se rio con suavidad, pero no pareció sorprendido, como si ya se lo imaginara. Con un gesto, le indicó que pasara ella delante, que él la seguía. Valeria salió al pasillo, pero tuvo que detenerse otra vez.

—Perdón, tengo muy mala orientación —se vio obligada a confesar, apurada—. No sé por dónde he venido.

Cuando miró al inspector, lo descubrió observándola con una sonrisa en los labios que no estaba segura de qué significaba. Había diversión en ella, y algo más...

Tras unos segundos interminables, pareció darse cuenta de que la estaba mirando sin decir nada y se puso serio de golpe.

—Por allí —dijo sin brusquedad.

Valeria emprendió la marcha hacia la salida. Una vez en la calle, no les costó encontrar un taxi. Valeria se acomodó, recordándose que era perfectamente capaz de mostrarse relajada.

Así pues, a pesar del silencio que cayó entre ellos, no se sintió incómoda. Se dedicó a observar el tráfico y la ciudad a través de la ventanilla, muy tranquila. Tanto se relajó que acabó bostezando.

—¿Ha pasado una mala noche? —preguntó el inspector Schwartz.

Ella asintió. No iba a mentir en eso.

—Es todo bastante abrumador. Y, sobre todo, espero que Iván esté bien —dijo.

El inspector asintió.

—Imagino que la situación también debe de despertar unos cuantos recuerdos.

Ella sonrió con pena, dándose cuenta de que esa afirmación era una trampa para animarla a hablar.

—Sí, pero que Iván esté bien es lo que más me preocupa —afirmó.

Si a él le molestó que no cayera en su “trampa”, no dio señales de ello.

—¿Ha tenido problemas para pedirse el día libre?

—No, qué va.

De nuevo, cayeron en un silencio tranquilo.

—Señorita Aguilar...

Valeria apartó los ojos de la ventana y lo interrumpió.

—¿Le importaría que nos tuteáramos y dejar de llamarme “señorita Aguilar”? Se me hace raro hablar de “usted” a gente joven. Y lo de “señorita” es sexista.

—Es una formalidad.

Valeria sonrió al detectar molestia en la voz del policía.

—¿No se considera sexista, inspector Schwartz?

—Procuro no serlo, Valeria.

Al escucharlo pronunciar su nombre, se le puso la piel de gallina. Quizá su petición no había sido buena idea... Al tutearse, se eliminaba una barrera invisible que la ayudaba a mantener la cabeza clara. Algo que necesitaba desesperadamente, porque lo guapo que era ese policía y lo sexy que tenía la voz no era normal. Seguro que en sus investigaciones sabía utilizarlo a su favor con idiotas como ellas.

No, algo le decía que el inspector Schwartz no hacía esas cosas. Seguro que era demasiado íntegro.

De repente, se dio cuenta de que se había quedado mirándolo fijamente y que se estaba mordiendo el labio. Los ojos de él estaban fijos en sus labios.

Se dieron cuenta a la vez de lo que estaba sucediendo y ambos apartaron la mirada. Valeria se peinó el cabello con la mano solo por hacer algo y no carraspear en un gesto de incomodidad.

—¿Nunca llegaste a conocer a ninguna pareja de Iván? —preguntó él con suavidad.

Ella lo miró como si no hubiera pasado nada raro y negó con la cabeza.

—Lo siento. Realmente teníamos muy poca relación.

—¿Nunca trajo a nadie a casa, no coincidisteis en algún lado...

Valeria sonrió con picardía.

—Dime, inspector Schwartz, ¿a cuántas novias llevaste de adolescente a casa para que tu familia las conociera?

—Samuel.

Samuel.

Demonios, Valeria había pensado más de una vez que, si algún día tenía un hijo, le gustaría llamarle Samuel. La leche. Joder.

Ahora sí, no pudo evitar carraspear.

—Pues eso, Samuel. ¿Me equivoco si digo que pocas o ninguna?

Esos ojos azules se clavaron en ella. El inspector Schwartz... Samuel, no contestó a su pregunta y cambió de tema.

—Antes he visto que has respondido a las preguntas de la prensa —dijo.

—Sí, me ha parecido la manera más efectiva de quitármelos de encima —admitió ella.

—Has sido hábil.

El tono de esa observación no sonó a cumplido, precisamente.

—¿Gracias? —dijo Valeria, intentando bromear.

—Les has mentido, y has sido muy convincente.

Ah, y ahí tenía otra trampa. Ahora pretendía ponerla nerviosa. Se movió un poco en el asiento para mirar al policía de frente.

—¿Eso te hace preguntarte si también os he mentido a vosotros de manera convincente? —dijo ella sin alterarse.

A él pareció sorprenderle y gustarle su respuesta por igual.

—Yo no he dicho eso.

—Sé leer entre líneas. Igual que sé que, si hubiera contado ciertas cosas a la prensa, a vosotros os habría dificultado el trabajo y a mí me habrían perseguido el resto de mis días —dijo Valeria.

—Supongo.

Es decir, no acababa de creerla. Demonios, el tipo realmente era un hueso duro de roer. A pesar de su frustración, suspiró con exagerado pesar.

—Yo ya he intentado decirte que pierdes el tiempo conmigo, pero... al parecer estoy condenada a que no me creas. Como Cassandra.

—¿Cassandra? ¿La mujer del mito griego que podía predecir el futuro pero nadie la creía?

—La misma —dijo ella, fingiendo mucha satisfacción consigo misma.

Samuel rio con una carcajada profunda pero contenida. Al escuchar ese sonido, Valeria se estremeció. Y, a su pesar, se quedó embelesada al ver cómo su rostro se transformaba con la risa.

Ay, madre, esto no era simple atracción física. Samuel realmente le gustaba.

Qué desastre. En serio, ya tenía suficientes problemas. Sentirse atraída por un policía que la consideraba una mentirosa era lo último que necesitaba en esos momentos.

La voz del taxista los sobresaltó a los dos.

—Disculpen. Ya hemos llegado. Llevamos dos minutos parados.

*

Jueves 22 de octubre, 11.36 horas

Demonios, la mujer era realmente un hueso duro de roer.

Le había hecho varios comentarios con la intención de hacerla hablar o de que se pusiera nerviosa, pero los había sorteado todos con mucha habilidad y aparente inocencia. Pero él seguía sin creérselo. Valeria Aguilar era un misterio a resolver. Valeria Aguilar tenía secretos.

Que le pusiera las cosas tan difíciles lo contrariaba, claro. Dificultaba su trabajo. Pero debía admitir que admiraba su táctica y sus agallas.

En cualquier caso, estaba claro que Samuel debía cambiar de estrategia. No valía la pena tender trampas a Valeria, no caería en ellas. Al menos no de entrada. Primero tenía que ganarse su confianza. Solo así conseguiría que se relajara y cometiera un desliz, o que realmente decidiera confiar en él del todo.

Sinceramente, preferiría que fuera la segunda opción.

Por otro lado, estaba la cuestión de que Samuel estaba quedando en evidencia continuamente ante ella. Su incapacidad de organizar una ruta optimizada y su falta de orientación, así como su actitud al respecto, le habían parecido encantadoras. Y la manera como se había mordido el labio tan solo unos minutos antes lo había puesto duro. Como una piedra.

Qué guapa era, joder.

Ese día se le iba a hacer muy largo.

Sin embargo... también había visto como ella lo miraba. Si no hubiera sabido que ella tenía pareja, habría dicho que la atracción era mutua.

Es decir, que solo eran las ganas.

Gracias a Dios, entrar en la cafetería lo obligó a dejar de pensar en todo eso.

Era un lugar grande y acogedor, de aire rústico y tranquilo. Disponía tanto de mesas como sofás, y la gran mayoría de clientes eran estudiantes o trabajadores concentrados ante ordenadores, apuntes o libros. Si se buscaba un poco de paz, era un buen lugar al que acudir.

Hablaron con la encargada, que no reconoció en la fotografía de Iván Rodríguez a un cliente habitual. Ella los dirigió a un camarero apodado Charlie, que era el que más tiempo llevaba trabajando allí. El hombre, de unos cincuenta años y dientes prominentes, observó la fotografía con el ceño fruncido en un gesto de profunda concentración.

—La verdad es que me suena. Creo que hace unos años sí que venía a menudo, pero ahora hace tiempo que no lo veo —concluyó—. Lo siento.

Después de agradecerle su colaboración, Valeria y Samuel abandonaron la cafetería y

detuvieron otro taxi. En ese breve trayecto, camino de la tienda donde Iván Rodríguez solía comprarse los Legos, ella permaneció en un silencio taciturno. Esta vez, Samuel optó por dejarla tranquila.

La juguetería lo sorprendió. Estaba en una calle apartada del casco antiguo de la ciudad, pero era espaciosa y, para ser un jueves por la mañana, estaba bastante concurrida. En realidad, más que una juguetería era una tienda para coleccionistas de juguetes. No solo había Legos, también había juegos antiguos, trenes, coches, muñecas de porcelana, y un largo etcétera. Era una tienda muy curiosa. La zona que recibía más atención en esos momentos era la de Legos, que incluso tenía un espacio con una mesa y varios cubos repletos de piezas. Samuel observó con asombro a tres veinteañeros enfrascados en la construcción de lo que parecía un edificio, discutiendo entre ellos la mejor manera de hacerlo.

—¿No te gustan los Legos? —preguntó Valeria.

La descubrió a su lado, mirándolo con expresión divertida.

—La verdad es que nunca me han llamado la atención —confesó.

Ella pareció genuinamente sorprendida.

—¿En serio? Siempre he pensado que es la distracción ideal para los perfeccionistas —dijo.

Samuel arqueó las cejas.

—¿Me consideras un perfeccionista?

Ella se limitó a sonreír y fue en busca de un dependiente. Samuel se quedó allí de pie, como un idiota. No sabía cómo sentirse. A pesar de lo poco que habían hablado, Valeria ya lo había calado. ¿Era porque le había prestado atención o porque saltaba a la legua? ¿Y a ella le gustaba o la echaba para atrás?

Diciéndose que no debería importarle, siguió sus pasos. El mismo propietario de la tienda no tardó en informarles de que hacía al menos dos años que Iván Rodríguez no iba a visitarlos.

Samuel observó la supuesta decepción de Valeria con los ojos entrecerrados. Sospechaba que les dirían exactamente lo mismo en todas partes.

Vale, no importaba, se lo tomaría con paciencia. Al fin y al cabo, su objetivo era lograr que Valeria acabara soltando la información que escondía.

Si siguiente objetivo, la tienda de videojuegos, estaba relativamente cerca, así que fueron caminando. Avanzaron varios minutos en silencio, hasta que el teléfono de Valeria sonó.

—Hola, Manuel.

Ah, el rubiales mentecato de su novio.

De reojo, la vio sonreír al escuchar lo que el tipo le decía.

—No, puedes estar tranquilo. —Una pausa—. Todo bien, sí... De acuerdo. Un beso, adiós.

—¿Tu novio tiene miedo de que la policía te haga daño? —preguntó Samuel, incapaz de esconder el tono burlón de su voz. Se maldijo por ello.

Ella pareció desconcertada.

—¿Quién? —dijo. Después abrió mucho los ojos y rio—. ¿Manuel? No, no, que va, no es mi novio. Yo no tengo...

Dejó la frase a medias y Samuel no insistió, pero se sintió patéticamente aliviado.

Y entonces se dio cuenta de que quizá las ganas no le habían hecho ver visiones. Quizá sí fuera cierto que la atracción era mutua.

Aspiró aire con fuerza.

¿En qué situación lo dejaba esto?

Soltó el aire de golpe.

Pues no lo dejaba en ninguna situación. Lo que tenía que hacer era concentrarse en su trabajo y

encontrar al asesino de Bernardo Rodríguez.

—En realidad, Manuel está colado por Julia, pero... —empezó a decir Valeria, pero se interrumpió—. Oh, ya hemos llegado.

La tienda de videojuegos también era grande y vendía tanto videojuegos nuevos como de segunda mano y antiguos. Tardaron unos quince minutos en hablar con la propietaria y sus tres empleados. Todos reconocieron a Iván, porque al parecer seguía acudiendo a la tienda de vez en cuando, pero lo único que sabían de él era que se llamaba Iván y su número de teléfono. Nada más. No tenían ni la dirección, ni ninguna relación más allá de dependientes-cliente.

De camino a la puerta, un estante llamó la atención de Valeria.

—Estos siempre han sido mis juegos preferidos —dijo, señalando varias cajas de juegos de segunda mano.

Ah, estos Samuel los conocía. De pequeño y no tan pequeño, se había pasado horas ante ellos. *Monkey Island*, *Donkey Kong*, *Grim Fandango*, *Maniac Mansion*, *Pacman*, *Pang*... Qué recuerdos.

—Sin dudar, me quedo con el *Monkey Island* —dijo.

Ella sonrió.

—Buena elección, pero el *Grim Fandango* siempre fue mi preferido —dijo—. ¿Sabes que muchos de estos los han reeditado y puedes comprarlos para móvil o tablet?

Samuel se quedó petrificado.

—¿En serio?

Ella rio al ver su reacción.

—Tengo el *Grim Fandango* en el móvil. Luego te lo enseño.

Abandonaron la tienda para subirse a otro taxi en dirección a la biblioteca. Esta vez, se sumieron en una charla amena y relajada sobre los videojuegos favoritos de su infancia.

La biblioteca también era un lugar muy acogedor, uno de esos lugares que transmiten paz, pero allí también hacía tiempo que no veían a Iván. En ninguno de los lugares donde fueron, por cierto, reconocieron a Valeria. Si ella había ido alguna vez, era cierto que hacía muchos años de ello.

Cuando abandonaron la biblioteca, era la hora de comer. Valeria propuso aprovechar el agradable día de finales de octubre y sentarse a comer en la terraza de un restaurante, y Samuel no tuvo ninguna objeción. Acababan de pedir y de servirles las bebidas cuando el teléfono de Samuel sonó. Era Montse.

—Disculpa —dijo a Valeria, y se levantó para alejarse un poco—. Hola, Montse.

—¿Cómo va, jefe? —fue su saludo.

—Un poco lento, la verdad —dijo él, aunque en realidad el tiempo le había pasado volando. Pero era cierto que no parecía que hubiera avanzado nada—. ¿Tienes novedades?

—He pasado la mañana en las oficinas de Cool —explicó Montse—. El director de recursos humanos me ha confirmado que hoy no ha faltado nadie a trabajar. Por ahora, la vida sigue en Cool.

—¿El dueño de la empresa ha muerto y pueden seguir con la actividad normal? —dijo Samuel, extrañado.

—Eso parece. —Samuel pudo imaginarse a Montse encogerse de hombros mientras decía eso—. He vuelto a preguntar a los directivos por Bernardo Rodríguez. Era un tipo peculiar, y no le gustaba hablar de su vida privada. Ninguno de ellos ha sabido decirme el nombre de un amigo cercano. Al parecer, tenía mucha vida social, comidas, cenas, fiestas, pero siempre por cuestiones de trabajo.

—¿Cuántos años hace que lo conocen?

—Algunos cinco, otros diez... El director creativo es el que llevaba más tiempo trabajando con él, casi quince. Si te soy sincera, mi sensación es que es él quien dirige la empresa.

—¿Y Rodríguez siempre fue igual?

—No. Dice que con los años se fue volviendo más celoso de su privacidad y más solitario. Cree que empezó a cambiar a raíz de la enfermedad de su mujer.

—¿Nadie te ha mencionado una pareja estable después de la muerte de la mujer? ¿Ni siquiera a la exsecretaria?

—No. Por cierto, la secretaria actual se ofendió profundamente cuando le pregunté si estaba liada con su jefe o si era algo que podía suceder —añadió Montse.

Samuel resopló, divertido, imaginándose el momento.

—¿Cómo se lo preguntaste, Montse?

—Puede que fuera un poco bruta —admitió ella con una sonrisa en la voz—, pero quería ver su reacción.

Hubo unos instantes de silencio mientras Samuel reflexionaba sobre la información que Montse le había transmitido. Lo hizo mientras observaba a Valeria, que había cerrado los ojos e inclinado la cara hacia el cielo para disfrutar del sol de otoño. Algo se removió en su interior y se obligó a apartar la mirada de inmediato.

—Si se notó un cambio a raíz de la enfermedad de su mujer, podría significar que realmente la quería, ¿no? ¿Encaja todo eso en un cuadro de maltrato psicológico? —dijo.

—No sé, estas cosas... Yo creo que desgraciadamente una cosa no quita la otra —contestó Montse—. ¿Crees que Valeria Aguilar nos mintió sobre eso?

Samuel frunció el ceño. No lo sabía. Joder, nunca se había sentido tan inseguro en un caso, ¿qué diantres le pasaba?

—No lo sé —confesó con un suspiro. Vio que la camarera depositaba los primeros platos en la mesa—. Tengo que dejarte. Vamos hablando.

Cortó la llamada y regresó junto a Valeria. La comida fue demasiado agradable. Siguieron charlando sobre videojuegos, y Samuel pudo jugar un poco con el *Grim Fandango* que ella tenía instalado en el móvil. También descubrieron que ambos compartían cierta afición por los cómics, cosa que compensó el larguísimo rato que tardaron en servirles los segundos platos, los postres y el café.

—Oye, ¿puedo ser un poco... indiscreto? —dijo Samuel en cierto momento.

—Por favor.

—Antes has empezado a decir que tu amigo Manuel está colado por una tal Julia. Parece que ahí hay una historia.

—Sí que la hay —sonrió ella, y procedió a explicarle que el pobre rubiales era un muy buen tipo que llevaba años colado por Julia, una amiga y compañera de trabajo. Sin embargo, la tal Julia ya tenía pareja. Al menos la tuvo hasta dos semanas atrás, cuando pilló a su novio en la cama con una vecina.

Valeria contó la historia con tanta gracia que Samuel se partió de risa. Y así estaba, en plena carcajada, cuando una voz conocida de mujer dijo:

—Hola, Samuel. Dichosos los ojos que te ven, aunque sea por casualidad.

Se le pasaron las ganas de reír de golpe cuando descubrió a su padre, a su madre y a sus hermanas plantados ante ellos, observándolos con mucha curiosidad e ideas muy equivocadas en la cabeza.

Oh, eso sí que era una pesadilla.

Jueves 22 de octubre, sobre las 16 horas

Valeria observó con curiosidad a las personas que se habían detenido ante ellos. Solo con el primer vistazo supo que eran familia de Samuel, porque se parecían mucho entre ellos. Pero no sabría señalar el parentesco, porque la pareja mayor le pareció joven para ser sus padres, y las dos chicas le parecieron jóvenes para ser sus hermanas. ¿Quizá eran tíos y primas?

Él había parado de reír y parecía un poco apurado. A Valeria le resultó bastante encantador, la verdad.

—Mamá —dijo él a la mujer que había hablado, levantándose.

Valeria alzó las cejas, sorprendida. Después se dio cuenta de que, mientras Samuel y su madre se daban dos besos, los demás mantuvieron la vista fija en ella. Les dedicó una sonrisa amable que ellos le correspondieron. No le quedaron muchas dudas de lo que estaban pensando todos: que Samuel y ella eran pareja.

Es decir, si no le conocían otra pareja, significaba que estaba soltero...

Bien, vale, bueno, ya tenía esa información, y ahí se iba a quedar.

No iba a pensar en lo mucho que le gustaba Samuel. Ni en que tenía la impresión que él también se sentía atraído por ella. Lo había descubierto mirándole los labios en varias ocasiones. Y una vez, gracias al reflejo de un escaparate, lo había pillado mirándole el trasero. Y la intensidad con la que observaba siempre...

Pero daba igual. Ella era la hermanastra de Iván y él era el policía al que estaba escondiendo información. Lo mejor para todos era no complicar las cosas.

Además, volvió a asaltarla la misma duda que antes: ¿y si él solo fingía esa atracción para metérsela en el bolsillo?

No, no, no lo veía haciendo eso...

Lo observó dar besos a su padre y sus hermanas. Realmente todos se alegraban mucho de verlo.

—¿No nos presentas? —dijo su padre sin ningún tipo de disimulo.

Samuel se giró hacia ella, que se levantó.

—Ella es Valeria Aguilar. Valeria, estos son mis padres y mis hermanas —dijo.

—Un placer —dijo Valeria, tendiendo la mano a la madre.

—Dos besos, mujer —dijo ella con amabilidad, dándole dos besos—. Que hacía mucho que no veíamos a Samuel tan contento.

Él puso cara de estar deseando con todas sus fuerzas que la tierra se lo tragara.

—Mamá... Solo estamos trabajando en un caso —dijo.

Su padre, que ya estaba dando dos besos a Valeria, abrió mucho los ojos.

—¿En serio? Nadie lo diría —dijo.

Ahora Samuel se frotó la frente mientras cerraba los ojos. Valeria apretó los labios para intentar disimular una sonrisa, pero no le salió demasiado bien.

—Está diciendo la verdad. Lo prometo —dijo.

Se acercó a las dos hermanas, que también le dieron dos besos. Ellas no dijeron nada, pero sus sonrisas lo decían todo. No se creían que no fueran pareja, y estaban pasando un muy buen rato viendo a su hermano mayor muerto de vergüenza.

—Bueno, pues os dejamos que sigáis *trabajando* —dijo el padre con retintín.

—¿Esta semana tampoco vendrás a comer? —preguntó la madre a Samuel.

—No lo creo, mamá, estamos con un caso complejo y nos tocará hacer muchas horas extra.

—Lo mismo de siempre, vaya.

Dicho esto, la familia se despidió. Samuel y Valeria se quedaron de pie, observándolos mientras se alejaban. Después se miraron. Él apretaba los labios en un gesto de resignación y disgusto. Ella sonreía. Al ver su expresión, Valeria se echó a reír y Samuel acabó soltando una mezcla de risa y resoplido.

—Lo siento —dijo él.

—No lo sientas. Ha sido muy...

—¿Humillante?

—Interesante.

—Son una panda de cotillas, siempre lo han sido.

—A mí me han parecido agradables. Y realmente parece... —Valeria se detuvo, consciente de que estaba a punto de meterse donde no la llamaban.

—¿Qué parece?

—Da igual, no es asunto mío.

—Dilo, por favor.

Valeria dudó.

—Parece que tienen ganas de verte. Que te echan de menos —dijo. Lo había visto en la manera cómo lo miraban, en su resignación al despedirse. Había sentido afecto por ellos, y a la vez un poco de envidia de Samuel.

Él la observó unos instantes.

—Es cierto que se quejan de que me ven poco —admitió—. Pero el trabajo... es complicado.

—Siempre surge algo, ¿no?

A Valeria no le gustaba ser moralista, así que no iba a decirle que creía que debía aprovechar para estar con su familia todo lo que pudiera. No sabía cuándo le iban a faltar. Sin embargo, por la manera cómo la miró, supo que él lo había entendido en sus palabras.

—A parte de tu madre, ¿no tienes más familia? —preguntó con suavidad.

—Siempre estuvimos solas —dijo ella. Se forzó a sonreír a pesar de que pensar en su madre la entristecía—. Pero bueno, la madre de mi amiga Carmela se ha convertido en algo así como una segunda madre para mí.

Él asintió, pero no pareció que su sonrisa lo convenciera. Maldita sea, con todo el mundo funcionaba, ¿por qué con él no? ¿Por qué él siempre parecía ver un poco más allá?

Necesitaba cambiar de tema.

—¿Cuántos años tiene tu familia? Me han parecido...

—¿Jóvenes?

—La verdad es que sí.

—Mis padres me tuvieron con solo veintiún años. Y mis hermanas tienen veintiséis y veinticuatro años. Me llevo nueve años con la mayor.

Valeria lo estudió con los ojos entrecerrados. Él frunció el ceño.

—¿Qué?

—Me preguntaba si serías un hermano mayor protector con sus hermanas pequeñas.

—No, más bien tenía que protegerme de ellas. Eran unos terremotos. Todavía lo son.
Valeria se rio. Le costaba imaginarse a Samuel aterrorizado por dos niñas pequeñas.

—¿Ellas también quieren ser policías?

Samuel rio con suavidad, parecía que Valeria hubiera tenido una ocurrencia muy graciosa.

—Ni locas lo harían. De hecho, que yo entrara en la policía fue un *shock* para mi familia.

—¿No les parece bien?

—Sí, pero no somos una familia de policías. Mis padres tienen una tienda de ropa, mis tíos son médicos, mis primas son administrativas. Y mi hermana mayor ha estudiado arquitectura y la pequeña educación social. Y las dos me tienen frito con sus críticas a los cuerpos policiales.

A pesar de todo, Valeria vio el afecto que Samuel sentía por su familia.

—Y ahora mejor que nos vayamos —dijo él—. Son capaces de estar espiándonos escondidos en alguna tienda.

Valeria volvió a reír y lo siguió al interior del restaurante. Mientras él pagaba la cuenta ella pasó por el baño, donde aprovechó para llamar a Iván desde el teléfono secreto.

Seguía apagado.

Se mordió el labio con fuerza. No podía permitir que la preocupación y la impaciencia salieran a la superficie. Se esforzó por mantenerlas encerradas bajo llave en el fondo de su cabeza, donde no pudieran interferir.

Se sonrió a sí misma en el espejo, esa sonrisa que tantas veces había usado como máscara, y abandonó el baño.

Decidieron caminar hasta el club de Scalextric, porque no abrían hasta las cinco y todavía faltaba media hora. Durante unos minutos se movieron en un silencio cómodo, hasta que se detuvieron delante de una librería especializada en cómics. Observaron el escaparate, y acabaron charlando otra vez de cómics, después de películas en las que adaptaban cómics y finalmente de series.

Más tarde, Valeria luchó por ignorar la culpabilidad cuando, tanto en el club de Scalextric como en la tienda donde Iván iba a jugar a rol, les dijeron que hacía años que no se pasaba por ahí. Valeria ya lo sabía.

—Lo siento... —dijo mientras abandonaban la última tienda. En los dos sitios habían tenido que esperar bastante para poder hablar con todos los empleados y ya había anochecido.

Samuel se encogió de hombros.

—Al menos lo hemos intentado.

Ella fingió reflexionar.

—Lo único que se me ocurre es ir a casa y buscar entre las fotos familiares. Tengo algunas, no muchas, pero quizá me ayuden a recordar algo —propuso. En realidad, ya había previsto esta opción, y la noche anterior se había dedicado a apartar las fotografías que mostraban cosas que no le interesaba que la policía viera.

Antes de contestar, él dudó un instante.

—Probemos, a ver si ayuda —dijo con un asentimiento de la cabeza.

A esa hora les costó un poco más encontrar un taxi libre.

—¿Te importa que pasemos un momento por el supermercado? Es que... ayer fui, pero olvidé un par de cosas —pidió Valeria. Fingió apuro, pero esa visita era necesaria para el plan que había trazado.

—Claro —dijo él.

Diez minutos después, entraron en el supermercado.

—Será un momentito —aseguró ella.

Fue directa a coger *mozzarella* rallada y un bote de orégano. De camino a la caja cogió papel higiénico (sí era cierto que el día anterior olvidó comprar), pero al ver los friegasuelos recordó que también tenía que comprar, y que el último que usó no le había gustado demasiado. Se detuvo a observar la abrumadora variedad de productos.

Cuando al fin se decidió por uno se dio cuenta de que, en realidad, el día anterior había olvidado más cosas de las que creía.

—Perdón, acabo de recordar que necesito un par de cosas más...

Samuel la siguió hasta la zona de la verdulería, donde cogió lechuga y un poco de uva. Entonces recordó que solo le quedaba un yogur, y pensó que estaría bien tener leche sin lactosa por si venía Julia de visita, y también que seguramente Carmela y Lucía se pasarían pronto para asegurarse de que estaba bien, así que podría preparar unas galletas... pero le faltaba mantequilla, gotas de chocolate y nueces. Y no recordaba cuánta harina le quedaba.

Cogió unas nueces, pero ya iba tan cargada que estuvieron a punto de caerse al suelo. Samuel se las quitó con un gesto de impaciencia.

—Por el amor de Dios, Valeria —dijo, quitándole más cosas de las manos—. ¿Qué más te falta?

Ella se quedó quieta, un poco avergonzada. Sus visitas al supermercado solían ser algo caóticas.

—Yogures, leche sin lactosa, mantequilla y gotas de chocolate. Y harina.

—Yo voy a por la leche y la harina. Tú a por el resto.

No se atrevió a rechistar. Fue directa hacia las gotas de chocolate, y después a por la mantequilla. Todavía estaba decidiendo qué marca llevarse cuando él ya regresó con la leche y la harina. Valeria cogió un paquete de mantequilla y se irguió.

—Ya estoy.

Él observó lo que tenía en las manos.

—¿Y los yogures?

—Tienes toda la razón del mundo, he olvidado los yogures.

Antes de empezar a caminar, vio que Samuel suspiraba con una mueca que mezclaba martirio y resignación. Valeria no pudo evitar sonreír.

—Ahora sí, ya estoy —dijo cuando tuvo los yogures en la mano.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Eso creo.

Ahora él puso los ojos en blanco y emprendió la marcha hacia las cajas.

—Sabes, hay una herramienta que se utiliza para venir al supermercado y que, en lo que a la compra se refiere, es revolucionaria —dijo Samuel. Encontraron una caja vacía.

—¿En serio?

—Sí, se llama lista de la compra.

—Me han hablado de ella, pero es algo tan nuevo que todavía no he tenido la oportunidad de probarla —replicó Valeria, luchando por contener la risa.

Samuel rio por debajo de la nariz.

—Bueno, puede que ya haya intentado usarla, pero olvido apuntar las cosas —confesó Valeria.

—Es muy fácil. Cuando se acaba algo, sacas el móvil y lo apuntas al instante.

—Soy más de papel.

—Entonces no la puedes llevar siempre encima.

—Ya, pero es que soy más de papel.

—En ese caso, lamento decirte que, en lo que refiere a la compra del supermercado, estás

condenada al fracaso.

En ese momento, el cajero indicó a Valeria la cantidad que debía pagar. Agradeció la interrupción, porque esto estaba siendo demasiado raro. Estaban hablando como si fueran juntos al supermercado cada día y era... demasiado agradable y demasiado desconcertante.

Volvió a dudar de las intenciones de Samuel y, de repente, temió que su plan no fuera tan buena idea... Pero ya no podía dar marcha atrás. Era demasiado tarde.

Sonrió de nuevo y, juntos, guardaron la compra en un par de bolsas.

Con suerte, cuando el inspector abandonara su casa, se habría acabado de convencer de que perdía el tiempo prestándole atención.

Jueves 22 de octubre, 19.57 horas

Su teléfono empezó a sonar mientras estaban en el ascensor. Samuel cambió de mano una de las bolsas con las que cargaba y sacó el teléfono. Vio que era David y cortó la llamada.

Gracias a Dios, la puerta del ascensor se abrió y pudieron abandonar ese espacio tan pequeño. Sí, llevaban casi todo el día juntos, pero esa cercanía con Valeria lo afectaba demasiado. Podía oler el aroma de su perfume dulce pero suave, agradable. Podía apreciar la perfección de su piel delicada, así como la voluptuosa forma de sus labios. Y el brillo de su melena interminable. Y la gracia con la que la chaqueta dibujaba la forma de su trasero.

Todas esas apreciaciones lo llevaban a pensar en las agradables y divertidas conversaciones que habían mantenido ese día. Lo mucho que le habían parecido que... encajaban. A pesar de lo diferentes que eran.

Pero esos pensamientos lo distraerían. No importaba que lo fascinara la mezcla de dulzura y fortaleza que emanaba Valeria. Y no debería dejarse llevar por la necesidad de borrar esa capa de tristeza que detectaba bajo la superficie alegre, despreocupada y pícara.

Estaba trabajando. Su misión era lograr que ella confiara en él o que cometiera un desliz. No debía dejarse cegar por el misterio que le parecía Valeria Aguilar. Emanaba tantas cosas, y algunas tan contradictorias... Y seguía sin ser capaz de determinar cuándo decía la verdad y cuándo mentía. Era muy inteligente. Y peligrosa para él, para su trabajo.

Ver a Valeria introducir la llave en la puerta de su piso lo sacó de sus reflexiones. Después de lo que había visto en su despacho, se preparó para lo que podría encontrarse dentro. En realidad, casi deseó encontrarse con una leonera que lo horrorizara. Para él, una casa en estado desastroso podría matar cualquier atracción. Sin ningún tipo de duda, algo así lo ayudaría a centrarse en el caso.

La siguió al interior del piso, antiguo pero reformado recientemente. Samuel caminaba con cautela, esperando lo peor.

El recibidor, en realidad un distribuidor con tres puertas, era amplio. En una pared había colgada una percha vacía, y contra otra pared descansaba un mueble bajo y estrecho, sobre el que Valeria depositó las llaves. El espacio olía a limpio y aireado.

La primera puerta con la que se encontraron, a mano izquierda, correspondía a la cocina. Estaba impecable.

—Aquí mismo estará bien, gracias —dijo Valeria mientras dejaba su bolsa y el papel higiénico encima de la mesa que había contra una pared.

Samuel depositó las dos bolsas que llevaba mientras observaba a su alrededor.

—¿Esperabas encontrar una leonera, inspector? —dijo ella con tono burlón.

Él se maldijo por ser tan transparente.

—No...

—No te preocupes, entiendo que lo hicieras —dijo ella alegremente—. Ven, Samuel. Te enseñaré la casa.

Él la siguió, sintiendo más curiosidad de la que le gustaría. E intentando ignorar el agradable estremecimiento que lo recorría cada vez que la escuchaba pronunciar su nombre. Siempre era como una caricia.

—Aquí está el salón —dijo ella, cruzando la puerta que había al lado de la cocina.

Era un salón comedor amplio, con un gran ventanal que daba a un balcón en el que cabían cómodamente una mesa y dos sillas. En los muebles había libros, películas y, por encima de todo, muñecos de películas y series de televisión. Al parecer, Valeria era una coleccionista.

Esa estancia estaba tan ordenada y limpia como la cocina. Encima de la mesa había un cesto con ropa recién plegada. Meticulosamente plegada. Valeria sonrió con aire culpable.

—Puede que pague a alguien para que me ayude a mantener la casa en orden —confesó al verlo observar la ropa.

—¿Entonces tanto orden tiene truco?

—Tres veces a la semana. Soy afortunada y puedo permitírmelo.

Samuel rio con suavidad. Igual que había sucedido en otros momentos del día, le complació demasiado ver que ella no era inmune a su sonrisa. Parpadeó una vez y después se puso en movimiento bruscamente.

—Las habitaciones están por aquí.

Samuel la siguió hacia un pasillo con cuatro puertas. Entraron en la primera.

—Esta es la habitación de invitados —dijo ella, encendiendo la luz. Abrió el amplio armario empotrado—. No se esconde nadie dentro del armario. Y tampoco debajo de la cama, por cierto.

A continuación, abrió el canapé de la cama, dejando al descubierto un espacio ocupado por edredones y un par de almohadas.

—Tampoco hay nadie escondido en el baño de invitados, ni en el lavadero —dijo ella, saliendo de la habitación en dirección a otra puerta.

—Esto no es necesario.

—Sí que lo es —dijo ella como si no le importara, encendiendo la luz del baño. Entró en él y apartó la cortina de la ducha para que él pudiera ver el interior vacío. Después fue hacia la puerta que correspondía al lavadero, la abrió del todo y también encendió la luz—. Y esa es mi habitación.

—Insisto en que...

—No me importa, de verdad —dijo ella, entrando en la última habitación. Era una suite muy espaciosa, decorada con fotografías de amistades, la que supuso que era su madre y fotogramas de películas y series. El edredón que cubría la cama tenía un aire infantil, con un estampado de dragones, princesas guerreras y príncipes asustados.

Samuel se sentía como un intruso, pero su cerebro absorbió con ganas todo lo que sus ojos veían. La mesita de noche con varios paquetes de pañuelos, tres libros y dos botes de crema de manos. El armario con la ropa bien plegada pero distribuida sin ningún orden útil o lógico. El baño espacioso, abarrotado con una cantidad inhumana de cremas, geles y champús. Pero olía a Valeria Aguilar. Dulce.

Esa habitación también daba al balcón, que resultó ser mucho más largo de lo que había imaginado. Ella abrió la puerta y lo invitó a asomarse.

—Aquí tampoco hay nadie —dijo con una sonrisa que no conseguía esconder la burla.

Él puso los ojos en blanco y entró de nuevo en la habitación, con la intención de abandonarla.

—Espera, Samuel.

Se giró y se la encontró vaciando su bolso sobre la cara de un pobre dragón. Una gran multitud de objetos se desparramaron por la cama.

—Este es mi teléfono personal. Os invito a comprobar las llamadas. También os invito a hablar con mis amistades y preguntarles por mi relación con Bernardo e Iván. Este otro es el teléfono del trabajo. Mi monedero, un neceser para las compresas, crema de cacao, un pintalabios que creía que había perdido, pañuelos, los auriculares del teléfono, unos caramelos... caducados, tres monedas de veinte céntimos, un montón de tíquets de supermercado arrugados...

Samuel apoyó las manos en las caderas.

—Esto no es necesario —la interrumpió con firmeza.

—Vale —dijo ella, mientras empezaba a quitarse la chaqueta. La dejó caer sobre la cama. Así, de cualquier modo—. No tengo muchas fotos familiares, pero están...

Se acercó al armario y se puso de puntillas para extraer un montón de ropa de un estante. Estiró el brazo, tanteando, y acabó extrayendo una caja de zapatos.

—Aquí está. Vamos al salón, estaremos más cómodos.

Samuel no logró contenerse. Se estiró por encima de la cama y cogió la chaqueta de Valeria. La siguió por el pasillo hasta el recibidor, donde colgó la prenda en la percha. Ella se detuvo, sorprendida.

—Gracias. Aunque... no recordaba que aquí hubiera una percha.

—No sé si reírme o poner los ojos en blanco —dijo Samuel.

Ella se rio con una carcajada sincera que le iluminó el rostro. La imagen y el agradable sonido viajaron directamente a sus huevos. Y su polla.

—La colgó mi último ex. Algunas de mis... costumbres lo ponían un poco nervioso —confesó—. No acabamos muy bien, supongo que por eso la he borrado de mi memoria.

Samuel sonrió, sin saber qué responder. Y sin gustarle que la mención de un ex suyo lo molestara tanto.

—Voy a contestar unos mensajes —dijo, con la esperanza de quedarse un momento solo y conseguir que le bajara la erección. Bonito momento había elegido su estúpida polla para pedir unirse a una fiesta.

En cualquier caso, no era mentira que tuviera que contestar mensajes. Desde que habían entrado en el piso, su móvil había vibrado. Imaginaba que era un mensaje de David.

Efectivamente. “Tenemos algo”, le decía. Samuel escribió su respuesta con rapidez: “En casa de VA viendo fotos familiares. Descansad, iré en cuanto pueda”. Envío el mensaje, sabiendo que David comprendería que le decía que tardaría un poco en acudir a la oficina, por lo que debían aprovechar para dormir un poco.

Guardó el teléfono y entró en el salón, donde Valeria se había sentado a la mesa y estaba sacando fotos de la caja de zapatos.

—Son todas las que tengo de antes de que el móvil se convirtiera en mi cámara de fotos —explicó.

Cómo no, estaban metidas en la caja sin ningún tipo de orden ni clasificación. Ni siquiera tenían marcada la fecha y el lugar donde se tomó la imagen. Aún así, no tardaron mucho en revisarlas. La gran mayoría eran fotografías anteriores a la boda entre Bernardo Rodríguez y la madre de Valeria. Imágenes de Valeria de niña y adolescente que tuvieron que apartar demasiado rápido, de una época en la que madre e hija parecían felices.

En cambio, las imágenes correspondientes a la época en la que ya existía el matrimonio, desprendían otros sentimientos. Eran de los miembros de la familia posando en algunos viajes. Salían solos o varios de ellos, sin mostrarse especialmente alegres. No había ninguna de los cuatro miembros de la familia juntos.

Desde luego, llamaba la atención.

No había imágenes del día a día a familiar.

—No me viene nada más a la memoria... —dijo ella cuando apartó la última fotografía—. Lo siento.

—Te agradezco el intento.

Ella asintió mientras lo observaba, pensativa. Parecía querer decir algo, pero no se decidía.

—Dime —dijo Samuel para animarla.

Una última duda.

—¿Se me permite sugerir que investigarme a mí es una pérdida de tiempo y recursos?

Samuel sonrió.

—Claro que puedes sugerirlo. Pero llegar a esa conclusión es tarea nuestra. Si es que decidimos que es la conclusión acertada —explicó.

—Quiero ayudaros a llegar a la conclusión acertada —dijo—. ¿Qué más puedo hacer?

Samuel la estudió, preguntándose si había llegado el momento de intentar confirmar si escondía algo. Con suerte, averiguar qué escondía exactamente. Desentrañar el misterio que la rodeaba y que tanto lo desconcertaba.

—Está bien —accedió—. Puedes contestar a algunas preguntas más.

—Genial. Perfecto —dijo ella. Miró la hora en su móvil—. ¿Te apetece cenar temprano?

Samuel dudó. ¿Era sensato plantear esa conversación durante una cena, solos en casa de ella? La comida, en un lugar público, había sido informal y sin riesgos. Pero esto... podría tomar un cariz demasiado cercano a una cita.

—Sí, suena bien —se escuchó decir antes de haber acabado de reflexionar. Fue como si sus labios hubieran decidido moverse por voluntad propia.

—Pues vamos a la cocina —dijo ella, levantándose.

La siguió allí, donde ella se puso a vaciar las bolsas de la compra.

—¿Quieres beber algo? En la nevera hay cervezas y algún refresco —dijo. Al verlo acercarse a la nevera, añadió—: Aunque me disculpo de antemano.

Samuel abrió la nevera y se controló para no saltar hacia atrás. Era como si todo el desorden que no había en el resto de la casa se concentrara ahí dentro. Como si se tratara de una válvula de escape.

—Madre mía —comentó.

Como no se veía capaz de contemplar ese horror durante más tiempo, cogió rápidamente dos botellines de cerveza que descansaban en el estante inferior, justo al lado de un manojo de zanahorias de aspecto pocho.

—Es un misterio para mí cómo consigues encontrar algo ahí dentro.

—Puede que a veces no encuentre lo que busco —admitió ella—. Tiene que haber un abridor en ese cajón.

Samuel se armó de valor y abrió el cajón. En el tiempo que tardó en encontrar el abridor, ella acabó de guardar la compra. De cualquier manera, claro.

—Gracias —dijo ella cuando le tendió un botellín de cerveza. Metió la mano en el interior de la nevera y, de debajo de varias bolsas de fruta, extrajo un paquete de plástico largo y de forma triangular—. ¿Te apetece comer una pizza?

—Claro —dijo Samuel después de una leve duda.

—¿No te apetece?

—Sí, está bien.

—Pero... —dijo ella, esperando a que él continuara hablando.

—Normalmente evito comer pizza, me parece una comida poco saludable —admitió.

Ella pareció inocentemente sorprendida.

—¿Poco saludable? Pero dime, ¿sueles comer pan?

—Sí.

—¿Y tomate frito de buena calidad?

Samuel rio por debajo de la nariz al ver lo que pretendía. Ella siguió con su expresión inocente.

—De vez en cuando —contestó él.

—¿Y atún comes?

—Sí.

—¿Beicon?

—Ni de coña.

—Ya, tendría que habérmelo imaginado. ¿Queso?

—Sí, Valeria, como queso.

—¿Y utilizas especias para cocinar? ¿Tienes algo en contra del orégano?

—No tengo nada en contra del orégano.

Una gran sonrisa iluminó su rostro.

—¡Entonces puedes comer pizza! —Su expresión cambió a una llena de picardía—. Pero, si quieres, podemos acompañarla de una ensalada saludable.

Samuel se limitó a sonreír y tomar un trago de su cerveza. No iba a molestarse en explicarle que no se trataba de los ingredientes tratados individualmente, sino de lo explosiva que era la mezcla resultante. Y a saber qué ingredientes llevaba esa masa de pizza industrial.

Ella encendió el horno y se movió con soltura por la cocina. En realidad, encontró todo lo que necesitaba sin dificultad y empezó a preparar la pizza con rapidez.

—¿Voy poniendo la mesa? —se ofreció Samuel.

—Sí, gracias.

Siguiendo sus indicaciones, Samuel encontró servilletas, cubiertos y vasos, que dispuso en la mesa del salón. Cuando terminó, Valeria ya estaba introduciendo la pizza en el horno. Se dirigieron al salón.

—Nunca había visto una mesa tan bien puesta —comentó ella.

—Casi no hay nada.

—Ya pero... está todo perfectamente recto, parece colocado al milímetro. Si saco un cartabón, seguro que encontraré varios ángulos rectos.

—Eh... ¿Lo siento? —dijo Samuel, que no sabía si ella estaba disgustada o no.

—No, si estoy impresionada.

Habló con absoluta seriedad, y él se sintió absurdamente halagado y complacido. Su perfeccionismo más bien disgustaba o ponía nerviosa a la gente. A veces incluso a sí mismo.

Se sentaron a la mesa, y durante unos instantes se limitaron a observarse en silencio. Samuel mantuvo la boca cerrada con toda la intención. La falta de conversación solía inquietar a la gente, por lo que buscaban rellenar los huecos. Y a veces se les escapaban detalles interesantes.

Efectivamente, fue ella quien rompió el silencio, pero no como él había esperado.

—¿Puedo preguntarte por tu apellido? ¿Es de origen alemán?

—Puede que sea de origen alemán, pero mi padre nació en Uruguay. Y, por lo que cuenta, tiene antepasados de las Islas Canarias —explicó—. Así que no, no se puede atribuir mi perfeccionismo a una influencia directa de Alemania.

—Pillada —dijo ella, admitiendo que era eso en lo que pensaba.

Un nuevo silencio. Ella suspiró.

—Está bien, Samuel. Pregunta lo que quieras. ¿O ahora debería volver a llamarte inspector Schwartz?

—Samuel está bien. Me dijiste claramente que crees que desconfiamos de ti. Me llama la atención que te lo tomes con tanta calma.

Ella se encogió de hombros.

—Eso no significa que me lo tome con indiferencia. Pero supongo que soy así. Me gusta tomarme la vida con calma, ser feliz. Aún a riesgo de que eso me convierta en alguien superficial.

Samuel frunció el ceño y la observó, pensativo. ¿Quién se define a sí mismo como superficial? Además, la última palabra que habría usado para definir a Valeria era superficial. Sospechó que, en algún momento, alguien la habría definido así para criticarla, seguramente dejándose engañar por la fortaleza que ella desprendía y por la ligereza con la parecía tomarse las cosas.

Pero si la calificación de “superficial” la había marcado tanto, quería decir que no se tomaba las cosas tan a la ligera.

—¿Tienes mucha experiencia tratando con la prensa? —preguntó Samuel.

—Hablando con ellos, no —dijo ella—. Pero al principio de estar casados Bernardo y mi madre, la prensa rosa nos seguía a todas partes. Fueron unos meses. Después se cansaron, pero íbamos a fiestas, inauguraciones y cosas así, y nos freían a fotografías.

Samuel asintió. Llevaba todo el día queriendo hacer una búsqueda exhaustiva de imágenes de esa época. La fotografía que habían mostrado en televisión esa mañana, en la que una adolescente Valeria daba la mano a un asustado niño Iván, le había llamado poderosamente la atención. Y el comentario de Valeria lo impacientó más sobre el asunto, como si su intuición le dijera que era importante no posponer más la búsqueda.

—¿Te gustaba?

—Al principio sí —admitió ella—. Tenía quince años y no era precisamente una adolescente tímida que buscara pasar desapercibida. Pero no tardé en cansarme. Eran muy pesados.

—Tienen esa fama.

Ella sonrió, y en ese momento pareció recordar algo.

—He olvidado preparar la ensalada —dijo—. Espera, lo haré en un momento, mientras se acaba de hornear la pizza.

—No te preocupes, no es necesario.

—Será solo un momento.

Dicho esto, se levantó y desapareció en la cocina, dejando a Samuel con la sospecha de que estaba huyendo.

Él decidió aprovecharlo a su favor. Sacó el móvil y buscó en internet fotografías de la familia Rodríguez. Le aparecieron unas pocas fotos de Bernardo Rodríguez con su primera mujer, y también algunas de su época como soltero. Pero de Valeria logró encontrar algo más de diez, prácticamente todas de la misma época. Eran de cuando hacía poco que Bernardo Rodríguez y la madre ella se habían casado, y la nueva familia había asistido a algunos eventos.

Samuel observó las fotografías con fascinación. Habían pasado dieciséis años, pero ella había cambiado poco desde entonces. La melena seguía siendo la misma, así como el rostro dulce, la inteligencia que desprendían sus ojos.

Sin embargo, no le pasó desapercibida la evolución en las imágenes, aunque había que ponerlas una al lado de la otra para darse cuenta. En las primeras, su expresión de felicidad parecía genuina. En las últimas, seguía mostrándose sonriente, pero le recordaba más a la Valeria Aguilar que él conocía. La que escondía algo.

¿Qué había pasado a lo largo de esos meses? Según sus cálculos, serían un par de años.

Tampoco le pasó desapercibido que, en absolutamente todas y cada una de las fotografías, Valeria sujetaba la mano del niño Iván Rodríguez. Él siempre tenía la misma expresión tímida y asustada, por lo que el gesto de darle la mano parecía un intento de apoyo, de protección.

Pero, según ella, Iván Rodríguez era un niño consentido y despreocupado. ¿Quizá era tan tímido que en actos públicos se retraía por completo? Era raro.

E interesante, muy interesante.

Decidió que, por ahora, no mencionaría esas imágenes.

Desde la cocina, le llegó el sonido del temporizador del horno. Escuchó los sonidos que hacía Valeria al extraer la pizza y trasladarla a un plato. No tardó en regresar con la pizza humeante, un cortapizza y una pequeña ensalada. Estaba hecha con tomates cherry de muy buena calidad.

—Huele bien —dijo Samuel.

—A ver si descubres que la pizza te encanta y tendrás un problema.

Él resopló, divertido.

—Ya sé que la pizza me gusta mucho. Por eso evito comerla, para no aficionarme.

—¿Eres de los que temen volverse adicto a las cosas que le gustan, inspector Schwartz?

El tono de ella era ligero y burlón, sin pretensiones, pero por algún motivo él sintió que era una pregunta bastante trascendente. Se encontró observándola, tan besable, tan tentadora, y tragó saliva.

—Algo así —dijo—. También evito el chocolate.

Ella abrió mucho los ojos.

—No te ofendas, pero creo que no hay nada más triste que renunciar al chocolate.

Empezaron a comer mientras hablaban de las variedades de chocolate que les gustaban. Cuando se quedaron unos instantes en silencio, Samuel decidió que era el momento de seguir con sus preguntas.

—Háblame de la vida con Bernardo.

El brillo en la mirada de Valeria se apagó.

—Al principio todo fue bien —dijo—. Mi madre estaba muy feliz, y aunque Bernardo no me hacía demasiado caso era correcto conmigo. Después...

Se interrumpió. Dejó en el plato el trozo de pizza que tenía en la mano y se quedó observándolo, pensativa, como si intentara ordenar sus pensamientos o encontrar la mejor manera de explicarse.

—El éxito de Bernardo lo hace parecer un gran hombre de negocios, pero en realidad es... era... —continuó Valeria, pero se interrumpió. Volvió a empezar de otra manera—. Tenía una gran capacidad para rodearse de la gente adecuada. También para hacer relaciones públicas y tratar con socios e inversores. Pero por lo que llegué a conocer de Cool, no me extrañaría que siga funcionando igual de bien incluso con él muerto.

Samuel no dijo nada, pero pensó que ese comentario cuadraba con la impresión de Montse sobre quién dirigía Cool en realidad.

—Por eso nunca me cuadró que le empresa de conservas le funcionara tan bien —continuó Valeria—. La levantó él solo, y nunca tuvo idea de números. ¿Cómo puedes tener tanto éxito con una empresa si ni siquiera sabes qué precio poner a tus productos para cubrir gastos y conseguir beneficios?

Samuel asintió, aunque veía que corrían el peligro de desviarse del tema que le interesaba.

—Antes has empezado a decir que Bernardo parecía un gran hombre de negocios, pero que en realidad era... —dijo.

—En realidad era un hombre muy inseguro. Enfermizamente inseguro —dijo ella—. Tardé

mucho en darme cuenta de que se trataba de eso. Al principio, con mi madre iba todo bien. Pero, poco a poco, empezó a hacerle comentarios. Le criticaba cosas que hacía o decía. Despreciaba cosas que a ella le gustaban, diciendo que eran cosas de mujeres, o de mujeres mayores, o incluso de gente inculta o de clase pobre. Lo decía él, que nació más pobre que una rata.

—¿Y tu madre le permitió que la tratara así?

Era una pregunta ofensiva, Samuel lo sabía, pero quería ver su reacción. Valeria se limitó a forzar una sonrisa triste.

—Mi madre estaba enamorada de Bernardo. Confiaba en él. Además, no fue así desde el principio. Los comentarios empezaron poco a poco, hasta que al final fueron una constante.

—¿Y tu hermanastro y tu?

—Iván se salvaba. Y yo era muy activa, estaba poco en casa, así que no hablaba mucho con Bernardo. Tardé un poco en darme cuenta de que mi madre estaba triste, y también en ser testigo de cómo la trataba. Cuando lo descubrí, empecé a pasar más tiempo en casa. Entonces también lo intentó conmigo, pero yo me rebotaba. Nos pasábamos el día discutiendo —explicó Valeria. Su mirada se había quedado clavada en algún lugar indefinido—. Él consiguió poner a mi madre en mi contra, y a veces me decía cosas que dolían mucho. En realidad, a una adolescente no es difícil encontrar maneras de hierla.

Valeria se quedó en silencio, la mirada perdida, claramente recordando. Cuando siguió hablando, pareció que las palabras surgían de algún lugar recóndito de su ser. Esas palabras que se esconden en los recovecos de nuestra cabeza y solo se dejan ver en momentos especiales e inesperados.

—Pero aprendí que la manera de combatirlo era fingir que nada de lo que dijera me hacía daño. Eso lo sacaba de quicio, y su enfado me daba energías para seguir plantándole cara.

Samuel sintió un escalofrío. En la intimidad de esa cena improvisada, supo que acababa de escuchar unas palabras que ella no había compartido con nadie más. Y le dio la clave para desentrañar el misterio de Valeria Aguilar.

Jueves 22 de octubre, 20.51 horas

Ella levantó la mirada bruscamente, como si se hubiera dado cuenta de que había hablado más de la cuenta. Samuel se esforzó por mantener una expresión neutra.

—Debieron de ser unos años complicados —dijo.

Ella asintió, todavía afligida por los recuerdos. Samuel se sintió exageradamente culpable por haberla obligado a recordar y haberla entristecido. Contuvo las ganas de estirarse por encima de la mesa y cubrir su mano con la suya para consolarla.

—Fue una época bastante horrible —dijo ella—. Bernardo y yo nos pasábamos el día gritándonos, mi madre lloraba y me decía que no sabía qué había hecho mal al criarme...

Con esas últimas palabras, se le rompió la voz.

—En el instituto me volví respondona, empezaron las malas notas... Y bueno, en general no lo llevé demasiado bien y me quedé sin amigos.

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros, resignada.

—Ya pasó. Las cosas mejoraron mucho cuando me independicé. Bernardo y yo no nos veíamos, y mi madre y yo nos encontrábamos en terreno neutro. Mientras yo no intentara convencerla de dejar a Bernardo, todo iba bien.

—¿Entonces crees que Bernardo no quería a tu madre?

—Sí que la quería, y mucho —dijo ella sin dudar—. Siempre lo supe, pero me lo acabó de demostrar el dinero que se gastó en tratamientos y los contactos que movió para intentar curarla cuando enfermó de cáncer. Realmente se puede decir que removió cielo y tierra.

—Pero...

—Al principio yo creía que Bernardo era una mala persona. Pero después me di cuenta de que, en realidad, estaba enfermo. Tenía un complejo de inferioridad galopante, y estoy segura de que creía que mi madre era mejor que él, que no se la merecía. Y tenía tanto miedo de perderla que buscó la manera de anularla y hacerla depender de él —explicó ella—. Yo creo que en el trabajo conseguía esconderlo, y lo sacaba todo en casa. Quizá. No sé qué dirán los directivos de Cool.

—Tal y como lo explicas, parece que lo compadezcas.

—¿Compadecerlo? Sé que suena muy fuerte, pero lo odio con toda mi alma. Por más inseguridades que tengas, no se trata mal a las personas que amas —la voz se le volvió a romper y los ojos le brillaron—. Ni las haces sentir mal por enfermarse de cáncer y dejarte solo en este mundo.

Samuel tuvo que esforzarse por mantenerse impasible al dolor de Valeria.

—¿Tantos años después y lo sigues odiando? —preguntó con suavidad.

Ella entrecerró los ojos, comprendiendo hacia dónde iba su pregunta.

—No creo que el odio sea motivo para matar a nadie. Pero, suponiendo que lo creyera así, tuve motivos hace muchos años. Ahora no —dijo—. El odio sigue ahí, pero es un sentimiento

diluido, ha quedado en los malos recuerdos del pasado.

Samuel no dijo nada. Se limitó a observarla, porque dudaba. Joder, seguía dudando. Quería creer en su inocencia, pero su intuición le decía que no se fiara de ella.

—Sigues sin confiar en mí, ¿verdad, inspector Schwartz? —preguntó ella con suavidad.

Samuel valoró rápidamente sus opciones. Una opción era cortar ahí la conversación sin contestar, o incluso mentirle descaradamente para que se relajara y creyera que ya no estaba en el radar de la policía. Pero algo lo empujaba a seguir por otro camino. Por un lado, ella era demasiado inteligente como para creerse ciertas mentiras. Por otro, quería seguir profundizando su relación con Valeria Aguilar. El problema era que seguía sin saber si quería hacerlo en beneficio del caso o en beneficio personal.

La sensación de inseguridad lo abrumó y alarmó por igual. ¿Qué demonios le estaba haciendo Valeria?

Pero debía tomar una decisión, no podía bloquearse o lo echaría todo a perder.

Optó por lo único que tenía claro en esos momentos, aunque le pareció sumamente peligroso: era lo que le dictaba el corazón.

*

Jueves 22 de octubre, un poco después de las 21 horas

Samuel la observaba con expresión neutra y los ojos entrecerrados. El corazón se le aceleró. Esos ojos azules parecían capaces de leer su alma.

Le entraron ganas de echarse a llorar. En otras circunstancias, habría recibido esos ojos en su vida con los brazos abiertos. Pero en esos momentos eran una mala noticia. ¿Por qué la vida a veces era tan cruelmente irónica?

Él al fin se decidió a hablar. Se apoyó sobre la mesa, acercándose a ella.

—Creo, Valeria, que tengo delante a una adolescente fuerte, pero que tuvo que aprender a fingir para protegerse. Y aprendió a fingir muy bien. Tan bien que no estoy seguro de que debamos creernos que es tan fuerte, tan feliz o tan superficial como ella pretende que creamos. Es un caparazón protector, y debajo de él hay mucho más por descubrir.

El corazón de Valeria se detuvo durante unos instantes. Se quedó, literalmente, en blanco. Y se sintió desnuda como nunca se había sentido.

—Qué manera más poética de decirme que crees que miento —logró decir. Tanto tiempo deseando que apareciera alguien capaz de leer más allá de lo que ella enseñaba al mundo, y cuando lo hacía era en forma de un policía que no confiaba en ella. Y encima no le faltaba razón.

Se dio cuenta demasiado tarde de que tenía lágrimas en las mejillas. Igual que se había dado cuenta demasiado tarde de que su plan para ganarse la confianza de Samuel le había salido mal. Le había contado más sobre sí misma de lo que nunca había contado a nadie.

Sin decir nada, él se levantó y fue a buscar la caja de pañuelos de papel que tenía en la mesita al lado del sofá. La dejó al lado de Valeria y volvió a sentarse.

—Lo siento. No pretendía entristecerte.

Parecía sincero, pero Valeria ya no sabía qué pensar al respecto. ¿Sinceridad o estrategia? Aprovechó la excusa de coger un pañuelo y secarse las lágrimas para intentar serenarse. Se sentía como si caminara sobre arenas movedizas.

—No sé si mientes, Valeria, pero sí creo que no me lo has contado todo.

De nuevo, habló sin agresividad. Para ella, sonó como un íntimo y agradable ronroneo que hizo tambalearse todas sus murallas.

Volvió a escudarse en el proceso de secarse las lágrimas. Durante esos valiosos instantes, se recordó que Samuel era el inspector Schwartz, un policía investigando el asesinato de Bernardo. Solo estaba allí buscando información. No era un amigo que pretendiera ayudarla. Era un policía. Estaba muy lejos de ser un amigo.

Esos pensamientos la ayudaron a fortalecerse. Lo miró a los ojos con firmeza.

—No te he escondido nada —mintió.

Él le aguantó la mirada, como si valorara qué pensar.

—De acuerdo —dijo, relajándose, pero a Valeria le pareció que un destello de decepción cruzaba por esos hermosos ojos.

Sintió una punzada de desesperación y culpabilidad, y la abrumó la necesidad de explicarse y suplicarle que no se sintiera decepcionado por ella. Quería que la comprendiera, que supiera que no actuaba por maldad o egoísmo. Era por amor. Solo intentaba proteger a Iván.

—Otra pregunta —dijo él—: ¿Qué prefieres, *La princesa prometida* o *Dentro del laberinto*?

Valeria tardó unos instantes en comprender la pregunta.

—¡Oh! —exclamó cuando la entendió. Rio, todavía con los ojos llorosos—. Si te soy sincera, soy incapaz de escoger.

—Ya veo. En cualquier caso, estarás de acuerdo conmigo en que poner un Minion en el mismo estante que Sloth es una grave ofensa a *Los Goonies*.

A pesar de su delicado estado anímico, Valeria volvió a reír, esta vez con ganas.

—¡Los Minions son muy graciosos!

—Su humor es muy básico.

—¿Y qué? El humor básico también está muy bien.

Acabaron de comerse la pizza, Samuel con una pulcritud que la maravilló, mientras hablaban de las películas de animación infantil que tanto gustaban a Valeria. Definitivamente, eran una signatura pendiente para él. La charla distendida ayudó a Valeria a recuperarse y volver a comportarse con normalidad.

Poco después de tomar su último trago de cerveza, Samuel miró su reloj.

—Debería irme —dijo—. Te ayudo a recoger.

—No hace falta. En serio.

Él la observó, valorando si realmente lo decía en serio o por compromiso.

—De acuerdo —dijo, concluyendo correctamente que no lo había dicho por compromiso. Caminó hacia el recibidor, hasta donde ella lo acompañó—. Mañana me gustaría volver a hablar contigo, pero todavía no puedo concretarte una hora.

Valeria sabía que no debía sorprenderla que la policía siguiera interesada en ella, pero aún así maldijo para sus adentros.

—Estaré en el trabajo hasta las seis, en pilates de siete y media a ocho y media, y después aquí —informó.

Samuel, que ya estaba a punto de abrir la puerta, se giró algo repentinamente y Valeria estuvo a punto de chocar con él.

—¿Pilates? —preguntó en tono burlón.

—Otro que cree que el pilates son estiramientos para abuelas —dijo Valeria poniendo los ojos en blanco. Se fijó en sus brazos deliciosamente atléticos. Obviamente, no había nacido con ellos así—. Me gustaría verte a ti y a tus compis de la sala de *fitness* en una clase de pilates.

Él la observó con una sonrisa franca en los labios. Para desgracia de Valeria, le pareció irresistible. O quizá eran los labios. Se quedó prendada de ellos, y no se percató de que Samuel movía la mano hasta que sintió como, con extrema delicadeza, le colocaba un mechón rebelde

detrás de la oreja.

Un leve temblor le recorrió el cuerpo. Buscó esos ojos azules y los encontró clavados en sus labios. Y estaban tan cerca el uno del otro... Podía sentir el calor que emanaba el cuerpo de Samuel.

No supo si se inclinó primero él o si fue ella, o si quizá se pusieron de acuerdo en ese tenso silencio, pero cerró los ojos cuando notó el roce de sus labios. Suaves, cálidos, tiernos. Respiró con fuerza, abrumada por la explosión de deseo y alivio.

Al fin, parecía gritar su cuerpo.

Samuel capturó con delicadeza su labio inferior, y a ella se le escapó un gemido suave cuando cada terminación nerviosa de su cuerpo se encendió. Él también emitió un leve gruñido y le sujetó el rostro con una mano, delicado pero como si temiera que se escapara.

Y el beso perdió cualquier timidez o prudencia. Sus lenguas se encontraron, danzaron mientras se exploraban con ardor y cierta impaciencia. Se capturaron y lamieron los labios, y cada segundo que pasaba el cuerpo de Valeria le pedía más. La piel, el cuello, los pechos, la entrepierna...

Su cabeza no pensaba con demasiada claridad, pero logró hacer llegar un mensaje: “Mala idea”.

Como si de nuevo se hubieran puesto de acuerdo sin necesidad de palabras, cortaron el beso y se separaron con brusquedad. Valeria dio un paso atrás. Si antes se había sentido caminar sobre arenas movedizas, ahora directamente estaba experimentando un terremoto.

Ambos jadeaban, y la expresión de Samuel reflejaba con exactitud lo mismo que sentía ella. Excitación. Confusión. Alarma. Mala, mala idea.

—Lo siento —susurró él. Parecía sobrepasado por... lo que fuera que estuviera pasando entre ellos.

—No ha sido solo cosa tuya —dijo Valeria con un hilo de voz.

—Ya, pero... —dijo Samuel mientras negaba con la cabeza con el ceño fruncido. Ella no necesitó palabras para comprenderlo. Él era policía, el que estaba investigando, el que debía establecer límites sin perder el control.

Se quedaron de nuevo en silencio, observándose. La expresión de Samuel era muy transparente, y Valeria sabía que era un espejo de la suya. Ese beso era fruto de una atracción sincera, pero inoportuna. No había estrategia ni intención de manipulación por parte de ninguno de los dos. Tan solo deseo y pérdida de control.

—Esto no puede pasar mientras el caso esté abierto —dijo él.

Valeria asintió.

—Lo sé.

“Díselo”, dijo algo en su interior. Tenía que contarle la verdad. No podría haber nada entre ellos, ni ahora ni nunca, si le mentía en una investigación por asesinato.

“Díselo”.

Valeria dudó. Pero pensar en Iván en manos de la policía, en un juicio, en la cárcel... pudo más que ella. Se mordió el interior de la mejilla y no habló.

De nuevo, vio el destello de decepción que cruzó por los ojos de Samuel.

—Nos vemos mañana —dijo con suavidad, sin recriminarle nada.

—Vale, hasta mañana.

Él abrió la puerta y se dirigió hacia el ascensor sin mirar atrás. Valeria cerró la puerta sin prisas, regresó al salón y se dejó caer en el sofá. Escondió la cabeza detrás de las manos.

—Maldita sea.

¿Y ahora qué demonios iba a hacer?

Jueves 22 de octubre, 21.20 horas

En el ascensor, Samuel apoyó la frente contra la espejo y cerró los ojos. Suspiró, intentando ignorar el cosquilleo que todavía sentía en los labios, en la lengua, en los dedos con los que la había acariciado. Sabía tan dulce como había imaginado...

También tuvo que esforzarse por ignorar la erección que lo torturaba en esos momentos. Había sido tan, tan placentero besar a Valeria que casi había sido doloroso. Placenteramente doloroso. O dolorosamente placentero, no estaba seguro.

Gruñó, esta vez de disgusto consigo mismo.

¿Cómo se había permitido perder así el control? Era Samuel Schwartz, inspector de policía al cargo de una investigación por asesinato. Su trabajo siempre iba por delante y era impecable. Su comportamiento siempre era impecable. ¿Cómo se había permitido ceder a sus deseos y besar a una mujer implicada en el caso, una mujer que le estaba escondiendo información?

Se dijo que le quedaba el consuelo de saber que ella había perdido el control tanto como él. Sin embargo, no compensaba la decepción: a pesar de todo, Valeria no se había sincerado con él.

Pero tenía esperanzas. La había visto dudar. Había estado a punto de ceder y hablar. Algo la había retenido, pero la intuición le decía que solo necesitaba dejarla unas horas a solas con sus pensamientos para que tomara la decisión correcta. Es decir, hablar con él.

Pero... ¿y si se equivocaba? No podía evitar preguntárselo. Empezaba a dudar seriamente de su intuición en cualquier cosa relacionada con Valeria Aguilar.

Resopló. ¿Qué demonios le estaba haciendo esa mujer? Nunca se había sentido así, tan... turbado, inseguro. No le gustaba. No se lo podía permitir.

Todavía con el delicioso sabor de Valeria en los labios y el olor de su piel atrapado en la nariz, y malhumorado por todo ello, comprobó su teléfono. David le pedía que, de regreso a la oficina, llevara un par de pizzas. Y Montse que la avisara de su regreso para ir despertando a David y Fran. Cumplió con las dos peticiones y, treinta minutos después, entró en la Jefatura con dos cajas de pizza en las manos.

Se encontró a sus tres subordinados sentados ante sus respectivos ordenadores. Montse estaba concentrada escribiendo un correo electrónico, mientras que David y Fran todavía se estaban desperezando entre grandes bostezos.

Samuel temía que, en cuanto lo miraran, supieran qué había sucedido y descubrieran la sensación de inseguridad que lo embargaba.

—Buenas noches —saludó, procurando mostrarse impasible—. Disculpad el retraso.

Dejó con cuidado las pizzas encima de una mesa despejada. Fran y David se abalanzaron sobre ellas con un suspiro hambriento, abrieron las cajas y las atacaron sin ningún tipo de pudor. Montse al menos tuvo el detalle de mirarlo y saludarlo con la cabeza primero. Después, también se concentró en las pizzas.

—Joder, jefe, aquí esperándote casi me muero de hambre —farfulló Fran con la boca llena y un chorrillo de salsa barbacoa resbalándole desde la comisura de los labios.

—Eso no es justificación para convertirse en un marrano —dijo Samuel, observándolo con disgusto, mientras se dejaba caer en una silla.

David y Fran estaban concentrados en la pizza, pero Montse lo miró con cierta sorpresa. Samuel descubrió que se había quitado la chaqueta y la había dejado encima del respaldo de una silla. Joder. Maldiciendo para sus adentros, se levantó y fue a colgar la prenda en la percha de su despacho. Al menos eso le sirvió para no estar presente cuando David eructó y suspiró de satisfacción.

—Perdonad —lo escuchó decir—. Hacía cuatro meses que no dormía dos horas seguidas. Estoy flotando en una nube de felicidad y relajación.

—Mientras no empieces a tirarte pedos de relajación... —apuntó Fran.

—Lo intentaré.

Samuel se dejó caer de nuevo en la silla, incapaz de creerse que estuviera presenciando esa conversación.

—¿Tú no te has traído cena? —preguntó Montse. Normalmente, cuando ellos comían pizza, él se compraba una ensalada de pollo.

—No tengo hambre —dijo.

Prefirió no compartir que había cenado con Valeria, aunque no sabía si era porque nadie pensara que estaba intimando con ella o porque quería que el momento quedara entre ellos dos. Fuese la que fuese, ambas opciones le parecieron igual de jodidas.

—¿Y qué tal el día con la señorita Aguilar? —dijo Montse.

Samuel se acarició las mejillas cubiertas por la barba incipiente del final del día. Buscó las palabras para explicarse sin desvelar la gran cantidad de inoportunas emociones que se removían en su interior.

—Obviamente no hemos localizado a nadie que nos pueda ayudar a localizar a Iván Rodríguez. Las fotos que ella tenía en casa tampoco han aportado nada —dijo—. Pero ha sido un día interesante y revelador. Se ha esforzado mucho por mostrarse tranquila y hacerme ver que perdemos el tiempo con ella. Incluso me ha enseñado toda su casa para que viera con mis propios ojos que no esconde a nadie y me ha mostrado el contenido de su bolso. También me ha invitado a comprobar sus llamadas telefónicas y a que hablemos con sus amistades para ver qué dicen sobre su relación con la familia Rodríguez.

—¿Y de verdad sigues pensando que nos esconde algo? —preguntó Montse, incapaz de esconder cierto fastidio.

Samuel asintió.

—La jugada le ha salido mal, porque no me quedan demasiadas dudas de que está intentando proteger a su hermanastro —reveló.

—¿Tienes pruebas?

—Observación e intuición —dijo Samuel, compartiendo la mueca de fastidio de Montse. Observación e intuición seguían sin ser suficientes para conseguir una vigilancia.

Hizo un resumen de lo que Valeria había contado sobre Bernardo Rodríguez y les mostró las fotografías que había encontrado en internet. No dudaba de la verdad en sus palabras en esa parte de su relato. Pero sí dudaba que Iván Rodríguez se hubiese librado de los efectos de la inseguridad patológica de su padre. Tampoco se creía la supuesta indiferencia de una Valeria adolescente hacia un niño de once años.

Por lo que había visto ese día, por el tipo de fotografías que había visto en su casa, por el trato que había observado con sus compañeros, sabía que Valeria era una persona afectuosa, que se preocupaba por sus amistades y que ellos se preocupaban por ella. Es más, por lo que había visto

hasta ahora, se atrevería a decir que era protectora con los suyos, y poco amiga de las injusticias. Y las imágenes de Iván Rodríguez, tanto de niño como de adulto, hablaban de una persona que no ha tenido una vida fácil.

El relato que a él le cuadraba era que, desde que Valeria entró en la vida de Iván, intentó protegerlo de su padre. Igual que intentó proteger a su madre. De ahí todas esas fotografías de Valeria sujetando la mano de Iván.

Sin embargo, para ser justos, también debía señalar el punto débil de su teoría:

—No obstante, por lo que ella dice, no tiene relación con Iván Rodríguez. Y, teniendo en cuenta que me ha animado a hablar con sus amistades, imagino que por ahí tampoco sacaremos nada.

—¿Qué dice ella sobre las fotografías que has encontrado en Internet? —preguntó Fran.

—Por ahora nada, porque no la he confrontado con las fotos —explicó Samuel. Y procurando mantener su armadura de profesionalidad y no mostrar ni un solo resquicio de duda, añadió—: Estoy convencido de que está a punto de ceder y hablar. Si no lo hace mañana por la mañana por voluntad propia, por la tarde la visitaré otra vez y le preguntaré por las fotos. Con eso seguro que cederá.

—¿Por qué no hacerlo ya? —preguntó Montse.

—Es lista. Si no vamos con pies de plomo, podría cerrarse en banda. Lo más efectivo será conseguir que hable por voluntad propia —dijo Samuel.

Sin embargo... ¿estaba siendo prudente o estaba intentando proteger a Valeria? De cara a la justicia, para ella sería mejor haberles facilitado toda la información por voluntad propia.

Con un pinchazo de culpabilidad e inseguridad, llegó a la conclusión de que no lo sabía. Antes de que tuviera tiempo de sentirse ansioso, David intervino.

—Vale. Yo propongo que te enseñemos qué hemos encontrado en las cámaras de seguridad y a ver cómo nos encaja todo —dijo.

—¿Han llegado las imágenes de la salida de emergencia? —preguntó Samuel.

—Deberían llegarnos mañana a primera hora —contestó Fran.

—Hoy he preguntado sobre esa salida, y supuestamente nadie la usa por reglamento interno. Me lo han asegurado varias personas. Se puede abrir desde dentro, pero para entrar desde fuera es necesaria una llave de la que solo tienen copia en recepción y el mismo Rodríguez —dijo Montse—. Al parecer antes había muchas más copias en circulación y los empleados usaban esa salida de forma habitual, hasta que alguien se dejó la puerta abierta, o perdió la llave, y robaron en la empresa.

—Bien. Aún así, echaremos un vistazo a esas grabaciones en cuanto lleguen.

—Claro, jefe —asintió Fran.

David se situó ante su ordenador.

—Por ahora hemos revisado la grabaciones del martes desde la cuatro de la tarde. Entran y salen un total de treinta trabajadores. Los hemos identificado a todos pero, en las entrevistas, ninguno resultó sospechoso. Ahí está la lista por si la necesitamos —explicó—. Sin embargo, hay tres visitas de no trabajadores que nos llaman la atención. Esta es de las diecisiete y cuarenta minutos.

David pulsó una tecla y, en la pantalla, se reprodujo un fragmento de las grabaciones de la cámara de seguridad de la puerta principal de Cool. Una mujer rubia, con peinado y vestuario algo anticuados, que emanaba fragilidad por cada poro de su cuerpo, entró en el edificio con la cabeza alta y paso decidido. Samuel arqueó las cejas.

—Herminia Herrero —dijo—. Qué curioso, se le olvidó comentarnos esta visita. Y como la

repcionista novata no la conocía, la dejó pasar.

—Abandonó el edificio a las dieciocho en punto, cinco minutos antes que el director creativo.

—He comprobado la coartada del director creativo, por cierto —intervino Fran—. En el restaurante pijo han confirmado que estuvo allí desde las dieciocho y veinte, más o menos, hasta las doce pasadas. Nos pasarán grabaciones de una cámara que tienen en la entrada.

—Bien —dijo Samuel. Fran a veces podía ser un impertinente, pero el chico trabajaba bien.

—Este otro fragmento es de las diecisiete cincuenta y cinco —dijo David, activando la reproducción de otro video. Esta vez, sin embargo, era de la entrada del aparcamiento privado.

—¿Quién es este? —preguntó Samuel, fijándose en el hombre que conducía un Mercedes. Tendría unos cuarenta y cinco años y era fornido, con una calvicie incipiente.

—Se llama Gregorio Vega —informó Fran.

—Nos ha llamado la atención porque el aparcamiento del edificio no es excesivamente grande, por lo que está reservado para los directivos de Cool. Solo los jefes de departamento y las visitas muy importantes pueden usarlo —explicó David—. Ellos, y Gregorio Vega.

—Entiendo que no es un visitante muy importante.

—No, es una visita más o menos habitual —dijo Fran—. He hablado sobre él con el director de *marketing* y el director creativo, y los dos han dicho lo mismo: que es un tipo bastante desagradable, que importa telas que les cobra a precio de oro y que Bernardo Rodríguez se empeñaba a trabajar con él. Además, es de la vieja escuela y lleva sus facturas en persona al departamento administrativo. Al parecer, siempre que visita la empresa aprovecha para visitar a su viejo amigo Bernardo.

—Se fue a las dieciocho horas y seis minutos —informó David.

—Una visita corta. Solo ocho minutos —observó Samuel.

—Sí. Y ahora viene algo todavía más interesante —dijo David, reproduciendo un tercer video. En él, se veía a Iván Rodríguez entrar apresuradamente en el edificio—. Es de las diecinueve horas y veintisiete minutos. Se fue a las diecinueve horas y cuarenta tres minutos.

David les mostró un cuarto video, en el que Iván Rodríguez abandonaba el edificio con más prisas que con las que había entrado.

—Después de él, ya no entra nadie más en el edificio. Solo salen unos cinco trabajadores más y la recepcionista cierra la empresa.

—Iván Rodríguez estuvo dieciséis minutos en el edificio —dijo Samuel—. ¿Tuvo tiempo de matar a su padre en dieciséis minutos?

—En un arranque de furia, sí, habría podido —dijo Fran.

—Pero quedaría cubierto de sangre de pies a cabeza —objetó Samuel.

—Llevaba ropa oscura y un gorro de lana, y era de noche. Podría ir por la calle con manchas de sangre y nadie se fijaría —dijo Montse—. Solo tuvo que lavarse las manos y la cara. En realidad, pasa lo mismo con Herminia Herrero.

—A ver —dijo Samuel, levantándose y dirigiéndose a una de las pizarras que tenían colgada en la pared—. Tenemos muchas piezas de información y no parece que acaben de cuadrar entre ellas. Montse, averigua cuándo tendremos los informes preliminares de la autopsia y de los compañeros de la científica.

Mientras Montse hacía las llamadas, Samuel cogió un rotulador azul y, en la pizarra, escribió tres líneas:

- 17.40-18.00: Herminia Herrero

- 17.55-18.03: Gregorio Vega

- 19.27-19.43: Iván Rodríguez

Montse regresó justo cuando él terminaba de escribir.

—Mañana por la mañana —anunció—. Pero me han avanzado algo interesante: el corte en la garganta y las puñaladas fueron efectuadas desde atrás. Es decir, que el asesino no tuvo por qué acabar cubierto de sangre de pies a cabeza. De hecho, si se puso guantes, puede que como mucho se manchara la manga.

Samuel asintió. Señaló los tres nombres que había escrito en la pizarra.

—Por lo que sabemos, estas son las últimas personas que podrían haber visto vivo a Bernardo Rodríguez —dijo—. A priori, parece que ninguno de los tres tendría tiempo de cometer el asesinato y huir, pero si el asesino tuvo la precaución de no mancharse de sangre, quizá pudo hacerlo en unos pocos minutos.

Sinceramente, esa teoría no convencía demasiado a Samuel, pero por ahora era lo que tenían.

—Siendo Iván el último en entrar y salir, y puesto que se encuentra en paradero desconocido, por ahora sigue siendo nuestro principal sospechoso.

Es decir, que seguían necesitando a Valeria para encontrar a Iván Rodríguez. Samuel no sabía cómo sentirse al respecto.

—Justo antes de que llegaras nos han informado de que el móvil de Iván Rodríguez se apagó el martes a las veinte horas y diecisiete minutos, en su casa o por los alrededores de su casa —dijo Montse.

—Podría haber sido después de haber hecho la maleta con prisas —dijo Samuel.

—Sí. Después de eso, el teléfono no se ha vuelto a encender.

—Vale. En cualquier caso, mañana Montse y yo iremos a hablar con Herminia Herrero y con el tal Gregorio Vega. David, primero céntrate en investigar un poco a los treinta empleados de la lista. Fran, tú consigue todo lo que puedas sobre los tres sospechosos y sobre Valeria Aguilar, y después ayuda a David.

Los tres asintieron. Samuel se mordió el labio, pensativo. Observó la pizarra.

—¿De verdad os cuadra que el asesino, al parecer alguien no profesional y que actuaba por impulso, fuera capaz de matar así a Bernardo Rodríguez en tan poco tiempo y sin mancharse demasiado de sangre? —preguntó a su equipo.

Ninguno de los tres respondió, pero la pregunta los dejó pensativos.

—Hay algo en este caso que no encaja, y no me gusta —dijo Samuel.

—De momento, para mí todo apunta de manera bastante clara al hijo —observó Fran. En las miradas de David y Montse vio que opinaban lo mismo.

La inseguridad a la que Samuel estaba tan poco acostumbrado regresó de golpe. ¿De verdad estaba todo tan claro? ¿Por qué él no lo veía así? ¿Acaso estaba permitiendo que un factor llamado Valeria Aguilar lo cegara de alguna manera?

Se esforzó por no dejarse dominar por la angustia. Y, entonces, con enojo, se dio cuenta de que había una pregunta básica que no se habían planteado.

—¿Con quién has hablado de la científica? —preguntó a Montse.

—Castell.

Samuel asintió y llamó a Castell, que no tardó en contestar.

—Acabo de decir a Montse que mañana por la mañana tendréis un informe preliminar —dijo con su habitual malhumor—. Por más veces que llaméis, la cosa no irá más rápido, joder.

—Lo tengo presente, Castell, y apreciamos las prisas con las que trabajáis siempre —dijo Samuel, que ya sabía cómo tratarlo—. Pero una pregunta: ¿habéis encontrado restos de sangre en algún baño?

—Buena pregunta. La respuesta es que no.

—¿En ninguno? —preguntó Samuel, incapaz de ocultar el desconcierto y la decepción de su voz.

—En ninguno de la planta de presidencia. A mí también me parece extraño.

Samuel reflexionó unos instantes.

—Quiero que mañana regreséis a Cool y busquéis restos de sangre en todos los baños del edificio —dijo.

—¿En todos?

—Sí, en todos —contestó Samuel con irritación, aunque fue más por sus propias dudas que por el cuestionamiento de Castell. Por primera vez en su carrera, Samuel no estaba seguro de si la orden que acababa de emitir tenía sentido o no.

Cuando cortó la llamada, descubrió a Montse, David y Fran observándolo con expresiones que no supo descifrar.

—¿Se puede saber qué miráis y qué hacéis todavía aquí? —espetó—. Id a descansar, nos vemos mañana.

Cuando, al fin, los tres desaparecieron por la puerta, Samuel fue a su despacho y se dejó caer en la silla. Suspiró. Estaba muy preocupado.

Tenía la sensación de que él era una de las cosas que no encajaban en ese caso.

Viernes 23 de octubre, 8.30 horas

Valeria se miró en el espejo. Apenas había dormido en toda la noche, y se notaba. Tenía los ojos enrojecidos y enmarcados por ojeras. Tenía un aspecto horrible. Pensó en maquillarse para disimular un poco, pero decidió no hacerlo. Era posponer lo inevitable.

Las culpables de su insomnio habían sido la preocupación por Iván, las dudas por si estaba actuando correctamente y la culpabilidad por mentir a la policía, concretamente a Samuel.

Desde un buen principio, su intención había sido proteger a Iván. Antes de que lo encontrara la policía quería hacerlo ella. Para hablar con él, saber qué había ocurrido exactamente y actuar en consecuencia. Temía que, si la policía lo encontraba antes, las cosas fueran muy mal para él.

Sin embargo, Iván ya llevaba dos días desaparecido. Valeria imaginaba dónde se había refugiado, pero mientras la policía le estuviera siguiendo los talones no podía ir hasta allí. Pero, ¿y si se equivocaba? ¿Y si Iván no estaba allí? ¿Y si le había pasado algo, o necesitaba ayuda? Estas dudas la carcomían.

Y luego estaba Samuel. No le gustaba haberle mentido con tanto descaro. Además, estaba convencida de que era un buen policía. Intentaría llegar al fondo del asunto y no prejuizaría a Iván solo por sus peculiaridades y circunstancias.

En conclusión: había decidido contar todo lo que sabía.

Ya había avisado a sus amigos y a la jefa de recursos humanos que ese día volvería a ausentarse del trabajo, y se dirigiría directamente a la Jefatura de policía para hablar con Samuel.

Abandonó el baño en dirección al recibidor, donde cogió la chaqueta y el bolso. Sonrió al recordar a Samuel incapaz de contenerse y colgando la chaqueta en la percha. Al ir a acostarse la noche anterior, ella se encontró el bolso y todo su contenido desperdigado encima de la cama. Lo recogió todo y, en vez de dejar el bolso en cualquier sitio, lo colgó en su sitio. Desde luego, no podía negar que Samuel estaba calando hondo en ella. Y solo hacía dos días que se conocían.

Con la chaqueta y el bolso en la mano, y con esos pensamientos en la cabeza, abrió la puerta de casa.

Una sombra se abalanzó sobre ella.

Valeria gritó, asustada, pero todavía se asustó más cuando la sombra la empujó con fuerza. Chocó contra la pared. La sombra era un hombre, que no perdió tiempo en intentar apresarla.

Valeria volvió a gritar, falta de respiración, con el corazón desbocado, sintiendo como el terror se apoderaba de cada una de las células de su cuerpo. No se preguntó qué estaba pasando, quién era ese hombre ni qué quería, sino que se dejó guiar por lo único importante en ese momento: el instinto de supervivencia. Empujó al hombre con todas sus fuerzas y se removió hasta lograr liberarse.

Le faltó tiempo para dirigirse hacia la puerta abierta, pero su atacante fue más rápido que ella. La agarró del brazo y tiró de ella hacia atrás con fuerza. Para Valeria, fue como si su única vía de escape se alejara de ella.

Entonces el hombre cerró la puerta de un portazo y se encaró con ella.

No era la primera vez que veía ese rostro, pero tampoco era el momento de pararse a pensar en ello.

Un hombre la estaba atacando en su propia casa. Eso era lo único que importaba.

Estaba encerrada.

Necesitaba pedir ayuda.

El balcón. Allí podría gritar a la calle, alguien la escucharía.

Dio media vuelta a toda velocidad y corrió hacia el balcón, desesperada por ganar ventaja. Necesitaba tiempo para apartar la cortina y abrir el ventanal.

Pero igual que el anterior intento de alcanzar la puerta, la esperanza de lograrlo duró poco.

Un pie se interpuso en su camino y Valeria cayó de bruces al suelo. Se le escapó el aire de los pulmones y lo supo, supo que estaba perdida.

“Ahora va a matarme”, pensó.

El miedo la cegó y la paralizó unos instantes, hasta que unas manos la agarraron de la ropa y la obligaron a levantarse. Después la obligaron a girar para estar cara a cara con el hombre, que la estampó contra la pared. Se apretó contra ella para inmovilizarla y a Valeria se le escapó un gemido de horror y asco. Volvió a removerse para intentar escapar, pero el tipo le apoyó el antebrazo contra la garganta y le mostró algo que sujetaba en la otra mano. Una navaja.

Valeria se quedó inmóvil, en tensión, aterrorizada. Estaba llorando, porque sabía que estaba a punto de morir.

—Ahora nos entendemos —dijo el hombre con una sonrisa terrible.

Al escuchar su voz, Valeria dejó de mirar la navaja y se fijó en él. No muy alto pero atlético, cabello castaño oscuro, rostro rectangular y ojos verdes pero turbios. Nunca lo había visto tan de cerca, pero sí que lo había visto antes. Era el policía al que había descubierto vigilándola.

Al menos, ella supuso que era un policía.

—Necesito que me hagas un favor, Valeria. Te llamas Valeria, ¿verdad?

El hombre hablaba con suavidad, pero eso solo conseguía asustarla más. Además, la hoja de la navaja reflejaba la luz que entraba por la ventana y no podía dejar de mirarla. El hombre la zarandeó un poco.

—Contesta.

—Sí —dijo, apenas sin voz.

—¿Te llamas Valeria?

—Sí.

El hombre sonrió, como si pretendiera felicitarla por portarse bien. Pero, de nuevo, solo consiguió asustarla más.

—Verás, Valeria. Como te decía, necesito que me hagas un favor —volvió a decir el hombre—. Tu padraastro, en paz descanse, escondía en algún sitio unos documentos que me pertenecen.

Las palabras tardaron unos instantes en calar en su cerebro y desplegarse con todo su significado e implicaciones.

Esto estaba relacionado con el asesinato de Bernardo. Ese hombre no era un policía que la estuviera vigilando, lo más probable era que fuera... que fuera...

El asesino de Bernardo.

O al menos estaba implicado en el asesinato.

Se le escapó un gemido asustado y no logró contener nuevas lágrimas, que le resbalaron por las mejillas.

—Valeria, céntrate. Necesito que me consigas esos documentos —dijo el hombre.

—Hace años que no tengo relación con Bernardo. No sé de qué me estás hablando —logró

decir ella con voz temblorosa.

—Bueno, pero seguro que con esa cabecita tan bonita que tienes puedes intentar pensar en algún lugar especial donde tu papi guardaría algo secreto.

Valeria cerró los ojos con fuerza, intentando pensar con claridad, pero no lo lograba.

—No sabría ni por dónde empezar...

—Ya, pues tendrás que esforzarte —dijo el hombre sin perder la calma—. ¿Sabes qué pasa? Que ya se lo hemos preguntado a tu hermanito, pero es retrasado o algo, ¿no? Lo único que hace es gritar tu nombre.

Al comprender que hablaba de Iván, Valeria abrió los ojos de golpe, muy alarmada.

—¿Qué le habéis hecho a Iván?

Empujó al hombre, se removió para intentar liberarse. Sin embargo, él apretó el antebrazo contra su garganta con más fuerza, hasta dejarla sin aire. Valeria hizo un ruido ahogado y se quedó inmóvil de nuevo.

—Bien, esto está mejor —dijo el hombre tras unos instantes eternos.

Aflojó la presión del antebrazo y Valeria pudo volver a respirar. Lo hizo casi con desesperación.

—No hagáis daño a Iván, por favor —suplicó, sin molestarse en intentar contener las lágrimas.

—Eso está en tus manos, bonita. Mira —dijo el hombre.

Retiró la mano con la que sujetaba la navaja para buscar algo en un bolsillo. Era un móvil. Lo desbloqueó y le mostró una fotografía.

Era Iván, sentado en una cama. No miraba a cámara, sino que se apoyaba contra la pared de pintura blanca y desconchada mientras se abrazaba las piernas con los brazos. Valeria se estremeció. No parecía que lo hubieran maltratado, pero conocía esa postura. Debía de estar aterrorizado...

—¿Lo ves? Está bien. Por ahora. Solo tú puedes conseguir que siga estándolo —dijo el hombre, volviendo a guardar el teléfono—. Los documentos de los que te hablo son correos electrónicos, fotografías, copias de algunos chats o mensajes. Estoy seguro que existe copia en papel y en digital.

—Pero...

—Nada de “peros”, Valeria. Si quieres volver a ver a tu hermanito, consigue esos documentos.

Ella sintió que la desesperación la invadía. No sabría ni por dónde empezar a buscar, le estaba pidiendo algo imposible. Además, estaba la policía.

—La policía me está vigilando, no puedo...

—Puedes estar tranquila. Lo he comprobado estos días y no hay polis siguiéndote.

—Pero el inspector que lleva el caso quiere hablar conmigo hoy...

—Sí, ya os vi ayer, juntitos —dijo el hombre. Inclino la cabeza y con la mirada la repasó de pies a cabeza. Después, se apretó un poco más contra ella—. Estoy seguro de que sabrás manejar a ese poli, se nota que se muere de ganas de follar contigo.

Valeria sintió náuseas. Giró la cara, incapaz de soportar la cercanía del hombre.

—Tienes hasta el martes, Valeria. Si el martes no tenemos los documentos, no volverás a ver a tu hermanito. Ya me pondré yo en contacto contigo —dijo el hombre—. Ah, y ni si te ocurra meter a la policía en esto. Si lo haces, los dos moriréis de una forma muy dolorosa.

Se apartó bruscamente de ella y, tras una última mirada de burlona advertencia, se fue.

Valeria se quedó donde estaba, la espalda contra la pared, el cuerpo tembloroso. Todavía le costaba respirar.

Cuando escuchó la puerta del piso abrirse y cerrarse, las piernas no la sostuvieron más y se derrumbó.

Intentó respirar con fuerza, intentó sentirse aliviada porque el hombre no la hubiera matado, pero el aire se resistía a entrarle en los pulmones. El terror se había instalado en ella. Como si hubiera tomado forma de una mano invisible, le constreñía la cabeza, el pecho, las entrañas.

Iván... Habían secuestrado a Iván.

Ella llevaba dos días creyendo que estaba escondido, creyendo que encubriéndolo lo estaba ayudando, pero en realidad llevaba todo ese tiempo en manos de ese hombre. Prisionero, aterrorizado, sufriendo, llamándola.

Y ahora ya había perdido la oportunidad de hablar con la policía. Si hubiera sido sincera con Samuel desde un buen principio, llevarían dos días buscándolo, ya se habrían dado cuenta de que había algo raro. Pero ahora...

Un sollozo profundo, casi agónico, le subió por la garganta.

Era estúpida. Estúpida, estúpida, estúpida.

Siempre lo estropeaba todo.

Viernes 23 de octubre, 8.57 horas

La mañana siguiente, Samuel llegó a la oficina cansado y del mismo malhumor con el que se fue la noche anterior. En casa le costó dormirse y, cuando al fin lo consiguió, sus sueños estuvieron plagados de gente que escapaba. Valeria, Iván Rodríguez, Herminia Herrero, incluso Bernardo Rodríguez, todos ellos se alejaban constantemente sin que pudiera alcanzarlos, y encima en algún momento se le habían empezado a caer los dientes.

Despertar fue un alivio.

Pero entonces recordó los besos de Valeria y sintió la desesperada necesidad de repetirlos e ir más allá. Y casi que prefirió regresar a sus pesadillas.

En fin, maldito despertar.

A pesar de sus quejas, Castell había cumplido y enviado su informe preliminar a las siete de la mañana. El del forense llegó a las nueve y cuatro, cuando hacía poco más de cinco minutos que Samuel estaba en la oficina. Después de leer ambos documentos, salió de su despacho para compartir conclusiones y reflexiones con su equipo.

—Sitúan la hora de la muerte entre las diecisiete treinta y las veintidós horas. Cuadra con la hora a la que la secretaria y el director creativo lo vieron vivo por última vez —dijo David.

—El corte en la garganta habría sido suficiente para matarlo, por lo que las puñaladas posteriores y la desfiguración del cadáver son puro ensañamiento —dijo Montse—. Eso confirma la teoría del crimen pasional, por lo que Herminia Herrero e Iván Rodríguez seguirían en cabeza de la lista. A falta de investigar a Gregorio Vega.

—Tal y como avanzaron, las puñaladas fueron efectuadas desde detrás con una hoja corta. Puede que una navaja. Pero calculan que el agresor debe de medir entre un metro setenta y cinco centímetros y un metro ochenta y cinco, y que es diestro. Y, teniendo en cuenta las marcas que el mango del arma dejó en el cuerpo, el agresor tenía bastante fuerza —observó Fran—. ¿Cuánto debe medir Herminia Herrero y cómo de en forma está?

Samuel y Montse intercambiaron una mirada.

—¿Metro sesenta? —aventuró ella.

—Algo menos. Llevaba tacones —dijo Samuel, viendo con frustración como todo seguía apuntando claramente a Iván Rodríguez.

—Y la sensación de fragilidad que transmite es apabullante —añadió Montse.

—El informe solo menciona de pasada que no existen heridas defensivas —dijo Samuel.

—No lo vio venir —dijo Fran.

—Ya, pero... No falleció en el acto. —Samuel buscó un fragmento concreto del informe del forense, intentando mantener la cabeza fría. Esa parte del informe le había revuelto las tripas—. Creen que recibió todas o casi todas las puñaladas cuando todavía estaba vivo. Por más que estuviera desangrándose, ¿por qué no intentar defenderse?

Hubo un breve silencio, como si todos necesitaran un momento para volver a digerir esa información. La muerte de Bernardo Rodríguez había sido cruel y dolorosa. Perversa.

—No tendría fuerzas —dijo Montse finalmente.

Samuel hizo una mueca, mostrando lo poco que le convencía esa explicación.

—Recordad la disposición del despacho —dijo—. El escritorio no estaba pegado a la pared, pero sí lo suficiente como para que la zona de detrás de la silla no fuera una zona de paso. Es decir, ¿alguien pasó por ahí detrás y él no se giró para tenerlo de cara?

—Si era alguien en quien confiaba... —dijo Montse, encogiéndose de hombros.

—Es decir, alguien a quien conoce pasa por detrás suyo en una zona que no es de paso. Él no gira la silla para encararse con la otra persona. Y, cuando el asesino lo ataca, ¿ni siquiera intenta defenderse o taparse la herida?

Samuel se abstuvo de añadir que algo no cuadraba, porque ya era evidente que lo pensaba, así como que su equipo no estaba de acuerdo. Lo que esperaba que no fuera obvio eran las dudas que lo asaltaban continuamente. ¿De verdad estaba todo tan claro y él estaba viendo fantasmas?

Frustrado, fue en busca de su chaqueta.

—Vamos a hablar con Herminia Herrero y Gregorio Vega. David, Fran, ya sabéis con lo que os tenéis que poner.

*

Viernes 23 de octubre, 9.28 horas

—Samuel, ¿va todo bien?

Él maldijo para sus adentros.

—Sí, ¿por?

Montse mantuvo los ojos fijos en la carretera, concentrada en conducir.

—Bueno, no es que normalmente seas una fiesta ambulante...

—Gracias.

—... pero pareces preocupado —continuó ella, ignorando su sarcasmo.

—Hay algo que no cuadra —se limitó a decir, esperando que fuera explicación suficiente para Montse.

Cuando ella no insistió, Samuel disimuló un suspiro de alivio. Si hacía alguna pregunta más, Montse era capaz de adivinar lo que había pasado con Valeria y que él se había convertido en un saco de dudas.

Veinte minutos después, estaban ante una pálida Herminia Herrero en el pequeño salón de su piso, de decoración tan anticuada como su propietaria. Acababan de mostrarle la grabación en la que se la veía entrar en el edificio de Cool.

—Nos llama la atención que olvidara mencionarnos este pequeño detalle cuando vino a visitarnos —dijo Samuel, mirándola con severidad. La expresión de Montse no era más amable ni compasiva.

—Yo... Verán... —balbuceó la mujer.

Se quedó callada, y ellos se quedaron mirándola fijamente, esperando una respuesta. No parecía posible, pero la mujer palideció todavía más, haciendo pensar a Samuel en un gran copo de nieve, aunque algo amarillento. La barbilla de la señora Herrero tembló ligeramente, igual que sus manos de finos dedos cuando se las pasó por el cabello. No eran unas manos fuertes. Samuel imaginó que, debajo de la chaqueta de ir por casa, se escondían unos brazos de piel y músculos algo flácidos.

La mujer retrocedió unos pasos hasta que sus pantorrillas chocaron con el sofá y se sentó dejándose caer, como si las piernas le hubieran fallado.

—Yo no le maté... yo... yo le quiero... —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. No dije nada de la visita porque creí que perderían el tiempo investigándome, pero yo sé que fue su hijo... ese...

—Nosotros decidimos a quién investigamos y a quién no, señora Herrero —espetó Samuel—. ¿Por qué fue a ver al señor Rodríguez?

La mujer sacó un pañuelo de tela de su bolsillo para secarse las lágrimas y suspiró. Hundió los hombros con aire derrotado.

—Fui a pedirle que volviéramos a vernos, que podíamos volver a tener la relación de antes —dijo con un hilo de voz.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Que conmigo solo estaba interesado en mantener relaciones sexuales de vez en cuando.

—¿Cómo reaccionó usted?

La señora Herrero frotó una mancha inexistente en el suelo con la punta de su zapato, incapaz de levantar la cabeza.

—Dejé que me hiciera el amor en el escritorio —confesó con un hilo de voz—. Bueno, no encima, yo estaba de pie y é...

—Nos hacemos una idea, gracias —la cortó Montse.

Samuel se frotó la frente. Le dolía la cabeza. Y, definitivamente, habría preferido no escuchar ese último detalle.

—En esa visita, ¿hubo algo que le llamara la atención? ¿Encontró raro al señor Rodríguez? —preguntó Montse.

—Era el de siempre.

—A pesar de todo, debió de sentarle mal que al señor Rodríguez solo le interesara mantener relaciones sexuales con usted, ¿no? Al fin y al cabo, usted le quiere.

La señora Herrero levantó la cabeza, el reconocimiento de la humillación en su mirada.

—Le echaba de menos. Estaba dispuesta a aceptar lo que él quisiera.

Samuel parpadeó, asombrado ante la capacidad de algunas personas de arrastrarse por el suelo. ¿Cómo podían valorarse tan poco a sí mismas? Se negaba a creer que algo así tuviera nada que ver con el amor.

Sin embargo, a pesar de su incompreensión, sintió un pinchazo de compasión por Herminia Herrero.

—¿El señor Rodríguez le mencionó si tenía previsto verse con alguien en concreto esa misma tarde? —preguntó con suavidad.

—No... Cuando acabamos de... ya sabe, me dijo que tenía trabajo y me fui.

La compasión empezó a convertirse en auténtica pena.

—Entiendo —dijo Samuel—. Señora Herrera, ¿sería tan amable de dejarnos ver la ropa que llevaba puesta el martes, cuando visitó al señor Rodríguez?

La mujer lo miró con los ojos desorbitados y las mejillas teñidas de color carmesí a pesar de la capa de maquillaje. Se levantó, apurada.

—Claro. —Sin embargo, no se movió. Se balanceó de un pie a otro. Se notó que hacía un esfuerzo para pronunciar las siguientes palabras—: ¿La ropa interior también?

Samuel se esforzó para mantener una expresión neutra ni responder con mala educación. De reojo, vio que Montse inclinaba la cabeza hacia el suelo, seguramente en un patético intento de esconder una sonrisa.

—No, señora Herrero. Con el pantalón y la chaqueta o camisa que llevara puestos será suficiente —dijo Samuel.

—Claro. Disculpen. —La mujer, claramente aliviada, desapareció por el corto pasillo en dirección a su habitación.

Samuel extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un par de guantes de nitrilo desechables y empezó a ponérselos. Descubrió que Montse lo miraba sin pretender disimular su sonrisa.

—Creo que alguien acaba de ganarse la etiqueta de perverso —susurró—. Verás cuando David y Fran se enteren de que la pobre mujer creía que querías llevarte sus bragas sucias...

—¿Y por qué deberían enterarse? —preguntó Samuel, fulminándola con la mirada.

Por toda respuesta, recibió una especie de ronquido de diversión.

Cuando la señora Herrero regresó con el traje chaqueta que vestía el martes por la tarde, Montse la entretuvo anotando sus datos y pidiéndole otra información sin importancia. Mientras tanto, Samuel comprobó con el video que se tratara de la misma prenda. El color y la forma coincidían. Incluso lo hacía la raya de planchado ligeramente torcida de la pierna derecha.

Después, olió el tejido. Samuel era bastante maniático con los olores en la ropa, y en seguida detectaba olores indeseables en las prendas. En este caso, identificó algún tipo de fritura, como si hubiera estado en un restaurante, y humo. El traje no había sido lavado recientemente.

Finalmente, examinó las dos prendas en busca de manchas, especialmente las piernas y las mangas. La tela era de color verde oscuro, pero una mancha de sangre seca sería visible.

No encontró nada.

—¿Ha vuelto a vestirse con el traje desde el martes? —preguntó a la señora Herrero.

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos y negó con la cabeza.

—¿Qué hizo el martes después de abandonar la sede de Cool?

—Fui a cenar con una amiga. Fuimos a un restaurante del centro, ese especializado en pescado que lleva ahí toda la vida.

—¿El Pez en el Plato? —sugirió Montse.

Herminia Herrero asintió. Samuel conocía ese restaurante, y el olor impregnado en el tejido le cuadraba con el olor del local. Volvió a colgar las prendas en su percha y las entregó a la mujer.

—Gracias, ya puede guardarlas. Por ahora hemos acabado —dijo Samuel.

La señora Herrero los acompañó hasta la puerta. Una vez allí, Montse se giró para encajar la mano a la mujer, que dio un pequeño respingo al recibir un apretón sin piedad. Por educación, la pobre Herminia Herrero también ofreció la mano a Samuel, incapaz de disimular una mirada de cervatillo asustado. Samuel se encontró con una mano pequeña, de tacto delicado y frágil, que se esforzaba por devolver un apretón fuerte pero solo conseguía un resultado desvaído.

“Quiérase un poco más a sí misma. Merece la pena y será más feliz”, quería decirle Samuel antes de irse. Obviamente, mantuvo la boca cerrada.

De nuevo sentados en el coche, Montse se quedó unos instantes ensimismada, con las manos apoyadas en el volante.

—Esa mujer me da tanta pena que me deprime —dijo con aire triste. Pero le duró poco—. Aunque lo de las bragas...

—Arranca.

*

Viernes 23 de octubre, 12.03 horas

Gregorio Vega le provocó rechazo desde el instante en el que posó los ojos en él. No era el sobrepeso, ni las marcadas entradas que intentaba disimular peinándose el cabello hacia delante, ni la camisa arrugada con una pequeña mancha de aceite. Era la mueca ligeramente despectiva que

dibujaban sus labios. Eran sus ojos pequeños y turbios. Todo él desprendía gula y aires de superioridad.

Tampoco ayudó la mirada que dedicó a Montse. La repasó de arriba abajo, prestando especial a sus pechos y su entrepierna. Teniendo en cuenta que Montse era cinturón negro de judo, y subcampeona de Europa o algo así, no necesitaba la protección de Samuel, pero aún así él sintió ganas de estampar un puñetazo en la rolliza cara de Gregorio Vega. Montse, desgraciadamente acostumbrada a ese trato, no pareció ni inmutarse.

—Imagino que su visita está relacionada con el pobre Bernardo —dijo Gregorio Vega con triste amabilidad después de las presentaciones.

La empresa de importación de telas del señor Vega consistía en una nave industrial de tamaño medio, equipada con altas estanterías por las que había distribuidos rollos de tela. El lugar era oscuro y daba la sensación de que, si pasaran un dedo por las estanterías y las telas, saldría cubierto por una gruesa capa de polvo. Unas escaleras metálicas conducían a una oficina vieja e igual de oscura, a la que habían sido conducidos por un mozo de almacén de aspecto aburrido y trato tosco.

—Tenemos entendido que estuvo usted en la sede de Cool el martes por la tarde —dijo Montse.

Gregorio Vega le dedicó una sonrisa complaciente.

—Así es —dijo. No añadió “bonita” al final de la frase, pero la intención estaba clara.

—También tenemos entendido que, en sus visitas a Cool, siempre aprovechaba para reunirse con el señor Rodríguez.

Gregorio Vega ladeó la cabeza, pensativo.

—Casi siempre, pero no siempre. Este martes en concreto no fui a verle. Pasé por el departamento administrativo para dejar unas facturas, pero como era tarde ya no encontré a nadie. Y tenía prisa, así que no subí al despacho de Bernardo —explicó el hombre.

—¿Hacía mucho que se conocían?

—Mucho, sí, aunque solo nos tratábamos por negocios. Yo sirvo telas de calidad a Cool, ¿saben?

—Cool es una empresa muy grande. ¿Tiene espacio aquí para almacenar todo lo que necesita servirles?

El señor Vega miró a Samuel con una sonrisa condescendiente.

—Normalmente transportamos las telas directamente a los almacenes de las empresas a las que servimos. Aunque no se crean que es tanta cantidad, ya saben que la mayor parte de la producción se lleva a cabo en otros países.

Preguntaron un poco más por la empresa y por la relación de Gregorio Vega con Bernardo Rodríguez, pero no sacaron mucho más. El hombre se declaró afectado por lo sucedido con aire triste mientras volvía a mirar los pechos de Montse, les entregó su tarjeta para que lo localizaran en caso de necesitar cualquier cosa, y los acompañó a la salida.

De nuevo en el coche, Samuel vio que Montse ya no estaba de tan buen humor como antes.

—¿Todo bien? —preguntó Samuel.

—No puedo darle una patada en los huevos a ese cabrón, ¿verdad?

—No te lo recomiendo, no.

—Pues supongo que me conformaré con ducharme con lejía.

*

Viernes 23 de octubre, 15.46 horas

—Por ahora a Herminia Herrero la dejaremos en paz —dijo Samuel. Después de detenerse a comer, acababan de llegar a la oficina y de resumir a Fran y David cómo habían ido sus visitas—. Montse, comprueba si es cierta la historia de Vega con las facturas. Fran, ¿qué tienes de este tipo?

—Por sus declaraciones de la renta, parece que el negocio va viento en popa.

Samuel y Montse intercambiaron una mirada.

—Con la mierda de local que tiene, nadie lo diría —dijo Montse.

—Investígalo un poco, el tío no es trigo limpio —dijo Samuel—. ¿Tu hermano te ha dicho algo sobre las declaraciones de la renta de Rodríguez?

—Todavía no. Dentro de un rato le llamaré.

—Bien. Fran, David, ¿algo que mencionar?

Ellos negaron con la cabeza.

—Nada destacable. Estamos con la lista de los treinta empleados, pero por ahora todos parecen limpios y sin relación aparente con Rodríguez más allá de trabajar para su empresa —informó David.

—Vale, seguid.

Samuel se encerró en su despacho. Necesitaba tomar notas y redactar varios informes. Además, empezó a poner en marcha el trámite que sabía que Gallardo le exigiría: definir qué recorrido hizo Iván Rodríguez el martes después de abandonar su casa a través de las grabaciones de las cámaras de tráfico y de seguridad que había en el barrio. En las imágenes que se almacenaban en su casa, lo habían visto salir con prisas y cargado con una maleta pequeña un poco después de las nueve de la noche del martes.

Sería un trabajo de horas, muchas horas, y Samuel no estaba seguro de que fuera necesario. Seguía intuyendo que la vía más rápida para encontrarlo era Valeria.

Pero como dudaba tanto de sí mismo... En fin.

A última hora se reunió con Gallardo, quien no tardó en opinar que todo parecía señalar con claridad a Iván Rodríguez. Escuchó las dudas de Samuel al respecto con educación, pero se mostró muy satisfecho cuando le informó de que ya había solicitado las grabaciones para iniciar la reconstrucción del recorrido de Iván Rodríguez tras abandonar su casa.

No mencionó demasiado a Valeria, ni tampoco que tenía previsto ir a visitarla esa noche. A lo largo de todo el día había evitado pensar demasiado en ello. También en la decepción e inseguridad que le suponía no haber tenido noticias de ella.

Se había convencido a sí mismo de que ella hablaría por iniciativa propia, pero se equivocó. Ahora tendría que confrontarla con las fotografías para intentar ponerla contra las cuerdas... y las dudas lo asaltaban de nuevo. ¿Y si la noche anterior ella realmente no había perdido el control? ¿Y si todo era una estrategia, una farsa?

Esa sensación de inseguridad era horrible. No estaba acostumbrado a sentirse así.

Lo más patético de la cuestión era que, a pesar de todas sus dudas, se moría de ganas de volver a verla y pasar un rato con ella.

Resopló, disgustado consigo mismo y con toda esa situación de mierda, y abandonó su despacho.

—Voy a ver si consigo que Valeria Aguilar hable de una vez —dijo a su equipo, fingiendo que la tarea se le antojaba pesada y aburrida—. Nos vemos mañana.

El día siguiente era sábado, pero, dadas las circunstancias, les tocaba trabajar.

Mientras descendía por las escaleras, pensando en cómo enfocar el encuentro con Valeria, su teléfono sonó. Era Castell.

—Hola, Castell.

—Schwartz, tengo algo que te interesará. Tal y como me pediste con tanta amabilidad...

—Tú también fuiste un ejemplo de afabilidad, Castell.

—Gracias. Hoy hemos pasado por todos los baños de la empresa, y hemos encontrado restos de sangre en uno de ellos.

Samuel se detuvo en seco.

—¿Cuánta sangre?

—La suficiente como para sospechar que es de Bernardo Rodríguez. Analizaremos las muestras, pero no sé qué saldrá. El baño había sido limpiado a conciencia —explicó Castell—. Y esa es otra parte interesante: es un baño con ducha que hay en el almacén y que nadie utiliza. De hecho, la señora de la limpieza nos ha dicho que solo lo limpia una vez a la semana, concretamente los viernes.

—Es decir, que en principio nadie ha utilizado ese baño desde el martes.

—Exacto. Tan limpio lo dejaron que, a parte de la sangre, no hay huellas ni restos humanos ni en el baño, ni en la ducha, ni en la puerta, ni siquiera en una pared. —Castell hizo una pausa dramática, consciente de que tenía toda la atención, interés e impaciencia de Samuel—. Pero había una huella, toda una, en un grifo. Parece un descuido.

—Joder, buen trabajo, Castell.

—Lo sé, gracias. Esta misma noche introduciremos la huella en el sistema, para que vaya trabajando. Y mañana también la cotejaremos con las huellas de los empleados de Cool.

—Genial. Oye, ese baño, ¿dónde está exactamente?

—En el almacén de la planta baja, entrando a mano derecha. Para que te sitúes, la puerta del almacén queda un poco más allá de la salida de emergencia.

—De acuerdo. Gracias, hablamos mañana.

Samuel colgó el teléfono de un humor extraño. Por un lado, una huella podía ser trascendental para el caso. Por otro lado, la lista de elementos que no cuadraban en el caso seguía aumentando sin parar: ¿cómo podría el asesino de Bernardo Rodríguez haberlo atacado en la cuarta planta, bajar a lavarse en el baño del almacén y limpiarlo en menos de quince o veinte minutos?

Viernes 23 de octubre, 20.45 horas

Valeria cerró los ojos mientras dejaba que el agua le empapara el rostro, el cabello y el resto del cuerpo. Era la tercera ducha que tomaba ese día. La primera había sido necesaria muy poco después de la visita del hombre, en cuanto fue capaz de caminar. La segunda al mediodía, después de haberse pasado toda la mañana llorando. Y la actual era necesaria después de la clase de pilates; había pedido a su profesora que fuera especialmente intensa. Lo que fuera por no pensar demasiado.

En realidad podía considerarse afortunada, porque no había tenido noticias de Samuel en todo el día. Si la hubiera llamado o visitado durante la mañana, le habría sido muy difícil comportarse con normalidad. Pero gracias a ese silencio, había tenido todo el día para digerir lo sucedido y hacer aquello que mejor se le daba: empujar las preocupaciones, por graves que fueran, hasta un lugar muy recóndito y escondido de su ser, cubriéndolas con un velo y fingir. Fingir que no la habían amenazado de muerte para que buscara unos documentos de Bernardo. Fingir que Iván no estaba secuestrado y que su vida dependía de ella. Fingir que era la Valeria alegre, despreocupada y caótica de siempre.

Durante la tarde, cuando logró que el miedo y el odio visceral que volvía a sentir por Bernardo dejaran de cegar todos sus pensamientos, estuvo reflexionando. En primer lugar, descartó involucrar a la policía. A pesar del terror del momento, se había dado cuenta de que el tipo que la había amenazado no era ningún aficionado. Valeria no dudaba que, ante cualquier duda, mataría a Iván y después encontraría la manera de ir a por ella. Y no pensaba arriesgar la vida de Iván.

En segundo lugar, se le ocurrió dónde buscar los documentos que le exigía el tipo. Bernardo tenía muchas propiedades por todo el país. Inmuebles de todo tipo, algunos que alquilaba y otros que utilizaba como residencia en caso de estancias un poco más largas de lo habitual. De hecho, hasta esa mañana Valeria creía que Iván se había refugiado en una casa que Bernardo tenía en los Pirineos. Siempre la había usado él, básicamente cada vez que padre e hijo tenían una discusión.

Pero de todos los inmuebles de Bernardo, había uno, solo uno, del que nadie más a parte de la familia tenía conocimiento.

Valeria esperaba que los documentos estuvieran allí, porque si no, no sabría dónde buscar.

El problema era que el lugar estaba a tres horas en coche. No podía simplemente salir de casa e ir a buscarlos.

En un momento de debilidad se atrevió a pensar que quizá Samuel había avanzado tanto en su investigación que estaba a punto de dar con el asesino, y que por eso no había sabido nada de él en todo el día. Pronto todo quedaría resuelto e Iván estaría a salvo.

Pero sabía que no podía permitirse ese tipo de pensamientos. Tenía que actuar como si todo siguiera igual.

El tipo le había asegurado que la policía no la vigilaba. Si a medianoche no sabía nada de Samuel, cogería el coche y partiría en busca de los documentos y al rescate de Iván.

Justo cuando acababa de ducharse y estaba cerrando el grifo, alguien llamó al timbre. Se quedó petrificada y el estómago le dio un vuelco.

—Maldita sea.

Sabía que era Samuel. Por un momento sintió pánico absoluto y los ánimos le flaquearon, pero se obligó a endurecerse. Tenía que controlarse, por Iván. Se obligó a esconder de nuevo cualquier preocupación y duda en ese lugar recóndito, pretender olvidarlo y fingir que todo iba bien, fingir que siempre que hacía esto no se sentía infinitamente sola. Pero podía hacerlo, se le daba bien.

Y volvió a ser la Valeria caótica y despreocupada.

Se envolvió con prisas con una toalla, salió de la ducha y corrió hacia la puerta. No se rompió la crisma de milagro, porque gracias a sus pies mojados resbaló un par de veces.

—¿Sí? —dijo al portero automático.

—Soy Samuel —contestó esa voz que le ponía la piel de gallina.

Valeria pulsó el botón para abrir el portal y, con el corazón latiéndole a mil por hora, regresó corriendo a su habitación. Acabó de secarse a toda prisa y empezó a vestirse con la ropa de ir por casa. Pero se detuvo bruscamente. ¿Ropa de ir por casa era lo más adecuado? Dudó, perdiendo unos segundos preciosos, y finalmente optó por ponerse unos tejanos, una camiseta de una seta de Super Mario algo ajustada, y una chaqueta de chándal negra y sencilla pero mona.

Se pasó rápidamente una toalla por el cabello. Después cogió el cepillo y, fingiendo que estaba más tranquila que una tortuga tomando el sol, caminó hacia la puerta mientras empezaba a peinarse.

Abrió la puerta justo cuando Samuel salía del ascensor. Ahora fue el corazón lo que le dio un vuelco, y tuvo que esforzarse por no pensar demasiado en los besos de la noche anterior.

Samuel parecía cansado, pero aún así su ropa y su porte mantenían la misma aura de perfección de siempre. Se había quitado la chaqueta, que colgaba cuidadosamente de un brazo. En la otra mano llevaba una bolsa de plástico que parecía llena de cajitas. Pero ella le prestó muy poca atención a la bolsa: ese día Samuel no llevaba una camisa, sino un polo de manga larga que se ajustaba a su cuerpo atlético demasiado bien para la salud mental de Valeria.

Esos ojos azules la escanearon de arriba abajo. ¿Se detuvieron un instante más de lo necesario en sus pechos? Y puede que en sus labios también...

Valeria suspiró para sus adentros. Al menos no era la única afectada por la presencia del otro. Al instante sintió un pinchazo de miedo y culpabilidad por todo lo que escondía y las mentiras que iba a seguir contando. Pero se obligó a apartarlo y a dedicar a Samuel una sonrisa lenta y tranquila mientras se cepillaba el cabello.

—¿Entonces seguís sin noticias de Iván? —preguntó.

Él apretó los labios.

—Me temo que no —dijo—. Me he tomado la libertad... ¿Has cenado?

Ella negó con la cabeza mientras cerraba la puerta del piso.

—Pues he traído cena. —Samuel le mostró la bolsa de plástico.

—Algo me dice que no será una pizza.

—No, pero creo que te gustará.

—Pasa, por favor —dijo ella, señalándole la cocina—. ¿Te importa esperar mientras me seco el cabello?

—Si te parece bien, puedo ir poniendo la mesa.

—Claro. —Valeria sonrió con toda la calma del mundo, pero para sus adentros estaba intentando no cortocircuitarse. Era muy raro tener a un policía que la investigaba moviéndose libremente por su casa para preparar la cena.

Aunque, bueno, teniendo en cuenta que habían llegado a besarse, quizá no era tan raro.

Mejor no pensar en esas cosas.

No se secó el cabello del todo, solo un poco para que no estuviera empapado y que acabara de secarse al aire. Tardó solo dos o tres minutos, pero, cuando regresó al salón, la mesa ya estaba perfectamente dispuesta y Samuel estaba sacando varios tápers de la bolsa de plástico.

—A ver qué te parece lo que he traído —dijo Samuel, sacando el penúltimo bulto de la bolsa, que resultó ser una hogaza de pan—. Pan de espelta. Integral.

Después, abrió uno de los tápers. Contenía una buena cantidad de tomates cherry, ya cortados y aderezados con una salsa que contenía algo que se parecía sospechosamente al orégano.

En el siguiente táper había varios cortes de distintos tipos de queso.

Y el último, que todavía humeaba, contenía varios filetes de atún fresco cuyo aroma hizo la boca agua a Valeria.

—Tengo entendido que el pan, el tomate, el atún y el queso te gustan, ¿verdad?

Al darse cuenta de que eran los ingredientes de la pizza que ella había mencionado el día anterior, Valeria se derretió por dentro. El corazón se le encogió y las piernas le flaquearon, tanto por el sentimiento de culpa como de... Era incapaz de describir con palabras lo mucho que le gustaba que Samuel hubiera tenido ese detalle.

Se obligó a sonreír.

—Puede que hayas acertado—dijo.

Se sentaron a la mesa y Samuel sirvió el atún. Valeria tragó saliva cuando se dio cuenta de que Samuel pretendía crear el mismo ambiente que la noche anterior. Cómodo. Más o menos íntimo. Quería provocar que ella volviera a hablar más de la cuenta.

Pues tendría que encontrar la manera de romperle la estrategia.

Empezaron a comer, y Valeria no tuvo que fingir la cara de asombro al descubrir lo bueno que estaba el atún.

—¿Lo has cocinado tú?

—Me gustaría decir que sí, pero hoy no tenía tiempo. He ido a un sitio donde no lo hacen nada mal, pero debo decir que a mí me sale mejor.

—A eso se le llama presumir.

—No, solo constato un hecho —dijo él con fingida expresión de sabelotodo.

Valeria rio mientras pensaba que era un buen momento para pasar al ataque.

—Disculpa que sea un poco brusca, pero ayer dijiste que querías preguntarme algo más, ¿verdad? —dijo.

—Sí, pero necesito enseñarte unas fotos. Si no te importa, las sacaré cuando hayamos recogido la mesa, para que no se manchen.

Valeria se encogió de hombros, fingiendo indiferencia mientras maldecía para sus adentros.

—Vale.

“Cabeza fría, Valeria”, se dijo, armándose de fuerzas.

—Tengo curiosidad —dijo Samuel—. A parte de preparar una pizza de atún muy rica, ¿cocinas algo más?

Valeria hizo una mueca culpable.

—Preparo ensaladas. Y se me da especialmente bien meter en el horno o el microondas comida congelada —dijo con toda la seriedad de la que fue capaz. Su broma fue recompensada con una pequeña carcajada de Samuel. Su rostro se relajó e iluminó, y provocó que el corazón de Valeria volviera a encogerse—. Arroz tres delicias, canelones, bacalao con patatas,... Las salchichas de Frankfurt también me quedan al punto.

—Ya veo.

—Ya sé que no es una dieta muy saludable, pero... No sé hacerlo mejor —confesó Valeria—. La repostería ya es otra cosa.

—Oh, ¿te gustan los *cupcakes*, las galletas decoradas y las tartas con kilos *fondant*? —preguntó él con tono burlón.

Valeria se irguió, fingiéndose ofendida.

—Disculpa, pues no. Aunque con lo amante de lo sano que tú eres, me sorprende lo puesto que estás.

—Mi hermana pequeña pasó por ese furor y durante un tiempo siempre preparaba algo en todas las comidas familiares. Ahora sigue siendo una fan incondicional de El Rincón de Bea.

—Bea es mi maestra en lo que a repostería se refiere. Todos los bizcochos que propone son una auténtica maravilla —dijo Valeria, asintiendo con sobriedad—. Si quieres, algún día te prepararé uno.

El comentario había sido inocente e irreflexivo, como muchas cosas que hacía Valeria. Se dio cuenta demasiado tarde de las implicaciones que suponía esa oferta. Se hizo un silencio mientras Samuel la observaba con los ojos entrecerrados.

—Eso estaría bien —dijo finalmente con una sonrisa débil.

Sin embargo, Valeria se sintió mal, porque no le costó adivinar lo que Samuel pensaba pero no decía en voz alta: “Si estás dispuesta a que esto siga después de que se cierre el caso, ¿por qué me escondes la verdad?”.

Carraspeó mientras enderezaba unos hombros que no sabía que había hundido. Necesitaba cambiar de tema.

—Oye, antes que has mencionado a tu hermana... Tengo curiosidad. Si no sois familia de policías, ¿por qué tú decidiste serlo? —dijo.

Samuel sonrió.

—No es tan raro, ¿sabes?

—¿Ah, no?

—No. Y hay muchos motivos por los que la gente entra en el cuerpo.

—Ya, pero a mí no me importan los motivos de los demás.

Él asintió y reflexionó unos instantes.

—Hay una parte de reto, el proceso de investigación me gusta —explicó—. Pero principalmente es... una necesidad de ordenar el mundo. Es caótico y cruel... y a menudo me cuesta entenderlo. Supongo que es mi manera de intentar poner en orden una pequeña parte. Aunque admito que no siempre lo consigo, y me frustró.

Valeria lo observó con atención, conmovida por la sensibilidad que detectaba tras esas palabras.

—Es decir, deduzco que las personas caóticas y desordenadas deben de sacarte de quicio. Mucho —dijo como si bromeara, aunque en el fondo se sentía acomplejada.

Él clavó los ojos azules en ella y ladeó la cabeza, pero no replicó a su comentario.

—Creo que va siendo hora de que dejemos de hablar de mí —dijo en cambio—. Creo que te interesará más el postre que he traído.

Valeria lo dudaba, pero lo observó con ojos entrecerrados.

—Si crees que me interesará es porque no has traído algo especialmente saludable tipo fruta o yogur... —aventuró—. ¿Se trata de repostería?

Él se limitó a extraer el último táper de la bolsa y abrirlo. Le mostró el contenido: un *brownie* con aspecto de estar tremendamente delicioso. Valeria se lo acercó para olerlo.

—Madre mía, qué bien huele. ¿Sabes que es uno de mis dulces favoritos?

Él se limitó a sonreír, pero la satisfacción en sus ojos era evidente. Una corriente cálida y excitante atravesó el cuerpo de Valeria, que tragó saliva.

—En la nevera tengo los ingredientes para acabar de convertirlo en el postre perfecto. Espera aquí, en seguida vuelvo.

Se levantó y se apresuró hacia la cocina, notando la mirada de Samuel encima. En un momento bastante patético, se preguntó dónde se habrían posado sus ojos. ¿En su cabeza? ¿En sus pies? ¿En sus pantorrillas? ¿En su trasero?

“No, mejor no pensar en esas cosas”, se dijo. Pero el cosquilleo seguía allí.

Se concentró en el *brownie*. Lo trasladó a un plato de postre y sacó el helado de vainilla del congelador. Sirvió una bola generosa por encima y después sacó la salsa de chocolate que tenía en la nevera. Siempre tenía un bote a punto, no podía vivir sin salsa de chocolate. La calentó un poco en el microondas y después la echó por encima de la bola de helado y del *brownie*. Cogió el plato, dos cucharas y se giró para regresar al salón.

—¡Oh!

Samuel estaba en la puerta, con las manos apoyadas en las caderas. Tenía el ceño levemente fruncido, como si la hubiera descubierto cometiendo una travesura graciosa.

—¿Qué has hecho? —dijo.

—Lo he convertido en el *brownie* perfecto.

Él suspiró.

—Valeria, antes ya era un postre contundente. Ahora lo has convertido en una bomba. —Podía sonar a recriminación, pero en realidad parecía divertido.

—Tú pruébalo —dijo ella, acercándole el plato y entregándole una cuchara.

Él cogió el plato y la cuchara y se dirigió a la encimera.

—Antes deberías guardar el helado.

—Uy. —Valeria se apresuró a guardar el helado. No sería la primera vez que olvidaba uno en la encimera toda la noche y por la mañana solo le quedaba salsa de vainilla.

Regresó al lado de Samuel, que se había apoyado en la encimera. Los dos atacaron el *brownie* a la vez. Cuando Valeria sintió el intenso sabor en su boca, tuvo que esforzarse para no poner los ojos en blanco. No quería quedar como una idiota.

Mientras saboreaba ese primer bocado, Samuel parecía impasible. Sin embargo, dijo:

—Joder. Qué bueno está. —Tras unos instantes que ella aprovechó para seguir concentrándose en el *brownie*, suspiró y añadió—: Eres un peligro, Valeria.

El tono de su voz la empujó a alzar la mirada. Se encontró con sus ojos azules, y algo sucedió. Una corriente, electricidad en estado puro, viajó entre ellos. De él a ella o de ella a él, no sabría decirlo. Valeria leyó muchas cosas en los ojos de Samuel. Turbación, dudas, pero, por encima de todo, deseo. Un deseo apenas contenido, que luchaba por ser libre, por hacer su voluntad, y que amenazaba con abrasarlos.

Valeria supo que él leyó lo mismo en sus ojos. De repente, fue consciente de que estaban bastante cerca el uno del otro. Se concentró en cortar otro trozo de *brownie*. Él apoyó la cuchara con cuidado en el plato y se quedó quieto y en silencio. Lo escuchó respirar profundamente.

—Dijimos... —empezó a decir Valeria, pero se interrumpió porque olvidó lo que iba a decir. Ya no lograba pensar con demasiada claridad.

Cuando él habló, lo hizo con voz ronca.

—Sé lo que dijimos. Sé que es una mala idea, pero... No me importa, la verdad.

Viernes 23 de octubre, sobre las 22 horas

Valeria levantó la mirada de nuevo y volvió a encontrarse con esos ojos llenos de deseo y de sentimientos contradictorios. No dejaron de mirarse cuando Samuel le apartó el cabello del rostro con delicadez, igual que la noche anterior. Y cuando él apoyó la mano contra su mejilla, Valeria cerró los ojos. Tembló ligeramente y se dejó acunar por esa mano cálida, tierna y fuerte a la vez.

Valeria sabía que no debía dejarse llevar. Había tantos motivos y de tanto peso para no hacerlo que podría escribir un libro con ellos. Pero la calidez y la ternura de Samuel traspasaron cualquier muro de prudencia que hubiera pretendido levantar. Se sintió consolada y se sintió acompañada. Dejó de sentirse infinitamente sola. Y en esos momentos lo necesitaba tanto...

Los labios de Samuel se posaron sobre los suyos. Igual que la noche anterior, el inicio fue suave, casi casto, pero en cuanto Valeria se inclinó hacia adelante para aumentar la presión del beso, los dos emitieron una mezcla de suspiro y gemido a la vez.

Un segundo después, los brazos de Samuel la habían rodeado, se apretaban el uno contra el otro y el beso casto se había convertido en un beso ardiente, húmedo, en el que sus labios y sus lenguas se exploraban con impaciencia apenas contenida.

El cerebro de Valeria intentó recordarle una última vez que esto era una mala idea, que las palabras que antes no había sabido concretar eran que se estaba enamorando de Samuel, que esto tendría consecuencias.

Pero necesitaba el contacto con él. Necesitaba su consuelo, su ternura, su pasión y el olvido temporal que le ofrecía. Y se dejó llevar. Fue como si, entre los dos, construyeran una burbuja que los aisló del mundo. Allí no había ni problemas, ni preocupaciones, ni secretos que los separaran. Solo besos, deseo y pasión.

Valeria gimió cuando los labios perversos de Samuel le cubrieron el cuello de besos enloquecedores.

—Nunca una mala idea había olido y sabido tan bien—susurró él contra su piel. Después, continuó depositando besos, cada vez más lentamente, mientras seguía hablando—. Pero... quiero disfrutarlo... No quiero... ir con prisas...

Dicho esto, volvió a besarla, pero la impaciencia había desaparecido. Tan solo quedaba el ardor, la sensación de que, si no seguían explorándose y si no unían sus cuerpos, estallarían en llamas.

Sin dejar de besarla mientras le sujetaba el rostro, Samuel la empujó hacia la puerta. En el umbral chocaron contra el marco, pero no les importó demasiado. Estaban demasiado centrados en sus labios, sus lenguas, en acariciarse a través de la ropa, en escuchar el sonido profundo de sus respiraciones.

Valeria abandonó los húmedos y hábiles labios de Samuel para recorrer la línea de la mandíbula y mordisquearle el lóbulo de la oreja. Sonrió cuando lo escuchó gemir con suavidad. Después descendió, depositando besos suaves en su cuello mientras aprovechaba para absorber el adictivo aroma de su piel, masculino e intenso. Se sorprendió cuando Samuel pareció relajarse de

forma algo brusca, como si las sensación de que le besaran el cuello fuera demasiado intensa como para hacer nada más. Ella volvió a sonreír. Al parecer, había descubierto un punto especialmente sensible de Samuel.

Valeria siguió besándole el cuello y jugueteando con los lóbulos de sus orejas mientras lo escuchaba respirar, muy excitado, y le acariciaba el pecho, el abdomen, el trasero.

Oh, definitivamente había demasiada ropa entre ellos.

Impaciente, le quitó el polo que antes tanto le había gustado. Él se dejó hacer con docilidad. Mientras le desabrochaba los pantalones, Valeria observó el torso desnudo que tenía ante sí intentando no quedarse boquiabierta. Este hombre realmente trabajaba mucho en el gimnasio. Menudo cuerpo escondía debajo de su ropa y actitud modestas.

—Estás para mojar pan, inspector Schwartz —susurró mientras empujaba los pantalones hacia abajo. Debajo de los calzoncillos se dibujaba una erección potente, y solo con su visión la respiración de Valeria se aceleró un poco más. Se sintió húmeda, muy húmeda.

Samuel le sujetó las manos justo cuando iba a acariciarlo.

—¿Cómo es posible que yo ya esté desnudo y tú sigas llevando tanta ropa? —dijo con voz ronca.

Valeria sonrió con picardía y le pasó la punta del dedo índice por el cuello.

—Creo que he descubierto un punto débil tuyo...

Él cerró los ojos y suspiró. Pareció que encontrar la energía para sujetarle la mano y apartarla le costaba un esfuerzo sobrehumano. La miró con los párpados entrecerrados, como si estuviera pensando algún castigo apropiado, pero se limitó a bajar la cremallera de su chaqueta y quitársela con impaciencia. Durante unos instantes, se quedó observando la camiseta de Super Mario con el ceño fruncido.

—Esta camiseta... ¿La has llevado todo el rato, mientras cenábamos? —dijo finalmente.

—¿No te gusta?

—Oh, sí que me gusta. Pero si te hubieras quitado la chaqueta durante la cena me habrías puesto en un apuro —confesó él, acariciándole la espalda y la cintura, la mirada clavada en los pechos. Se apretó contra ella y capturó sus labios en un beso profundo, tórrido.

—Tendré que comprar más camisetas en esa tienda —dijo Valeria con un hilo de voz. Estaba tan excitada que empezaba a tener problemas para pensar.

Ahora fue Samuel el que le quitó los pantalones y la empujó para que caminara en dirección a la habitación. Pero no le permitió separarse demasiado. La rodeó con un brazo desde atrás y se apretó contra ella, para que notara su erección contra el trasero. También le besó el cuello y atacó la oreja con mucha delicadeza y habilidad.

—Ay, Dios... —se le escapó a Valeria, y lo escuchó gruñir de satisfacción.

Cuando entraron en la habitación, Valeria tuvo un momento de lucidez.

—Espera —dijo—. Sé que es raro, pero creo que tengo los preservativos en el baño. Cosas de ser desordenada...

—Me gustan los baños. Tienen espejos.

Fue todo un reto buscar los preservativos mientras Samuel le acariciaba el trasero y después le introducía las manos por debajo de la camiseta en dirección a los pechos. Cuando los apresó, Valeria suspiró, cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás para apoyarse contra él.

—Ten cuidado, por favor. Tengo los pechos muy sensibles —le advirtió en un susurro. Sí, eso muchas veces había sido un problema, porque algunas caricias en seguida se volvían molestas.

Las manos de Samuel se detuvieron al instante.

—¿Cómo de sensibles? —preguntó.

—Mucho.

—Eso es interesante... —dijo, y después procedió a inclinarse para besarle el cuello de nuevo.

Valeria apoyó la cabeza sobre su hombro para facilitarle la deliciosa tarea. Mientras recorría la sensible piel con los labios, Samuel le acarició los pechos con delicadeza, a través de la tela del sujetador. La parte superior, la inferior, la aureola, el pezón endurecido... Valeria se mordió el labio mientras la respiración se le aceleraba. Las caricias de Samuel se convertían en un cosquilleo de excitación que se expandía por todo su cuerpo. Apenas se dio cuenta de que le quitaba la camiseta, y solo salió de su especie de trance cuando él susurró en su oído:

—Eres preciosa.

Valeria abrió los ojos, sorprendida, y lo descubrió observándola a través del espejo. Ni siquiera era consciente de haberse quedado solo en ropa interior, con las braguitas y el sujetador. A pesar de lo que acababa de escuchar, no pudo evitar preguntarse si de verdad le gustaba lo que veía. No tenía el cuerpo de una modelo, y si comiera un poco mejor quizá lograría perder esos pocos kilos que le sobraban... Pero las dudas le duraron poco, porque la expresión de Samuel lo decía todo. Lo que veía le gustaba y lo excitaba profundamente.

En ese instante, él levantó los ojos y sus miradas se encontraron a través del espejo. Fue un momento breve, tan solo unos segundos, pero algo volvió a suceder: una sacudida, un escalofrío, esa especie de corriente compartida que los conectaba. Valeria nunca había sentido una conexión así con nadie. El momento fue especial y abrumador por igual.

Samuel la hizo girar y ella lo abrazó y volvieron a besarse mientras disfrutaban del contacto de sus cuerpos casi desnudos. Era agradable, era electrizante...

Valeria volvió a acariciar a Samuel, la espalda, los glúteos, los muslos... pero, cuando intentó atrapar su miembro endurecido, él volvió a capturar sus muñecas. Las llevó hacia atrás, para inmovilizarla y obligarla a pegarse a él.

—Creo que no eres consciente de lo buena que estás, Valeria. Si no tienes cuidado, conseguirás que esto dure dos segundos.

—Uy, parece que hay alguien acostumbrado a llevar el control en la cama —dijo ella con voz seductora. Después, atrapó su labio inferior y lo chupó con suavidad.

Samuel la dejó hacer, pero se tensó.

—Eres perversa.

—Creía que era preciosa —dijo ella, juguetona.

Samuel volvió a mirarla como si buscara maneras de castigarla, pero se notaba que le gustaba que lo retara. Se valió de una sola mano para seguir sujetándole las muñecas y cogió los condones, que habían quedado olvidados al lado de la pila. Después la empujó hacia la habitación, hacia la cama, pero Valeria no estaba dispuesta a ponerle las cosas fáciles. Lo besó sin delicadeza, con impaciencia y ardor, y logró hacerlo girar. Cuando ya parecía que conseguiría que él se tumbara debajo y ella encima, Samuel reaccionó y los hizo girar de nuevo. Valeria cayó boca arriba en la cama y él se quedó encima. Sorprendida, y viendo su sonrisa más que satisfecha, rio.

Hasta que él, con cuidado, apartó el sujetador para descubrirle los pechos. Valeria no pudo evitar volver a sentirse insegura. Samuel los observó con atención y los cubrió con las manos, que apenas los abarcaban por completo. Valeria se estremeció y Samuel respiró profundamente.

—Tienes unos pechos increíbles —dijo.

Ella le dedicó una sonrisa que quería ser confiada, pero no le salió como ella quería. Seguía sintiendo algo de vergüenza.

—Parece que no acabas de creértelo —dijo él.

Valeria tenía los pechos generosos, de areola grande y pezón pequeño.

—De adolescente me acomplejaban... —empezó a explicar ella, pero se interrumpió para aspirar aire con fuerza cuando Samuel besó y lamió a parte inferior de un pecho, sin soltar el otro —. De adolescente me acomplejaban porque eran muy grandes y... de mayor... no son como los que sueles ver en las revistas y las... pelí... ¡Samuel!

Acababa de lamer y chupar su pezón, consiguiendo que se estremeciera de pies a cabeza.

—A la mierda las revistas y las películas —dijo, sonriendo con satisfacción algo salvaje—. Para mí son perfectos.

Como si realmente fueran un delicado manjar para él, Samuel se entregó a disfrutar de sus pechos. Los acarició, lamió y chupó, y Valeria solo podía gemir con suavidad mientras le aferraba la cabeza para apretarlo contra ella, o le arañaba la espalda, o agarraba una almohada y se cubría el rostro con ella. Puede que, de vez en cuando, también susurrara el nombre de Samuel, pero no estaba segura. Se sentía al borde del precipicio.

No supo si agradecer o quejarse cuando una mano algo impaciente le bajó un poco las braguitas con dibujos de Wonder Woman y le cubrió el sexo ardiente. Valeria gimió y movió las caderas, desesperada, y chilló cuando un dedo perverso se deslizó por entre sus labios, descubriendo lo húmeda que estaba, alcanzando el clítoris, rodeándolo, acariciándolo con rapidez mientras unos labios hábiles succionaban un pezón...

Valeria explotó. Se tensó, se arqueó y gimió casi con desesperación. Estaba siendo intenso, sorprendentemente intenso, hasta el punto que por unos instantes perdió la noción del mundo que la rodeaba. Solo sentía la presencia de Samuel a su lado, de sus manos, de sus labios...

El orgasmo remitió lentamente, y Samuel supo ir disminuyendo el ritmo de sus caricias hasta detenerse. Valeria abrió los ojos de golpe, todavía sorprendida. Él la observaba con intensa satisfacción, la mirada oscurecida por el deseo.

—Ha sido... —fue lo único que logró decir Valeria. Gimió cuando Samuel volvió a apresar su sexo con la mano, un gesto que evidenció su imperiosa necesidad de estar en su interior. Valeria se mordió el labio, todavía excitada. Sí, quería sentirlo dentro, quería...

—Voy a ponerme un condón —dijo él con la voz ronca.

—Por favor —casi suplicó ella.

Samuel se quitó los calzoncillos y cubrió su miembro con una preservativo. Mientras lo hacía, no dejaba de observarla.

—Con las braguitas medio bajadas estás muy sexy... —dijo, como si estuviera valorando la opción de dejarlas allí—, pero será poco práctico.

Se las quitó sin pretender esconder la impaciencia y se colocó encima suyo. Los dos suspiraron cuando notaron el roce de piel contra piel, y se tensaron cuando Samuel encontró su entrada. Se hundió en ella con firmeza, llenándola y arrancándole un gemido. Él gruñó de puro placer.

Valeria lo rodeó con los brazos. Todavía se sentía agradablemente sensible después del increíble orgasmo que él le había provocado. Estaba húmeda y caliente. Sus músculos abrazaban el miembro de Samuel, que parecía estar hecho a medida para ella de tan bien que sentaba. Lo rodeó con las piernas y le clavó las uñas en la espalda.

Valeria sabía que el origen de todo ese placer no era puramente físico, sino que tenía mucho que ver con Samuel. Pero ahora no iba a pensar demasiado en ello. En cambio movió las caderas, porque quería sentirlo moverse en su interior. Sin embargo, él se apretó contra ella para impedirselo.

—Espera —dijo en un susurro suplicante. Le besó con ternura el cuello, la mejilla, los labios —. Necesito un momento. Y estas manos...

Samuel le capturó las muñecas otra vez y se las sujetó por encima de la cabeza.

—¿Ha vuelto el señor controlador?

—Si sigues arañándome así la espalda aguantaré dos segundos —confesó él. Después salió de ella y la embistió un vez, con suavidad—. Pero admito que me gusta hacer el amor así.

Y Valeria tenía que admitir que le gustaba que le hicieran el amor así. Había algo... erótico en que la sujetara de esa manera, sin apenas permitirle moverse. Samuel salió y se hundió en ella varias veces más, y los dos gimieron y suspiraron.

—Dios, Valeria. Me gusta escucharte gemir.

La penetró con un poco más de fuerza, arrancándole un gemido un poco más agudo.

—Sí, así —dijo, satisfecho.

A Valeria también le gustaba escucharlo gemir de placer, pero a su lado travieso le apeteció retarlo. Quería que se dejara ir, que no pretendiera hacerlo todo él en la cama.

Movió la cabeza y le lamió y besó el cuello. Al instante, él se relajó un poco. Valeria se dedicó al otro lado de su cuello y aprovechó que él había aflojado el agarre de sus manos para liberarse. Lo abrazó y empujó con suavidad, y eso fue todo lo que necesitó para que él rodara dócilmente y le permitiera ponerse en encima.

Al darse cuenta de lo sucedido, Samuel rio.

—Ya te dije que eras un peligro.

Valeria se incorporó un poco y le sujetó los brazos a ambos lados de la cabeza.

—Ahora controlo yo —dijo con picardía.

—Sabes que tengo más fuerza que tú y que podría cambiar las tornas en cualquier momento, ¿no?

—Sí, pero no lo harás.

—¿Y qué te hace pen...

Se interrumpió cuando Valeria movió las caderas para que saliera y volviera a hundirse en ella mientras apretaba los músculos de la vagina con fuerza.

—No lo harás para no perderte esto. Y además, te pondré una condición. No puedes moverte.

La miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Quieres matarme?

—Sí, de placer.

Él volvió a reír. Y volvió a interrumpirse cuando ella empezó a moverse a un ritmo regular, sin prisas. Valeria cerró los ojos. Ay, Dios, era tan placentero... Dudaba poder llegar a otro orgasmo, pero no le importaba. Solo quería disfrutar de sentirlo en su interior y, sobre todo, quería verlo disfrutar a él. Abrió los ojos para observar su hermoso rostro, la boca entreabierta, el ceño fruncido, su respiración profunda.

Cuando él movió las caderas, ella se detuvo y se apartó un poco.

—Recuerda la condición...

—Joder, Valeria, sí que vas a matarme.

Sin embargo, cumplió. Mantuvo las caderas quietas, aunque hizo fuerza con las manos. Y, cuando ella lo liberó, le faltó tiempo para acariciarla, para aferrarse a sus pechos, para agarrarla por las caderas.

No supo cuánto tiempo pasaron así, con Valeria haciéndole el amor, deteniéndose de vez en cuando para que durara un poquito más. Hubo mucha ternura en cada beso y caricia que intercambiaron, pero llegó un punto en el que ganó la pasión. Ardiendo de deseo y necesidad,

Valeria acabó moviéndose con más rapidez, con más fuerza, para que Samuel la penetrara con más profundidad. Poco a poco, otro orgasmo había ido creciendo en su interior. Se corrió de repente, y chilló sorprendida por la intensidad y clavó las uñas en el pecho de Samuel.

Él ya no pudo contenerse más. Mientras Valeria seguía en la cresta de su orgasmo, Samuel volvió a mover las caderas mientras la sujetaba. La penetró con movimientos intensos y profundos, y Valeria pudo ver como su rostro se contraía en una mueca de intenso placer, pudo notar como se tensaba y pudo escuchar como gemía casi con desesperación mientras se derramaba en su interior.

Qué momento. Valeria no recordaba haber disfrutado nunca tanto de un primer polvo con un hombre.

Cuando los dos se relajaron, jadeantes, sudorosos, se miraron. Estaban agotados, pero sonrieron. Estaban satisfechos. Samuel la atrajo hacia así para plantarle un beso en los labios.

—Ay, madre... —suspiró ella.

Él la abrazó, asegurándose de que seguían unidos.

—Estoy de acuerdo. Ha sido muy intenso —dijo.

De repente, Valeria se sintió avergonzada. Para ser un primer polvo, había estado muy desinhibida. Lo miró un momento, pero volvió a refugiarse en su hombro.

—Disculpa, ¿es vergüenza eso que leo en tu expresión? —preguntó él entre asombrado y divertido. La obligó a levantar el rostro.

—La primera vez nunca soy tan...así. Nunca me suelto tanto, ¿sabes? —confesó ella, intentando esconderse de nuevo. Cuando lo consiguió, él le acarició la espalda y posó la mano en su trasero. Le dio un apretón.

—Ha sido increíble. Me alegra que hayas sido “así”.

Valeria lo miró solo un momento, pero sonrió. Minutos después, se acurrucaron uno contra el otro, la espalda de Valeria contra el pecho de Samuel, que la abrazó.

—Creo que iré a recoger la mesa y la cocina —dijo él al cabo de unos segundos.

Valeria aferró su brazo.

—Ni se te ocurra ir a recoger nada. No pasa nada porque se quede ahí toda la noche.

Unos segundos después, Samuel suspiró.

—Está bien —dijo.

Ella sonrió y se apretujó más contra él. Sabía que Samuel estaba haciendo todo un esfuerzo.

En el silencio que siguió, un pensamiento inoportuno se coló por una pequeña grieta de esa burbuja en la que se encontraban.

—Oye, ¿no tenías que enseñarme unas fotos?

Samuel tardó unos segundos en responder. La abrazó con un poco más de fuerza, como si quisiera asegurarse de que entre ellos no pudiera pasar ni una hoja de papel.

—Olvídate de las fotos —dijo Samuel—. Me interesa más que hablemos de otra cosa.

Hizo un pausa dramática. Valeria no logró contenerse.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Por qué algunas películas de los años ochenta tienen tanto encanto?

Valeria rio.

—Supongo que había cierta inocencia en ellas que se ha perdido —dijo.

—Supongo. ¿*Regreso al futuro* o *El chip prodigioso*?

—Oh, buena pregunta. Creo que *Regreso al futuro*. ¿Tú?

—*Regreso al futuro*.

—¿*Golpe en la pequeña China* o *Tras el corazón verde*? —preguntó ahora Valeria.

—¿No deberías comparar *Tras el corazón verde* con *Indiana Jones*?

Y así fue cómo pasaron los siguientes minutos, o quizá horas.

En algún momento, a Valeria le empezaron a pesar los párpados. Cada vez le costaba más seguir el hilo de la conversación.

Y, en algún momento, se durmió en brazos del inspector de policía Samuel Schwartz.

Sábado 24 de octubre, por la mañana

Samuel estaba cómodo. No, mejor. A gusto, muy a gusto. La cama era blanda, el edredón lo envolvía de manera agradable, los rayos del sol que entraban por la ventana le acariciaban el rostro con suaves dedos invisibles, y el cuerpo al que se abrazaba era cálido, suave y desprendía un aroma que activaba cada célula de su cuerpo, como si pudiera alimentarse de él.

Estaba demasiado a gusto como para abrir los ojos. De hecho, se pegó un poco más a ese cuerpo tan voluptuoso. Cómo no, su miembro celebró la idea empezando a endurecerse.

Sin embargo, algo no cuadraba. En su habitación no entraba el sol directamente en ningún momento del día. Y hacía meses que evitaba dormir toda la noche al lado de una mujer. Sexo intenso y placentero sí, arrumacos que comprometían demasiado no.

Se negó a abandonar ese estado de desconcierto. Imaginaba que, cuando estallara como una pompa de jabón, el regreso a la realidad no sería tan agradable como abrazarse a ese cuerpo y dejarse mimar por el sol de la mañana.

El sol...

El sol que lo acariciaba no era el de primerísima hora de la mañana.

Era tarde. Se había dormido.

La pompa estalló y abrió los ojos.

Los recuerdos de la noche anterior regresaron como una riada, amenazando con ahogarlo por su intensidad.

Había perdido el control.

Y no le importó lo más mínimo.

Dejó a un lado su ética profesional, que siempre había considerado la columna vertebral de su definición como persona y policía, y...

Incluso horas después de haberse sumergido en ese lago de húmeda pasión con Valeria, seguía sin conseguir que le importara.

La dulce y caótica Valeria Aguilar. La que iba derrochando seguridad en sí misma por la vida pero tenía complejos en lo que a su cuerpo se refería. La que llevaba una máscara de fortaleza inquebrantable, pero solo era una protección que escondía la misma vulnerabilidad que podía sentir cualquier persona.

Valeria Aguilar, que solo había necesitado tres días para poner su mundo patas arriba.

Porque Samuel quería más. Una sola vez en la cama con ella no era suficiente. Dos cenas con ella tampoco eran suficientes. Quería más de ese cuerpo, de esa inteligencia, de ese sentido del humor, de esa dulzura y de esa pasión... Como si fuera un adicto, incapaz de curarse de su adicción.

Pero Valeria mentía.

Al pensar en ello, se le retorcieron las tripas. El fuerte sentimiento protector que la noche anterior lo había empujado a decir "Olvídate de las fotos" regresó. No quería que Valeria se metiera en un lío. Pero lo estaba haciendo.

Samuel sabía que no estaba directamente implicada en la muerte de Bernardo Rodríguez. También sabía que estaba intentando proteger a su hermanastro. Sus intenciones eran buenas, aunque equivocadas. O, al menos, estaban mal planteadas. Y eso acabaría trayéndole problemas graves con la justicia. Por eso había renunciado a una parte de sí mismo y le había pedido que se olvidara de las fotos: si la confrontaba con ellas, sabía que quedaría en evidencia que había estado escondiendo información a la policía.

Pero evitar que hablara no era lo único que la sacaría ilesa del asunto. También necesitaba que se quedara quieta, que no intentara nada respecto a Iván Rodríguez.

En realidad, mientras Valeria se había sabido bajo el ojo observador de la policía, no había actuado de manera inapropiada. Por lo que él sabía, el día anterior había ido a trabajar y había hecho vida normal. No había hecho nada fuera de su rutina, no había intentado moverse. Samuel tenía muy claro que el secreto que Valeria escondía era el paradero de su hermanastro, y que solo intentaría localizarlo cuando estuviera segura de que no la vigilaban.

Es decir, lo único que Samuel tenía que procurar era que Valeria mantuviera su rutina hasta que resolvieran el caso. Si el asesino resultaba ser Iván Rodríguez, ellos lo encontrarían antes y nunca quedaría en evidencia que Valeria sabía dónde encontrarlo, porque nunca habían tenido pruebas de que ella tuviera esa información.

Sí, estaba renunciando a una parte muy importante de sí mismo. Pero no lograba que le importara. Solo quería que ella no se metiera en problemas.

Hundió el rostro en la curva de su cuello y aspiró el aroma de su piel. Era dulce. Adictivo. Peligroso. Se preguntó si acabaría siendo su perdición, y lo inquietó que ese pensamiento no lo turbara más.

En el salón o en la cocina, no estaba seguro, su móvil empezó a sonar. Valeria se removió, todavía dormida, y se giró hasta quedar frente a él. Pero el sonido del teléfono acabó por despertarla. Abrió los ojos y lo descubrió mirándola. Sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa que viajó directamente a su polla.

—Ey —susurró.

—Tengo que contestar —dijo Samuel, empezando a levantarse. Al hacerlo, vio la hora en el radiodespertador de Valeria. Eran las once y media pasadas, bastante más tarde de lo que había calculado—. Joder. Me he dormido.

—Hoy es sábado...

—A mí me toca trabajar.

Samuel se escandalizó al ver el estado de la casa. Luces encendidas, la mesa sin recoger, su ropa tirada por el suelo de cualquier manera...

Encontró el teléfono en el bolsillo de su pantalón. Respondió justo antes de que saltara el buzón de voz.

—Schwartz —contestó sin mirar quién llamaba.

—Jefe, ¿todo bien? —preguntó la voz de Montse.

—Sí, claro —dijo, aunque no consiguió disimular del todo su voz de recién levantado.

—¿Qué tal fue con la señorita Aguilar?

—Sigue en sus trece —se limitó a contestar Samuel, tenso. ¿Sospecharía algo Montse?

—Vale. Oye, David ha encontrado algo importante en una grabación. Deberías venir a verlo.

—En veinte minutos estoy allí.

Recogió su ropa y regresó a la habitación, donde Valeria estaba poniéndose una camiseta ancha con aire muy soñoliento. Samuel no pudo evitar sonreír.

—Tengo que irme. Voy muy tarde.

Ella asintió, esforzándose por despejarse.

—¿Quieres ducharte?

—No tengo tiempo.

—Vale... Si quieres, creo que tengo un cepillo de dientes extra.

—Eso estaría bien, gracias.

Mientras Samuel se vestía, la escuchó trastear por los cajones del baño. Cuando salió, llevaba un cepillo de dientes de viaje, todavía precintado, en la mano.

—Gracias —dijo Samuel, cogiéndolo—. En seguida salgo.

Usó el retrete, se lavó y peinó lo mejor que pudo en un par de minutos, y volvió a salir del baño. Valeria esperaba sentada en el borde de la cama, vestida solo con la camiseta y unas braguitas, más despejada pero todavía con el aire de los recién levantados. Samuel se esforzó por ignorar el fuerte impulso de echarse encima suyo, arrancarle las braguitas y hundirse en ella con toda la desesperación que sentía.

Se sentó a su lado.

—¿Crees que hoy podrás quedarte en casa? —preguntó con suavidad.

Ella lo observó, sin saber a dónde quería ir a parar.

—Claro. ¿Por?

Samuel fingió dudar antes de pronunciar las siguientes palabras.

—Desde el miércoles hay algunos compañeros siguiéndote. Es rutinario, pero... prefiero que no te vean moverte mucho —mintió.

—Ah —dijo ella, sorprendida. Después frunció el ceño y estudió su rostro con preocupación. Pero solo dijo—: De acuerdo, me quedaré aquí.

Samuel asintió y se quedaron unos instantes en silencio, mirándose. Era evidente que los dos querían decir cosas que no se atrevían a pronunciar. Una punzada en el estómago advirtió a Samuel de que había demasiados secretos y demasiados sentimientos entre ellos. Sin embargo, lo ignoró y besó con fuerza los labios de Valeria.

—Tengo que irme —dijo, levantándose.

—Espera.

Valeria le pasó las manos por el cabello, como si intentara peinarlo, y después intentó alisarle el pelo. Lo observó con ojo crítico y preocupado. No parecía satisfecha.

—Me temo que se nota que no has dormido en casa.

Samuel suspiró.

—Cruzaré los dedos para que nadie se dé cuenta —dijo.

Pero se dieron cuenta.

Quince minutos más tarde, entró en la oficina.

—Buenos días —saludó. Ni siquiera se quitó la chaqueta—. ¿Qué tenéis?

Montse, David y Fran, todos a la vez, apartaron los ojos de sus ordenadores. Sus expresiones cambiaron también a la vez. David y Fran esbozaron una sonrisa astuta, mientras que Montse lo observó seria y con los ojos entrecerrados.

—Ni una sola palabra —espetó Samuel mirando a David y Fran, aunque no eran ellos quienes lo preocupaban. Montse era otro cantar. Para ciertos temas, la condenada tenía muy buen olfato. Afortunadamente, no hizo ningún comentario.

—He confirmado que Gregorio Vega fue a Cool el miércoles a primera hora a entregar las facturas. Lo han confirmado en administración y la cámara del aparcamiento lo grabó entrando a las ocho y cuatro minutos, y saliendo a las ocho y diecisiete minutos —informó Montse.

—¿Has encontrado algo más sobre él?

—He solicitado información, estoy esperando un par de llamadas e informes —respondió ella—. Por otro lado, he podido hablar con mi hermano. Dice que las declaraciones de la renta y los impuestos de Rodríguez de la época de la empresa de conservas cantan un poco.

—¿En qué sentido?

—Durante dos años la empresa apenas cubría gastos, y de repente empezó a tener muchos beneficios. Dice que es un poco exagerado, y que algunos números no cuadran.

—Es decir, que la teoría del blanqueo tendría sentido. Si tenía amistad o contacto con algún narcotraficante, es posible que fuera su dinero el que blanqueara —dijo Samuel.

—Eso parece. Quizá untó a alguien en Hacienda para que hicieran la vista gorda —dijo Montse—. Pero eso fue hace mucho años. Con Cool no tendría ninguna necesidad de continuar con el blanqueo, las cosas le iban muy bien.

Es decir, Montse seguía enfocada en centrar la culpabilidad en Iván Rodríguez. Samuel volvió a sentir el puñetazo de la inseguridad, porque él seguía sin tenerlo tan claro. Se abstuvo de decir nada y miró a David.

—¿Qué has encontrado?

David le hizo un gesto para que se acercara a ver su monitor. Fran y Montse también lo hicieron.

—Esta mañana hemos recibido las grabaciones de la cámara de seguridad que enfoca la calle lateral de Cool. La de la salida de emergencia —explicó David—. Ha sido fácil de revisar porque es una calle con muy poca actividad. De hecho, en todo el martes nadie se acercó a la puerta de emergencia, hasta las dieciocho horas y diecinueve minutos.

Samuel se puso en tensión. Era evidente que David había hecho un descubrimiento importante. Puede que fuera trascendente para el caso.

David pulsó una tecla y en el monitor se reprodujo un video. La cámara mostraba principalmente la puerta lateral de un edificio, pero estaba ligeramente ladeada. Al fondo, podía verse un fragmento del edificio de Cool y la calle lateral.

En el video primero se veían pasar algunos peatones por la calle principal. Después, apareció alguien en la parte inferior de la imagen. Es decir, como si hubiera pasado por debajo de la cámara, en dirección a Cool.

La persona llevaba una gorra y una sudadera gris tan ancha que podría costar identificarlo como hombre o mujer. Sin embargo, la larga, negra y espesa cola que colgaba desde la gorra era inconfundible.

Samuel reconocería esa melena a quilómetros de distancia. Había enterrado las manos en esa melena hacía menos de doce horas.

También reconocería esa manera de caminar.

Un agujero negro se abrió en el centro de su pecho. Un agujero del que emergía un frío cruel y glacial que se extendió por todo su cuerpo.

En las imágenes, la persona, ella, *Valeria*, cruzó la calle y caminó con paso decidido hacia la puerta de emergencia de Cool. La larga distancia no permitía distinguirla el rostro con claridad, pero sí se la distinguía comprobar que estuviera sola en la calle, sacar algo del bolsillo —supuestamente una llave—, abrir la puerta y entrar.

—Es ella, ¿verdad? —dijo Montse.

Samuel tardó unos instantes en conseguir obligar a sus músculos a moverse. Asintió.

—Joder, jefe, no volveremos a cuestionar tu olfato nunca más —dijo Fran.

En otras circunstancias, ese comentario le habría sentado bien, pero en esos momentos... en esos momentos solo quería gritar. Se contuvo, obligándose a centrarse.

—¿Cuánto rato estuvo dentro? —preguntó Samuel con voz gélida.

—Hasta las diecinueve horas y cuatro minutos —dijo David, reproduciendo el video que captó su salida.

—Más de cuarenta minutos.

Oh, Dios mío.

Samuel tuvo que cerrar los ojos un instante. Encontrar la voz le supuso un esfuerzo casi doloroso.

—Si lo planificó bien, y planificación hubo, podría haberle dado tiempo —dijo—. La altura cuadra. Debe medir metro setenta y cinco, quizá un poco más. Y la fuerza la tiene.

Montse asintió, mostrando su acuerdo a esa explicación.

—David, envíame los videos para tenerlos en el móvil —dijo Samuel—. ¿Habéis tenido tiempo de investigarla?

—Está limpia. Ningún antecedente, alguna multa por aparcar mal que pagó a tiempo para conseguir la reducción de la cuota, una hipoteca que paga sin problemas... Cobra muy bien y no tiene deudas —explicó Fran.

—De acuerdo. —Samuel miró a Montse—. Dame un minuto e iremos a buscarla.

Sin esperar respuesta, Samuel se dirigió al baño, donde se encerró en un cubículo. Se apoyó contra la puerta, pero en seguida necesitó doblarse sobre sí mismo. Por suerte, estaba solo y nadie pudo escuchar el gemido que brotó de entre sus labios. Sintió náuseas, pero no llegó a vomitar.

¿Cómo había podido pasar?

¿Cómo había podido caer en la vieja trampa de... la cara bonita?

Como un auténtico imbécil, se había prendado del personaje creado por Valeria. Dulce y fuerte a la vez, compasiva, leal, marcada por un pasado triste y problemático. Joder, era de manual, ¿cómo no se había dado cuenta de que solo era una interpretación?

Había estado dispuesto a olvidarse de su integridad profesional, dispuesto a echar su carrera por la borda... Por ella. Una mentirosa profesional. Probablemente una asesina.

La inseguridad que lo había perseguido esos últimos días regresó con contundencia, llevándolo a cuestionarse su trabajo policial hasta la fecha, a preguntarse si estaba capacitado para seguir adelante.

Lo peor era que, incluso sabiendo la verdad, era incapaz de ver a Valeria como la mentirosa y probable asesina que era. No lograba distanciarse del tema. No podía, porque dolía demasiado, porque sentía algo por ella...

Menudo imbécil estaba hecho. No hacía tanto que se había quedado anonadado ante las estupideces que alguna gente cometía por amor. Rio, un poco histérico, al recordar al cuñado del carnicero. Pero la risa se le cortó de golpe cuando se dio cuenta de la palabra que había usado.

Amor.

¿Amor?

No, no podía ser. No, no, no. Era imposible, hacía demasiado poco tiempo. No...

La faltaba el aire. Iba directo hacia un ataque de ansiedad.

Respiró hondo, obligándose a apartar a un lado el dolor y la inseguridad. Durante un largo minuto, se concentró en recordarse cuál era su obligación: descubrir la verdad. Sí, eso era lo único que importaba ahora. También permitió que emergiera a la superficie el enfado, la rabia, por el engaño.

Cuando recuperó la compostura y la resolución, se incorporó y abandonó el cubículo. En una pila, se refrescó la cara con agua.

Montse lo esperaba en el pasillo, apoyada contra la pared y con los brazos cruzados.

—Podemos ir a buscarla David y yo —dijo Montse.

—No, está bien. Vamos.

Montse apretó los labios y no se movió.

—¿Estás seguro?

Samuel suspiró y se apoyó también contra la pared, delante de Montse. No tenía sentido intentar ocultarle nada a esa mujer.

—Quiero hacerlo. Quiero sacarle la verdad.

Montse asintió lentamente, comprendiendo su necesidad.

—De acuerdo. Vamos.

*

Sábado 24 de octubre, 12.15 horas

En algún momento, mientras se duchaba, Valeria pudo parar de llorar.

Samuel *sabía* que le escondía algo. Y, aún así, le había advertido que la policía la estaba vigilando para que se quedara en casa. Ella *sabía* que era mentira, pero comprendía por qué lo había hecho: estaba intentando protegerla, intentando evitar que cometiera alguna estupidez y se metiera en un lío. Valeria era muy consciente de que algo así podría poner en peligro su carrera profesional, su vocación. Y lo hacía por ella.

La culpabilidad y el miedo que sentía no tenían límites. Samuel arriesgaba su carrera y ella mentía y mentía y mentía, como siempre, y ya estaba preparando una pequeña bolsa para partir en busca de los documentos de Bernardo. Quizá tendría que pasar alguna noche fuera.

Iván... Al pensar en Iván, en lo mal que debía de estar pasándolo, le flaquearon las piernas. Tuvo que sentarse en la cama. ¿Y si no encontraba lo que le pedían? ¿Y si lo...

El timbre la sobresaltó tanto que estuvo a punto de caerse de la cama. Se obligó a levantarse y caminar hacia el recibidor. Todavía temblaba cuando cogió el teléfono del portero automático y contestó.

—¿Sí?

—Soy Samuel.

El corazón le dio un vuelco y la mano le tembló de manera exagerada. ¿Samuel? ¿Qué hacía aquí? Esto no podía ser buena señal.

—¿Me abres?

Valeria volvió a sobresaltarse y se maldijo por los segundos que había dejado pasar. Resultarían sospechosos. Quizá Samuel solo había olvidado algo en casa.

—Claro —dijo, fingiendo el tono despreocupado.

Sin embargo, en cuanto colgó el teléfono y dejó la puerta entreabierta, corrió hacia su habitación y escondió en el armario la bolsa que estaba preparando. Se quitó los zapatos y se puso las zapatillas de ir por casa, y corrió hacia el salón. Procedió a recoger la mesa, que seguía tal y como la habían dejado la noche anterior.

Samuel la encontró en el recibidor, con un vaso en cada mano y camino de la cocina. Él de entrada solo se fijó en su atuendo, especialmente en las zapatillas de ir por casa. Sin embargo, cuando alzó la mirada, Valeria se asustó. Sus ojos, que hasta ahora siempre la habían mirado con calidez, ahora eran fríos. Glaciales.

—Hola —saludó Valeria, fingiendo no haber visto nada extraño—. ¿Va todo bien?

—Tenemos que hablar —dijo él mientras cerraba la puerta.

—Claro —dijo Valeria. Fingiendo una tranquilidad que no sentía, entró en la cocina y

depositó los vasos en la encimera. Se giró hacia él, solícita.

—Necesito que me expliques algo —dijo Samuel.

Le mostró la pantalla de su teléfono, donde se estaba reproduciendo un video que mostraba una calle. Le sonaba de algo, aunque de entrada no la ubicó. Sin embargo, cuando Valeria comprendió lo que estaba viendo, palideció.

No había contado con esa cámara.

Miró a Samuel, que estaba cerca, muy cerca, y la miraba fijamente a los ojos, como si quisiera leer a través de ellos. O fulminarla con la mirada, no estaba segura.

—Me pregunto por qué se te olvidó mencionar este detalle. No creo que pueda considerarse que es algo sin importancia.

Valeria se sentía al borde del bloqueo y del ataque de pánico. Retrocedió un paso, intentando conseguir más espacio para respirar y pensar, pero Samuel no se lo concedió y se movió con ella.

Maldita sea.

Se esforzó por intentar aclararse las ideas. ¿Qué debía hacer? ¿Explicar esa parte de la verdad y esconder lo demás? Pero, si contaba lo que de verdad la había llevado a Cool el martes por la tarde, dejaría a Iván en muy mala posición y... joder, joder y joder, no sabía qué opción era mejor.

Pensar en contar la verdad la asustaba demasiado.

Así que optó por mentir. Afortunadamente, supo inventarse una historia con rapidez.

—Fui a pedirle dinero —dijo, sin necesidad de fingir nervios.

Samuel entrecerró los ojos. Valeria no supo decir si era un gesto de desconfianza o de simple análisis.

—¿Para qué? —dijo él.

—Para mí.

—¿Para ti?

Valeria asintió, obligándose a mirarlo a los ojos.

—Siento no habértelo contado, yo... Estaba asustada.

El rostro de Samuel se mantenía impassible. Era imposible saber qué estaba pensando.

—¿Para qué necesitas dinero, Valeria? —preguntó él con falsa suavidad.

—Invertí mal en unos bonos y bueno... Si dejo de pagar la hipoteca me quedaré en la calle.

—¿Qué necesidad tenías de colarte así en su empresa?

—Bernardo nunca me habría abierto la puerta de su casa, ni contestado al teléfono. Y si hubiera entrado por la puerta principal de Cool no habría llegado hasta su despacho. Era la única manera de conseguir hablar con él.

—¿Y cómo fue?

—Mal. Estuve intentando convencerlo durante mucho rato, pero no funcionó.

—¿Y la llave de la puerta de emergencia? ¿De dónde la sacaste?

—Todavía la tenía de años atrás. Tuve suerte de encontrarla por casa.

—Ya veo —dijo Samuel, relajándose un poco y apartándose. Al parecer, su historia lo convencía, aunque seguía mirándola con frialdad.

—Lo siento, Samuel —dijo Valeria. No necesitó fingir la voz temblorosa. Por dentro estaba rota, incapaz de creer las mentiras que había sido capaz de contarle sin pestañear.

—Está bien —dijo Samuel, acercándose de nuevo a ella. Tanto que pudo oler el adictivo aroma de su piel—. Escúchame bien, Valeria. Te quedarás en casa hasta nuevo aviso. Si te atreves a poner aunque sea un pie en la calle, te haré detener. ¿Te ha quedado claro?

Valeria asintió, al borde del llanto por la dureza con la que le había hablado. Sin añadir nada más, Samuel dio media vuelta, abandonó la cocina y lo escuchó salir del piso con un sonoro

portazo.

Valeria notó que le temblaba la barbilla, pero se obligó a sobreponerse. Samuel no tardaría en descubrir todas las mentiras que le había contado y regresaría.

Descubrió que, en la encimera, había quedado olvidado el trozo de *brownie* y el helado de vainilla derretido que no llegaron a comerse la noche anterior. Las dos cucharas descansaban en el plato. La imagen estuvo a punto de derrumbarla. Lo que daría por regresar a ese momento, olvidarse de todos los problemas y dejarse querer por Samuel. Porque eso era lo que habían hecho, ¿no? Habían hecho el amor. Puede que hubiera sido un error, pero.... En fin, ahora ya quedaba muy lejos. La fría mirada de Samuel se lo había dejado bien claro.

Le llamó la atención el vaso que había quedado al lado del *brownie*. Frunció el ceño. Juraría que había traído los dos del salón...

Valeria resopló. Ahora mismo un estúpido vaso no importaba.

Tenía que huir, ya no podía posponerlo más.

Sábado 24 de octubre, 12.33 horas

Samuel no tenía muchas dudas de cuál sería el siguiente paso de Valeria.

Montse se apostó en el portal del edificio, mientras que él se escabulló en el aparcamiento del edificio. Ahora, desde las sombras, vigilaba el coche de Valeria.

Mientras esperaba su aparición, Samuel procuraba seguir alimentando la rabia para no venirse abajo, para no dudar de sí mismo. Al entrar en el piso y verla se le habían retorcido las entrañas. A pesar de todo no había logrado evitar sentir de nuevo la atracción o pensar que sus zapatillas de ir por casa eran increíblemente graciosas. Un Homer Simpson que se comía el pie de Valeria.

Era patético.

Se recordó que Valeria era una mentirosa, una hábil manipuladora. Solo eso. Y, efectivamente, al confrontarla con el video había vuelto a mentir descarada y convincentemente. Sin pestañear.

En la oscuridad del aparcamiento, escuchó los motores del ascensor ponerse en marcha. Ya había pasado otras veces, pero hasta ahora nadie había descendido hasta ahí abajo. Sin embargo, esta vez sí.

La puerta del ascensor se abrió y una mujer salió.

Al principio, no la reconoció. Su melena iba escondida debajo un gorro marrón que engañaba, porque de lejos parecía su propio cabello. Llevaba unas gafas falsas, feas y anticuadas, que la hacían parecer bastante mayor. Pero reconocería esa nariz, el perfil de esos labios y ese cuerpo en cualquier lado, por más hábilmente disfrazada que fuera. Sin embargo, debía admitir que lo había sorprendido de nuevo: no conocía esa faceta de experta en disfraces.

Y todavía lo sorprendió dos veces más. La primera, cuando no fue directamente hacia su coche, sino que dio un rodeo. La segunda, cuando la vio muy atenta a los reflejos que le devolvían los cristales de los coches y los espejos de seguridad dispuestos por el aparcamiento. Y lo descubrió.

Fingió bien. No se sobresaltó, no reaccionó bruscamente. Se limitó a buscar algo en su bolsillo y cambiar de trayectoria.

Samuel maldijo, porque solo entonces descubrió que el edificio tenía otra salida a parte de la principal y la del aparcamiento.

—¡Valeria! —gritó Samuel para que se detuviera.

Ella echó a correr. Mientras Samuel seguía sus pasos a toda velocidad, la vio alcanzar una puerta metálica y abrirla con la llave que ya tenía preparada. Tenía nervios de acero, porque el pulso no le tembló. La cerró detrás de sí de golpe, y la cerró con llave justo antes de que Samuel la alcanzara. Aún así, él intentó abrirla. Sin éxito, claro está.

—¡Joder! —gritó al darse cuenta de que Valeria había vuelto a dejarlo como un idiota.

Se lanzó contra la puerta con el hombro por delante, le propinó un par de patadas, pero la maldita no cedió. Cuando se dio cuenta de que estaba haciendo el imbécil, echó a correr hacia la escalera. Emergió al portal del edificio y salió a la calle como una furiosa exhalación.

—Ha escapado por la puerta de atrás —dijo a Montse. Le señaló un lado del edificio—. Tú

ve por allí.

Él corrió en sentido contrario, de manera que cada uno rodeara el edificio por un lado. Como Valeria se les escapara... iba a ser un desastre monumental, y sería única y exclusivamente culpa suya.

La calle estaba relativamente tranquila. Pudo moverse con rapidez y no tardó en alcanzar la parte posterior del edificio. Descubrió que éste disponía de una pequeña zona comunitaria con una puerta que daba a la calle. Más allá, había un parque.

Entre varios árboles, divisó a Valeria alejándose.

Era lista. Caminaba deprisa, pero no corría para no llamar la atención. De vez en cuando miraba hacia atrás y a su alrededor, pero no llegó a descubrirle.

Samuel aprovechó esa ventaja para correr hacia ella dibujando un arco amplio, para sorprenderla por su lado izquierdo.

Su táctica funcionó.

Valeria no intuyó su presencia hasta que lo tuvo demasiado cerca. Se giró para ver quién se acercaba y, cuando lo reconoció, abrió mucho los ojos. Hizo el gesto de echar a correr, pero ya era demasiado tarde. Samuel sujetó la bolsa que ella llevaba al hombro y tiró con fuerza. Perdió el equilibrio y él lo aprovechó para apresarla y retorcerle el brazo con una maniobra básica para inmovilizarla.

—¡Me haces daño! —se quejó ella, alarmada. Si se movía o si él presionaba un poco más, podría dislocarle el hombro.

—Habérselo pensado antes de huir de la policía, señorita Aguilar —dijo Samuel con frialdad, inflexible.

Al escuchar sus palabras, Valeria soltó el aire de golpe y se hundió un poco en un gesto de derrota. Samuel tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba llorando.

—Lo siento, Samuel... —dijo.

Él solo pudo arquear las cejas con incredulidad.

—Ya veo... Así que cuando la táctica deja de funcionarle, lo intenta con el llanto—dijo sin piedad.

Desde atrás, Samuel la vio subir la cabeza e intentar mirarlo en un gesto de confusión.

—¿Táctica?

Él se inclinó un poco para hablarle cerca del oído.

—Ya sabe a qué me refiero. Poner cara de niña buena, inventarse un pasado triste y acostarse con todos los idiotas de los que necesita conseguir algo —dijo, sin lograr ocultar la rabia.

Al escuchar sus palabras, Valeria se tensó. Después se revolvió hasta que Samuel le permitió encararse con él. Pero todavía la sujetaba, si era necesario no le costaría volver a inmovilizarla. Ella estaba pálida, pero su expresión se había endurecido.

—Esto a un tío seguro que no se lo echarías en cara —le espetó—. Además, yo podría decirte lo mismo. ¿Te acuestas con todas las idiotas de las que necesitas conseguir información? Con esa cara bonita que tienes seguro que no te cuesta mucho.

Las palabras, pronunciadas con desprecio, escocieron. Mucho. De reojo, Samuel vio que Montse se acercaba, así que no replicó. Tampoco estaba seguro de lograr decir nada acertado. Él había pretendido humillar y herir a Valeria, pero ella le había devuelto el golpe con dolorosa precisión.

Samuel la obligó a girarse y cogió las esposas que Montse le tendía. Cuando las vio, Valeria empezó a resistirse.

—No, no, esperad —dijo, mirando a su alrededor.

Samuel la ignoró y esposó la primera muñeca. Ella siguió resistiéndose.

—Que nadie me vea esposada, por favor —suplicó.

Montse se acercó a Valeria, observándola con atención.

—Está bien, jefe. La señorita Aguilar no hará ninguna tontería, ¿verdad? —dijo.

Samuel quería humillar a Valeria y que todo el barrio y toda la maldita ciudad supiera que la estaban deteniendo, pero se encogió de hombros y permitió a Montse aplicar la táctica del poli bueno y el poli malo. Era vieja como la noche, pero seguía funcionando. Montse esposó a Valeria con las manos por delante y le entregó su bolsa, que había caído al suelo. De esta manera, las esposas quedaban escondidas.

—Gracias —susurró Valeria a Montse, agradecida.

Lo dicho, viejo como la noche, pero funcionaba. Incluso los más listos se lo tragaban cuando estaban asustados o acorralados.

Montse caminó muy cerca de Valeria mientras se dirigían al coche, y Samuel fue detrás. Llamaron la atención de algún transeúnte, pero como Valeria todavía llevaba el gorro marrón y las gafas, si era algún vecino no llegó a reconocerla.

Solo tardaron dos o tres minutos en alcanzar el vehículo, pero fueron suficientes para que se produjera un cambio sorprendente en Valeria. Cualquier signo de miedo o desolación desapareció. Tenía los ojos secos y podría decirse que caminaba con orgullo. Cuando le abrieron la puerta del coche para que entrara, parecía otra persona. Tranquila y serena, incluso les agradeció que la ayudaran a sentarse sin golpearse la cabeza.

Samuel no se detuvo a observarla bien ni a reflexionar sobre ese cambio de actitud. Se sentó en el asiento del copiloto, como siempre, y con cierto temor observó la bolsa de plástico que había en el hueco de la puerta. Contenía el vaso que se había llevado de casa de Valeria. Cotejarían sus huellas con la que habían encontrado en el baño de Cool. Si había coincidencia...

Ese análisis le confirmaría si se había enamorado de una asesina.

*

Sábado 24 de octubre, sobre las 13 horas

Lo que más le apetecía a Valeria era acurrucarse en un rincón del coche y llorar hasta deshacerse en un charco de lágrimas, evaporarse y desaparecer.

Estaba aterrorizada, por Iván y por sí misma, pero sobre todo por Iván. Lo más probable era que el hombre que la había amenazado hubiera visto su intento de huida y detención. ¿Y si ya no se fiaba de ella y le hacía daño? Tenía que conseguir que la soltaran cuanto antes.

Desgraciadamente, otro dolor se sumaba a su angustia. Samuel creía que se había acostado con él por interés. Se decía a sí misma que era lógico que estuviera enfadado y que eso hubiera sacado lo peor de él, pero en el fondo se sentía decepcionada. Al final, Samuel también se dejaba engañar por lo que veía en la superficie.

Esa era una herida abierta que sangraba y seguiría sangrando, pero ahora no tenía tiempo de curarla. Tenía que centrarse en salir de esta para salvar a Iván. Y, por ese motivo, se obligó a mostrarse serena y tranquila, incluso fría. Solo así conseguiría pensar con claridad.

En la Jefatura de la policía, Samuel descendió del vehículo y se alejó sin abrir la boca ni mirar atrás. La inspectora Coronado la condujo a una sala donde la dejó con otra policía que hizo un listado de todas sus pertenencias, la cacheó, hizo otros trámites de los que Valeria apenas se enteró y finalmente la llevó a una sala de interrogatorios.

La tuvieron allí esperando mucho rato. Al menos a ella se le hizo eterno. Suponía que era para

que se pusiera nerviosa, pero en realidad le dio tiempo para pensar en su estrategia. Aunque por fuera se mostrara serena, por dentro estaba hecha un manojo de nervios. Si intentaba contar a la policía solo una parte de la verdad, a la larga metería a Iván en problemas. Y la habían pillado mintiendo, así que negarlo todo no era una opción...

Maldijo en voz baja. No sabía cómo salir de esta. Estuvo a punto de echarse a llorar de la frustración, pero entonces... entonces se dio cuenta de cuál era la solución perfecta.

Durante unos instantes, se quedó sin respiración.

Era... era una decisión importante, muy drástica, pero... pero podría funcionar. Podría salvar a Iván.

Las manos le temblaron ligeramente y tuvo que respirar hondo para controlar el miedo que de repente sentía. Arruinaría su vida, pero....

Pero podría salvar a Iván.

Cuando minutos u horas después, ni lo sabía ni le importaba, la puerta de la sala se abrió, Samuel y la inspectora Coronado la encontraron sentada en la silla con expresión seria, tranquila e indiferente. Si no llevara rato preparándose, la frialdad y desprecio en la mirada de Samuel la habrían derrumbado. La inspectora Coronado, en cambio, le dedicó una media sonrisa amable de saludo y le entregó una botella de agua.

La táctica de poli bueno y el poli malo. Por Dios, ¿todavía la usaban?

Samuel no se entretuvo con preámbulos. Llevaba una carpeta y una tablet, que colocó encima de la mesa, y volvió a mostrarle el video donde se la veía entrar en el edificio de Cool.

—Señorita Aguilar, sabemos que el martes 20 de octubre estuvo en las dependencias de Cool entre las dieciocho horas y diecinueve minutos y las diecinueve horas y cuatro minutos. ¿Cuál era el motivo de su visita?

—Fui a matar a Bernardo.

Ninguno de los dos policías logró disimular su sorpresa. Puede que ni siquiera lo intentaran. La inspectora Coronado abrió mucho los ojos, casi en un gesto inocente, pero Samuel... por unos instantes, él pareció desolado. Pero solo fue un momento, y su expresión en seguida volvió a endurecerse.

Valeria se mantuvo en su papel. Alzó las cejas e hizo un gesto con los hombros, como si en silencio les preguntara “¿Qué pasa?” con indiferencia. Distaba mucho de lo que en realidad sentía, pero lo veía claro: si confesaba el crimen, dejarían de buscar al culpable. Es decir, el hombre y más que probable asesino estaría tranquilo en cuanto a ese tema y podría soltar a Iván, que también quedaría fuera del punto de mira de la policía. Y Valeria no dudaba que el tipo encontraría la manera de contactar con ella en la cárcel; desde allí podría indicarle dónde buscar los documentos de Bernardo.

Los dos policías se reacomodaron en sus sillas, como si se prepararan para pasar un rato de intenso interrogatorio.

Pues se iban a llevar una decepción. Les dedicó una sonrisa sin humor.

—No voy a hablar más con ustedes. Solo lo haré delante del juez, y con el abogado de oficio que me corresponde —anunció.

Ahora tanto la inspectora Coronado como Samuel parecieron enfadarse. Apretaron los labios y la mandíbula respectivamente mientras la fulminaban con la mirada. Al parecer a los policías no les gustaba que les dijeran esas cosas. Qué susceptibles.

—De acuerdo, señorita Aguilar, como usted quiera —dijo la inspectora—. Pero tengo una pregunta curiosa. De todas las armas que podía utilizar, ¿por qué ese trofeo al mejor empresario del año?

Valeria se miró las uñas, como si se aburriera, y se encogió de hombros.

—Siempre me pareció horrible. Además, era una mentira. Bernardo nunca fue un buen empresario —dijo. En esa cuestión, acababa de decir la verdad.

—Ya veo —dijo la inspectora Coronado.

—¿Puede dejarnos un momento a solas, inspectora? —dijo Samuel a su compañera.

—Claro —dijo la policía, tras lo cual se levantó y abandonó la sala.

Durante un buen rato, Samuel se dedicó a mirar fijamente a Valeria, y Valeria se dedicó a hacerse la aburrida.

—¿Qué coño estás haciendo, Valeria? —dijo él finalmente. No alzó la voz, más bien pareció que gruñera.

—Inspector Schwartz, no me esperaba de usted que se saltara las formalidades. Llámeme señorita Aguilar, por favor.

Él apretó los labios y la observó unos instantes antes de volver a hablar.

—¿En serio crees que así conseguirás proteger a Iván? —dijo. Se notaba que estaba enfadado, pero lograba mantener la calma.

Es decir, Samuel sabía cuál había sido su intención desde un buen principio: proteger a Iván. Aunque las tripas se le retorcieron por los nervios, mantuvo su expresión aburrida e indiferente.

—Sé que nos tomas por idiotas, *Valeria*, pero lamento decirte que no lo somos tanto. Sabemos que ese día Iván también estuvo en Cool. Sabemos que él es el único que pudo conseguirte la llave con la que abriste la puerta de emergencia —dijo Samuel—. Oh, y ese supuesto móvil de trabajo que llevas en el bolso. Hemos descubierto que fue comprado en el extranjero con un nombre falso... Algo me dice que si seguimos el rastro de llamadas nos conducirá a Iván.

—¿Van a llamar a mi abogado de una vez o qué? —dijo Valeria como si fuera una adolescente aburrida.

Sin embargo, estaba empezando a divisar una profunda grieta en su estrategia para intentar salvar a Iván. Solo ahora se daba cuenta de que la pregunta de la inspectora Coronado sobre el arma homicida seguramente había sido una trampa, en la que había caído de cuatro patas. ¿Y de verdad el asesino dejaría libre a Iván solo porque ella confesara el asesinato? ¿De verdad sería suficiente para él? ¿Y si decidía quitar a Iván de en medio para que no contara nada de lo sucedido?

La angustia volvió a atenazarle las entrañas. Lo que antes le había parecido la solución perfecta, ahora tomaba aspecto de un embrollo más, puede que peor que los demás. Pero entonces... ¿cómo podría salvar a Iván? ¿Qué otra cosa podría hacer? Tenía que haber algo...

—¡Valeria!

Valeria dio un respingo. Se había quedado ensimismada y no se había dado cuenta de que Samuel seguía hablando.

—Por más que confieses, Iván será declarado cómplice de asesinato —dijo Samuel como si lo estuviera repitiendo por segunda o tercera vez—. En cualquier caso, irá a la cárcel.

No, eso no. Iván no sobreviviría en la cárcel. Aunque si el asesino le hacía daño, ni siquiera pisaría la cárcel...

Valeria intentó mantenerse impasible, pero no lo consiguió del todo. Samuel se dio cuenta.

—¿Sabes qué le harán a un chico como él en la cárcel? Rubio, tan tímido... —Samuel se inclinó hacia adelante, la expresión ensombrecida por la malicia—. Sabes en qué lo van a convertir los presos más fuertes de la cárcel, ¿no? Se lo van a pasar estupendamente con él.

Las crueles insinuaciones de Samuel le revolviaron las tripas. Se dijo que solo intentaba manipularla, solo eso, pero aún sintió las náuseas.

Samuel se incorporó como si no hubiera pronunciado palabras especialmente salvajes.

—Aunque bueno, teniendo en cuenta lo que le hiciste a Bernardo, supongo que lo que le pase a Iván en la cárcel no te resultará excesivo —dijo.

Entonces abrió la carpeta que había traído consigo y le mostró lo que había dentro. Eran dos fotografías de Bernardo... bueno, de lo que quedaba de él después de que...

—Oh, Dios mío —susurró Valeria.

Lo que le habían hecho a Bernardo era... había tanta sangre... y los ojos y las orejas...

Samuel le entregó la papelera que tenía al lado justo antes de que vomitara. Esa mañana Valeria apenas había desayunado, pero su estómago se empeñó en sacar todo lo que tenía dentro y más. De reojo, vio que Samuel depositaba un pañuelo encima de la mesa. Lo usó para limpiarse.

Al incorporarse, descubrió que las fotografías seguían encima de la mesa. Intentó darles la vuelta, pero Samuel fue más rápido y las cogió antes. Las miró como quien mira una postal de paisajes y después volvió a mostrárselas. Valeria tuvo que apartar la mirada. Con una mano temblorosa, cogió la botella de agua para enjuagarse la boca.

—Ahora que lo pienso —dijo Samuel—, quizá lo estemos enfocando mal. En realidad, el único que sale beneficiado con la muerte de Bernardo es Iván. Quizá fue capaz de convencerte de que hicieras esto por él. Quizá, en realidad, estás tan enamorada que has matado por él. Y estás dispuesta a ir a la cárcel mientras él sigue en libertad, viviendo como un auténtico ricachón.

La teoría era tan ridícula que, a pesar de los nervios y lo mal que se encontraba, Valeria resopló con desprecio.

—Ah, ¿mi teoría no te convence? En ese caso, tendré que volver a la de la cárcel. A que, en cuanto lo encontremos, irá de cabeza y con su cara bonita a una celda —espetó Samuel.

Eso si lo encontraban antes de que lo mataran, se dijo Valeria. El pensamiento la angustió todavía más y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—De hecho, estoy pensando que me encargaré personalmente del asunto. Hay presos dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de salir antes, ¿sabes? Creo que pediré un favor a un par de ellos...

Mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas, Valeria apretó los dientes con rabia. Samuel estaba diciendo todas esas barbaridades para alterarla, creyendo que sabía de qué hablaba, pero en realidad no tenía ni idea. No tenía ni idea de nada.

—Oh, se lo van a pasar muy bien con él. Y decías que Iván es un consentido, ¿no? Seguro que llamará a su papá para que lo ayude. Lástima que ya no pueda hacerlo.

Si Valeria seguía apretando así los dientes, acabaría por rompérselos. Quería cubrirse los oídos y dejar de escuchar las horribles palabras de Samuel, pero eso sería señal de debilidad. Y no pensaba darle el placer a ese gilipollas.

Se creía muy perfecto y muy listo, él. Pero no tenía ni la más remota idea de nada.

—Aunque, quién sabe, quizá Iván no llame a su papá. Puede que le gusten mucho todas las cosas que...

Valeria estalló. Ya no podía seguir escuchando esas barbaridades.

—¡Eres un imbécil, Samuel! ¡No tienes ni idea!

Samuel se levantó y apoyó las manos en la mesa para acercarse más a ella.

—¿Ah, no? Pues ilumíname, por favor —gritó también.

Valeria negó con la cabeza. Era un imbécil y un idiota. Si la hubiera dejado en paz desde un buen principio, Iván ya estaría a salvo y ella no se habría metido en este lío imposible de deshacer.

—¡Valeria!

Oh, con tanto grito la estaba sacando de quicio.

—¿Qué?!

—¡Deja de encubrir a Iván! ¿Dónde está?

—¡No lo sé!

—¿Sabes lo que sufrió Bernardo? ¿Sabes la crueldad con la que lo mató? Dónde. Está. Iván.

—Samuel gritaba, gritaba mucho. Y se equivocaba, se equivocaba mucho.

Ahora Valeria también se levantó y se encaró con él.

—¡Iván nunca podría hacer algo así! ¡En cuanto ve una gota de sangre se desmaya!

—¿Esperas que me lo trague? ¡¿Dónde está?!

—¡Ya te he dicho que no lo sé!

—¡Mentira!

—¡Si supiera dónde está, no te lo diría! ¡Lo van a matar, Samuel, y será por tu culpa!

—¿De qué coño estás hablando?

—¡Iván está secuestrado, pedazo de gilipollas! ¡Y si no les doy lo que quieren lo van a matar!

Al instante, Valeria se dio cuenta de su error. Horrorizada, se dejó caer en la silla y se echó a llorar desconsoladamente.

Acababa de condenar a muerte a Iván.

Por la tarde del sábado 24 de octubre

Valeria lloró cubriéndose el rostro con las manos, luchando por contenerse y controlarse.

—Samuel, tenéis que dejarme ir, por favor. Iré a buscar lo que pide, se lo llevaré y traeré a Iván de vuelta. Vendremos directos aquí, te lo prometo. Por favor... —suplicó. No veía de qué otra manera podía hacerlo.

Él no contestó. Cuando Valeria se sintió capaz de dejar de llorar, se secó las lágrimas con la manga de su blusa y miró a Samuel. Él se había acercado a ella y ahora estaba apoyado sobre la mesa, observándola con el ceño fruncido y con los brazos cruzados delante del pecho. Para su gusto, estaba demasiado cerca.

—¿De qué estás hablando, Valeria?

Ya no gritaba, pero habló con severidad.

—El viernes... ayer... —Era sábado, ¿verdad? Hacía poco más de veinticuatro horas, pero parecía tan lejano...—. Ayer por la mañana volví a pedir el día libre en el trabajo. Iba a venir a primera hora a hablar contigo, a contarte la verdad... pero cuando iba a salir de casa, un tipo me atacó. Me... Tiene a Iván secuestrado, me enseñó una foto, y no lo dejará ir si no le llevo unos documentos que Bernardo ocultaba en algún lugar... Por favor, tenéis que dejarme ir a buscarlos.

Samuel tardó unos instantes en reaccionar. Se quedó observándola con su expresión severa. En su mirada Valeria leyó desconfianza, enfado y quizá incluso desprecio. Bueno, en realidad ella también estaba muy enfadada con él, pero en esos momentos tenía preocupaciones mucho más importantes como para demostrarlo. Además, qué importaban ya los sentimientos que despertaran el uno al otro.

Al fin, él se movió.

—De acuerdo —dijo, incorporándose y volviendo a sentarse en su silla—. Si ibas a contarme la verdad, hazlo ahora.

Valeria asintió y también se recolocó en su lugar. Se aseguró de tener el rostro seco de lágrimas y se pasó la mano por el cabello mientras ordenaba sus pensamientos.

—Todo lo que conté sobre Bernardo es cierto. Sobre cómo era, el maltrato psicológico y cómo afectó a mi madre —explicó—. Pero sí que mentí sobre Iván.

—¿Solo sobre Iván?

—Sí, solo sobre Iván —espetó Valeria, irritada. Suspiró para tranquilizarse y darse fuerzas para ignorar el palpable escepticismo de Samuel—. Él... Nunca fue un niño consentido. Nunca le ha faltado de nada, pero también sufría el maltrato de Bernardo. Y, como su madre murió cuando él solo tenía cuatro años, lo ha sufrido más tiempo que nadie. Además... bueno, no sé si él simplemente es así o si es culpa de Bernardo, pero siempre ha sido... especial. Nunca le ha gustado relacionarse demasiado con la gente, está mejor solo, es inseguro, todo le afecta mucho. Pero lo que más necesita en un poco de cariño, solo eso. Cuando se lo das, es cariñoso, leal y muy generoso.

Tuvo que hacer una pausa para secarse las lágrimas que volvían a resbalarle por las mejillas.

Pensar en Iván, recordarlo todo, era doloroso.

—Cuando mi madre y yo nos fuimos a vivir con ellos, Iván estaba... mal. Tenía ataques de pánico, decía no a todo y le costaba mucho salir de casa. Según Bernardo, era un niño problemático y rebelde. —No pudo evitar pronunciar esas últimas palabras con un resoplido despectivo—. Con mi madre y conmigo, que éramos amables con él, nunca fue problemático. Pero por culpa de Bernardo, que incluso se negó a que visitara un psicólogo, Iván se quedó atascado. No acabó los estudios, no tiene amigos, y se pasa el día encerrado en casa con sus videojuegos y montando Legos. Una vez intentó suicidarse...

La voz le flaqueó y se interrumpió. Recordaba... Lo había encontrado ella, con esa bufanda alrededor del cuello y... Había sido horrible. Nunca había vuelto a experimentar un terror igual, ni siquiera cuando el tipo la atacó en casa y la amenazó con la navaja.

—Por suerte, no lo consiguió, pero a raíz de eso mis discusiones con Bernardo aumentaron. — Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no soltó ni un sollozo—. Él me decía que era culpa mía, que había desequilibrado a la familia y a su hijo, que antes de que yo apareciera Iván no se lo discutía todo. Eso era mentira.

Valeria bebió un poco de agua.

—Cuando me independicé, intenté que Iván se viniera conmigo. Era una locura, pero creía que conmigo podría empezar de cero y mejorar poco a poco. Pero Bernardo nos amenazó. Le dijo a Iván que, si se iba conmigo, le retiraría su asignación mensual. Y a mí que se inventaría algún robo o delito del que acusarme y me metería en la cárcel, o al menos se aseguraría de arruinarme la vida. Era capaz de hacerlo, así que nos rendimos. Pero las exigencias de Bernardo no acabaron allí —continuó explicando—. También quería que dejáramos de hablar. Que no tuviéramos ningún tipo de relación. De hecho, para asegurarse, me hizo seguir por varios detectives privados durante meses. Me volví hábil descubriéndolos, y también en disfrazarme para pasar desapercibida. Por eso tenía ese gorro y las gafas...

Miró a Samuel con expresión de disculpa, pero él ni reaccionó. El escepticismo, el enfado y el desprecio seguían allí. Valeria apretó los labios. Pues vale.

—Tanto Iván como yo sabíamos que no vernos sería la perdición de Iván. Yo era su única amiga, la única que le apoyaba cuando tenía un mal día, cuando discutía con Bernardo. Yo también intentaba que saliera más, que acabara de estudiar para que pudiera tener su propia vida, pero acabé dando esa batalla por perdida —recordó con culpabilidad—. Así que seguimos viéndonos en secreto. Nadie lo sabía. Ni mi madre, ni siquiera mis mejores amigos. Al principio quedábamos en hoteles, fingiendo ser una pareja, pero cuando dejaron de vigilarme pudimos quedar en sitios públicos, donde sabíamos que no nos encontraríamos con conocidos.

Valeria se miró las manos, pensativa. Había un detalle más sobre esta cuestión que se le estaba olvidando... Ah, sí.

—A veces Bernardo controlaba el móvil de Iván. Por eso tengo ese otro teléfono comprado en el extranjero. Él tiene otro y lo usamos para comunicarnos en secreto —explicó—. Llevo todos estos días llamándole y enviándole mensajes, pero siempre sale apagado.

Al recordar el motivo por el que Iván no podía contestar, la voz le tembló y se le escapó un sollozo. Samuel alzó una ceja, sin perder ni un ápice de escepticismo y severidad.

—Todo esto es muy conmovedor —dijo sin asomo de compasión—, pero no explica por qué entraste en el edificio de Cool por la puerta de emergencia el pasado martes por la tarde.

—La semana pasada, Iván y Bernardo volvieron a discutir. Era habitual, y siempre por el mismo motivo: Bernardo acusaba a Iván de pasarse el día holgazaneando, e Iván lo enviaba a la mierda, lo insultaba y se encerraba en su habitación. Muchas veces Iván se iba de casa unos días y

se refugiaba en una casa que tienen en los Pirineos. Sin embargo, esta vez Bernardo se hartó y le dio dos semanas para irse de casa. Le retiró su asignación mensual y le dijo que lo desheredaría. A Iván la herencia no le importa, pero depende de la asignación mensual. Intentó que su padre cambiara de idea, pero la respuesta siempre era la misma: tenía dos semanas para irse.

—Así que decidiste intervenir —apuntó Samuel con peligrosa suavidad.

—Sí, pero no para matar a Bernardo.

—Ah, ¿en serio? Eso no es lo que nos has dicho hace unos minutos.

Valeria se frotó la cara, intentando aguantar el llanto, pero no lo logró.

—Eso era mentira, y ha sido un error. Creía que... creía que, si confesaba el asesinato, el tipo que tiene a Iván se quedaría tranquilo y podría dejarlo ir, pero...

Oh, había sido tan estúpida. Ahora, al contar su plan en voz alta, le parecía de una ingenuidad que daba miedo.

—Ya. Volvamos al martes, por favor —dijo Samuel.

—Pedí a Iván que me consiguiera una copia de la llave de la puerta de emergencia y... Bueno, la tarde del lunes busqué a un grafitero para que anulara la cámara de seguridad de la calle lateral durante la noche. Le pagué algo de dinero.

Sabía que ese detalle no la dejaba en buen lugar. Pero quería evitar que, si la recepcionista la veía colarse por la puerta de atrás, llamara a la policía.

—¿Y qué pasó dentro del edificio?

—Cuando Bernardo me vio entrar en su despacho, primero se enfadó y amenazó con llamar a la policía. Pero conseguí que se tranquilizara un poco y me escuchara. Le expliqué que Iván necesitaba su ayuda para salir adelante, que desde el año pasado le estoy pagando un psicólogo al que casi nunca va...

—¿Eso es cierto?

—Sí. Desde que empecé a cobrar más y pude pagarlo, animé a Iván a ir. Pero es muy inconstante, y yo...

—Continúa explicando el encuentro con el señor Rodríguez, por favor —la interrumpió bruscamente Samuel, como si el cambio de tema lo hubiera provocado ella. Imbécil.

—Básicamente le supliqué que ayudara a Iván e intenté hacerle ver que expulsarlo de casa sin empleo ni dinero no era lo que necesitaba. Iván puede venirse a vivir conmigo, pero necesita mucha ayuda, yo no puedo costear todo lo que...

—Deduzco que la charla no fue muy bien, ¿no? —volvió a interrumpir Samuel, sin esconder el sarcasmo en su voz. Valeria suspiró, irritada.

—No, no lo convencí. Y me fui, pensando que tendría que apañármelas con Iván.

—¿Durante cuánto rato hablasteis?

—Creo que una media hora.

—No parece que necesitaras media hora para decirle lo que acabas de contarme —objetó Samuel.

—No fue una conversación fácil. A Bernardo le costaba mucho escuchar cuando el tema no le interesaba. Y se prodigó mucho en echarme en cara todo lo que hago mal y cómo estropeé a su hijo.

—Y después simplemente dijiste adiós y te fuiste.

—No creo que le dijera adiós. Si no recuerdo mal, lo último que le dije fue que era un cabrón y un gilipollas —contestó ella, mirando fijamente a Samuel.

El policía apretó los labios, perfectamente consciente de que esas últimas palabras también iban dirigidas a él.

—Según tú, Iván solo es una víctima. Entonces, ¿por qué nos mentiste sobre él desde un buen principio? —dijo.

—Porque... porque cuando descubrí la noticia del asesinato de Bernardo en el periódico, dudé de Iván. Te...

—¿En el periódico? Creía que los primeros en informarte fuimos nosotros.

Valeria seguía enfadada, por lo que ni se molestó en mostrarse arrepentida.

—No, primero lo vi en el periódico, en internet. Cuando vosotros llegasteis yo venía de intentar hablar con Iván —aclaró.

Samuel asintió lentamente, mirándola como si no le sorprendiera que de su boca solo hubieran salido mentiras.

—Sigue, por favor. ¿Por qué nos mentiste sobre Iván?

—Porque de entrada pensé que quizá sí lo había matado él. Que, después de que yo le contara que mi charla con Bernardo había ido mal, quizá volvió, discutieron y lo empujó o... No sé. Pero nunca dudé de que, si fue él, había sido accidental —confesó Valeria—. Pero ahora sé que no fue él, porque esas fotos... En serio, Iván es incapaz de hacer eso. La visión de la sangre lo pone histérico. Cada vez que tienen que hacerle un análisis de sangre monta un espectáculo.

—¿Y qué pretendías, Valeria? ¿Esconderlo?

Valeria se mordió el labio. La respuesta a esa pregunta tampoco la iba a dejar en buen lugar. Pero había decidido contar toda la verdad, así que...

—Primero quería hablar con él para saber qué había pasado exactamente. Pero, según cómo hubieran ido las cosas... sí, estaba dispuesta a ayudarlo a huir —dijo—. Iván no sobrevivirá en la cárcel. Pero después de hablar contigo me di cuenta de que...

—Y ese tipo que te atacó en tu casa, ¿qué es lo que quiere, exactamente? —la interrumpió Samuel.

—No me lo especificó. Solo habló de unos documentos que Bernardo debió de esconder en algún lugar seguro.

—Imagino que ahora dirás que el asesino de Bernardo es este hombre misterioso.

Valeria hizo un gesto de impotencia con las manos.

—Obviamente lo sospecho, pero de ahí a poder asegurarlo hay un trecho importante.

—¿Reconocerías a ese hombre si volvieras a verlo o en una foto? ¿Podrías describirlo?

Valeria asintió sin dudarle. Nunca olvidaría su cara, la había tenido muy cerca.

Samuel la observó durante un buen rato, sin decir nada. De repente, recogió su carpeta y se levantó.

—Por ahora hemos acabado. Volveremos a hablar más tarde.

Al darse cuenta de lo que iba a suceder, Valeria sintió pánico.

—Samuel, por favor —suplicó. Él se giró para mirarla—. Sé que... sé que me he equivocado de todas las maneras posibles, pero te prometo que todo lo que acabo de contarte es cierto. La vida de Iván corre peligro. Por favor, por favor, tenéis que dejarme ir a...

—Sigue soñando —la interrumpió él con dureza.

—No he mentado, ahora ya no...

—Mientes más que hablas, Valeria. Eres un fraude —espetó Samuel.

Las palabras fueron como un puñetazo en el estómago. La dejaron sin respiración y dolieron... oh, cómo dolieron.

Se quedó petrificada, viendo como Samuel abandonaba la sala sin mirar atrás y dando un portazo. Dio un respingo al escuchar el golpe, y se encogió un poco sobre sí misma. Después, se quedó mirando el vacío, incapaz de reaccionar, incapaz de pensar en nada...

En algún momento, la puerta volvió a abrirse y una agente uniformada le pidió que la acompañara. Obedeció con docilidad. Se sentía como si estuviera en un sueño. Caminaron por un par de pasillos, después descendieron en un ascensor. Y, un par de minutos después, estaba en los calabozos de la Jefatura, encerrada en una celda con rejas.

Se sentó en el asiento largo que hacía a su vez de cama, cubierto por una simple esterilla.

Valeria se quedó allí, inmóvil. Seguía demasiado conmocionada como para pensar con claridad. Sin embargo, unas palabras no tardaron en abrirse paso entre la niebla que la ofuscaba.

“Eres un fraude”.

“Eres un fraude”.

“Eres un fraude”.

Otras palabras, viejas, pronunciadas por Bernardo y que hasta ahora habían rebotado en la armadura con la que se había protegido tantos años atrás, regresaron y se colaron por las grietas, escarbando y clavándose como puñales afilados.

“Estúpida cría”.

“Gorda y estúpida”.

“Eres tan irreflexiva que lo estropeas todo”.

“Te has cargado la estabilidad de esta familia, te has cargado la relación con tu madre”.

Se tumbó en la incómoda esterilla, que no olía demasiado bien, y se abrazó a sí misma.

Había intentando proteger a Iván, ayudarlo, pero solo había conseguido que las cosas empeoraran hasta límites insospechados. Quizá, después de todo, Bernardo siempre tuvo razón y lo único que lograba hacer con su caos era estropear las cosas.

Y llevaba tanto tiempo mintiendo, engañando a los demás, que se había convertido en una simple máscara.

Un fraude.

Sábado 24 de octubre, 17.13 horas

Samuel abandonó la sala de interrogatorios dando un portazo. Montse, Fran y David lo esperaban en la sala de al lado, desde donde habían seguido el interrogatorio gracias a la cámara de video y al micrófono instalados. Sin embargo, por segunda vez ese día se dirigió al baño para esconderse en un cubículo. Esta vez vomitó, casi con violencia, lo poco que había comido ese día.

El enfado y la rabia contra Valeria, el dolor por sentirse utilizado, la agonía de haberse dejado atrapar por las redes de una posible asesina, la incapacidad de adivinar o intuir si decía la verdad o mentía, la horrorosa inseguridad que ello le generaba... todas esas emociones arrasaban su cabeza y su pecho como un tornado. La tensión por el interrogatorio tampoco ayudaba. Nunca un interrogatorio había sido tan difícil, nunca había sido tan personal, nunca habían estado tan plagados de dudas, nunca antes había gritado o sido tan desagradable y cruel. Pero Valeria...

Valeria era un hueso duro de roer. Había hecho lo correcto.

Al menos, eso esperaba.

Tardó varios minutos en recuperar la compostura y sentirse capaz de enfrentarse a las miradas de sus subordinados. Con ese interrogatorio, su implicación personal había quedado al descubierto.

Cuando entró en la sala, los tres lo miraron con curiosidad. Gracias a Dios, ninguno lo miró con compasión. Algo así lo habría irritado enormemente. De hecho, los tres parecían un poco afectados. Fran y David se abstuvieron de hacer ningún comentario, y solo Montse le dedicó una especie de sonrisa que quería transmitirle ánimos.

—Buen trabajo ahí dentro, jefe —dijo.

—¿Sí? —dijo él mientras se sentaba. Él ya no sabía nada.

Echó un vistazo al monitor que mostraba lo que sucedía en la sala de interrogatorios. Todavía no habían pasado a buscar a Valeria. Seguía sentada en su silla, con los hombros hundidos y la mirada perdida. Parecía... rota. Irremediablemente rota.

Al verla sí, lo golpeó un puñetazo de culpabilidad. Él le había hecho esto. “Es buena mintiendo, es buena fingiendo”, se recordó. Podría ser otra actuación para convencerlos de nuevas mentiras.

—Apaga eso, por favor —pidió a Fran, que apagó el monitor de inmediato—. Gracias. ¿Qué opináis?

—He llamado a la jefa de recursos humanos de su empresa. Me ha confirmado que, el viernes por la mañana, la señorita Aguilar volvió a pedir el día libre —informó Montse.

—Yo he descubierto algo interesante. Hay una cámara de tráfico en su calle que puede que muestre la entrada de su edificio. Y en la comunidad tienen instalada una cámara de seguridad en la puerta trasera —informó David—. Pediré ahora mismo las imágenes del viernes. Podremos confirmar si ese día salió de casa. O si entró en el edificio un tipo de aspecto sospechoso.

—Yo puedo hacer algunas llamadas para averiguar qué médico lleva a Iván Rodríguez. Él podrá confirmarnos el tema de la sangre y si es tan... especial —dijo Fran.

Samuel los observó a los tres, sorprendido. Más que sorprendido, anonadado.

—Os creéis todo lo que ha contado, ¿verdad?

No se lo podía creer.

—Joder, jefe, la chica te gusta, lo mínimo que podemos inten... —empezó a decir Fran, pero se interrumpió cuando David y Montse lo fulminaron con la mirada.

Samuel optó por ignorar las palabras de Fran.

—¡Nos ha mentado desde el minuto uno! —les espetó.

—Esta mañana, cuando la hemos detenido y nos ha pedido que nadie la viera esposada, parecía asustada de verdad —dijo Montse—. Me creo que temiera que, si el tipo que la ha amenazado la veía detenida, ya no confiara en ella. Y que por eso haya hecho el intento desesperado de confesar el asesinato.

David hizo una mueca, como si le supiera mal lo que iba a decir.

—Ha metido la pata hasta el fondo, pero su relato me ha parecido coherente. Hay que confirmarlo, pero...

—Yo creo que es una superviviente. Y es leal, jefe —dijo Fran, que había vuelto a encender el monitor y observaba cómo se llevaban a Valeria de la sala.

Samuel detectó admiración en la mirada de Fran. Y él sintió una horrible mezcla de celos y animadversión que lo empujaba a partirle la cara.

—Ya que os gusta tanto, ¿por qué nos os vestís los tres de animadoras con pompones y vais a animarla al calabozo? Parecéis una puta panda de grupis —les espetó, de muy mal humor—. ¿No os dais cuenta que podría estar metida en el ajo?

—La hemos investigado a fondo. Nada apunta a ello —intervino David, y Samuel también quiso partirle la cara a él.

—Da igual lo que pensemos, Samuel —dijo Montse con suavidad—. Hay que confirmar su historia, y ya está. Y, en cualquier caso, tenemos que trabajar con el escenario de que sea cierto que Iván Rodríguez esté retenido contra su voluntad.

Esa mañana habían recibido horas y horas de grabaciones de cámaras de tráfico y seguridad. Quizá podrían ayudarlos a rehacer el camino de Iván Rodríguez el martes después de abandonar su casa, así como el de los dos tipos que huyeron en moto. Ya tenían a los refuerzos concedidos por Gallardo trabajando en ello, pero les llevaría tiempo. Y ni siquiera sabían si el trabajo daría frutos. Lo más probable era que, en algún punto del recorrido, desaparecieran de la vista de las cámaras.

Por primera vez en su carrera, Samuel se bloqueó. No sabía cuál era el siguiente paso a dar. Y en su equipo ya no podía confiar, porque también habían caído en las redes de Valeria. Había conseguido encandilarlos a todos y...

Se masajeó la frente y las sienes, intentando controlar el ataque de ansiedad que empezaba a bullir en su interior.

—¿Por qué no nos vamos todos a casa a descansar un rato? Puede que mañana Castell ya nos pueda decir algo sobre la huella de ese baño y que tengamos grabaciones de la casa de la señorita Aguilar con las que trabajar —dijo Montse.

Sí, Montse tenía razón. Esos podrían ser sus siguientes pasos.

Un poco más tranquilo, pero todavía demasiado conmocionado como para abrir la boca, se limitó a asentir y abandonó la sala sin abrir la boca. Ya informaría a Gallardo de todo cuando tuvieran más información y hechos confirmados.

En su despacho, cogió su chaqueta y se fue sin despedirse de nadie. Mientras abandonaba la Jefatura pensó que a Valeria le esperaba una mala noche en el calabozo. Ignoró el pinchazo de aprensión y culpabilidad y se fue sin mirar atrás.

*

Domingo 25 de octubre, 7.08 horas

El teléfono lo despertó en un lugar incómodo. No estaba muy seguro de dónde provenía el sonido, pero lo notaba vibrar debajo del trasero.

Samuel se removió, empezando a notar un molesto dolor de cabeza. También tenía la boca pastosa y el estómago revuelto. Obligó a su brazo a moverse y rescatar el teléfono.

—Sí —contestó con la voz muy ronca, todavía incapaz de abrir los ojos.

—¿Schwartz, eres tú?

—Mmm.

Puede que la voz al otro lado de la línea fuera la de Castell.

—Menuda voz tienes. ¿Estás enfermo?

—No, no, dime.

—Tú y tu equipo deberíais venir. Tenemos resultados para la huella del baño de Cool.

Su corazón se saltó un latido.

—¿Puedes avanzarme algo?

—Entonces no tendría emoción, ¿no crees? —contestó el muy cabrón, y colgó.

Samuel soltó el teléfono y se masajeó la cabeza. Ese constante martilleo que sentía era francamente molesto. Pensó que debía ponerse en marcha de forma inmediata, avisar a Montse, levantarse, etcétera, pero parecía que su cuerpo y su cerebro se resistían a comportarse con normalidad.

Empezó a recordar. La tarde anterior había ido al gimnasio para machacarse con mucho ejercicio. Fue un intento inútil para olvidarse de todo. Como no funcionó, después de ducharse llamó a Adam, que aceptó encantado ir a tomar algo.

Ambos empezaron bebiendo cervezas, pero acabaron pasándose al whisky.

—Joder —murmuró Samuel.

No recordaba la última vez que se había emborrachado, si es que alguna vez había sucedido. Nunca se permitía perder tanto el control. Pero anoche... ni Adam ni él estaban en su mejor momento, y se lanzaron a la bebida sin demasiados complejos.

—Genial, Samuel —se dijo, lleno de sarcasmo. Emborracharse durante la investigación de un caso tan importante. Esto sí que era tocar fondo.

Ni siquiera fue capaz de regresar a su casa. Si no recordaba mal, estaba en casa de Adam.

Abrió los ojos. Sí, estaba en casa de su amigo.

Gruñó y se obligó a incorporarse.

Oh, nunca más volvería a emborracharse. Odiaba las desagradables consecuencias del día después.

Ahí estaba, sintiéndose un miserable sediento y con el estómago muy sucio, cuando una de las puertas que daban al salón se abrió. Una mujer rubia, guapa pero muy menuda, emergió de la habitación. Todavía iba en pijama, despeinada y parecía tener prisa. Pero, al descubrirlo sentado en el sofá, se quedó inmóvil, sorprendida.

—Hola, Samuel —sonrió.

Samuel se esforzó por hacer memoria. Conocía a esa mujer. Esa voz grave tan sorprendente, esos ojos grises tan grandes... Ah, claro, la hermana de Adam.

—Sara. Me alegra verte.

Esto era muy raro.

Ella sonrió como si Samuel hubiera dicho algo muy divertido.

—Perdona, tengo una urgencia.

—Claro.

Sara se apresuró hacia el baño y se encerró dentro. Samuel se quedó donde estaba, recordando todo lo que Adam le había contado la noche anterior. Que Sara estaba embarazada y saliendo con un tipo que a Adam no le hacía el peso, porque era el ex de otro ex... No se acordaba bien, pero tenía algo que ver con Hugo. Era un lío. Si tuviera que dibujarlo, solo le saldría una maraña de hilos enredados.

Se pasó la mano por el cabello y se frotó la cara y los ojos, intentando despejarse y aclararse la cabeza, pero no le sirvió de mucho. En ese momento, Sara salió del baño y regresó al salón.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Bien, bien, gracias. Oye, enhorabuena. Adam me contó que estás...

Se interrumpió cuando ella volvió a sonreír como si Samuel fuera un cómico nato.

—Gracias. Espera un momento —dijo Sara, y se fue a la cocina. La escuchó trastear un poco, pero no tardó en regresar con una botella de agua pequeña en la mano—. Toma. Y he puesto a hacer café.

Samuel cogió la botella con un gesto de agradecimiento y la abrió al instante. Se la bebió casi toda de un solo trago, como si llevara varios días perdido en el desierto. El agua estaba fresca y le sentó de maravilla. De hecho, lo ayudó a espabilarse un poco. Y empezó a sentirse avergonzado.

—Sospecho que ya nos habíamos visto y que ya te había felicitado por el embarazo —dijo.

Ella se había sentado en una silla y, con la barbilla apoyada en una mano, lo observaba con interés y algo de diversión.

—Sí, esta madrugada. Debían de ser las dos —dijo.

Samuel hizo una mueca, martirizado. ¿Cómo era posible que no lo recordara? ¿Tanto había bebido?

—Tú y Adam llegasteis en un estado muy interesante —dijo Sara.

—No sé si quiero saber los detalles.

—Me dijiste que todas las mujeres somos unas tejedoras de redes de mentiras atrapaidiotas.

Samuel cerró los ojos y volvió a masajearse la frente. Dios, qué bajo había caído.

—Lo siento...

—No te preocupes. Te dije que la generalización me parecía muy injusta y sexista y me diste la razón.

A su pesar, Samuel rio por debajo de la nariz. También a su pesar, recordó las veces que Valeria lo había acusado de ser machista.

—Pero por lo que me contaste de Valeria...

Samuel abrió mucho los ojos, horrorizado, pero Sara se interrumpió porque en la cocina se escuchó un silbido.

—Ah, el café —dijo ella alegremente, y se fue.

Regresó con una cafetera italiana en una mano y una taza y un salvamanteles en otra. El agradable aroma de café recién hecho se expandió por la estancia como niebla invisible.

—¿Leche o azúcar? —preguntó ella, dejando las cosas sobre la mesa.

—Lo tomo solo —dijo Samuel, levantándose. Se sentaron a la mesa, uno delante del otro. Él se sirvió el café—. Disculpa, ¿has dicho que te hablé de Valeria?

Ella asintió.

—Parecías preocupado porque estaba pasando la noche en los calabozos de la Jefatura. Bueno, no parabas de repetir que se lo merecía, pero a la vez...

Samuel quería que la tierra se abriera bajos sus pies y se lo tragara. También que alguien lo aporreara con un martillo especial para ineptos idiotas y poco profesionales.

—Dime que no te dí detalles del caso, por favor.

Ella suspiró mientras pensaba la respuesta.

—No me diste detalles del caso —afirmó, pero sin molestarse a esconder que era mentira—. Puedes estar tranquilo. Mi hermano es policía, tengo muy claro qué cosas no debo hacer.

Eso Samuel no lo dudaba, pero aún así... Nunca le había pasado algo parecido. Nunca había hecho algo parecido. Era... No tenía palabras para describirlo. No entendía cómo había podido caer tan bajo.

—También estuviste hablando un buen rato de tu intuición. Adam también la alabó, por cierto —dijo Sara—. Dijiste que, si la escuchabas atentamente, te cuchicheaba que Valeria es inocente.

—Me cago en todo lo que... —gruñó Samuel, cada vez más horrorizado. Ella rio—. No deberías hacer caso a lo que dice un borracho. Además, todavía no hay pruebas que digan si es culpable o inocente. A la mierda la intuición.

—Por lo que me contaste de ella, no me parece que sea una tejedora de redes de mentiras atrapaidiotas.

—¿Ah, no? —dijo él, escéptico.

—No, no me pareces un idiota —bromeó ella. Sin embargo, no tardó en ponerse seria—. Pero me pareció... no la estoy disculpando, pero a veces la vida nos pone en situaciones... complejas. La línea que separa el lado correcto y el lado incorrecto de hacer las cosas se difumina y... es difícil saber en qué lado estás exactamente.

Samuel observó a Sara, sorprendido por sus palabras. Recordó lo que Adam le había contado sobre ella y lo sucedido esos últimos meses. Tuvo que darle la razón a su amigo: él también tenía la sensación de que Sara escondía algo, un secreto bañado en algún tipo de oscuridad.

Pensó en sus palabras y admitió que estaba de acuerdo con esa reflexión. Sin embargo, por ahora se negaba a aplicarlas a Valeria. Había líneas que no se podían cruzar. El cuñado del carnicero regresó a su memoria. Ese hombre había cruzado esa línea, pero ni siquiera el amor justificaba sus acciones.

En cuanto a Valeria... A pesar del horrible y vergonzoso despertar, la noche de borrachera la había ayudado a tranquilizarse un poco. Ahora podía pensar con claridad que sí, quería creer a Valeria, pero necesitaba pruebas que demostraran su supuesta inocencia y buena fe. Pero era escéptico, muy escéptico. Y el dolor por las mentiras y por sentirse utilizado seguía estando allí. Si alguna vez hubo algo sincero entre ellos, se había estropeado por completo.

Hizo un gesto de asentimiento a Sara.

—Debería irme, tengo que ir a la oficina. Muchísimas gracias por el café.

—Si quieres ducharte, hay toallas en el baño. Y tu ropa está allí.

Solo entonces descubrió Samuel que iba vestido con un pijama que no era suyo. Y que su ropa estaba pulcramente plegada encima de la mesa de centro, calzoncillos y calcetines incluidos.

—El pijama es de Adam. Estabas muy preocupado por la ropa, no querías que se te arrugara.

—¿Fui capaz de plegarla tan bien?

—Lo intentaste, y Adam intentó ayudarte, pero no se os dio muy bien.

Samuel comprendió que fue ella quien plegó su ropa, como si todavía fuera un niño pequeño.

—Esto es muy humillante —dijo.

—No te preocupes. Todos hemos tenido días malos.

Samuel suspiró.

—Y que lo digas. Oye, todo lo que te conté...

—Te prometo que quedará entre nosotros.

Samuel la observó. Supo que podía confiar en ella.

—Gracias, Sara. Si algún día necesitas algún tipo de ayuda...

Ella entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, como si hubiera adivinado que él intuía que escondía algo.

—¿Tu intuición te dice que puedo necesitarlo? —dijo sin alterarse, sin negar ni confirmar nada—. Lo tendré en cuenta, gracias.

—Mientras tanto, fingiré que nada de esto ha pasado.

*

Domingo 25 de octubre, 8.04 horas

Samuel coincidió con Montse en la entrada de la Jefatura.

—Jefe, ¿te encuentras mejor? —Cuando Montse vio que dudaba, aclaró—: ¿Ya has dormido la mona?

Samuel resopló.

—Joder, ¿es que todo Dios se ha enterado de lo que hice anoche? —gruñó.

—Creo que solo yo —contestó Montse alegremente—. Te llamé para hablarte de una información que me había llegado, pero estabas...

—No quiero saberlo.

—Dijiste que estabas ocupado, que estabas haciendo una carrera de beber chupitos de whisky con Adam. Pero que se te había salido un poco por la nariz y te escocía.

—Por el amor de Dios.

Acababan de entrar en el ascensor, y Samuel se apoyó contra la pared con gesto derrotado. Montse lo observó con una sonrisa amable, sin burlarse.

—En realidad, fue interesante descubrir que también puedes perder el control.

—Soy el responsable de este equipo de investigación, no puedo permitirme estos deslices.

—Eres humano e imperfecto, Samuel. Sé que no te gusta escucharlo, pero es así.

Samuel resopló y apretó los labios.

—No, no me gusta —admitió. No dijo nada sobre la horrible sensación de inseguridad que se había asentado en él y que lo hacía dudar de su capacidad como investigador policial. Decidió cambiar de tema—: ¿Qué información recibiste?

—En realidad es muy interesante. Ayer molesté a unas cuantas personas que tenían el día libre para ver si el nombre de Valeria Aguilar o Iván Rodríguez surgía por algún lado...

Al escuchar mencionar a Valeria, el corazón se le encogió. Apretó los dientes, molesto por su debilidad.

—Y nadie había escuchado hablar de ellos más allá de lo que está saliendo ahora en prensa —dijo Montse. Tuvo el detalle de ignorar el patético suspiro de alivio que Samuel no logró contener—. Sin embargo, a un colega de la Guardia Civil sí le sonaba otro de los nombres que tenemos en el tablero.

Montse se calló justo cuando la puerta del ascensor se abrió. Salieron, pero Samuel no avanzó, sino que se quedó mirando a Montse, interesado y molesto por la pausa. A Montse le encantaba generar suspense.

—Gregorio Vega —dijo ella—. Al parecer, nuestro asqueroso importador de telas es amigo íntimo de un par de narcotraficantes que están en busca y captura. Y su nombre apareció en una operación muy reciente contra una red de tráfico de mujeres a las que obligaban a prostituirse. Fue

hace tres semanas. Sin embargo, aunque creen que está implicado, no se encontraron suficientes pruebas contra él.

—Sí que es interesante —admitió Samuel.

—Espera, que hay más. Fran me hizo el favor de investigar a Vega —dijo Montse—. Antes de dedicarse a importar telas, tuvo otro negocio. Hace como unos veinte años. Se dedicaba a importar latas.

—No me lo digas. Las servía a la empresa de conservas de Bernardo Rodríguez.

—Bingo.

Samuel se mordió el labio.

—Sabemos que Gregorio Vega no tuvo tiempo de asesinar a nadie en Cool, pero añade un matiz inquietante al entorno de Rodríguez.

—Cuadra con las sospechas de la señorita Aguilar sobre el éxito de sus empresas —dijo Montse—. Y también con que alguien busque unos documentos escondidos. Quizá ese alguien se enfadó con Bernardo Rodríguez, que guardaba pruebas contra ellos.

Samuel asintió. Tenía sentido. Definitivamente, el caso iba tomando una forma inesperada. Todavía había muchas preguntas que responder, pero la que más lo inquietaba era: ¿Dónde encajaban en todo esto Valeria e Iván? ¿Se habían visto atrapados en medio del fuego cruzado o estaban implicados de alguna manera?

Después de todo lo sucedido, no se atrevía a apostar por ninguna de las posibles respuestas. Su intuición, superada por la inseguridad, lo había abandonado.

Domingo 25 de octubre, 8.10 horas

—Habéis tardado la vida en llegar —se quejó Castell cuando el equipo al completo entró en su despacho.

—Pero si hemos recibido el aviso hace menos de media hora —se quejó Fran, que ni siquiera se había peinado. El aspecto de David no era mejor.

La acusadora mirada de Castell se posó sobre Samuel y lo estudió con atención.

—¿Ya te encuentras mejor? —preguntó con sorna.

—¿Puedes contarnos qué has descubierto, por favor? —preguntó Samuel con educación y sin alterarse.

—Claro. La huella del baño —dijo Castell—. No coincide ni por asomo con ninguna de las cinco huellas de Valeria Aguilar.

Samuel asintió, intentando mostrarse indiferente, pero por unos momentos temió que las piernas lo traicionaran y no aguantaran su peso. La huella no era de Valeria. Ella no había limpiado ese baño.

Lo asaltaron nuevas dudas. También podría ser que sí hubiera limpiado el baño, pero que no hubiera cometido ningún desliz y que esa huella fuera de la señora de la limpieza.

—Además, el sistema de reconocimiento de huellas ha encontrado una coincidencia —dijo Castell, muy satisfecho.

Samuel sintió como la tensión, fruto del interés, aumentaba en el pequeño despacho. Montse, Fran, David y él se acercaron al escritorio de Castell, que estaba girando el monitor para mostrárselo.

En la pantalla apareció la fotografía de un hombre de unos cuarenta años. Cabello castaño, ojos verdes e inquietantes. A Samuel no le sonaba de nada.

—Os presento a Miguel Bermúdez —dijo Castell—. Tiene un historial interesante, ha pasado un par de veces por la cárcel.

—¿Os suena? —preguntó Samuel a Fran y David, que eran los que habían estado trabajando con las imágenes de las cámaras de seguridad.

—Sí y no —dijo David.

—Vale, vamos a nuestro despacho —dijo Samuel. Se giró hacia Castell—: Muchas gracias, Castell, eres un portento de la investigación.

—Lo sé. Y ahora me voy a casa a descansar, ni se os ocurra dirigirme la palabra antes de mañana.

Dos minutos después, estaban en su zona de trabajo. El ambiente entre ellos seguía cargado, cargado de electricidad. Todos sabían que tenían información importante y crucial entre las manos.

Montse estaba ante su ordenador y al teléfono, recabando toda la información posible sobre el tal Miguel Bermúdez.

Samuel y Fran estaban ante el ordenador de David, que quería mostrarles algo.

—A ver, el tío no me suena porque en las grabaciones que hemos analizado de Cool no aparece. No es ninguna de las personas que entró y salió del edificio antes y después del asesinato —explicó David.

—¿Y cómo llegó su huella al baño? —preguntó Samuel, desconcertado.

—Buena pregunta, para la que no tengo respuesta —dijo David—. Pero, mirad esto. Ayer por la noche me hicieron llegar las imágenes de las cámaras del edificio de Valeria Aguilar. Estuve analizándolas...

Samuel no dijo nada, pero miró a David con culpabilidad. Mientras él se emborrachaba y escupía whisky por la nariz, David estaba trabajando a pesar de tener un bebé en casa. Definitivamente, Valeria lo había hecho caer muy bajo. Era inadmisibile.

—Y mirad qué pasó a las ocho de la mañana del viernes —dijo David.

Pulsó una tecla y en la pantalla se reprodujo un video que mostraba la calle de Valeria. Se centraba principalmente en el tráfico, pero en un lado de la imagen se veía el portal de su edificio.

Un vecino salió a la calle con prisas, sin asegurarse de que la puerta se cerrara bien. Al instante, un hombre que estaba cerca, aparentemente fumando y hablando por el móvil, lo aprovechó para sujetar la puerta y entrar en el edificio. La imagen no era muy nítida, pero recordaba sospechosamente a Miguel Bermúdez.

Samuel apretó los labios. Según la versión de Valeria, ese podría ser el hombre que la había amenazado. A no ser que...

—Quizá era una visita improvisada para advertirla de algo —especuló.

Fran negó con la cabeza.

—Si estuvieran compinchados de alguna manera, tendrían otras formas de comunicarse —afirmó, muy convencido.

—La señorita Aguilar no abandonó el edificio, ni por esta entrada ni por la trasera, hasta un poco después de las siete de la tarde. Y mirad —dijo David, poniendo en marcha otro video. En este se veía a Valeria salir de edificio y caminar calle abajo, no muy lejos, hasta un local—. Es un estudio de Pilates.

—Me dijo que los viernes iba a Pilates de siete y media a ocho y media —dijo Samuel.

—A las ocho y cuarenta regresó a casa —dijo David. Después, dudó—. No volvió a salir hasta...

Samuel asintió, agradeciendo su intento de discreción. David lo había visto llegar a casa de Valeria esa noche y no volver a salir hasta la mañana del día siguiente. Bueno, seguro que no se había sorprendido demasiado.

En ese momento, Montse colgó el teléfono.

—Tengo información muy interesante —anunció. Todos se giraron para mirarla—. Tal y como ha dicho Castell, Bermúdez ha pasado dos veces por la cárcel. Una por tráfico de drogas y otra por dar una paliza a un hombre en la puerta de su casa. Nunca se demostró, pero se sospechaba que la paliza era algún tipo de ajuste de cuentas o aviso.

—¿Un aviso de quién?

—Os va a encantar —dijo Montse—. Tampoco se pudo demostrar, pero se le vinculó con cierto narcotraficante en busca y captura que... adivinad de quién es amigo.

—Gregorio Vega.

—Exacto —dijo Montse, satisfecha—. Y hay algo más. Al parecer, se sospecha que el tipo es una manzana podrida del Centro Nacional de Inteligencia entrenado para llevar a cabo misiones turbias. Es decir, para llevar a cabo órdenes que el CNI nunca reconocería haber dado. Y tampoco admitirán nunca que este tipo existe por su culpa y que les salió mal.

—Si eso es cierto, Bermúdez es peligroso —dijo Samuel.

Hubo un silencio cargado de electricidad y preocupación. Definitivamente, el caso estaba tomando un cariz inesperado y oscuro. No le gustaba.

—Vale, tiene toda la pinta de ser el asesino. ¿Pero cómo coño entró este tío en Cool? —preguntó Fran.

Un nuevo silencio, estaba vez cargado de confusión.

Samuel estudió el tablero donde iban colocando fotografías y datos importantes relacionados con el caso. Repasó mentalmente toda la información que tenían. Por un momento, se sintió abrumado. El caso había sido raro desde el principio, pero nunca se habría esperado que un asesinato aparentemente pasional acabara convirtiéndose en algo tan diferente: un ajuste de cuentas entre traficantes de drogas y un empresario que les blanqueaba dinero. Sin embargo, las piezas encajaban.

Y de repente...

Miguel Bermúdez también encajó.

—Entró en el maletero del coche de Gregorio Vega.

—¿Disculpa? —dijo Fran.

—Gregorio Vega fue el martes por la tarde a Cool a llevar unas facturas, pero ya no había nadie en administración. El tipo siempre lleva las facturas en mano, tiene que conocer el horario de ese departamento —explicó Samuel—. Sin embargo, como no había nadie, tuvo la excusa perfecta para hacer una visita relámpago el miércoles a primerísima hora.

—Oh, el martes por la tarde fue a llevar a Bermúdez y el miércoles por la mañana fue a buscarlo —dijo Montse.

—Joder —farfulló Fran.

—Le leche —dijo David.

—Y, como Bermúdez es un profesional, fingió que el asesinato era pasional —añadió Montse—. Las visitas de Iván Rodríguez y Valeria Aguilar le vinieron de perlas.

Samuel se rascó la frente, pensativo. Tenía que organizar esto bien.

—Fran, ve a buscar a Castell a su casa y suplícale que vuelva —dijo.

—Cualquier cosa menos esa. Por favor, jefe.

—Si le explicas la conclusión a la que hemos llegado, vendrá encantado. Tendrán que inspeccionar el coche de Gregorio Vega, a ver si hay suerte y aparece algo que sitúe a Bermúdez en el maletero.

—¿Y no puedo llamarlo por teléfono?

Samuel se impacientó.

—Fran, ya conoces a Castell, mejor tenerlo de buenas... Ve a comprarle unas galletas de esas que tanto le gustan y...

—Vale, vale... —refunfuñó Fran, pero se levantó y se puso en marcha al instante.

David y Montse miraron a Samuel, esperando instrucciones. Samuel se mordió el labio.

—¿Realmente creéis que ni la señorita Aguilar ni Iván Rodríguez están implicados en los negocios sucios de Bernardo? —preguntó.

Los dos negaron con mucha seguridad.

—No tenemos ni indicios ni pruebas —dijo David.

Ya, pero Valeria era una hábil mentirosa...

Se esforzó por apartar ese pensamiento.

—Vale, pues trabajaremos con esa hipótesis. El primer paso es ver si la señorita Aguilar identifica a Bermúdez. Si lo hace, hablaremos con Gallardo para ponerlo al día de todo y

decidiremos cómo proceder —dijo Samuel—. Montse, prepara varias fotos para la identificación.

Media hora después, Samuel y Montse estaban en la sala de interrogatorios, esperando. Tras un par de minutos de espera, la puerta se abrió y una compañera uniformada hizo pasar a Valeria.

Samuel intentó endurecerse ante su aspecto, pero no lo consiguió del todo y lo afectó. Se sintió mal.

Valeria estaba... hecha polvo. No había otra manera de describirlo. La ropa arrugada, el cabello algo despeinado, las profundas ojeras. Caminaba mirando al suelo, pero aún así se veían sus ojos enrojecidos. O había dormido poco o había pasado la noche llorando. O ambas cosas.

Seguía rota.

No levantó la mirada en ningún momento. Se sentó en la silla que le indicó la agente y mantuvo los ojos clavados en la mesa.

Samuel hizo un gesto silencioso a Montse.

—Señorita Aguilar, nos gustaría que echara un vistazo a unas fotografías —dijo ella.

Se acercó a la mesa y colocó seis fotografías ante Valeria. Todas mostraban a hombres de unos cuarenta años, cabello castaño y ojos claros. Había un par de compañeros policías, otros delincuentes fichados que estaban en la cárcel, y Bermúdez.

Valeria observó las fotografías y se estremeció. Sin dudar, señaló la fotografía de Miguel Bermúdez.

—Este es el hombre que me amenazó. El que tiene a Iván —dijo con voz débil.

—¿Podría explicarnos cómo fue su encuentro, por favor? —dijo Montse.

Valeria apretó los labios, como si no le gustara tener que recordar. Se abrazó a sí misma y habló con voz monótona. En ningún momento alzó la mirada.

—Cuando abrí la puerta para salir de casa, entró de golpe y me empujó. Intenté correr hacia el balcón para pedir ayuda, pero me tiró al suelo. Después me levantó y... me puso contra la pared y me amenazó con una navaja. Me dijo lo de los documentos y que la policía no me seguía, pero... pero que hiciera lo necesario para que Samuel confiara en mí. Me enseñó una foto de Iván. Me dio de plazo hasta el martes y se fue.

Samuel tuvo que morderse la mejilla por dentro con fuerza. Realmente no parecía que mintiera. Si era así, el miedo que debía de haber pasado... Se sintió enfermo. Y culpable.

"Todavía podría estar mintiendo", se dijo, intentando endurecerse.

—¿Qué recuerda de la foto de Iván? —preguntó Montse.

—Estaba sentado en una cama. Las paredes eran blancas. No se veía nada más.

Samuel observó a Valeria. A pesar de todas sus dudas sobre ella, lo que les había contado encajaba. Eso significaba que Iván Rodríguez estaba retenido contra su voluntad, y que la única manera de encontrarlo y de detener al asesino pasaba por Valeria. Volvió a repetirse que ella podría estar mintiendo, que podría estar fingiendo, que podría intentar jugársela en cuanto se despistaran, pero aún y así sintió una profunda preocupación. Incluso pánico.

Su única opción para encontrar a Iván Rodríguez era usar a Valeria de cebo. Y sería muy arriesgado.

*

Mañana del domingo 25 de octubre

Valeria había perdido la esperanza de volver a ver a Iván con vida. Sí, acababa de identificar al tipo que la atacó en casa, pero seguro que los policías creían que lo había señalado al azar y que se lo había inventado todo. En el fondo, y a pesar de la culpa que ella pudiera tener, estaba furiosa

con ellos. Por ineptos.

Aunque si ella hubiera actuado de otra manera desde un buen principio...

Por eso no despegaba la mirada de la mesa, por la culpabilidad y la sensación de derrota. Y porque no se veía capaz de enfrentarse a la mirada de Samuel llena de desprecio. Ver de reojo sus piernas ya era suficiente tortura.

—De acuerdo. Por favor, señorita Aguilar, espere aquí. Volveremos dentro de un rato —dijo la inspectora Coronado.

Ni se molestó en contestar. Sinceramente, ya no le importaba mucho lo que pasara.

A pesar de ello, la espera se le hizo eterna, y en algunos momentos estuvo tentada de tumbarse en un rincón a dormir. Estaba agotada. La noche en el calabozo había sido, con diferencia, la peor de su vida. No solo porque no podía parar de llorar por Iván y por todo lo que ella había hecho mal, también por los ruidos del lugar. Había otros hombres y mujeres en otras celdas. Algunos no paraban de exigir a gritos que los dejaran marchar, otros gemían con fuerza y suplicaban ver un médico...

En algún momento le permitieron ir al baño y alguien le trajo agua y un sandwich de máquina, pero solo bebió el agua. Tenía el estómago cerrado desde la mañana anterior. Las horas a solas con sus pensamientos, tener tanto tiempo para recordar todo lo que había hecho mal, no ayudaban.

Una eternidad y mucha culpabilidad después, estaba con los codos apoyados en la mesa y la cara enterrada en las manos. Se estaba quedando dormida.

Cuando la puerta se abrió, se despertó de golpe. No necesitó verlo para saber que uno de los que había entrado era Samuel. Lo presintió. Pero había algo más. Con la entrada de los policías, el aire de la sala se cargó de tensión, de expectativa.

Valeria apartó las manos, pero mantuvo los ojos clavados en la mesa. Samuel se había sentado delante suyo.

—Valeria.

Apretó la mandíbula, pero no movió los ojos.

—Valeria, mírame.

Tardó un poco en encontrar las fuerzas para hacerlo. Necesitaba prepararse para enfrentarse a su mirada.

Sin embargo, cuando alzó los ojos no encontró el desprecio y rabia que esperaba. Solo seriedad y mucha distancia. Eso también dolió.

—Vamos a poner en marcha una operación para encontrar a Iván —dijo Samuel.

Valeria abrió mucho los ojos y soltó de golpe el aire que estaba aguantando. Estudió a Samuel, preguntándose si sería algún tipo de estrategia, pero parecía que hablaba en serio. Al sentir que la esperanza renacía, Valeria no logró contener las lágrimas acumuladas.

—Pero Valeria, te necesitamos —dijo Samuel, todavía más serio que antes—. Y será muy peligroso.

Domingo 25 de octubre, 19.30 horas

Cuando Valeria entró en casa, tuvo la sensación de que llevaba días sin poner los pies en ella. Se habría echado a llorar de alegría y alivio, pero estaba demasiado cansada.

El resto del día en la Jefatura había sido agotador. Después del anuncio de Samuel, la llevaron a una sala de reuniones. Allí le presentaron a otros policías, que serían los encargados de dirigir la operación de rescate de Iván. Samuel y la inspectora Coronado irían a todas partes con ellos, pero serían meros observadores y, como mucho, refuerzos.

Le hicieron un montón de preguntas y, poco a poco, fueron configurando un plan y le dieron instrucciones. Ahora regresaba a casa con la misma ropa que el día anterior, sus pertenencias y cuatro pequeños añadidos.

El primero era un pin con forma de flor, una decoración discreta y cursi que en realidad escondía un micrófono.

El segundo era un anillo que escondía un localizador.

El tercero y el cuarto eran llaves que habían pertenecido a Bernardo.

Solo tenía permiso para separarse de esos objetos en su casa, cuando fuera al baño.

Eso fue lo que hizo, porque se fue directa a la ducha. Pasó mucho más tiempo del necesario bajo el agua, agradeciendo estar en casa, intentando relajarse, esforzándose por no pensar ni en Iván ni en la fría seriedad con la que la miraba ahora Samuel. Después de esas palabras advirtiéndole que la operación iba a ser muy peligrosa, no habían vuelto a cruzar otra palabra. Él se había convertido en un simple observador. Lo único que hizo fue, en cierto momento, ponerle un sandwich delante para que comiera.

Si no hubiera estado muerta de hambre, lo habría rechazado. No entendía a qué venía ese gesto amable, ni estaba segura de querer su atención. Porque sí, Valeria era perfectamente consciente de que había actuado mal, que había tomado muy malas decisiones, pero acostarse con Samuel no fue solo cosa suya. Sabía que él estaba muy dolido, que se había sentido utilizado, pero el sexo era cosa de dos.

Así que estaba muy confusa, porque se sentía culpable y estaba enfadada con él a la vez. Y la atracción seguía estando ahí... En fin, lo mejor sería que Samuel se mantuviera lejos de ella.

Después de ducharse, se puso el pijama, comió algunas uvas y se metió en la cama. En la mesita de noche descansaban el anillo y el pin. Los policías que estuvieran de guardia esa noche la escucharían roncar, pero no le importaba lo más mínimo.

*

Lunes 26 de octubre, 8.57 horas

Tal y como le habían indicado, acudió al trabajo en taxi. Le habían dicho que habría varios policías siguiéndola y vigilándola. No especificaron la cantidad ni cómo se movían, pero no se molestó en buscarlos. Necesitó todo el trayecto para mentalizarse: tenía que convencer a sus

amigos y compañeros de que todo iba bien, que nada había cambiado, que no había pasado nada fuera de lo normal. Es decir, tenía que seguir mintiendo. Tenía que seguir siendo un fraude, como siempre.

“Solo hoy. Mañana, de una manera u otra, todo habrá cambiado”, se dijo.

La primera prueba fue Belén, la jefa de recursos humanos.

—Oye, Valeria, ¿todo bien? El sábado me llamó una policía para preguntarme si era cierto que el viernes te cogiste el día libre —dijo, preocupada.

—¿En serio? Pero si estuve con ellos... —dijo, haciéndose la sorprendida, pero no la preocupada—. Bueno, ya me advirtieron que harían comprobaciones sobre todo el entorno de Bernardo.

—Qué rollo, chica. A ver si el follón este se acaba pronto.

—Gracias, Belén.

Vale, primera prueba superada.

El siguiente paso eran Julia, Manuel y María José. Los encontró en la cafetería, tomando el café de primera hora.

—¡Oye, llevas desaparecida desde el viernes! —le recriminó Julia sin enfado.

Los tres la miraron con curiosidad y preocupación.

—Lo sé, perdón... —dijo, poniendo cara de inocente arrepentida—. He estado con la policía, repasando fotografías y un montón de cosas, a ver si los ayudaba en algo...

—Vamos, que no tienen ni idea de quién mató al marido de tu madre —dijo María José, que no tenía demasiada buena opinión de las fuerzas del orden—. Menuda panda de inútiles.

Valeria pensó en el micrófono que llevaba enganchado a la ropa y quiso que la tierra se la tragara.

—Bueno, yo creo que sí que van haciendo avances, pero a mí no me han dado muchos detalles —dijo—. Y ahora necesito escuchar cosas agradables. ¿Qué tal vuestro fin de semana?

Segunda prueba superada. A pesar de sentirse como una estafadora, le sentó muy bien escuchar hablar del sábado y domingo rutinarios de sus amigos. Le dio sensación de normalidad y la tranquilizó.

El resto del día pasó lento, pero transcurrió con total normalidad. A las seis de la tarde le propusieron ir a tomar una cerveza, pero dijo estar muy cansada después del fin de semana con la policía y se fue a casa en otro taxi. Allí se puso ropa cómoda, cogió el bolso, bajó al aparcamiento y subió a su coche. Encendió la radio, sintonizada con una emisora de música, y se mentalizó para un viaje de algo más de tres horas. El lugar donde sospechaba que podían estar los documentos no quedaba precisamente cerca.

Y se puso en marcha.

Tres horas de viaje en solitario es mucho tiempo para pensar, por lo que tuvo que poner la música muy alta para acallar sus pensamientos. Se empeñaban en regresar una y otra vez a los mismos temas. Cómo estaría Iván, cómo demonios la contactarían para la entrega de los documentos, qué pasaría después de todo este follón, si acabaría yendo a la cárcel por todo lo que había mentado, Samuel...

Cada vez que se encontraba pensando en una de esas cosas, se obligaba a escuchar la música y ponerse a cantar. Definitivamente, los policías que la estuvieran escuchando a través del micrófono pensarían que estaba loca y que era una irresponsable despreocupada, pero era eso o hundirse.

Solo se detuvo una vez para ir al baño y comprarse un sándwich, y ni siquiera en ese momento se molestó en intentar localizar a posibles seguidores. Ni policías ni al tal Bermúdez. La policía

le había hablado de él y, después de conocer su historial, casi que habría preferido que no lo hubieran hecho.

Eran casi las once de la noche cuando llegó a su destino. Extrajo una de las llaves de Bernardo que la policía le había entregado y la usó para abrir la barrera de control de acceso.

Agradeció que fuera de noche y no pudiera ver el lugar en todo su esplendor. Si hubiera sido de día, quizá los recuerdos la habrían asaltado de forma traicionera. Allí había pasado buenos momentos. El único lugar donde recordaba haber vivido pequeños momentos de desconexión y felicidad durante los años que vivió con Bernardo.

Era un camping. Un simple camping, y ni siquiera era el más lujoso de todos.

Hacía muchos años que Bernardo había alquilado de forma permanente un bungalow allí. Los propietarios eran discretos y lo tenían registrado bajo otro nombre. El lugar no era muy grande, pero estaba en un lugar privilegiado. Cerca de un río y de verdes y amplios valles por donde dar mil y un paseos distintos. Al lado de un pueblo lo suficientemente grande como para que nadie se fijara demasiado en los visitantes temporales.

Cada vez que Bernardo iba allí, se afeitaba la barba y lograba el anonimato que tanto echaba de menos en su día a día. Solo allí parecía relajarse y olvidarse de todos sus complejos y sentimiento de inferioridad. Solo allí dejaba de maltratar a su madre y a Iván, dejaba de atacarla a ella. Se convertía en otra persona.

En ese camping Valeria había llegado a sentir que eran una familia normal y feliz. Las primeras veces, como una idiota, creyó que al regresar a casa todo cambiaría. Su madre también lo creyó. Pero no, de nuevo en casa, Bernardo volvía a ser el mismo de siempre.

Valeria detuvo el coche ante el bungalow número diecisiete. En esa época del año, y siendo un lunes, apenas había actividad en el camping. Tan solo estaban iluminadas las ventanas de una de las casitas de madera. Valeria suponía que antes o después recibiría la visita del vigilante nocturno del camping, pero ya tenía una historia preparada para él.

Descendió del vehículo y ascendió por las breves escaleras que conducían al pequeño porche. Con la segunda llave que le había entregado la policía, abrió la puerta del bungalow y entró.

La casita constaba de un espacio amplio donde se ubicaban el salón-comedor y una cocina abierta. Además, había dos habitaciones dobles y un baño. Valeria fue directamente a la habitación de Bernardo y procedió a registrar el armario. Contenía ropa y zapatos, pero nada más. Tampoco encontró nada en las mesitas de noche. Ni siquiera tenían nada pegado debajo ni en la parte posterior. Así pues, pasó a la cama. La deshizo, abrió la funda del colchón y palpó cada rincón con esmero, pero nada. Debajo del somier tampoco encontró nada.

Salió de la habitación y observó a su alrededor. Si Bernardo hubiera escondido algo en el bungalow, ¿dónde lo habría escondido?

Le parecía poco probable que lo hubiera escondido en la habitación que ocupaba Iván las pocas veces que iba al camping. Podría encontrar los documentos por casualidad. Lo mismo sucedía en la cocina. Miró hacia arriba, pensativa, y al ver el techo inclinado de madera... recordó que el del baño era distinto. Allí había un falso techo.

Se dirigió allí y subió a la taza del váter. Sí, desde allí alcanzaba el techo. Empujó la placa que le quedaba más cerca..., y pudo levantarla y desplazarla sin esfuerzo.

Observó con aprensión el oscuro hueco que quedó a la vista. A saber lo que habría allí arriba.

Con una mueca de asco, introdujo la mano por el agujero y palpó. Encontró techo y suciedad... algo más de techo y suciedad... y papel. Hizo un ruido de sorpresa. ¡Era un sobre!

Lo cogió, tiró de él y lo observó, sorprendida.

—La madre que me...

Realmente había algo escondido en el bungalow.

Durante unos instantes, se quedó mirando el sobre, incapaz de reaccionar. Después, miró a su alrededor. Los nervios no le permitían pensar con demasiada claridad.

“El techo”, escuchó en alguna parte de su cabeza.

Sí, el techo. Volvió a colocar la placa en su sitio y descendió del retrete.

—Creo que he encontrado algo —dijo en voz alta, para que los policías lo supieran.

Se arrodilló en el suelo del mismo baño, para que nadie pudiera verla por una ventana, y abrió el sobre. De su interior extrajo unas veinte hojas, y al inclinarlo cayeron un par de cosas más. Una memoria USB pendrive y una fotografía. De Bernardo y su madre. Valeria observó la fotografía, sorprendida. Tenía muchos años. Debía de ser de la luna de miel en el Caribe. Estaban sentados en un banco, y su madre se recostaba sobre un Bernardo relajado y mucho más delgado, que la rodeaba con un brazo. Estaban riendo y parecían... verdaderamente felices.

Nunca había visto esa fotografía. Bernardo la guardaba allí, en un lugar secreto, como si fuera un tesoro.

El descubrimiento la conmovió y enfureció por igual. Nunca había dudado del amor que Bernardo sentía por su madre, pero que fuera incapaz de luchar por mantener la felicidad que desprendía esa fotografía... Nunca buscó ayuda, siempre culpó a los demás, especialmente a Iván y a ella, de sus problemas. Prefirió quedarse donde estaba antes que enfrentarse a sus miedos e inseguridades, convirtiéndose en un pozo de amargura e infelicidad.

Valeria nunca podría perdonárselo.

Apartó la fotografía. Bernardo y su madre ya no estaban. Era doloroso, pero ahora su preocupación era Iván.

Echó un vistazo rápido a los documentos. Principalmente eran impresiones de correos electrónicos, y también lo que parecían chats de mensajes. Leyó algunos nombres y palabras que le llamaron la atención. Nuño Fontes, Gregorio Vega, Bermúdez... entrega de ganado, Nigeria, limpiar un millón de euros...

Se le removió el estómago. Solo con ese vistazo rápido ya le quedó claro que hablaban de tráfico de personas y de blanqueo de dinero. ¡En correos electrónicos y chats! Por el amor de Dios...

A continuación hizo lo que la policía le había pedido. Sacó el móvil y fotografió todos los documentos impresos. Envío las imágenes a Samuel y después eliminó cualquier rastro suyo del teléfono.

Volvió a guardarlo todo en el sobre y salió del bungalow. Estaba cerrando la puerta con llave cuando apareció el vigilante. Tal y como había preparado con la policía, le contó que había venido a buscar unos documentos de trabajo que el despistado de su padre había olvidado allí en su última visita. El vigilante, un hombre hablador y tranquilo, no pareció sospechar nada extraño y la dejó marchar tras recomendarle que tuviera cuidado al conducir de noche.

Valeria abandonó el camping pasada la medianoche y con los nervios a flor de piel. Vale, tenía los documentos, ¿y ahora qué? Sí, sabía que tenía que regresar a casa y esperar que Bermúdez se pusiera en contacto con ella, pero era difícil mantener la calma. Tenía la llave para conseguir la liberación de Iván, pero todavía no podía usarla. Era desesperante.

Esta vez, la música apenas la ayudó a mantener los pensamientos y nervios a raya.

Al cabo de solo una hora de trayecto, tuvo que detenerse en una gasolinera porque, por culpa de tantos nervios, necesitaba usar urgentemente el baño. La sorprendió la actividad de coches, camiones y gente, principalmente hombres, que había en el lugar a pesar de la hora.

Guardó el sobre en el bolso, porque por nada del mundo iba a separarse de él, y corrió hacia

el solitario baño. Mientras orinaba, escuchó la puerta de los servicios abrirse y cerrarse, aunque no escuchó pasos. Qué raro.

Salió mirando a su alrededor, extrañada. Y aún así no lo vio venir. Alguien la agarró por atrás y le cubrió la boca con una mano. En la otra tenía una navaja. Valeria entendió el mensaje: silencio.

Sintió pavor cuando el hombre la arrastró al interior del cubículo más espacioso, pero no se resistió. Una vez dentro, él cerró la puerta y la empujó contra la pared. Y entonces descubrió que no lo conocía. No era Bermúdez. Era más joven que ella, pero de aspecto endurecido y algo enfermizo. Con un dedo no demasiado limpio le hizo un gesto para indicar que se mantuviera en silencio. Valeria asintió.

El hombre se descolgó una bolsa que llevaba en el hombro y se la entregó. La señaló a ella, y después la bolsa. Valeria miró en su interior. Unos pantalones de chándal, una sudadera, zapatillas, incluso ropa interior. Comprendió que el hombre quería que se cambiara de ropa. Ahí, delante suyo.

Al ver que dudaba, el tipo le acercó la navaja a la garganta. Valeria contuvo un gemido de miedo y se apresuró a asentir.

Se cambió a toda prisa, cubriéndose el cuerpo como podía. Sin embargo, aunque el hombre la vigiló para asegurarse de que iba dejando su ropa en el suelo, no se la comió con los ojos. De hecho, en cierto momento perdió interés y comprobó el contenido de su bolso. Se guardó su monedero en el bolsillo, tiró el móvil al retrete y, con gesto satisfecho, también se quedó con el sobre.

Valeria había acabado de cambiarse, solo le faltaba ponerse los zapatos. A pesar de todo, sentía cierta tranquilidad. Sí, el pin con el micrófono se quedaría abandonado allí, pero seguía llevando el anillo con el localizador. La policía podría encontrarla.

Entonces el hombre le indicó que se quitara la goma del pelo, los pendientes y el anillo.

Tras unos instantes de duda, Valeria obedeció mientras luchaba por contener las lágrimas. No... no podía perder el anillo, si la policía la perdía de vista... Sabía que no podía fiarse de la palabra de esos tipos. Se suponía que liberarían a Iván, pero tanto él como ella habían visto claramente a Bermúdez. Y ella también había leído parte de los documentos...

Sabían demasiado.

Horrorizada, dejó caer los pequeños objetos encima de la pila de ropa. Solo le faltaba ponerse los zapatillas, que le irían demasiado grandes. Se agachó para abrochárselas, observando al hombre de reojo.

No le quitaba la vista de encima.

Dios, si no lograba hacerse con el anillo, todo estaría perdido.

La puerta del baño se abrió y alguien entró. El hombre alzó la mirada un momento, en tensión, y Valeria vio su oportunidad. Cogió el anillo y lo escondió en la mano. Y siguió abrochándose los zapatos como si no hubiera pasado nada. Cuando el hombre volvió a mirarla, no sospechó nada.

Cuando se incorporó, Valeria aprovechó para guardarse el anillo en el bolsillo del pantalón. El hombre la sujetó para que se estuviera quieta. Esperaron, escuchando los ruidos que hacía la otra persona, hasta que se fue. Entonces se pusieron en marcha.

El hombre le mostró la navaja una última vez, la agarró por la cintura y la obligó a imitarlo. Abandonaron el baño como si fueran una pareja. Pero, para sorpresa de Valeria, no se dirigieron a la puerta principal. Se colaron por una puerta con la señal de “Prohibido el paso”, que resultó ser un vestuario de personal, y salieron al exterior por una puerta trasera.

Había un coche aparcado allí mismo. El hombre observó a su alrededor y, tras asegurarse de

que estaban solos, abrió el maletero. Empujó a Valeria para que se metiera dentro.

—No —dijo Valeria, resistiéndose.

Pero el hombre tenía más fuerza y muy pocos miramientos. La empujó, y Valeria cayó dolorosamente dentro del maletero. Cuando intentó incorporarse, el hombre la sujetó por la garganta. Hacía la presión justa para que apenas pudiera respirar.

—¿Por qué pasaste tantas horas en la comisaría? —le preguntó el tipo con voz amenazante.

Valeria recordaba que también tenía una respuesta preparada para eso, pero el miedo la bloqueaba. Desesperada, fingió no poder hablar hasta que el hombre aflojó un poco su agarre. Esos valiosos segundos de distracción le permitieron recordar qué debía decir.

—Descubrieron que el martes por la tarde estuve en Cool y sospecharon de mí. Fue el tiempo que tardaron en aclarar que solo fui de visita —dijo.

El hombre la observó, suspicaz, y volvió a aplicar presión sobre la garganta.

—No les conté nada más —dijo, mirándolo a los ojos. Valeria sabía mentir, y esta vez también supo hacerlo bien.

El hombre pareció convencido.

—Calladita ahí dentro —dijo, y la encerró en el maletero con un golpe seco.

La oscuridad la engulló y los sonidos a su alrededor se volvieron extraños. Su respiración entrecortada la ensordecía, mientras que los sonidos exteriores le llegaban muy amortiguados. Escuchó al hombre subir al coche y arrancar el motor. Se pusieron en marcha... y el terror se apoderó de ella.

No iba a salir de esta.

Iban a matarla. Puede que Iván ya estuviera muerto también.

Se echó a llorar con desesperación, intentando entender por qué su vida iba a terminar así, odiando a Bernardo, odiándose a sí misma por todo lo que había hecho mal, pero no encontró ni respuestas ni consuelo.

Viajaron durante tantas horas que se le acabaron las lágrimas y la desesperanza dejó paso al agotamiento. Su último pensamiento antes de dormirse fue que ojalá no despertara. Así no tendría que sufrir más.

Martes 27 de octubre, 1.23 horas

Samuel se removió inquieto en su asiento.

—Llevamos demasiado rato esperando —dijo.

El silencio a su alrededor le confirmó que todos opinaban lo mismo.

Eran diez policías siguiendo a Valeria. Iban repartidos en dos furgonetas de pasajeros con los cristales traseros tintados y con el logo de una empresa de transporte de viajeros. Los conductores eran los únicos visibles, y parecían dos vehículos realizando un simple traslado. De hecho, se habían detenido en el aparcamiento de la gasolinera fingiendo que los conductores estaban descansando mientras fumaban un cigarrillo. Al resto les tocaba quedarse dentro.

La radio con la que se comunicaban con el otro coche emitió un chasquido.

—Vamos a entrar, ha pasado demasiado rato —anunció el jefe de operaciones.

Un segundo después, los dos conductores, que llevaban sendos pinganillos en los oídos, tiraron los cigarrillos y se encaminaron hacia la gasolinera.

Samuel se sentía a punto de explotar de tensión. Tenía un mal presentimiento.

A su lado, Montse estaba concentrada leyendo en la tablet.

—Esto es muy gordo, jefe —dijo.

En cuanto Valeria le había enviado las fotos de los documentos, Samuel las había reenviado a Gallardo y a su equipo. Él las había ojeado por encima, reconociendo algunos nombres, y no había sido capaz de leer más. No le había costado adivinar que, gracias a esos documentos, caerían una o dos redes importantes de tráfico de personas y drogas. Gente que no dejarían que ni Valeria ni su hermano salieran de esta con vida. Habían visto y descubierto demasiado. Eran cabos sueltos que no se podían permitir. Eso si no estaban implicados en esas tramas criminales.

—Su nombre no aparece por ningún lado. Ni el de Iván Rodríguez —dijo Montse como si le hubiera leído el pensamiento.

Samuel no tuvo tiempo de reaccionar a esa información. El altavoz de la radio chasqueó:

—Mierda. Tenemos un problema —dijo uno de los compañeros que habían entrado en la gasolinera.

Dos minutos después, Samuel, Montse, el jefe de operaciones y los dos conductores estaban en el servicio de mujeres, mientras los demás estaban peinando el interior y el exterior de la gasolinera.

Habían encontrado la ropa y el bolso de Valeria en el suelo de uno de los baños. El móvil dentro del retrete.

—Por la puerta delantera no ha salido —dijo uno de los conductores.

—Me cago en todo lo que se menea —renegó el jefe de operaciones—. Debe de haber una puerta trasera.

Si hubiese ayudado en algo, Samuel le habría atestado un puñetazo en plena nariz. ¿Por qué no habían detectado que había otro coche siguiendo a Valeria? ¿Por qué no habían contemplado la posibilidad de una huida por otra puerta? Se habían fiado del micrófono para mantenerla vigilada,

pero tratándose de Valeria...

Lo peor era que Samuel no sabía cómo sentirse. ¿Furioso porque Valeria les había pasado la mano por la cara de nuevo, escabulléndose por otra puerta trasera? ¿O preocupado hasta la raíz del cabello por ella? ¿Se había ido voluntariamente o se la habían llevado?

—El micrófono está aquí —dijo el jefe de operaciones, rescatando la camiseta que llevaba la flor enganchada—. Pero el anillo no, y se está moviendo.

Les mostró la tablet donde se veía un mapa y un punto rojo avanzando.

—No va en su coche. Sigue ahí fuera, aparcado —dijo uno de los conductores.

—Bermúdez es listo, por eso la ha hecho cambiarse de ropa. Habrá conseguido esconder el anillo —dijo Montse.

—O es una trampa para despistarnos —apuntó Samuel.

Montse lo miró, sorprendida.

—¿En serio sigues dudando de ella?

Samuel se encogió de hombros. En lo que refería a Valeria, era incapaz de asegurar nada. Daba igual lo que le gritara su intuición, ya no se fiaba de ella.

Fueron a hablar con una de las dependientas, que explicó que en el vestuario había una puerta trasera. También les mostró las grabaciones de las cámaras de seguridad. Efectivamente, pudieron ver a Valeria abandonar la gasolinera, con una ropa distinta y agarrada a un hombre que no les sonaba de nada.

—En esas imágenes no queda muy claro si va con él voluntariamente o no —dijo el jefe de operaciones.

—La ropa le va grande. Si esto estuviera preparado con ella, la ropa sería de su talla —dijo Montse. Al ver las dudas de Samuel, se encaró con él—. ¡Venga ya, Samuel! La hemos estado escuchando desde que abandonó la Jefatura. Tenemos intervenidos los dos teléfonos, el equipo que estuvo en su casa no encontró nada e instaló el programa espía en su tablet. Sabemos que no se ha comunicado con nadie. ¡Créete de una vez que conseguiste que te contara toda la verdad!

Mientras el jefe de operaciones seguía coordinando a sus hombres, Samuel reflexionó sobre las palabras de Montse. No le faltaba razón en que todo encajaba con la explicación de que la única motivación de Valeria había sido proteger a Iván. De la manera equivocada, sí, pero solo eso.

Además, desde un buen principio estuvo convencido de que la atracción que ella mostraba era sincera...

Sin embargo, era más fácil tener dudas. Porque, si dudaba de Valeria, la rabia lo empujaba a querer saber la verdad y a mantenerse entero. Pero, si dejaba de dudar de ella, significaba que la había tratado con extrema dureza cuando ya no se lo merecía. Que había dudado de ella cuando necesitaba su apoyo. Que en esos momentos estaba en manos de gente que le meterían un tiro en la cabeza sin pestañear.

Los ojos se le humedecieron.

Era un imbécil. Era un...

La voz del jefe de operaciones lo sobresaltó.

—Schwartz, por aquí no está. Vamos a seguir la señal del anillo, es lo único que tenemos.

Asintió y miró a Montse, que solo necesitó echarle un vistazo para saber qué le pasaba. Le dio un apretón afectuoso en el brazo.

—Eh, la encontraremos —dijo.

Samuel asintió. Pero si le pasaba algo a Valeria, si no llegaban a tiempo de rescatarla... no se lo perdonaría nunca.

Puede que martes 27 de octubre

El traqueteo del coche la despertó. Habían abandonado la carretera asfaltada y ahora circulaban por un camino de tierra. ¿Significaba eso que estaban llegando a su destino?

El trayecto por ese incómodo camino duró bastante. Valeria acabó con el cuerpo dolorido, mareada y medio ahogada por culpa del polvo que se filtraba dentro del maletero.

Cuando el coche se detuvo, lo hizo con tanta brusquedad que Valeria salió despedida y chocó contra la parte posterior de los asientos. Fue doloroso, pero se quedó pegada allí, escuchando como el hombre descendía del coche y caminaba hacia el maletero.

El sonido de la tapa trasera al abrirse la hizo estremecerse. La luz del día la cegó.

—Venga, fuera —dijo el hombre.

—¿Dónde está Iván? —preguntó ella sin moverse de donde estaba.

El tipo ni contestó ni tuvo paciencia. Metió medio cuerpo dentro del maletero, la agarró y la arrastró hacia él. Sin muchos miramientos, la sacó del maletero. Después de tantas horas, Valeria tenía los músculos de todo el cuerpo entumecidos y estuvo a punto de caerse al suelo, pero logró sujetarse en el coche.

El hombre tiró de ella, que caminó como pudo a su lado. Se habían detenido frente a una casa de dos plantas que parecía medio abandonada. Estaban rodeados de valles y bosques. Valeria no reconoció el paisaje, pero sí supo que estaban en medio de la nada.

Cuando entraron en la vivienda vio que, más que una casa abandonada, era una casa que se usaba poco. No estaba especialmente limpia, pero estaba amueblada y era habitable. De hecho, Miguel Bermúdez estaba sentado en la mesa del salón, con una taza de café delante.

—Valeria —dijo cuando entraron, dedicándole una de sus desagradables sonrisas.

El otro hombre tiró de ella hasta detenerse delante de la mesa. Entregó el sobre a Bermúdez.

—Parece que has cumplido tu parte del trato —dijo éste.

—Exacto. ¿Dónde está Iván? Ahora tenéis que dejarnos ir —dijo ella con una firmeza que no sentía. Pero se negaba a mostrarse asustada delante de esos tipos.

Bermúdez la observó sin perder la sonrisa.

—Me gustas, bonita —le dijo—. Pero lamento decirte que todavía no os podéis ir. Tenemos que asegurarnos de que está todo bien, ¿no te parece?

Bermúdez asintió al otro tipo, que volvió a tirar de ella. La condujo hacia un pasillo, después ascendieron por unas escaleras más bien estrechas que conducían a otro pasillo. El hombre abrió una puerta.

—¡Iván!

Estaba acostado en la cama, en posición fetal, sucio y mirando al vacío... ¡pero estaba vivo!

Valeria corrió hacia él y se arrodilló a su lado. Después de casi una semana de preguntarse qué habría sido de él, al fin lo había encontrado. Creía que ya no le quedaban lágrimas, pero se encontró llorando de alivio.

—Iván, ya estoy aquí —le dijo mientras le acariciaba la cabeza.

Él tardó un poco en reaccionar.

—¿Valeria?

Al fin, sus ojos se enfocaron y se movieron para mirarla.

—Sí, ya estoy aquí...

La barbilla de Iván tembló. Sin incorporarse, se abrazó a ella, apoyando la cabeza en su regazo. Se le escapó un sollozo.

—Papá está muerto, ¿verdad? —dijo.

A Valeria se le rompió el corazón, y ella también sollozó.

—Sí. Lo siento mucho, Iván. —No tenía sentido negarlo—. Lo siento muchísimo.

—Es culpa mía...

—No, tú no has tenido nada que ver con esto.

Iván asintió con fuerza.

—Sí que lo es. Papá tenía negocios secretos —tartamudeó.

—Exacto, era él quien los tenía. No tú —dijo Valeria. Acababa de descubrir que Iván estaba al tanto de los negocios ilegales de Bernardo.

—Pero yo lo sabía. Y sabía que le dio información a un fiscal para que metiera en la cárcel a sus amigos. Quería librarse de ellos.

A pesar del angustiado tartamudeo de Iván, Valeria comprendió lo que decía. No creía que la policía conociera ese detalle del chivatazo de Bernardo.

—Y yo me enfadé tanto... Llamé a Gregorio y se lo conté y... y... y...

Se quedó ahí atascado y se echó a llorar. Valeria le acarició el cabello hasta que se tranquilizó. Cuando al fin lo hizo, pudo hablar con normalidad.

—Cuando me dijiste que no te había hecho caso, fui a verle. Le conté que había hablado con Gregorio y... y él me dijo que lo había matado. Y yo le dije que no me importaba y me fui. Y ahora está muerto.

Iván se quedó en silencio, la mirada perdida en el vacío. Valeria sintió un escalofrío.

—Iván, da igual lo que hicieras. Sigue sin ser culpa tuya —dijo con voz temblorosa. Comprendía su sentimiento de culpa. ¿Cómo podía consolarlo de algo así?

Lo que no entendía era cómo sabía Bermúdez que Bernardo escondía documentos llenos de pruebas... Seguramente el mismo Bernardo se lo había dicho en un intento de salvar la vida. Pero no le había servido de nada.

Y si ellos dos se quedaban allí, tampoco sobrevivirían.

—Iván, vamos a salir de aquí para volver a casa. Pero tendremos que hacer algo muy loco y atrevido, ¿de acuerdo?

—No, no quiero.

Se temía esa respuesta. Se deshizo del abrazo de Iván y se levantó.

—Te prometo que no será muy difícil. Buscaré una manera de que podamos hacerlo.

Valeria se acercó a la ventana. Tenía un cerrojo que impedía su apertura, pero la madera del marco estaba en mal estado... Valeria solo necesitó un poco de insistente forcejeo y varios dolorosos golpes para que la madera se rompiera y el cerrojo saltara. Emocionada, abrió la ventana. Se asomó, buscando una manera de descender y un camino para huir.

La huida la preocupaba menos: solo tenían que alcanzar el bosque y perderse entre los árboles. Pero el descenso por la pared sería más complicado. No había nada a lo que pudieran sujetarse para bajar. Se apartó de la ventana y observó la habitación.

—Iván, tengo una idea. ¿Sabes esa manera de escapar de las cárceles que hemos visto tantas veces en las películas? ¿Cuando atan varias sábanas juntas para usarlas de cuerdas?

Él negó con la cabeza, pero pareció interesado a su pesar. Valeria le sonrió como una niña traviesa y se arrodilló a su lado.

—Vamos, sé que siempre has tenido curiosidad por probarlo —lo tentó.

Iván no dijo nada, pero se le escapó una pequeña sonrisa. Valeria empezó a coger una sábana.

—Venga, vamos... —empezó a decir, incorporándose. Pero se interrumpió cuando la puerta de la habitación se abrió.

Bermúdez y el otro tipo se quedaron en la puerta, sorprendidos, observando el panorama. Un segundo después, el hombre más joven se acercó a ella con expresión furiosa y la abofeteó con tanta fuerza que Valeria cayó sobre la cama. Ella gritó de dolor e Iván gritó asustado.

No tuvo tiempo de recuperarse. El tipo joven la agarró por el cabello y tiró con rabia para obligarla a levantarse y caminar. Valeria volvió a gritar de dolor, pero se olvidó de lo que le ardía la mejilla y el cuello cabelludo cuando escuchó el chillido aterrorizado de Iván. Intentó detenerse y girarse.

—¡Dejadlo en paz! —gritó.

—¡Camina! —gritó el hombre a su vez. Le apesó el brazo y se lo retorció hasta que dolió y algo pareció romperse en su interior. Chilló, dolorida, pero el hombre la obligó a seguir avanzando mientras escuchaba los gritos aterrorizados de Iván. A duras penas podía soportar escuchar su sufrimiento. No podían tratarlo así, era demasiado sensible...

En el salón, el tipo la obligó a sentarse en el sofá. Bermúdez lanzó a Iván a su lado. Valeria se fijó en que los dos hombres llevaban guantes.

Y entonces Bermúdez sacó una pistola.

En menos de un segundo, Valeria intuyó lo que pretendían. Los matarían a los dos, fingiendo que Iván la había matado a ella y que después se había suicidado. O quizá al revés. Pensó que no funcionaría, que la policía encontraría pruebas de que Bermúdez y el otro tipo habían estado allí. Aunque también le habían contado que Bermúdez era algún tipo de especialista muy peligroso, seguro que sabía cómo fingir...

Todo eso daba igual.

Lo importante era que Bermúdez estaba a punto de apuntarlos con el arma y disparar.

Valeria se levantó como impulsada por un resorte y se lanzó contra él. El brazo le ardía con cada pequeño movimiento, pero estaba decidida a arrebatarse esa pistola.

Sin embargo, Bermúdez la vio venir. Con la mano que tenía libre, le propinó un puñetazo que la lanzó hacia atrás. Primero cayó encima de Iván y después cayó al suelo, mareada por el golpe. La mejilla le ardía y notó el sabor de la sangre en la boca.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Qué coño es esto? —gruñó Bermúdez.

Parecía furioso. Valeria se esforzó por moverse y mirarlo, pero veía borroso y tuvo que forzar la vista. Sujetaba algo en la mano.

El anillo. Se le había caído del bolsillo con el puñetazo.

—¡¿Qué coño es esto?! —gritó Bermúdez al tipo más joven—. ¡Te dije que no podía traer nada!

—Creía que lo había dejado en la gasolinera —intentó excusarse el tipo.

—¡Joder! ¡Eres un inútil! —bramó Bermúdez. Se agachó y obligó a Valeria a levantarse—. Esta mierda seguro que esconde un loc...

De repente, la puerta se abrió con un crujido y varias sombras entraron por las ventanas del salón.

—¡Policía! —gritaron varias voces a la vez.

Se desató el caos.

Iván empezó a gritar, aterrorizado. Los policías gritaban que todo el mundo se echara al suelo. El tipo más joven sacó un arma y se escucharon varios disparos. Iván gritó todavía más. Valeria no llegó a ver qué más sucedía, porque Bermúdez la sujetó con fuerza, le apoyó la pistola en la sien y la arrastró hacia atrás.

—¡Suelta el arma!

Ahora otras pistolas también la apuntaban a ella. Bermúdez apretó la pistola contra su sien con más fuerza, y Valeria supo que, a pesar de la llegada de la policía, no saldría de esta. No podía acabar bien.

Cerró los ojos, sin fuerzas para ver qué sucedía a continuación.

Un crujido a sus espaldas la sobresaltó. Un instante después, la pistola se apartó de su cabeza y alguien la empujó con tanta fuerza que cayó al suelo. De reojo vio a dos hombres forcejeando con Bermúdez, pero le importó muy poco. A su alrededor todo el mundo seguía gritando, Iván chillaba... Intentó incorporarse, pero alguien la obligó a tumbarse y la sujetó con suavidad contra el suelo.

—Tienes que quedarte tumbada hasta que pase el peligro.

Era Samuel. Valeria sollozó, desesperada.

—¡Iván! —dijo, forcejeando por levantarse, pero Samuel se lo impidió.

—Iván está en el sofá. Grita porque está asustado, pero no está herido —dijo Samuel por encima del caos que los rodeaba.

Valeria se rindió, pero no se sintió más tranquila. Hasta que no lo viera con sus propios ojos, no se lo creería.

*

Martes 27 de octubre, 8.32 horas

Samuel notó que Valeria se rendía. Se quedó quieta, la cabeza escondida entre los brazos.

Cuando habían reventado la puerta de atrás y había visto a Bermúdez amenazándola con la pistola... el miedo lo bloqueó. Por suerte, los demás compañeros reaccionaron con una rapidez y habilidad pasmosa y redujeron a Bermúdez con relativa facilidad. Ahora, mientras lo esposaban, seguía gruñendo y revolviéndose, rabioso.

Y Valeria estaba a salvo.

Poco a poco, el caos desatado fue calmándose. El otro tipo que había en el salón estaba en suelo, retorciéndose de dolor porque había recibido un disparo en el brazo. Dos compañeros intentaban atenderlo.

En el resto de la casa, se fueron escuchando los gritos de “¡Despejado!”, que confirmaron que no había nadie más en las otras estancias.

A medida que se hacía el silencio, los gritos de Iván Rodríguez también fueron a menos. Al final, solo se lo escuchaba sollozar. Todo el equipo estaba advertido de que podría reaccionar así y que sería difícil calmarlo.

—Vale, el lugar ya es seguro —dijo el jefe de operaciones.

Samuel se relajó un poco, pero todavía tenía el susto en el cuerpo. Las últimas siete horas habían sido las más largas de su vida. El coche en el que iba Valeria dio muchas vueltas con la intención de despistar o detectar a cualquier perseguidor. Y, cuando al fin se detuvo, lo hizo en un lugar al que no podían acercarse demasiado en coche sin llamar la atención. Tuvieron que aparcar lejos y acercarse caminando con sigilo, sufriendo por si llegaban tarde.

Se apartó y Valeria en seguida empezó a incorporarse. Cuando se sentó en el suelo y Samuel le vio la cara, se horrorizó. ¿Qué demonios le habían hecho? Tenía la mejilla hinchada y enrojecida, el labio partido y ensangrentado. Y, ahora que la veía moverse, descubrió que también llevaba el brazo derecho pegado al cuerpo, como si lo tuviera lesionado.

Samuel deseó poseer algún tipo de magia sanadora para quitarle todo el sufrimiento y dolor por el que estaba pasando. Estiró la mano hacia esa mejilla herida, deseando rozarla con toda la

delicadeza del mundo... pero ella se apartó. Samuel vio el destello de rabia en sus ojos. Un mensaje silencioso: “No te atrevas a tocarme”. Samuel dejó caer la mano.

Ella se levantó y corrió a atender a Iván. Sin mirar atrás.

Necesitó un buen rato para calmar un poco a Iván. Cuando lo consiguió, las ambulancias ya habían llegado y una se había llevado al hombre herido. Se llamaba Pedro Real y había pasado varias veces por la cárcel por tráfico de droga.

Iván tuvo que ser sedado.

Valeria no quería separarse de él, pero Samuel indicó a los paramédicos que, si hacía falta, la arrastraran a otra ambulancia para hacerle una primera revisión. Concluyeron que tenía varios golpes y un esguince en el brazo a los que aplicaron primeros auxilios, pero no requería atención médica inmediata.

Después, Montse, el jefe de operaciones y él la rodearon y escucharon con atención su relato de lo sucedido. Con lo que les contó, que añadía la nueva información facilitada por Iván, las piezas siguieron encajando. Solo necesitaron un par de llamadas para acabar de confirmarlo todo.

Al parecer, la operación contra una banda de tráfico de personas llevada a cabo tres semanas atrás fue posible gracias a Bernardo Rodríguez. Él dio información importante a un fiscal amigo a cambio de dejarlo al margen. Su intención era librarse de una vez por todas de Gregorio Vega y la gente para la que blanqueaba dinero desde hacía más de veinte años, pero la jugada no le salió del todo bien.

Entonces Bernardo se hartó de su díscolo hijo y decidió echarlo de casa. Pero no contaba con que Iván conocía sus trapos sucios. Y el chico, enfadado, delató a Bernardo ante Gregorio Vega. Fue un acto impulsivo e inconsciente, que tuvo graves repercusiones.

El asesinato de Bernardo.

El secuestro de Iván.

Valeria opinaba que Bernardo debía de haber hablado de los documentos a Bermúdez cuando fue a asesinarlo, y que por eso conocía su existencia. Y, como Iván era quien había dado el chivatazo a Gregorio Vega, creyeron que sabría dónde estaban escondidos los documentos. Por eso lo secuestraron, para que los condujera hasta ellos. Pero no contaban con que Iván se bloqueara por completo y no les sirviera de nada.

Y por ese motivo habían recurrido a Valeria.

La nueva información que ella aportó también explicó por qué Bernardo Rodríguez no había intentado defenderse cuando Bermúdez le atacó. Ya sabía que no tenía ninguna opción de sobrevivir.

Por otro lado, los documentos que Valeria había encontrado darían mucho trabajo a la jueza. Había mucha información, nombres y pistas que investigar. Habría muchas detenciones.

Un poco después de las once, recibió un mensaje de David.

“Vega detenido. Castell encontró cabellos en el maletero de su coche”, decía.

Samuel no dudaba que, en cuanto compararan el ADN de esos cabellos con el de Bermúdez, tendrían una coincidencia. Y puede que él no hablara, pero el tal Pedro Real estaba tan asustado que les contaría todo lo que supiera.

Samuel se pasó un buen rato al teléfono con Gallardo, que lo felicitó y dejó caer que ahora podrían ayudar en el caso de la fosa común, que tenía al resto del departamento desbordado.

Cuando colgó el teléfono, Montse se le acercó.

—Van a llevárselos al hospital —anunció, refiriéndose a Valeria e Iván.

Los dos se acercaron a la ambulancia.

Valeria estaba sentada al lado de Iván, que parecía dormir plácidamente. Ella le acariciaba la

cabeza y parecía... triste, muy triste.

—Señorita Aguilar —dijo Montse para llamar su atención—. Espero que se recuperen pronto. Sé que ahora no es fácil pensar en otras cosas, pero le recomiendo que contrate un buen abogado. La jueza del caso querrá hablar con los dos.

Valeria asintió. Se incorporó y se acercó a ellos.

—Oigan... —dijo. A Samuel le sentó como una patada en el estómago que lo tratara de usted—. Siento mucho no haber sido sincera con ustedes desde un buen principio. Siento... todo lo sucedido.

Una mirada rápida a Samuel, pero la desvió en seguida hacia Montse.

—Y les agradezco mucho los esfuerzos por encontrar a Iván. De verdad.

Habló con absoluta entereza y casi profesionalidad, como si no llevara varios días viviendo un auténtico infierno. Samuel no se lo creía.

Valeria tendió la mano izquierda, la que no se había lesionado, a Montse, que se la estrechó. Después, Valeria le tendió la mano a él.

Samuel miró esa mano con el ceño fruncido.

No, no iba a estrecharle la mano a Valeria como si fueran dos extraños. No era así como tenían que decirse adiós.

De hecho, ¿tenían que decirse adiós?

No era lo que él quería.

Pero... era demasiado tarde. Ella le despreciaba por cómo la había tratado. No podía culparla.

Aún así, se negaba a estrecharle la mano como si fueran dos extraños.

—De acuerdo —dijo ella con una débil sonrisa cuando vio que él no se movía—. Como he dicho, siento lo sucedido. Y gracias por todo.

En ese momento, el paramédico anunció que había llegado la hora de irse y cerró las puertas traseras de la ambulancia.

Unos segundos después, Valeria Aguilar desapareció de su vida, dejando un vacío imposible de llenar.

Jueves 31 de diciembre, sobre las 20 horas

Valeria sacó el bote de helado de chocolate del congelador y se armó con una cuchara. Últimamente procuraba vigilar más su dieta y comer más sano, pero qué demonios, era fin de año y se lo iba a permitir. Además, esa noche se sentía especialmente sensible. Un empacho de helado de chocolate le sentaría bien. Le acabaría doliendo tanto la tripa que no podría pensar en otra cosa.

Alguien llamó al timbre. Seguramente sería Maite, su vecina, que venía a desearle un feliz fin de año.

Abrió con una sonrisa, pero cuando vio quién había al otro lado, le costó doble esfuerzo mantenerla. En cualquier caso, no disimuló su sorpresa.

—No sabía que vosotras dos os conocierais —dijo.

Eran Julia y Carmela, y no recordaba haberlas presentado nunca.

—Nos conocemos desde hace algunos días —dijo Carmela, sin dar más información.

—Estáis muy guapas. ¿Listas para esta noche? —dijo Valeria.

—No, nos faltas tú —dijo Julia.

—Cariño, ya te dije que no vendría. Este año...

—Sí, sí, no te apetece celebrarlo, y además estás cansada, y un largo etcétera de excusas —la interrumpió Carmela—. Llevas dos meses evitándonos, y te echamos de menos.

Valeria cogió aire y abrió la boca como si fuera a responder, pero lo único que pudo hacer fue soltar el aire poco a poco mientras los ojos se le humedecían.

—Sabéis que he estado muy liada con Iván y con los temas judiciales. Y huyendo de la prensa —dijo finalmente.

Todo eso era cierto. Los primeros días después de “el incidente”, como lo llamaba ella, la prensa los había perseguido obsesivamente a todas partes. Iván estaba mal y eso todavía le sentaba peor, por lo que al final lo ingresó en un exclusivo centro de tratamiento y recuperación. Estaba en medio de la montaña, garantizaban privacidad y, en solo unas semanas, Iván ya había hecho una mejora muy importante. Ella iba a visitarlo siempre que podía, por lo que le quedaba poco tiempo libre.

Por otro lado, también había pasado muchas horas en el juzgado, declarando ante la jueza. Finalmente no los había imputado ni a Iván ni a ella. Eso le había quitado un gran peso de encima.

—Es cierto —admitió Julia a su último comentario—. Pero también nos has estado evitando.

Puede que tuviera razón, pero Valeria no tenía ánimos para relacionarse con otras personas más allá del trabajo o Iván.

—La buena noticia es que nos importa un comino. Hemos venido a asegurarnos de que te cambias de ropa y te vienes con nosotras a la cena y fiesta de fin de año —dijo Carmela.

Acto seguido, las dos se colaron en su casa, la cogieron del bracito y la condujeron hacia su habitación. Resistirse sería inútil.

—Vale, vale, dadme cinco minutos y me cambio —cedió, fingiendo que la diversión le parecía

divertida—. Pero no pienso ponerme vestido. Tejanos y camiseta.

—Tejanos vale, ¿pero camiseta? Esa blusa negra tan chula...

Valeria accedió a ponerse esa blusa solo por no discutir.

Un rato después, entraron en el restaurante que organizaba una fiesta de fin de año por todo lo alto. Primero servían la cena, que consistía en una cantidad monstruosa de canapés dispuestos en mesas distribuidas contra las paredes de toda la sala. Una vez acabada la cena, empezaría la discoteca.

Lucía, Manuel, y María José también estaban allí. Julia y Manuel se saludaron de una manera... ¿Era posible que hubieran empezado a salir y ella no se hubiera dado cuenta? Valeria no llegó a decir nada al respecto, porque eran tan discretos que temió meter la pata.

Durante la cena no habló mucho. Más bien se limitó a escuchar y procurar reír cuando sus amigos explicaban algo divertido. Estaban explicando unas cuantas anécdotas graciosas, tenía que admitirlo, pero aún así no conseguía que la risa le saliera de manera natural.

En cierto momento, Valeria se ofreció a ir a rellenar el plato de los quesos. Lucía había comentado que había una mesa con tanta variedad que era para volverse loco, y sentía curiosidad.

Por desgracia, cuando vio los quesos ahí dispuestos, recordó la noche que Samuel trajo varios tápers con la cena. En uno de ellos había cortadas de diferentes tipos de quesos. Estaban todos deliciosos.

Los recuerdos sobre Samuel la asaltaban así. De repente, sin avisar, de manera traicionera. Esta vez lo habían provocado los quesos. Otras veces eran unos ojos azules desconocidos, que le recordaban la frialdad y rabia con la que él había llegado a observarla. Otras veces era una mano tendida, que la transportaba al doloroso momento en el que él se había negado a estrecharle la mano.

No habían llegado a pasar mucho tiempo juntos, pero fue suficiente para ella. Había sentido una conexión con él, le había parecido encontrar a alguien dispuesto a mirar más allá de la superficie... pero lo que descubrió lo horrorizó. No podía culparlo. Valeria sabía que se lo merecía.

Lo sabía desde esa última vez que se vieron. Mientras estaba en la ambulancia, observando a Iván dormir, por fin a salvo, se dio cuenta de que no tenía ningún derecho a estar enfadada con Samuel. Ella era la que había mentido sin parar. Daba igual que sus intenciones fueran buenas, la cuestión era que lo había hecho.

Por ese motivo se disculpó con los policías y ofreció estrecharles la mano. Pero Samuel... Bueno, era normal que la despreciara.

Y, a pesar de todo, no conseguía dejar de echarlo de menos.

No tenía mucho sentido. Como tampoco tenía mucho sentido que sus amigos siguieran siendo amigos suyos. Eso sí que no tenía sentido. Les había mentido *siempre*. Y, aún así, cuando descubrieron la verdad, no se enfadaron.

No lo comprendía.

Miró a su alrededor, agobiada. Necesitaba salir de allí. Sí, lo mejor que podía hacer era irse a casa.

Como no quería dar explicaciones, decidió marcharse y enviar después un mensaje a Julia. Sin embargo, una voz detrás suyo la sobresaltó.

—Valeria, empezábamos a temer que los quesos te hubieran comido a ti.

Era Carmela.

—Perdón, ¿estoy tardando mucho? —Se forzó a sonreír—. Estaba charlando un poco con ellos, para ver si así me decido. Hay muchos tipos distintos.

Carmela no rio. Se mordió el labio y la observó con gravedad. Finalmente, le quitó el plato de las manos, lo dejó encima de la mesa y la sujetó por los hombros.

—Valeria, se me parte el corazón viendo cómo te esfuerzas en fingir que estás bien —dijo, mirándola a los ojos.

—Estoy bien, en serio.

Carmela puso los ojos en blanco.

—Por favor... ¿Te crees que no sé por qué nos estás evitando a todos? —dijo—. ¿Por qué crees que Lucía y yo hemos acabado hablando con tus amigos del trabajo? Estamos todos preocupados por ti.

—Ya os he dicho...

—Ni se te ocurra volver a soltarme otra patraña —la cortó Carmela—. Sé que estás hecha polvo, Valeria. Sé que no tienes energías para poner buena cara a nadie, y que por eso nos evitas. Pero a ver si te enteras de algo: ninguno de tus amigos esperamos que estés bien después de lo sucedido. Si necesitas estar con nosotros con cara de pena, hazlo. ¡Y cuéntanos cómo te sientes, por favor!

Valeria apretó los labios y apartó la mirada. Lo que Carmela le pedía...

—No... No puedo hacerlo, Carmela.

Retrocedió un paso, liberándose de su agarre, y le dio la espalda. Tenía que salir de allí.

Caminó en dirección a la salida, esquivando grupos de amigos que charlaban y reían. Todos parecían felices, alegres, como si no necesitaran pedirle nada más a la vida.

Estuvo a punto de chocar con alguien.

—Perdón —dijo, alzando la mirada.

Unos ojos azules la observaron, sorprendidos.

—Samuel.

—Hola, Valeria.

Al verlo, al escuchar su voz, al volver a encontrarse con esa pulcritud y perfección, se le puso la piel de gallina. Por el amor de Dios, ¿qué hacía él aquí?

—¿Cómo estás?

Valeria se obligó a sonreír con ligereza.

—Bien, bien. Mucho mejor desde que la jueza decidió no imputarnos. Iván está en un centro donde lo están ayudando a recuperarse, incluso está empezando a hablar de montar su propia empresa de videojuegos —dijo a toda velocidad, como si fueran dos viejos conocidos y no hubiera pasado nada especial ni doloroso entre ellos.

Tuvo la sensación de que esos ojos azules la radiografiaban.

—Me alegro.

—Gracias. ¿Y tú cómo estás?

Él frunció el ceño.

—Bien —dijo, aunque su expresión no decía lo mismo. Valeria imaginó que no le hacía demasiada ilusión habérsela encontrado allí. Samuel miró a su alrededor—. En realidad, he venido...

Oh, seguro que había venido con alguna nueva novia. Era un hecho que Samuel estaba muy bueno, y la gente que había sido bendecida con un buen físico nunca tenía problemas para ligar.

Definitivamente, Valeria no iba a quedarse para descubrir con qué mujer perfecta estaba ahora Samuel.

—Sí, perdona, te estoy entreteniendo. Yo me iba ya, tengo que ir a otro sitio —lo interrumpió—. Me alegra haberte visto, feliz año nuevo.

Él asintió, todavía con ceño el fruncido, y no respondió. Ella le dedicó una última sonrisa y se escabulló entre la gente. Tenía que salir de allí. Ya.

Una vez en la calle, tuvo la suerte de encontrar un taxi en seguida.

Sí, cuando llegara a casa, iba a comerse un litro de helado, y lo iba a complementar con una tableta de chocolate entera. Definitivamente necesitaba empacharse y encontrarse muy mal para no pensar en esa horrible noche.

*

Jueves 31 de diciembre, 21.45 horas

¿Qué cojones acababa de pasar?

Se había encontrado con Valeria, como si fuera una aparición. Pero habían sido solo unos segundos, tan breves que incluso dudaba que hubiese sucedido de verdad... Pero sí que había sucedido. Y lo que había visto no le había gustado.

¿Pero cómo era posible que hubieran coincidido aquí?

Oh, un momento...

Para entenderlo bien, tenía que remontarse a las ocho de la tarde.

Samuel estaba reunido con Gallardo, que lo había convocado para hablar del caso de la fosa común.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Gallardo.

—Yo opino lo que digan las pruebas.

Gallardo arrugó la nariz, disgustado.

—¿Tu olfato no te dice nada?

—No, no tiene nada que decir.

Meses después del hallazgo de la fosa común, el caso seguía lejos de aclararse y tenían más preguntas que respuestas.

—Pues estaría bien que tu olfato volviera a dar señales de vida de una vez, joder —espetó Gallardo.

Samuel contuvo las ganas de mirar al cielo. Tantos años quejándose de sus corazonadas, y ahora las echaba de menos.

Pero Samuel ya no escuchaba a su intuición. La última vez que lo había hecho le había salido mal, muy mal, y lo había pagado muy caro. Con Valeria había metido la pata hasta el fondo.

Ignoró el pinchazo en el pecho al pensar en ella. Habían pasado dos meses, pero seguía ocupando sus pensamientos demasiado a menudo. Seguía echándola de menos.

Verla aparecer en televisión cada dos por tres tampoco ayudaba. La resolución del caso había causado un gran revuelo mediático y hablaban del asesinato de Bernardo Rodríguez cada dos por tres. Afortunadamente, el interés ya estaba empezando a diluirse.

—Vale, pues vaya mierda de reunión. Vete a tomar por saco —dijo Gallardo, dando por concluida la reunión.

Samuel no se lo tuvo en cuenta. El tema de la fosa común los tenía a todos muy agobiados.

Al salir del despacho, se encontró con Lurdes, su hermana mediana.

—Hola, hermanito. Aquí tienes tu ropa para esta noche —le dijo, entregándole una bolsa con ropa.

—¿De qué hablas? —preguntó Samuel, desconcertado. Y cuando vio la ropa que había en la bolsa añadió, molesto—: ¿Y cómo has conseguido esta ropa?

—He cogido prestada la copia de tus llaves que tenemos en casa —dijo ella con una sonrisa

radiante.

—¿Has entrado en mi casa sin mi permiso?

—Lo he hecho por tu bien, Samuel. Me tienes preocupada.

—¿De qué coño hablas?

—No te alteres, hombre. Es solo que estás viniendo a comer con nosotros cada semana. Nos hace muy felices, pero se te ve tristón —explicó su hermana—. ¿Es por la chica esa que nos presentaste? ¿La que después salió tanto en la tele?

Samuel no tenía ninguna intención de contestar esa pregunta.

—Lo que me gustaría saber es por qué has tenido el atrevimiento de colarte en mi casa a hurta...

—No seas tan duro, jefe, que se lo hemos pedido nosotros —intervino Fran desde su ordenador.

Lurdes se apoyó contra un escritorio y sonrió al joven policía.

—Hola Fran —dijo.

Éste se limitó a sonreírle, pero a Samuel no le gustó nada como miraba a su hermana.

—Explícate ahora mismo, Fran —exigió Samuel, ignorando el instinto protector de hermano mayor.

—Que nos vamos de fiesta, jefe —anunció Montse, entrando en la oficina—. Nos vamos juntos a celebrar el fin de año.

—Bueno, yo me voy —dijo Lurdes al ver la cara de Samuel—. Buena suerte, chicos.

Lurdes se fue, y Samuel se encaró con Montse.

—No me apetece celebrarlo.

—No es una opción.

Samuel se resistió, pero debía de haber imaginado que sería inútil. Había ciertas batallas que siempre las ganaba Montse.

Un rato después, ellos dos, Fran y David entraban en un restaurante que organizaba una generosa cena de fin de año y discoteca posterior.

—¿Por qué hemos venido hasta aquí? —preguntó Samuel, confundido—. Nos pilla a todos muy lejos de casa, ¿no?

Montse, Fran y David se encogieron de hombros y consiguieron bebidas, una mesa alta y unos cuantos canapés. Samuel ya había decidido que comería algo y se iría pronto a casa. Este año no estaba para celebrar nada. El recuerdo de Valeria lo perseguía como un espíritu que se niega a cortar los lazos que lo atan al mundo de los vivos. En una noche como esa, el dolor todavía era peor.

De repente, David abrió mucho los ojos.

—Jefe, ¿irías a buscarnos un poco de queso? La mesa está por ahí —dijo, señalando en una dirección.

Samuel no discutió. Y se dio de bruces con Valeria.

Ella se mostró tranquila y habló con ligereza, pero él sabía leer más allá de lo que Valeria mostraba al mundo.

Estaba fingiendo.

Intentaba esconder dolor, mucho dolor, pero estaba al borde de un precipicio.

Como buena aparición, ya se había esfumado. Pero era imposible que se hubieran encontrado allí por casualidad.

—Carmela dice que está hecha polvo.

Montse estaba a su lado. También miraba el lugar por donde había desaparecido Valeria.

—¿Quién es Carmela? —preguntó Samuel, aunque el nombre le sonaba.

Una mujer de unos treinta años apareció al lado de Montse. Se saludaron con un beso afectuoso en los labios.

Samuel la reconoció. La había visto en algunas fotografías de la habitación de Valeria.

—¿Eres Carmela, la amiga de Valeria? —le preguntó, y ella asintió con una sonrisa culpable.

—No ha salido muy bien, ¿eh? —le dijo Montse.

—Me temo que no —dijo Carmela.

—¿Me vais a contar qué coño está pasando? —exigió Samuel. Se le estaban empezando a hinchar las pelotas.

Montse puso los ojos en blanco.

—¿No es obvio? Tus amigos y sus amigos hemos intentado hacer de celestinas —explicó.

Samuel se quedó mirando a las dos mujeres con los ojos entrecerrados. No podía creerse lo que estaba escuchando. Estaba a punto de explotar de indignación.

—Samuel, es evidente que Valeria te dejó tocado y que la echas de menos —dijo Montse.

La indignación de Samuel se deshinchó de golpe y pasó a sentirse algo avergonzado. ¿De verdad tenían que hablar de esto delante de una desconocida, que encima era una de las mejores amigas de Valeria?

—Valeria no nos ha dado detalles de lo que ocurrió entre vosotros, pero... yo creo que ella también te echa de menos —dijo Carmela.

Samuel se puso en tensión. Alerta. ¿En serio?

Pero en seguida negó con la cabeza, recordando esa despedida indiferente, como si fueran dos extraños.

—Lo dudo mucho —dijo.

—Ya he dicho que no nos dio muchos detalles, pero la manera cómo habló de ti... No creo que le seas indiferente. Ni que te rechace —insistió Carmela.

Samuel pasó el peso de un pie a otro. Maldita sea, volvía a sentirse inseguro. Estaba claro que Valeria removía algo en lo más profundo de su ser.

—Pero no se trata solo de eso. Valeria no está bien. Está hecha polvo, y se empeña en fingir que va todo bien, pero... —Carmela se interrumpió. Los ojos le brillaban—. Estamos todos muy preocupados por ella, pero no nos deja ayudarla. Nos ha dejado fuera. Y, no sé, tengo la esperanza de que quizá contigo sea diferente.

Samuel detectó la frustración debajo de las palabras de Carmela. Una amiga que no sabe cómo ayudar a su mejor amiga, pidiendo ayuda.

Por desgracia, no estaba tan seguro de que Valeria fuera a aceptar nada que viniera de él, y mucho menos ayuda. Pero era cierto que la idea de no hacer nada para alejarla del borde de ese precipicio, para aliviarle ese dolor que casi había podido palpar, lo martirizaba. No quería que Valeria sufriera, y ya llevaba demasiado tiempo haciéndolo.

—De acuerdo —dijo finalmente.

Lo más probable era que Valeria lo enviara a la mierda, pero al menos tenía que intentar ayudarla. Porque mientras estaba allí de pie, viendo la mirada suplicante de Carmela, se dio cuenta de que el problema de Valeria no era solo que estuviera hecha polvo. Había algo más, algo que se la estaba comiendo por dentro. No le costó imaginar de qué se trataba, y se sintió como un auténtico cabronazo. Él tenía parte de culpa, así que se lo debía.

Carmela y Montse sonrieron.

—Gracias —dijo la primera.

Samuel solo pudo asentir. De repente, estaba muy nervioso.

—¿Y vosotras dos de qué os conocéis? —les preguntó, intentando relajarse un poco.

—Carmela acompañó a Valeria al juzgado varias veces. Coincidimos allí un par de veces y... —explicó Montse con una sonrisa feliz. Acabó encogiéndose de hombros, dando a entender que una cosa llevó a la otra.

Solo se despidió de ellas dos. Una vez en la calle, y como todavía era temprano, no le costó encontrar un taxi. También tuvo suerte en el portal del edificio de Valeria, pues coincidió con un vecino que salía y pudo entrar sin llamar al timbre.

A medida que el ascensor ascendía hacia arriba, sus nervios crecían de forma proporcional. Intentó decirse que solo venía a verla en calidad de amigo, que esa visita no tenía nada que ver con una posible relación sentimental con Valeria, pero sabía que era una gran mentira.

Respiró hondo para coger fuerzas. Vale, sí, estaba preparado para ser rechazado al instante.

No, en realidad no lo estaba.

Cuando llamó al timbre, el corazón le latía tan deprisa y con tanta fuerza que le dolía el pecho. A este paso, se le rompería alguna costilla.

Escuchó los pasos de Valeria acercarse.

Su corazón se detuvo un instante.

La puerta se abrió.

Cuando Valeria lo vio, no logró ni fingir una sonrisa ni mostrarse impasible. Su sorpresa era genuina.

—Hola, Valeria.

Ella tardó unos instantes en encontrar la voz.

—Hola.

—¿Puedo pasar?

De nuevo, pasaron varios segundos.

—Claro —dijo ella finalmente, sin esconder su desconcierto.

Se apartó de la puerta y se dirigió al salón. Cuando le dio la espalda, Samuel se permitió suspirar de alivio en silencio. De momento no había sido rechazado al instante. Eso era buena señal, ¿no?

Bueno, quizá era demasiado pronto para llegar a esa conclusión.

Samuel cerró la puerta del piso detrás suyo y la siguió al salón. Entrar en el piso de Valeria le trajo recuerdos de la primera y única vez que habían hecho el amor. Samuel se estremeció. No eran los pensamientos más oportunos para ese momento. Sin embargo, no podía negar que le gustaba volver a poner los pies en ese piso...

Valeria se detuvo y se giró para encararlo. No se sentó ni lo invitó a sentarse. Era evidente que no entendía qué hacía él allí. Después de la sorpresa inicial estaba intentando mostrarse despreocupada, pero Samuel veía que le estaba costando un gran esfuerzo.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció ella.

—No, estoy bien, gracias.

Valeria asintió con el ceño levemente fruncido, cada vez más desconcertada. Samuel sabía que debería hablar, pero no era fácil. Tenerla ahí delante, hermosa como siempre, pero tan triste, lo tenía apabullado.

De repente, Valeria arqueó las cejas, como si hubiera comprendido algo.

—Quieres una disculpa por lo que pasó, ¿verdad? —dijo, como si fuera algo muy comprensible—. Creíste que te había utilizado y...

—No quiero una disculpa.

—Ah.

—Quiero saber cómo estás.

Un breve silencio. Valeria primero se frotó una mano. Después arqueó las cejas y sonrió.

—Oh, estoy bien, sí.

El interés de Samuel por su bienestar la había sorprendido. Mucho.

Y entonces Samuel se dio cuenta. Valeria creía que él la detestaba por lo que había hecho. Comprendió ese intento de despedida con un simple apretón de manos, dos meses atrás; no era su manera de rechazarlo, era su manera de protegerse, porque creía que *él* la rechazaba.

Por todos los demonios, menudo embrollo de errores, malas decisiones y sentimientos.

Pero... esto también era una buena señal, ¿no?

A ver, no era el momento de pensar en eso. Había venido a ayudar a Valeria. Pero sabía que, si no iba con cuidado, solo conseguiría alejarla.

Samuel le dedicó una sonrisa débil. Se acomodó sobre la esquina de la mesa con un suspiro.

—Pues yo no estoy tan bien, ¿sabes? El asesinato de Bernardo ha sido uno de los casos más complejos a los que me he enfrentado hasta ahora —explicó—. Y dos meses después todavía estoy... Creo que he perdido mi olfato policial.

Valeria pareció aliviada por el cambio de tema, pero también desconcertada.

—¿Qué significa que lo has perdido?

—Que ya no confío en él. Nunca me había sentido tan inseguro en mi trabajo.

Valeria cambió el peso de un pie al otro y lo observó. Cualquier señal de alivio había desaparecido.

—Supongo que... —Una duda—. ¿Estás intentando decirme que crees que es culpa mía?

Samuel negó con la cabeza. Tenía que pasar al ataque, dar rodeos no tenía ningún sentido.

—Quiero decir que el caso fue difícil y me afectó. Pero tú te llevaste una parte mucho peor, y llevabas mucho tiempo haciéndolo. No me creo que estés bien, Valeria. De hecho, *veo* que no estás bien.

Valeria dio un respingo, como si las palabras de Samuel la hubieran asustado. Pero intentó seguir en sus trece.

—Es cierto, fue feo, pero... ya pasó —dijo.

—Exacto, ya pasó. Y no necesitas fingir que estás bien.

Valeria sonrió sin humor.

—Vaya, parece que hoy todos os habéis puesto de acuerdo para hacerme ese discurso. Tengo sed, voy a buscar una cerveza. ¿Seguro que no quieres?

Intentó huir hacia la cocina, pero Samuel la detuvo sujetándola del brazo con suavidad. Notó como se estremecía.

—Lo que quiero decir es que ya no necesitas fingir. Ya no. Han sido muchos años, pero ya pasó.

Por su expresión, Valeria comprendió a qué se refería Samuel. A esa necesidad de aprender a esconder sus verdaderos sentimientos, sus preocupaciones, todo lo malo, para sobrevivir a Bernardo y proteger a Iván. Esa obligación de tener secretos, muchos secretos.

Sin embargo, ella no lo veía tan claro y seguía resistiéndose. Liberó el brazo, molesta, con un gesto brusco. Samuel apretó los dientes cuando vio que intentaba reprimir una mueca de dolor. Todavía no se le había curado del todo.

—Finjo porque tenías razón, Samuel. Soy un fraude. Fingir lo que no soy es lo único que sé hacer —espetó—. Si me disculpas, voy a buscar esa estúpida cerveza.

Y ahí lo tenía. Esas palabras que él había pronunciado y que tanto daño estaban haciendo. Solo habían servido para reforzar en Valeria la idea de que ella no era suficientemente buena, que

no valía la pena.

La culpabilidad partió el corazón a Samuel, que tuvo que tragar saliva. La siguió a la cocina, donde ella rebuscaba en el interior de su caótica nevera.

—Sabes que me arrepiento de esas palabras, ¿verdad? —dijo Samuel con absoluta sinceridad.

—¿Por qué? Tenías razón.

—No, no la tenía. Esas palabras las dijo una persona herida que no sabía toda la verdad. Nunca hay que hacer demasiado caso a lo que diga una persona herida.

Valeria suspiró con impaciencia y desistió de buscar lo que fuera que buscara en la nevera. Las cervezas no eran, porque las tenía delante. Cerró la nevera de golpe y se giró para mirarlo. Parecía a punto de derrumbarse.

—Samuel, por favor... ¿Qué haces aquí? No... no entiendo por qué has venido.

Samuel quería decirle que a él no podía engañarlo. Que, desde el primer día, podía leerla más allá de la superficie que mostraba al mundo. Y, a pesar de todas las confusiones, le había gustado lo que había descubierto. Le había gustado mucho.

Pero temía que, si empezaba a decir esas cosas, Valeria se asustara. Necesitaba que se diera cuenta por sí misma.

Ladeó la cabeza y dijo, con mucha suavidad y sin pretender esconder lo vulnerable que se sentía:

—¿De verdad no te imaginas qué hago aquí, Valeria?

Pronunciar esas palabras fue más difícil de lo que demostró. El corazón le latía desbocado, asaltado por la inseguridad, temiendo haberlo interpretado casi todo mal y que ella decidiera echarlo.

Pero, al fin, Valeria pareció entenderlo, pareció creérselo de verdad. Los ojos le brillaron, y no tardaron en llenarse de lágrimas que se deslizaron por sus mejillas. Intentó secárselas con un gesto rápido.

—Da igual lo que yo imagine. No lo entiendo. No... no entiendo por qué todo el mundo parece preocuparse por mí. ¡No me lo merezco! —Con esas últimas palabras casi gritó, y ya no logró controlar el llanto—. He mentido a mis amigos desde que nos conocimos y... y no están enfadados, y tampoco lo entiendo. Te menté a ti de una manera horrible, y ahora estás aquí y...

Samuel se acercó a ella. Lo que más necesitaba en esos momentos era tocarla, abrazarla, pero se contuvo.

—Dime algo, Valeria. Cuando finges estar de buen humor... ¿lo haces siempre o solo cuando estás mal?

Ella no contestó, pero Samuel ya sabía la respuesta.

—Cuando eres amable con tus amigos, ¿estás fingiendo? ¿Acaso te caen mal y solo finges quererlos?

Valeria negó con la cabeza, mirando al suelo.

—Cuando te preocupas por Iván, ¿estás fingiendo?

Otra negación.

—Cuando te acostaste conmigo, ¿estabas fingiendo?

Ahora sí, alzó los ojos abiertos con alarma y los clavó en los suyos.

—¡No! Samuel, eso...

Samuel la sujetó por los brazos para asegurarse de que lo escuchaba con atención.

—¡Lo sé! —exclamó—. Y tus amigos lo saben. Todos sabemos que eres fuerte, dulce, y tan leal que has hecho todo lo posible para proteger a Iván. Sí, ha habido errores, pero... ¿Cómo podríamos culparte por intentar ayudar a alguien a quien quieres y que lo necesita? Lo único que

podemos hacer es admirarte, Valeria.

Ella sollozó y negó con vehemencia.

—No, yo no...

—Sí, créetelo. Yo te admiro. Me vuelves loco de todas las maneras posibles y... joder, si es que estoy loco por ti —dijo Samuel sin tapujos, sorprendiéndose a sí mismo. Nunca había dicho cosas así a nadie.

Al parecer, fueron las palabras acertadas, porque Valeria estalló. Se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

No fue un llanto bonito. Era desesperado, y salía de lo más profundo de su ser. Samuel dejó de contenerse y la abrazó. Cada célula de su cuerpo lo celebró, como si al fin estuviera en el lugar que le correspondía.

Valeria escondió la cabeza en su hombro y se aferró a él, temblorosa. Samuel le acarició la cabeza mientras ella se desahogaba como nunca había visto desahogarse a nadie. Como si fueran lágrimas retenidas por una presa durante años, muchos años.

Estuvieron mucho rato así, abrazados en la cocina mientras Valeria lloraba. En cierto momento, aunque todavía no se había calmado del todo, intentó hablar de nuevo.

—Necesito que sepas... No me acosté contigo por interés —dijo—. Lo hice porque me apetecía. Y ese día estaba muy asustada y...

—Lo sé —la interrumpió Samuel, besándole la cabeza. Después, confesó algo que lo torturaba—. Eres muy dura contigo misma y te cargas con todas las culpas, pero yo... Dudé de ti en momentos en los que ya no tenía motivos para dudar. Fui un necio.

—Tenías motivos para enfadarte y desconfiar.

Samuel suspiró. Podrían estar horas y días discutiendo el asunto, y seguramente nunca llegarían a ponerse de acuerdo.

—Creo que los dos nos encontramos en circunstancias muy complicadas. Era difícil que no nos hiciéramos daño el uno al otro.

Abrazada a él, Valeria asintió y no discutió más. Siguieron así un buen rato más, mientras ella seguía calmándose, y él se permitía disfrutar de poder estrecharla entre sus brazos. Al fin.

En algún momento, ella suspiró. Se apartó un poco y le echó un vistazo rápido, tímido. Pero volvió a esconderse y suspiró.

—¿Y ahora qué, Samuel?

Por respuesta, él la obligó a apartarse un poco y le besó los labios de sabor salado por las lágrimas. Ella lo dejó hacer, pero acabó haciendo un ruidito de contrariedad.

—Samuel... soy un desastre, soy un caos. Acabarás hartándote y...

Él la silenció con otro beso.

—Me gusta tu caos. Me atrae. Lo necesito —dijo entre beso y beso—. Y me da miedo que mi perfeccionismo te eche para atrás o acabes hartándote.

Ella rio con suavidad.

—Me gusta tu perfeccionismo —confesó.

Se quedaron mirándose, ambos sonrientes. Valeria tenía los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto, pero seguía estando tan hermosa que el corazón de Samuel volvió a palpitar dolorosamente.

De repente, ella pareció avergonzada.

—Estoy hecha un desastre. Nunca había llorado así.

—¿Y ahora cómo te sientes?

Valeria pensó la respuesta.

—Bien. Mucho mejor —admitió—. Gracias, Samuel.

Él sonrió y volvió a besarla. En esos momentos, podría explotar de felicidad.

—¿Quieres coger algo para beber mientras voy un momento al baño? —dijo ella.

—Vale. ¿Pero crees que lograré encontrar algo en tu nevera?

—Eres espabilado, seguro que lo encontrarás.

—Es verdad, soy espabilado.

Se resistió un poco a soltarla, pero ella logró escabullirse para ir al baño. Samuel cogió un par de cervezas de la nevera, cuyo contenido lo sorprendió gratamente porque solo había alimentos frescos y nada de comida procesada, y fue al salón.

Cuando Valeria salió del baño, se sentó a su lado en el sofá y tomó la cerveza que le entregó. Durante unos instantes, bebieron en silencio, mirándose y sonriendo.

—En realidad, esto es un poco raro —dijo ella.

—¿Tú crees?

—Un poco. ¿Qué es? ¿El inicio? ¿Un nuevo inicio?

Samuel miró su reloj.

—En realidad, estamos más cerca de un final. Son las once horas y siete minutos. Nos acercamos a fin de año —informó.

Valeria asintió y lo observó con atención. Durante unos instantes, bebieron en silencio. Samuel notaba que ella tenía algo en la cabeza.

—Estás tramando algo —dijo.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Te has dado cuenta?

—Soy policía —presumió él.

—Mmm, ya veo. —Valeria ladeó la cabeza y lo observó con una sonrisa pícaro.—¿Sabes una de las cosas que más me gusta de tu súpercapacidad de control? —dijo.

Samuel entrecerró los ojos.

—No. ¿Qué es?

Valeria se mordió el labio y lo repasó con la mirada. Sin prisas, le cogió una mano. La observó... Y entonces le chupó el pulgar. Primero lo lamió y después se lo introdujo en la boca.

Samuel se quedó sin respiración, y observó como esos labios perversos se deslizaban por su dedo, humedeciéndolo con ayuda de la lengua.

—¿No tienes ni idea de a qué me refiero?

Samuel ni siquiera recordaba de qué estaban hablando.

—No puedo pensar —confesó.

—Pobrecito.

Valeria sonrió con auténtica malicia erótica, le cogió la otra mano y le lamió el otro pulgar con lenta delicadeza.

—Joder.

Todavía sonriendo, Valeria se sentó encima suyo, a horcajadas. Movié la cadera para que sus sexos se frotaran. Samuel estaba a punto de explotar, figurada y literalmente. Si se lo proponía, esta mujer podría hacerlo enloquecer de deseo y acabar con él en cuestión de segundos.

Valeria se inclinó sobre él y le besó el cuello, le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—La madre que me... —farfulló Samuel.

Valeria lo miró, sonriendo seductoramente.

—De tu súpercapacidad de control, me gusta cuando la pierdes —dijo.

Y sí, la verdad es que perdió el control.

No fue muy consciente de cómo alcanzaron la cama de Valeria, ambos desnudos, haciendo el amor entre húmedos besos, susurros, caricias y suaves gemidos de placer. No hubo luchas por ver quién tenía el control, sino que encontraron la posición más placentera para ambos, entrelazaron las manos y se entregaron a disfrutar de sus cuerpos. Alcanzaron el orgasmo a la vez y, mientras Samuel se derramaba dentro de Valeria, tuvo la sensación de morir y renacer.

Un nuevo inicio.

Cuando se separaron un poco, Valeria también parecía impresionada por la experiencia. No dijo nada, pero sonrió y echó un vistazo rápido al reloj.

—Feliz año nuevo —dijo.

Ya era más de medianoche. Samuel rio y se acomodó para poder abrazarla. No quería despegarse de ella.

—El mejor fin de año y el mejor año nuevo de mi vida —dijo.

—Sí, no ha estado nada mal —dijo ella, estirándose con la pereza de un cuerpo satisfecho.

Se quedaron en silencio, disfrutando del momento, adormilándose. Fuera, en la calle, se escuchaba a grupos de gente hablar alto, música de fiestas en casa, algún petardo de celebración.

De repente, una idea acudió a la cabeza de Samuel.

Mmm... era de trabajo, quizá no era el momento de hacerle caso...

Pero es que lo había asaltado una corazonada, guiada por su olfato, y sabía que no se equivocaba... En realidad, hacía días que el pensamiento le rondaba por la cabeza, pero hasta ahora no se había atrevido a hacerle caso.

Tuvo suerte y había dejado el móvil en la mesita de noche. Solo tuvo que estirar el brazo para cogerlo y enviar un mensaje a Gallardo.

“Nunca me ha cuadrado la manera cómo se halló la fosa común. Yo investigaría al corredor que la encontró. Feliz año nuevo”.

—¿Felicitando el nuevo año? —preguntó Valeria, soñolienta.

—Más o menos.

Esa respuesta llamó la atención de Valeria y se movió para mirarlo, más despierta.

—¿Era de trabajo?

Samuel sonrió con culpabilidad.

—Puede.

—Oh, a ver si voy a tomármelo mal, inspector Schwartz.

—Con lo mala que has sido antes, quizá debería esposarte, señorita Aguilar.

—¿No te ha gustado que te chupara los dedos? —preguntó ella con fingida inocencia.

Samuel gruñó y la besó, capturando esos labios sedosos y carnosos. Y dulces, siempre dulces. Dios, cuánto los había echado de menos esos dos meses.

Sí, Valeria Aguilar había puesto su mundo patas arriba, pero ahora todo iba a volver a su lugar. Bueno, no exactamente. Muchas cosas cambiarían, muchas cosas estarían fuera de su control, sobre todo si estaba al lado de Valeria. Pero bienvenido fuera el caos.

Dulce, dulce caos.

¡Tu opinión importa!

¿Te ha gustado la novela y quieres ayudar a Emma?

Pues lo único que tienes que hacer es escribir tu opinión (¡sincera, siempre sincera!) sobre el libro en Amazon.

Aunque no te lo parezca, tu opinión por escrito es muy valiosa para Emma. No solo porque así ella sabe qué te ha parecido el libro, también porque la ayudas a ganar visibilidad y que muchas más lectoras y lectores descubran sus libros.

¡Muchas gracias!

Una nota de la autora

Muchas gracias por llegar hasta aquí. Espero que hayas disfrutado mucho de la lectura. Y cuando digo “disfrutado mucho”, me refiero a que espero que te hayas emocionado, que te hayas reído y también que hayas sufrido y llorado un poco (no es que sea una persona cruel, ¡pero quiero que la historia te conmueva!).

Puede que algunos detalles o personajes de la historia te hayan llamado la atención. Los personajes de Adam y Sara, las menciones a un tal Hugo y una tal Laura...

Aunque no hayas leído ninguna de mis otras novelas, seguramente habrás sospechado que todos estos personajes tienen su propia historia que contar. Y tienes razón. Todos ellos aparecen en la serie Amores Imprevistos. La historia de Hugo y Laura se cuenta en *Cuatro días contigo*, y la de Sara (y Javi) se cuenta en *Mi luna de miel contigo*. Te animo a que les eches un vistazo. Si sientes curiosidad, a continuación podrás leer un fragmento de *Cuatro días contigo*. Por cierto, Adam aparece en ambos libros, y pronto tendrá su propia historia.

Por otro lado, quiero agradecer a H. su apoyo incondicional. Sin ti, esto no sería posible. Y, al peque de la casa, quiero agradecerle la paciencia y madurez que demuestra cada vez que su madre está inmersa en otro de sus libros. También quiero dar las gracias a mi madre, que no solo se lee todas mis novelas, sino que fue la primera lectora de *Secretos inconfesables* y me ayudó a encontrar esos pequeños errores que siempre se escapan. Y a ti, querida lectora o lector, quiero agradecerte tu apoyo e interés. Espero que, en el futuro, sigamos encontrándonos en las páginas de otros libros.

Mientras tanto, si quieres contactar conmigo puedes hacerlo en mi página web o a través de Facebook:

- <http://emmacolt.com>
- <https://www.facebook.com/emmacoltoficial/>

¡Te recomiendo mucho que te suscribas a mi página web! No solo para estar al día de nuevas publicaciones y ofertas, también porque al suscribirte te haré un regalo, y porque mis suscriptoras y suscriptores de vez en cuando reciben relatos gratis y pueden participar en sorteos exclusivos.

Un abrazo
Emma

**Lee un fragmento de
CUATRO DÍAS CONTIGO**

1

—Lidia, no puedes hacerme esto.

—Por favor. Te prometo que te lo compensaré —gritó Lidia por encima de la música a todo volumen, mirándola con ojos implorantes.

Laura resopló y se fijó en el rubio que esperaba un par de metros más allá, mirando el trasero de su amiga con ojos hambrientos. Lidia se le acercó para hablarle al oído.

—¿Sabes el tiempo que hace que no ligo? ¿Y además con un bombón así?

Laura resopló otra vez. Claro que lo sabía. Lidia había expresado su disgusto sobre ese aspecto de su vida como mínimo una vez al día de los últimos dieciocho meses. En circunstancias normales se habría alegrado mucho por ella, sobre todo si el afortunado parecía haber salido del calendario solidario “Los bomberos más sexys”, pero ese día no.

—¡Hemos venido aquí a celebrar mi despedida de soltera! —se quejó.

Lidia no puso los ojos en blanco, pero casi.

—Cariño, no te lo tomes mal, pero esto de despedida de soltera no tiene nada.

—Ya te dije que no me apetecía pasar una noche entera con una polla de goma en la cabeza dando vueltas por toda la ciudad.

—Y yo te dije...

—No quiero volver a entrar en esa conversación —la cortó Laura.

Lidia suspiró y volvió a dedicarle una mirada suplicante.

—Laura, todavía estaremos en Porta tres días más. Sólo te abandono esta noche... bueno, y mañana por la mañana no cuentas conmigo, pero después de la hora de comer seré toda tuya otra vez. Iremos a la playa, volveremos a salir de fiesta y comeremos hasta que reventemos. Te lo prometo.

Laura sabía que no valía la pena insistir y tampoco le apetecía enfadarse. Ahora fue ella la que suspiró.

—Vale —dijo, y añadió con una sonrisa pícaro: — Pero dale a ése un mordisco en el trasero de mi parte.

—Oh, lo haré, créeme.

—No lo dudo —rió Laura—. Me voy al hotel.

Se despidieron con un pequeño abrazo y Laura empezó la difícil tarea de abrirse camino entre la multitud que había esa noche en la discoteca, en dirección a la puerta.

Una vez en la calle, cuando el calor húmedo de las noches de julio la abrazó, se dio cuenta de que no había podido evitar enfadarse un poco con Lidia. Y no era por haberle dado plantón cuando se suponía que iban a pasar cinco días ellas solas, sin hombres, para celebrar que Laura se iba a casar, sino por esas palabras que su amiga había estado a punto de pronunciar. Otra vez.

Lidia era su mejor amiga, y una de las cosas que más apreciaba en ella era que no tenía pelos en la lengua. Ninguna de las dos los tenían. Siempre había agradecido la sincera opinión de Lidia sobre cualquier asunto, excepto cuando el asunto era su boda.

Lidia opinaba que si Laura no quería celebrar una despedida de soltera como Dios manda, con todas sus amigas, era porque en el fondo no quería casarse con Javi. Laura había intentado

convencerla por activa y por pasiva de que nunca le habían gustado esas celebraciones. Sí, había participado en varias, pero porque a sus amigas les hacía ilusión. Pero que fuera la suya ya era otra cosa. Sin embargo, Lidia no se había dejado convencer. Es más, su comentario siempre era el mismo:

—Ahora piensas eso porque ya se te está pegando la sosería de tu novio. Admítelo, Laura, Javi es un sosainas. O bien te acabarás aburriendo de él o te acabarás convirtiendo en una sosainas como él. Y eso me daría mucha pena. Además, sólo tienes veinticinco años, eres muy joven para casarte.

Cada vez que Lidia decía eso, a Laura le dolía, porque Javi era un buen hombre, tranquilo y atento. Encontrarlo fue un regalo caído del cielo después de la horrible relación con Rafa. Con Rafa todo habían sido discusiones y lloros, una crisis detrás de otra. Con Javi todo era tranquilidad y respeto mutuo. No discutían, todo se hablaba pacíficamente.

El ruido de un coche avanzando demasiado rápido la sacó de sus pensamientos. Ni siquiera se había dado cuenta de que ya había abandonado la amplia calle donde se encontraba la discoteca y había empezado a callejear por Porta en dirección al hotel.

Los únicos presentes en la calle eran ella misma, un hombre que caminaba hacia ella y que sólo se encontraba a unos veinte metros, y el coche que avanzaba hacia ellos a toda velocidad.

Cuando el vehículo se detuvo bruscamente a la altura del hombre, éste también se detuvo. Laura lo imitó. Un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo y el corazón empezó a latirle con fuerza. Ahí estaba pasando algo raro.

A partir de ese momento, fue como si todo sucediera a cámara lenta.

Las puertas del conductor y el copiloto del coche se abrieron y bajaron dos hombres. El conductor tendría unos cuarenta y cinco años y llevaba el cabello negro peinado hacia atrás. Debía de llevar una buena capa de gomina, porque incluso en esa calle mal iluminada le brillaba. Pero lo que más le llamaba la atención fue el rostro del hombre. Lo tenía extrañamente hinchado, como si hubiera recibido muchos golpes. Había algo en su expresión y su cuerpo alto y robusto que le provocó un rechazo inmediato. Era amenazador.

El otro hombre no debía de llegar a los treinta y era menudo. A pesar de ser claramente musculoso, parecía poca cosa. Sin embargo, su expresión era una continua mueca de desprecio, como si odiara el mundo. No había duda de que era peligroso.

“Son el Gordo y el Flaco”, pensó Laura, extrañada. Ya los había visto antes. Concretamente, en la discoteca de la que acababa de salir. La noche anterior. No tenía ninguna duda al respecto. Se había fijado en ellos porque llamaban la atención, formaban una peculiar pareja que no encajaba en el ambiente del local.

En seguida se dio cuenta de que no era el momento de perder el tiempo con ese tipo de pensamientos, porque el conductor, el Gordo, se había detenido y estaba escudriñando la calle. Laura se tensó, horrorizada. Estaban a punto de descubrirla, y no había que ser una lumbrera para saber que eso no iba a ser bueno para ella.

“Corre”, se dijo a sí misma.

Pero se había quedado petrificada.

“¡Muévete!”, se gritó.

Ahora sí, reaccionó. Pero no echó a correr, aunque era lo que una parte de su cerebro, la que estaba dominada por el pánico, le pedía a gritos. La otra parte del cerebro le decía que si echaba a correr la descubrirían seguro. Tenía más posibilidades de pasar desapercibida si aprovechaba las sombras de la calle para esconderse.

Dio unos pasos hacia atrás con mucha cautela. Recordaba haberse detenido al lado del portal

mal iluminado de un edificio.

Una sombra negra la engulló justo cuando el Gordo posó los ojos en el portal... y siguió escudriñando la calle.

No la había visto.

Fue en ese momento que Laura se dio cuenta de que todo parecía estar sucediendo a cámara lenta, porque cuando apartó los ojos del Gordo para ver qué estaba haciendo el copiloto, el Flaco, descubrió que apenas se había alejado del coche.

Se estaba abalanzando hacia el hombre que caminaba por la calle, que empezó a retroceder mientras buscaba algo en el bolsillo trasero del pantalón. Poco más pudo hacer, porque el Flaco en seguida estuvo encima suyo y le empujó tan salvajemente que cayó al suelo. Después, le propinó una patada en la cara. El hombre gimió y, aunque no perdió el sentido, quedó aturdido.

El Gordo se acercó a él.

Llevaba una navaja en la mano.

Laura se cubrió la boca con la mano para no gritar. No tenía ninguna duda de qué iba a suceder a continuación.

El Gordo se agachó sobre el hombre aturdido y le clavó la navaja en el corazón.

Entonces todo fue silencio.

El hombre quedó tendido en el suelo, inmóvil. El Gordo y el Flaco lo observaron unos segundos, hasta que parecieron satisfechos. Sin perder más tiempo, regresaron al coche. Antes de subir, escudriñaron la calle una última vez para asegurarse de que nadie los había visto. Laura se aplastó contra la puerta del edificio. Ni siquiera se atrevía a respirar.

Al fin, subieron al coche y se alejaron en seguida. Ni siquiera habían apagado el motor.

Laura tardó largos segundos en moverse. Sabía que debía ir a socorrer al hombre que había quedado tendido en el suelo, aunque en el fondo también sabía que ya no podría hacer nada por él. Quizá por eso no se atrevía a moverse. Por eso y porque temía que el Gordo y el Flaco regresaran.

Al cabo de un minuto, fue capaz de abrir su pequeño bolso y sacar el móvil para llamar a emergencias.

Otro minuto después, reunió el valor suficiente para acercarse al hombre que seguía tendido en el suelo.

—Ay, madre —murmuró.

Estaba muerto.

Acababa de ser testigo de un asesinato.

Laura no comprendía por qué no se ponía histérica. Sería lo normal, ¿no? En realidad, incluso sería razonable. También sería razonable y adecuado sentirse mal por el pobre hombre al que habían arrebatado la vida en cuestión de segundos.

Pero quizá Laura era una mala persona o se trataba de algún mecanismo de defensa de su cerebro, porque sólo podía pensar en que estaba celebrando su despedida de soltera y era muy, pero muy mal momento para ser testigo de un asesinato. Porque algo así no sólo le estropeaba las merecidas vacaciones, sino que podía cambiarle la vida. Al menos durante una temporada.

En esos momentos, Laura no podía imaginarse hasta qué punto esa noche iba a cambiar su vida. Y es que esa vida perfectamente ordenada y alejada del caos que había construido al lado de Javi, estaba a punto de irse al garete.

Llevaba un rato esperando en la sala de reuniones de la comisaría.

Habían pasado cuatro días desde esa noche. Desde entonces, Laura tenía la sensación de estar viviendo en una nube de irrealidad.

Después del asesinato, la habían llevado a comisaría, donde había hecho declaración de lo sucedido y había ayudado a confeccionar los retratos robots del Gordo y el Flaco. De por sí ya era una situación muy excepcional. Pero es que después no la habían dejado regresar a casa, por su propia seguridad. No le habían dado demasiados detalles, pero aunque todos parecían estar de acuerdo en que los asesinos no la habían visto, por algún motivo la policía temía que pudieran identificarla de alguna manera e ir tras ella.

Es decir, borrarla del mapa. Eliminarla de la ecuación. *Sayonara, baby.*

Asesinarla.

Así que llevaba cuatro días encerrada en una habitación de hotel vigilada las veinticuatro horas del día por seis policías que hacían turnos, que apenas le dirigían la palabra y que no sabían decirle cuánto tiempo más podía alargarse esa situación. Al parecer estaban intentando identificar al Gordo y el Flaco, pero estaba claro que de momento no habían tenido mucho éxito.

Ni siquiera podía hablar demasiado por teléfono. Tan sólo le permitían hablar con sus padres, Javi y Lidia una vez al día y durante diez minutos para asegurarse de que no se le escapaba sin querer ningún detalle sobre su paradero. Las charlas con sus padres y Javi la ayudaban a entretenerse e incluso a animarse un poco, pero Lidia se pasaba los diez minutos, es decir, seiscientos eternos segundos, disculpándose por haberla abandonado esa fatídica noche.

Y ahora, encima, le habían hecho una propuesta que sólo podía clasificarse de locura pero que había aceptado como si fuera lo más normal del mundo: regresar a Porta acompañada de dos policías de incógnito. Fingirían ser tres amigos que pasaban algunas noches allí y regresarían a la discoteca con la esperanza de que Laura viera e identificara a los hombres de nuevo.

Así que ahí estaba, esperando a sus dos guardaespaldas particulares, con la sensación de estar viendo una película en vez de estar viviendo su propia vida. En la vida real la gente no presenciaba asesinatos en una calle oscura a las dos de la madrugada. Ni pasaba encerrada cuatro días en una habitación de hotel vigilada las veinticuatro horas del día. Ni se iba con dos policías de incógnito a identificar asesinos.

En otras circunstancias, esta última parte le habría resultado graciosa. Había ido a Porta con Lidia para celebrar su inminente boda, que ya había sido pospuesta, por cierto, pero cuatro días después se había convertido en una espía. Fuentes, Laura Fuentes, muñeco. Desde Porta con amor. Vamos, de ahí podría irse a correr aventuras con Tom Cruise en *Misión: Imposible*.

Sí, era para partirse de risa.

La puerta se abrió y el Comisario entró, seguido de dos hombres.

—Señorita Fuentes, disculpe la espera —dijo el Comisario—. Estos son el inspector Casas y el subinspector Romero. Ellos la acompañarán y protegerán en Porta.

Laura primero vio al subinspector Romero y pensó que para la misión ultra secreta que tenían entre manos podía estar tranquila. El tío era un armario. Era alto, se notaba que iba al gimnasio y

tenía las espaldas, los pectorales y los músculos de los brazos bastante desarrollados. Tenía el cabello negro, unos grandes ojos de color gris, unos rasgos increíblemente atractivos y una sonrisa arrebatadora y pícara. Laura le devolvió la sonrisa, divertida. A ese tipo sólo le faltaba llevar la palabra “rompecorazones” estampada en la frente, se le veía a la legua.

El subinspector Romero le tendió la mano.

—Un placer, señorita Fuentes —dijo.

Laura se la estrechó sin dejar de sonreír y se giró para observar al inspector Casas. En cuanto posó los ojos en él, la atravesó una especie de descarga y el corazón le dio un vuelco. Raro.

El inspector Casas era sólo un poco más alto que ella, ancho de espaldas sin ser un cachas y estaba bien proporcionado. Y era atlético. Y tenía el cabello de un color castaño casi rubio que en verano tenía que coger un tono adorable. Y los ojos de color verde y profundos como el océano. Y los labios tan carnosos que apetecía mordisquearlos. Era un bombón. Tenía que ser agradable acurrucarse entre esos brazos.

Vale, ¿de dónde demonios habían salido todos esos pensamientos?

Laura carraspeó, incómoda y desconcertada, y se dio cuenta de que el inspector Casas la estaba observando con el ceño levemente fruncido y un destello en la mirada que no supo interpretar. Él no le tendió la mano, sino que se limitó a hacerle un gesto con la cabeza.

—Hola —dijo Laura, agradeciendo no tener que darle la mano.

Con esas sensaciones y pensamientos tan raros que acababan de sacudirla, casi que prefería no tocar al inspector Casas.

Había sido muy raro. Y seguía siéndolo, porque el policía todavía la miraba fijamente.

El Comisario abrió la boca para hablar, pero el inspector Casas se le adelantó.

—Disculpe, señor. ¿Podemos hablar un momento, por favor? En privado —dijo con una voz aterciopelada que provocó que todas las terminaciones nerviosas de Laura se pusieran a bailar emocionadas.

“¡Vaya voz!”, parecían corear mientras un estremecimiento le bajaba hacia la entrepierna. Horrorizada, Laura intentó mantenerse impassible, rezando para sus adentros para que ninguno de los tres hombres que tenía delante se diera cuenta de las absurdas reacciones de su cuerpo.

—Claro —dijo el Comisario—. Disculpe un minuto, señorita Fuentes.

Los tres hombres abandonaron el despacho, cerraron la puerta y se quedaron hablando en el pasillo. Laura podía verlos a través de las paredes acristaladas, pero fue suficiente para ella. Soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo y se esforzó por aparentar indiferencia.

No comprendía qué le había pasado al ver al inspector Casas, y tampoco comprendía qué le estaba pasando ahora. Él se había quedado de espaldas al despacho, y sus ojos traicioneros se empeñaban en fijarse en su espalda y en el trasero respingón que se adivinaba bajo los tejanos.

Esto era muy extraño. Nunca le había pasado algo así al ver a alguien por primera vez. Bueno, ella nunca se había negado a sí misma el placer de observar a tíos buenos, pero alterarse así... era raro, sí.

Quizá era que el tal inspector Casas era el tío más bueno que hubiera visto nunca. Con diferencia. De ahí la reacción, sí. Por la sorpresa.

Tenía que ser eso, sí, sólo eso. Ni ella ni nadie era inmune a la belleza. Igual que se emocionaba al catar un buen vino, también apreciaba a alguien especialmente agraciado.

Sólo era eso.

3

—Disculpe la impertinencia, señor, ¿pero no podría asignar la operación a otro inspector?

El comisario le miró con las cejas arqueadas, en ese gesto tan suyo y cuyo significado ya conocían todos perfectamente: ¿De qué demonios estás hablando?

Hugo traspasó su peso de un pie al otro, esforzándose por mantenerse de espaldas a la sala de reuniones a pesar de que cada célula del cuerpo le pedía que hiciera lo contrario. Carraspeó, incómodo.

—Ya sabe que me caso dentro de unos días...

Las cejas se arquearon un poco más. Es decir: ¿Y?

—Preferiría no entrar en una operación especial justo antes de la boda. ¿Por qué no envía a Linares en mi lugar?

—¿Romero con Linares y esa chica en una discoteca? —preguntó el comisario.

A su lado, Adam hinchó el pecho y sonrió. Hugo no tenía ninguna duda de qué estaba pensando su mejor amigo, pero no dijo nada. Se limitó a seguir mirando al comisario, encogerse de hombros y asentir.

Las cejas del comisario ya no daban más de sí, así que éste optó por mirarle como si hubiera desarrollado una grave enfermedad mental.

—¿Has visto bien a Linares y a esa chica? Necesitamos que la señorita Fuentes pueda identificar a dos sospechosos de asesinato, no que Romero se pase la noche apartando a los moscardones que atraerán en una discoteca.

Claro que había visto bien a la chica. Tenía el cabello más negro que había visto nunca, ondulado y cortado en una media melena de aspecto rebelde. Los ojos de un azul intenso parecían cálidos y amables. Y, aunque no se había levantado para saludarlos, bajo su ropa veraniega había podido intuir un cuerpo en buena forma y discretamente voluptuoso. No era una bomba sexual, pero sí era muy atractiva.

Ese era el problema, que estaba para mojar pan. En cuanto había entrado en la sala de reuniones y la había visto ahí, había sentido algo que no era normal.

¿Era normal querer arrancar la ropa y hacer el amor desenfundadamente a alguien a quien acabas de conocer en la sala de reuniones de comisaría?

No, no era normal.

Luchó contra la erección que crecía bajo sus pantalones, agradeciendo haberse puesto una camiseta holgada capaz de esconder el apuro en el que se encontraba. Porque, teniendo en cuenta que se casaba al cabo de siete días, no parecía muy apropiado ir deseando a otras mujeres con esa desesperación.

Aunque, en realidad, quizá le estaba sucediendo eso precisamente por la boda. Eran los nervios. Era lógico sentirse impresionado ante el compromiso por el resto de su vida, y su cuerpo lo sacaba de esa manera tan irracional.

Además, él tenía claro que quería a Sara. Nunca había conocido a nadie tan dulce, tierna y complaciente como ella. Puede que a su lado las cosas a veces fueran demasiado tranquilas, incluso demasiado fáciles, pero la necesidad de protección que emanaba despertaba su propia

ternura. Sí, la quería.

Sin embargo, por más que tuviera bien claros sus sentimientos hacia Sara, prefería ahorrarse el mal trago de tener de luchar contra pensamientos irracionales hacia la mujer que esperaba en la sala de reuniones. Maldita sea, incluso a pesar de estar dándole la espalda su cuerpo se empeñaba en sentir su presencia detrás suyo. Menuda estupidez.

Y teniendo en cuenta que Adam no sólo era su mejor amigo, sino también el hermano mayor de Sara y, por lo tanto, su futuro cuñado, lo mejor que podía hacer era intentar mantenerse alejado de esa... situación.

Conociendo a Adam y viendo la sonrisa que había dedicado a la señorita Fuentes hacía un minuto, sabía que no dudaría en pasarse la ética profesional por el forro y que intentaría echar un buen polvo con ella. Y solía salirse con la suya.

Ese pensamiento lo enfureció, especialmente con Adam. Y después se enfureció consigo mismo por haberse enfurecido.

¿Qué coño le pasaba? Esto no tenía ningún sentido.

—Casas.

La voz del comisario le hizo darse cuenta de que se había quedado ensimismado. Él y Adam le miraban extrañados. Carraspeó y se encogió de hombros, intentando disimular. Era especialmente importante que lo hiciera delante de Adam, porque su amigo podría tener muchos defectos, pero también tenía una capacidad pasmosa de leer a través de la gente. Era uno de los motivos por los que era un buen policía. Hugo tenía que ser prudente para asegurarse de que Adam no sospechara sus motivos reales para librarse del caso.

—Bueno, ¿no hay nadie más disponible? —preguntó Hugo.

—Sois los únicos por aquí que tenéis treinta y pocos años. Si la envío con agentes de cuarenta años la tapadera no se sostendrá —dijo el comisario—. Y ya vale de buscar excusas, inspector Casas. La operación es vuestra.

—Ya, ¿pero cómo sabemos que la chica responderá bien? Si llega a ver a los tipos, podría darle un ataque de histeria. O incluso antes de entrar en la discoteca —objetó Hugo.

—No creo. A pesar de lo que vio y de que lleva cuatro días encerrada en el hotel, ha mantenido la calma. De momento, nadie la ha visto llorar. Ya han empezado a llamarla la Reina de Hielo —explicó el Comisario—. Y no ha dudado cuando le hemos propuesto que regrese a Porta para ver si reconoce a los tipos.

Hugo alzó las cejas e intercambió una mirada con Adam, ambos impresionados. Se preguntó si la chica tenía nervios de acero o si era una de esas personas que lo va guardando todo dentro hasta que algo la hace explotar y, cuando eso sucede, lo más prudente es estar en la otra punta de la Tierra.

Adam la observó a través del cristal, pero Hugo se negó a girarse. Aunque se moría de ganas de hacerlo, tuvo que reconocer con fastidio.

Estaba claro que de esta no se libraba. Si seguía insistiendo, Adam sospecharía algo.

Bueno, al menos sabía que sólo se trataba de una reacción irracional de su cerebro y su cuerpo por los nervios de la boda. Suponiendo que la cosa siguiera igual los próximos días, sería incómodo, sí, pero podría soportarlo, ¿no? Por Sara.

Suspiró.

—¿Puede hacernos un repaso de los detalles, por favor? —pidió, claramente malhumorado.

—Claro, muchacho —dijo el comisario mientras le daba un cachete en el brazo y sonreía al notar su mal humor—. Laura Fuentes, veinticinco años. Hace cuatro noches estaba en una discoteca de Porta con una amiga. La amiga ligó, así que ella regresó al hotel sola sobre las dos

de la madrugada. A medio camino se metió por una calle donde sólo había un hombre que se acercaba. Entonces se acercó un coche, dos tipos bajaron, lo apuñalaron y se fueron en el mismo vehículo.

—¿No la vieron?

—Cuando vio el follón tuvo la sangre fría de esconderse en un portal y no salió a pedir auxilio hasta que el coche estuvo bien lejos. Si la hubieran visto se la habrían cargado ahí mismo.

—Vale. Y por lo que he escuchado, el muerto resultó ser policía —dijo Hugo.

El comisario asintió.

—De Madrid. Estaba infiltrado en una red de trata de personas.

—¿Alguien nuestro lo delató? —preguntó Adam, preocupado.

—Posiblemente no, pero no podemos descartarlo. Por eso tenemos a la señorita Fuentes bajo vigilancia, no podemos arriesgarnos a otro chivatazo y que vayan a por ella —explicó el comisario.

Pensar en que alguien podía hacer daño a la chica a la que se negaba a mirar provocó un desagradable escalofrío a Hugo. Ignoró que la piel de los brazos se le puso de gallina, pero se irritó. ¿Desde cuándo se preocupaba así por un testigo? ¿Alguien con quien apenas había intercambiado un “hola”?

—¿Qué ha pasado con la red de trata de personas? —preguntó, esforzándose por centrarse en su trabajo.

—La operación se ha ido al traste, pero detuvieron a los cabrones que ya tenían identificados. Sin embargo, la señorita Fuentes no ha reconocido a ninguno de ellos, así que no sabemos si los asesinos pertenecen a la red.

—Puede haberse confundido.

—Está muy segura. El detalle importante aquí es que está convencida de haber visto a los dos tipos antes en la discoteca esa, Kisses. Había ido un par de veces más.

—¿Cómo de convencida está? —preguntó Hugo, escéptico.

—Al cien por cien.

—Caramba —dijo Adam, claramente impresionado.

Hugo lo miró con el ceño fruncido. Él no se lo creía. Nadie podía estar cien por cien convencido de algo.

—En principio la red desmantelada no tiene relación con la discoteca, así que no tenemos nada más que nos pueda conducir a esos tipos —concluyó el comisario—. Las órdenes son claras. Fingiréis ser tres amigos que pasan unos días en Porta. Durante el día ella no saldrá a la calle y por las noches iréis a la discoteca, a ver si hay suerte con los dos hombres. Méndez ya ha alquilado un apartamento, hablad con él.

El comisario se alejó, silbando alegremente. No había nada que le gustara más que fastidiar bien a sus subordinados.

—Menudo marrón —se quejó Hugo.

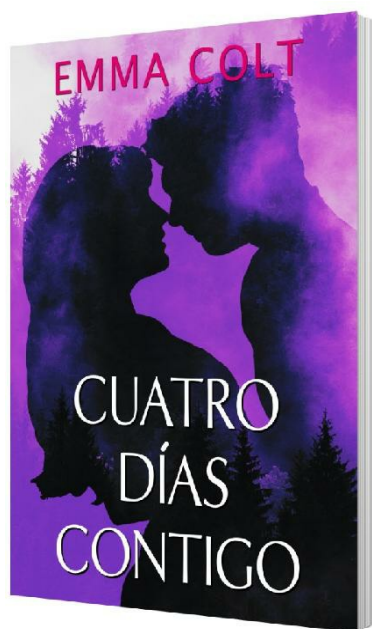
Adam sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Una última aventura antes de la boda, cuñado —dijo Adam. Y añadió con una sonrisa que entendió demasiado bien: —Además, estaremos muy bien acompañados.

Hugo sintió ganas de asestarle un puñetazo en plena nariz y volvió a enfurecerse consigo mismo.

—Sigue siendo un marrón, tío.

¡Descubre toda la historia de Laura y Hugo!



Después de ser testigo de un asesinato, Laura acepta regresar al lugar de los hechos con dos policías de incógnito para intentar localizar a los asesinos. Mientras no los detengan, su vida no podrá volver del todo a la normalidad. Lo que no podía imaginar era que el inspector Hugo Casas removería algo en su interior de manera explosiva.

Por su parte, Hugo tampoco esperaba que la joven a la que debe proteger despertara en él una pasión que no ha sentido nunca.

El problema: los dos están comprometidos y a punto de casarse con otras personas. Por lo tanto, a pesar de las chispas que saltan entre ellos, ambos niegan sus sentimientos. Pero cuando el caso se complica de manera inesperada, se verán obligados a enfrentarse a lo que sienten.

A veces, el amor surge cuando y donde menos te lo esperas.

Otros libros de Emma Colt



CUATRO DÍAS CONTIGO

Un thriller romántico en el que un policía y la testigo a la que debe proteger intentan resistirse a la pasión que sienten el uno por el otro. El motivo: los dos están a punto de casarse... con otras personas.

Serie Amores Imprevistos #1



MI LUNA DE MIEL CONTIGO

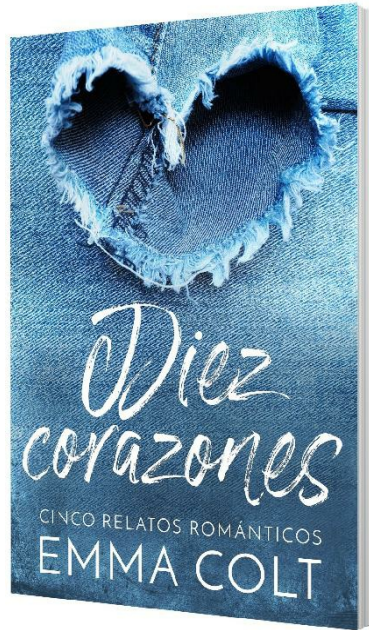
Un thriller romántico en el que Sara se reencuentra con un hombre que se parece sospechosamente al joven que le rompió el corazón tantos años atrás. Él asegura que no son la misma persona... pero Sara no se convence. Está decidida a descubrir todos sus secretos, pero los secretos pueden ser peligrosos...

Serie Amores Imprevistos #2



DESCONOCIDOS

Un drama romántico en el que dos desconocidos solo necesitan un baile para enamorarse. Pero amarse era lo último que debían hacer, porque ella es la hija pequeña de una poderosa familia que ha cometido graves delitos y él es el policía que quiere meterla en la cárcel.



DIEZ CORAZONES

Una recopilación de cinco relatos románticos.

Una pareja con una considerable diferencia de edad (ella 40, él 27).

Un joven demasiado tímido como para declarar su amor con palabras.

Un reencuentro inesperado en una noche de borrachera.

El amor accidental e imposible entre un mago aristócrata y una de sus sirvientas.

Una historia de amor borrada por la amnesia tras un misterioso accidente.

Cinco relatos, cinco parejas, diez corazones.

Table of Contents

[Créditos](#)

[Tabla de contenido](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[¡Tu opinión importa!](#)

[Una nota de la autora](#)

[Cuatro días contigo - Fragmento](#)

[Otros libros de Emma Colt](#)